



CHRISTINA
LAUREN

Beautiful
PLAYER

UN SEDUCTOR IRRESISTIBLE

Prólogo

Estábamos en el apartamento más feo de todo Manhattan, y no era solo que mi cerebro estuviese programado para no apreciar el arte: todos y cada uno de aquellos cuadros eran objetivamente horribles. Una pierna peluda saliendo del tallo de una flor. Una boca que rebosaba espaguetis. Junto a mí, mi hermano mayor y mi padre canturreaban con aire reflexivo, cabeceando como si entendiesen lo que estaban viendo. Era yo quien nos mantenía en movimiento a los tres; en aquella fiesta parecía imperar un protocolo implícito que nos obligaba a los invitados a recorrer la sala, admirar las obras de arte y solo después poder disfrutar de las bandejas de aperitivos que llevaban los camareros.

Sin embargo, al final de todo, sobre la inmensa chimenea y entre dos deslumbrantes candelabros, un cuadro representaba una doble hélice, la estructura de la molécula del ADN. La tela entera aparecía cruzada por una cita de Tim Burton: «Todos sabemos que el amor entre especies diferentes es extraño».

Me eché a reír, encantada, volviéndome hacia Jensen y mi padre.

—Vale. Este sí que es bueno —espeté.

Jensen suspiró y dijo:

—Tenía que gustarte, claro.

Eché un vistazo al cuadro y volví a mirar a mi hermano.

—¿Por qué? ¿Porque es lo único que tiene sentido en todo el apartamento? —le pregunté.

Miró a mi padre, y vi que este le concedía alguna clase de permiso.

—Tenemos que hablar contigo de tu relación con el trabajo.

Sus palabras, su tono y su expresión decidida tardaron unos instantes en llegar a mi cerebro.

—Jensen —dije—, ¿de verdad quieres tener esta conversación aquí?

—Sí, aquí —me confirmó, entornando sus ojos verdes—. Es la primera vez en dos días que te veo fuera del laboratorio y no estás durmiendo o comiendo.

Había observado con frecuencia que los rasgos de personalidad más destacados de mis padres, vigilancia, encanto, precaución, impulso y brío, se habían repartido limpiamente y sin contaminación entre sus cinco hijos.

«Vigilancia» y «Brío» se dirigían a la batalla en mitad de una velada en Manhattan.

—Estamos en una fiesta, Jens. Se supone que tenemos que hablar de lo maravillosas que son las obras de arte —repliqué, indicando con un gesto vago las paredes del salón, amueblado con opulencia—. Y de lo escandaloso que resulta... algo.

No tenía la menor idea de cuál era el último cotilleo, y esa pequeña muestra de ignorancia no hizo sino confirmar las palabras de mi hermano, que contuvo el impulso de poner los ojos en blanco.

Mi padre me pasó un canapé. Parecía un caracol sobre una galletita salada, y lo deslicé discretamente en una servilleta aprovechando que pasaba un camarero. El vestido nuevo me picaba, y me arrepentí de no haberme molestado en preguntarles a mis compañeras de trabajo por aquellas medias Spanx que llevaba puestas. Era mi primera experiencia con ellas, y supuse que las habría creado Satanás o algún tipo demasiado flaco para usar vaqueros pitillo.

—No solo eres lista —me estaba diciendo Jensen—, sino que también eres divertida. Eres sociable. Eres una chica guapa.

—Soy una mujer —corregí en un murmullo.

Se me acercó para evitar que los invitados que pasaban por nuestro lado pudiesen captar nuestra conversación. Ningún miembro de la alta sociedad neoyorquina iba a oír cómo me soltaba un sermón para que fuese más juerguista.

—Por eso no entiendo que llevemos aquí tres días y solo hayamos salido

con mis amigos.

Le sonreí a mi hermano mayor y dejé que me inundase la gratitud por su actitud de hipervigilancia sobreprotectora antes de que me invadiese la piel una irritación más lenta y acalorada. Era como tocar una plancha caliente: un brusco reflejo, seguido de la quemadura prolongada y palpitante.

—Ya casi he terminado mis estudios universitarios, Jens. Tendré mucho tiempo para disfrutar de la vida.

—La vida es esto —dijo, abriendo mucho los ojos en un gesto apremiante—. Se está desarrollando ahora mismo. Yo, a tu edad, aprobaba siempre por los pelos, y mi única esperanza era despertarme el lunes sin resaca.

Junto a él, mi padre guardaba silencio, ignorando ese último comentario y aprobando con la cabeza el sentido general de sus palabras: que era una fracasada sin amigos. Le dediqué una mirada que pretendía comunicar: «¿Tengo que aguantar esto de un científico adicto al trabajo que pasaba más tiempo en el laboratorio que en su propia casa?». Sin embargo, él permaneció impassible, con la misma expresión que adoptaba cuando un compuesto que esperaba que fuese soluble acababa siendo una suspensión dentro de un frasquito: confusa, quizá un tanto ofendida.

Papá me había dado brío, pero siempre dio por sentado que mi madre me había dado también un poco de encanto. Se suponía que yo debía alcanzar el equilibrio entre la vida profesional y la vida privada mejor que él, quizá porque yo era chica, o porque él pensaba que cada generación debía mejorar las acciones de la anterior. El día que mi padre cumplió cincuenta años me metió en su despacho y me dijo: «Las personas son tan importantes como la ciencia. Aprende de mis errores». Y luego enderezó unos papeles de su mesa y se puso a mirarse las manos hasta que me aburrí tanto que me levanté y volví al laboratorio.

Estaba claro que yo no había logrado sus aspiraciones.

—Sé que soy un déspota —susurró Jensen.

—Un poco —convine.

—Y sé que me meto donde no me llaman.

Le dediqué una mirada perspicaz al tiempo que le susurré:

—Eres mi Palas Atenea personal.

—Pero no soy griego y tengo pene.

—Intento olvidar eso.

Jensen suspiró, y mi padre pareció entender por fin que aquella era tarea para dos hombres.

Ambos habían venido a visitarme, y aunque me había parecido extraño que se presentasen allí en febrero, sin un motivo concreto, hasta ese momento no había pensado mucho en ello. Papá me rodeó con el brazo y me dio un apretón. Tenía los brazos largos y delgados, pero siempre había tenido mucha fuerza.

—Ziggs, eres una buena chica.

Sonreí ante la versión de mi padre de un elaborado discurso de ánimo.

—Gracias.

Jensen añadió:

—Ya sabes que te queremos.

—Yo también os quiero. Casi siempre.

—Pero... si quieres, considéralo intervencionismo. Eres adicta al trabajo. Eres adicta a cualquier medio que creas necesario para acelerar tu carrera profesional. Tal vez pienses que siempre pretendo organizarte la vida...

—¿Cómo que «tal vez»? —lo corté—. Me lo impusiste todo, desde el momento en que papá y mamá me quitaron las ruedecitas de la bici hasta el día en que empecé a volver a casa después de la puesta de sol. Y ya ni siquiera vivías en casa, Jens. Yo tenía dieciséis años.

Me acalló con una mirada.

—Te juro que no voy a decirte lo que tienes que hacer, pero... —Se interrumpió, mirando a su alrededor como si alguno de los presentes pudiese llevar algún cartel que le apuntase el final de la frase. Pedirle a Jensen que dejase de organizar era como pedirle a cualquier otra persona que parase de respirar durante diez minutos—. Pero telefonea a alguien.

—¿«A alguien»? Jensen, tú dices que no tengo amigos. No es cierto, pero ¿a quién te imaginas que debería telefonar para ponerme a vivir la vida? ¿A otro estudiante de posgrado que esté tan enfrascado en sus investigaciones como yo? Estamos en ingeniería biomédica. No somos precisamente una masa descomunal de personajes de la vida social.

Cerró los ojos y luego alzó la mirada al techo. De pronto pareció ocurrírsele algo. Volvió a mirarme enarcando las cejas. La esperanza llenaba

sus ojos de una irresistible ternura fraternal.

—¿Y Will?

Le arrebaté a mi padre de la mano la copa de champán intacta y la vacié de un trago.

No necesitaba que Jensen repitiese sus palabras. Will Sumner era su mejor amigo de la universidad, antiguo becario de mi padre y el objeto de todas mis fantasías de adolescencia. Yo había sido siempre una cría simpática y sabihonda, mientras que Will era un genio malo de sonrisa torcida, pendientes en las orejas y ojos azules que parecían hipnotizar a cada chica que conocía.

Cuando yo tenía doce años, Will, que contaba con diecinueve, vino a casa con Jensen a pasar unos días durante las fiestas navideñas. Era un sinvergüenza y ya estaba como un tren. En esas vacaciones se dedicó a improvisar con el bajo en el garaje en compañía de Jensen y a tontear con mi hermana mayor, Liv. Cuando yo tenía dieciséis años, él acababa de terminar sus estudios universitarios y se instaló en nuestra casa durante el verano mientras trabajaba para mi padre. Por culpa del carisma sexual en estado puro que rezumaba, le entregué mi virginidad a un chico gris y torpe de mi clase para intentar aliviar el deseo que me producía el simple hecho de estar cerca de Will.

Estaba segura de que, como mínimo, mi hermana y él se habían besado. De todas formas, Will era demasiado mayor para mí, pero a puerta cerrada y en el espacio secreto de mi propio corazón reconocía que Will Sumner era el primer chico al que quise besar y el primero cuya imagen me llevó a deslizar la mano bajo las sábanas en la oscuridad de mi habitación. Pensaba en su media sonrisa diabólica y en el pelo que le caía sin cesar sobre el ojo derecho; en sus brazos suaves y musculosos, y en su piel bronceada; en sus dedos largos, e incluso en la pequeña cicatriz de su bonita barbilla.

Cuando todos los chicos de mi edad hablaban igual, la voz de Will era profunda y serena. Sus ojos eran pacientes y perspicaces. Sus manos nunca se veían inquietas y agitadas; solían descansar en la profundidad de sus bolsillos. Se humedecía los labios cuando miraba a las chicas, y hacía en voz

baja comentarios llenos de seguridad sobre pechos, piernas y lenguas.

Parpadeé y miré a Jensen. Ya no tenía dieciséis años, sino veinticuatro, y Will contaba con treinta y uno. Lo había visto hacía cuatro años en la desafortunada boda de Jensen, y su sonrisa serena y carismática no había hecho más que volverse más intensa, más enloquecedora. Había observado fascinada cómo Will se deslizaba en un ropero con dos de las damas de honor de mi cuñada.

—Lámale —me instó Jensen en ese momento, arrancándome de mis recuerdos—. Tiene un buen equilibrio entre su trabajo y su vida privada. Es de aquí, es un buen tío. Simplemente... sal un poco, ¿vale? Cuidará de ti.

Traté de calmar el estremecimiento que sacudió mi piel cuando mi hermano mayor pronunció esas palabras. No estaba segura de cómo quería yo que Will cuidase de mí: ¿quería que fuese el amigo de mi hermano y me ayudase a encontrar un mayor equilibrio, o quería echarle un vistazo de adulta al objeto de mis fantasías más obscenas?

—Hanna —insistió mi padre—, ¿has oído a tu hermano?

Pasó un camarero con una bandeja cubierta de copas de champán y cambié la vacía por una llena y burbujeante.

—Ya lo he oído. Llamaré a Will.

1

Un tono. Dos.

Dejé de caminar de un lado a otro el tiempo suficiente para apartar la cortina, atisbar por la ventana y alzar la mirada al cielo con el ceño fruncido. Aún estaba oscuro, pero me convencí de que estaba más azul que negro y de que empezaba a teñirse de rosa y morado en el horizonte.

Técnicamente era por la mañana. Habían pasado tres días desde el sermón de Jensen y era la tercera vez que intentaba llamar a Will.

Aunque no tenía la menor idea de lo que iba a decirle y ni siquiera de lo que mi hermano esperaba que le dijera, cuanto más pensaba en ello más me daba cuenta de que Jens estaba en lo cierto: me pasaba casi todo el tiempo en el laboratorio, y cuando no estaba allí estaba en casa, durmiendo o comiendo.

La decisión de vivir sola en el apartamento que mis padres tenían en Manhattan y no en Brooklyn o Queens, donde vivían mis amigos, no favorecía demasiado mis relaciones sociales. El contenido de mi frigorífico consistía en alguna que otra verdura, comida preparada en condiciones dudosas y congelados. Hasta ese momento, mi vida entera había girado en torno a la necesidad de terminar los estudios e iniciar la carrera perfecta de investigadora. Era triste observar lo poco que tenía aparte de eso.

Al parecer, mi familia se había dado cuenta, y Jensen parecía creer que Will era la solución para salvarme de la vida de solterona que me esperaba. Yo estaba menos segura. Mucho menos.

Sin duda, la historia que compartíamos era escasa, y había muchas posibilidades de que no me recordase demasiado bien. Yo era la hermana

pequeña, parte del decorado, el telón de fondo de sus numerosas aventuras con Jensen y su breve amorío con mi hermana. Y ahora le llamaba para... ¿qué? ¿Para que me sacase por ahí? ¿Para jugar a algún juego de mesa? ¿Para que me enseñase a...? Ni siquiera pude terminar ese pensamiento.

Me planteé la posibilidad de colgar. Me planteé la posibilidad de volverme a la cama y decirle a mi hermano que se fuese a la mierda y se buscase otro proyecto de mejora. Pero en mitad del cuarto tono, mientras apretaba tanto el auricular que al día siguiente tendría la mano dolorida, Will cogió el teléfono.

—¿Diga? —Su voz era exactamente tal como la recordaba, grave y sonora, pero aún más profunda—. ¿Diga? —volvió a decir.

—¿Will?

Tomó aire de golpe, y oí que una sonrisa se colaba en su voz cuando pronunció mi apodo:

—¿Ziggy?

Me eché a reír; por supuesto, era así como me recordaba. Ya solo mi familia me llamaba de ese modo. Nadie sabía en realidad lo que significaba ese nombre; reconocer que fue mi hermano Eric, que entonces tenía dos años, quien le puso el apodo a su nueva hermanita habría sido darle demasiado poder. Sin embargo, había cuajado.

—Sí, soy Ziggy. ¿Cómo me has...?

—Ayer hablé con Jensen —me explicó—. Me contó lo de su visita y la discusión que tuvisteis. Ya me avisó de que igual me llamabas.

—Bueno, pues aquí estoy —dije sin mucha convicción.

Se oyó un gruñido y un roce de sábanas. No intenté en absoluto imaginarme el grado de desnudez presente al otro lado de la línea. Sin embargo, las mariposas que tenía en el estómago volaron hasta mi garganta cuando comprendí que si Will parecía cansado era porque estaba durmiendo. Vale, quizá todavía no fuese técnicamente por la mañana...

Me aventuré a echar otra ojeada al exterior.

—No te habré despertado, ¿verdad?

Ni siquiera había mirado el reloj, y ahora me daba miedo hacerlo.

—No pasa nada. Mi despertador iba a sonar dentro de... —Hizo una pausa y bostezó—. Dentro de una hora.

Tuve que reprimir un gemido de mortificación.

—Lo lamento. Estaba un poco... nerviosa.

—No, no, no pasa nada. No sé cómo he podido olvidar que vivías en esta ciudad. Me han dicho que has pasado los tres últimos años metida en una cueva.

Su voz profunda se hizo sensual al regañarme en broma, y el estómago me dio un vuelco.

—Parece que estás de parte de Jensen.

Su tono se suavizó:

—Se preocupa por ti. Es su función favorita como hermano mayor.

—Eso me han dicho. —Volví a recorrer la habitación; necesitaba hacer algo para contener aquella energía nerviosa—. Debería haberte llamado antes...

—Y yo también.

Se removió y pareció incorporarse. Lo oí gruñir de nuevo mientras se estiraba y cerré los ojos. Sonaba exacta, precisa e inquietantemente a sexo. «Respira por la nariz, Hanna. Mantén la calma», me dije a mí misma.

—¿Quieres que hagamos algo hoy? —le solté. Se acabó la calma.

Vaciló y me entraron ganas de abofetearme por no tener en cuenta que él podía tener planes ya, como ir a trabajar y, después del trabajo, quizá una cita con una novia, o una esposa. De pronto me sorprendí esforzándome por oír todos y cada uno de los sonidos que me llegaban a través del silencio crepitante.

Tras una espera que se me hizo eterna, preguntó:

—¿Qué tenías pensado?

«Pregunta capciosa».

—¿Y si salimos a cenar?

Will guardó silencio durante varios latidos dolorosos.

—Tengo una reunión a última hora. ¿Y si quedamos mañana?

—He de estar en el laboratorio. Tengo que pasarme dieciocho horas con unas células que crecen muy despacio y estoy decidida a apuñalarme con un instrumento puntiagudo si la pifio y me veo obligada a empezar de nuevo.

—¿Dieciocho horas? Es una larga jornada, Ziggs.

—Ya lo sé.

Reflexionó unos instantes y me preguntó:

—¿A qué hora entras esta mañana?

—Más tarde —dije, echándole un vistazo al reloj con una mueca. Solo eran las seis de la mañana—. Quizá sobre las nueve o las diez.

—¿Quieres que quedemos en el parque para ir a correr?

—¿Sales a correr? —pregunté—. ¿De verdad?

—Sí —dijo, soltando una carcajada—. No porque me persigan, sino para hacer ejercicio.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo mi típica ansia de seguir hasta el final como si aquello fuese un desafío, una maldita tarea. «Estúpido Jensen», pensé.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—¿Te va bien dentro de media hora?

Miré otra vez por la ventana. Apenas había luz, pero sí nieve en el suelo. «Cambia el chip», me recordé. Y entonces cerré los ojos y dije:

—Mándame un mensaje indicándome el sitio. Nos vemos allí.

Hacía frío. Un frío de la hostia sería una descripción más precisa. Releí el mensaje de texto de Will en el que me decía que me reuniese con él junto a la Engineers Gate de Central Park y me puse a caminar de un lado a otro, tratando de mantener el calor. El aire de la mañana me quemaba la cara y atravesaba la tela de mis pantalones. Me arrepentí de no haberme puesto un gorro. Ojalá hubiese recordado que era febrero en Nueva York y que solo los locos iban al parque en aquella época en aquel lugar. No me notaba los dedos, y me preocupaba la posibilidad de que la combinación de aire frío y viento cortante me tirase las orejas al suelo.

Solo había un puñado de personas en las proximidades: unos forofos del fitness y una pareja joven abrazada en un banco, debajo de un árbol altísimo y esbelto, con unos vasos de papel en las manos llenos de un líquido que parecía caliente y delicioso. Una bandada de pájaros grises picoteaba en el suelo y el sol empezaba a aparecer a lo lejos, por encima de los rascacielos.

Me había pasado casi toda la vida oscilando entre un comportamiento social apropiado y una conducta de sabihonda repelente, así que, por

supuesto, me había sentido fuera de mi elemento otras veces: cuando recibí aquel premio de investigación delante de miles de padres y estudiantes en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, casi todas las veces que salía de compras y, lo más memorable, cuando Ethan Kingman quiso que le hiciese una mamada en el instituto, y yo no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo y respirar al mismo tiempo. Y ahora, mientras veía iluminarse el cielo con cada minuto que pasaba, me habría encantado escapar a cualquiera de aquellos recuerdos para evitar lo que me esperaba.

No se trataba de que no quisiera ir a correr... Aunque, de hecho, sí, había mucho de eso. No quería ir a correr. Ni siquiera estaba segura de saber correr. Pero la idea de ver a Will no me aterraba. Solo estaba nerviosa. Recordaba cómo era: su atención siempre tuvo un toque lento e hipnótico, y él mismo rezumaba sexo. Nunca había tenido que interactuar con él a solas y me preocupaba no ser capaz de mantener la compostura.

Mi hermano me había impuesto una tarea, disfrutar de la vida, a sabiendas de que, si existía una forma de conseguir que yo me empeñase en algo, era hacerme creer que estaba fracasando. Estaba convencida de que Jensen no pretendía que Will me enseñase a salir con tíos ni que se me cepillase, pero yo necesitaba meterme en la cabeza de Will, aprender del maestro y parecerme más a él en esos aspectos. Solo tenía que fingir que era un agente secreto en una misión: entrar, salir y escapar indemne.

A diferencia de mi hermana.

Después de que Liv, a sus diecisiete años, se diese el lote en Navidad con un Will de diecinueve que llevaba pendientes en las orejas y tocaba el bajo, aprendí muchísimo acerca de lo que ocurre cuando una adolescente está colgada del chico equivocado. Will Sumner era la definición de ese chico.

Todos deseaban a Liv, pero ella nunca había hablado de nadie como hablaba de Will.

—¡Zig!

Alcé la cabeza de golpe y me volví. Tuve que mirar dos veces al hombre que caminaba hacia mí.

Era más alto de lo que yo recordaba y tenía el cuerpo alargado y esbelto, un torso interminable y unas extremidades que deberían haberle dado una apariencia desgarbada, pero por algún motivo no lo hacían. Will siempre

había tenido algo especial, algo magnético e irresistible que no correspondía a una belleza clásica y simétrica, pero mi recuerdo de la última vez que lo había visto, cuatro años atrás, palideció en comparación con el aspecto del hombre que ahora se hallaba ante mí.

Su sonrisa seguía siendo la misma: un tanto torcida y siempre presente, dándole a su cara un aire persistente de malicia. Mientras se aproximaba, siguió con la mirada el sonido de una sirena y pude ver su mandíbula cubierta de barba incipiente y la línea de su cuello liso y bronceado que desaparecía bajo el polar que llevaba.

Cuando llegó junto a mí, su sonrisa se ensanchó.

—Buenos días —dijo—. Ya me ha parecido que eras tú. Recuerdo que solías caminar así, de un lado a otro, cuando estabas nerviosa por los estudios o por cualquier otra cosa. Volvías loca a tu madre.

Sin pensarlo di un paso adelante, le eché los brazos al cuello y lo abracé con fuerza. No recordaba haber estado nunca tan cerca de Will. Sentí la calidez y solidez de su cuerpo, y cerré los ojos al notar que él apoyaba la cara sobre mi cabeza. Su voz profunda pareció vibrar a través de mí.

—Me alegro mucho de verte.

«Hanna, agente secreto», me dije. Di un paso atrás de mala gana, inhalando la mezcla del aire fresco con el aroma limpio de su jabón.

—Yo también me alegro de verte.

Sus brillantes ojos azules me miraron desde debajo de un casquete negro; llevaba el pelo oscuro metido en él de cualquier manera. Se me acercó y me colocó algo en la cabeza.

—Me he imaginado que necesitarías esto.

Levanté la mano y palpé un grueso gorro de lana. Vaya, aquello era todo un detalle.

—Gracias. Quizá pueda conservar las orejas después de todo.

Sonrió y dio un paso atrás mientras me miraba de arriba abajo.

—Estás... diferente, Ziggs.

Me eché a reír.

—Hacía un siglo que nadie salvo mi familia me llamaba así.

Su sonrisa desapareció y observó mi rostro unos momentos, como si fuese a tener la suerte de que mi nombre de pila estuviese tatuado allí. Él

siempre me había llamado Ziggy, igual que mis hermanos: Jensen, por supuesto, aunque también Liv, Niels y Eric. Hasta el día en que me marché de casa, siempre había sido Ziggy.

—Bueno, ¿cómo te llaman tus amigos?

—Hanna —dije en voz baja.

Continuó mirándome fijamente. Me miró el cuello y los labios, y luego se tomó tiempo para observarme los ojos. La energía entre nosotros era palpable..., pero no podía estar en lo cierto. Tenía que estar malinterpretando por completo la situación. Aquel era precisamente el peligro de Will Sumner.

—Bueno —dije, enarcando las cejas—, a correr.

Will parpadeó y pareció darse cuenta de dónde estábamos.

—De acuerdo. —Asintió con la cabeza y levantó la mano para taparse mejor las orejas con el gorro.

Parecía sano y con éxito, muy diferente de como yo lo recordaba, pero si miraba de cerca aún podía ver las marcas de los pendientes.

—Primero —dijo, y enseguida centré mi atención en su cara—, quiero que tengas cuidado con el hielo. Se esfuerzan mucho por mantener los caminos despejados, pero si no prestas atención puedes hacerte mucho daño.

—Vale.

Señaló el sendero que rodeaba el agua helada.

—Ese es el circuito inferior, que rodea el lago. Debería ser perfecto para empezar, porque solamente tiene unas cuantas cuestas.

—¿Y corres por ahí cada día?

Will me miró con sus ojos brillantes y negó con la cabeza.

—Por ahí no. Ese recorrido solo tiene dos kilómetros y medio. Como estás empezando caminaremos al principio y al final, y correremos el kilómetro del centro.

—¿Por qué no corremos por tu ruta habitual? —pregunté, pues no me gustaba la idea de que redujese el ritmo o cambiase su rutina por mí.

—Porque mide nueve kilómetros.

—Puedo hacerlo sin problemas —dije.

Nueve kilómetros no parecían demasiados. Eran nueve mil metros. Si daba zancadas grandes, quizá el número de pasos fuese menos del doble... Noté que las comisuras de la boca se me bajaban mientras consideraba todas

las implicaciones de aquello.

Me dio unas palmaditas en el hombro con una paciencia exagerada.

—Claro que puedes, pero veamos cómo te va hoy y luego hablamos. —
Seguidamente, me guiñó el ojo.

Al parecer, correr no se me daba nada bien.

—¿Haces esto cada día? —pregunté, jadeante.

Notaba el sudor que me corría desde la sien hasta el cuello y ni siquiera tenía fuerzas para enjugármelo. Él asintió con la cabeza. Tenía el aspecto de alguien que hubiese salido a disfrutar de un enérgico paseo matutino. Yo me sentía a punto de morir.

—¿Cuánto falta?

Me miró con una deliciosa sonrisa de suficiencia en la cara.

—Menos de un kilómetro.

«¡Por Dios!», exclamé hacia mis adentros.

Me enderecé y alcé la barbilla. Podía hacerlo. Era joven y estaba en buena forma... hasta cierto punto. Me pasaba casi todo el día de pie, corriendo de una sala del laboratorio a otra, y siempre usaba las escaleras cuando me iba a casa. Podía hacerlo sin problemas.

—Bien... —dije. Mis pulmones parecían haberse llenado de cemento, y solo podía respirar en pequeñas y laboriosas dosis—. Me siento genial.

—¿Ya no tienes frío?

—No.

Prácticamente podía oír la sangre corriendo por mis venas, la fuerza de los latidos del corazón dentro del pecho. Nuestros pies impactaban contra el camino, y no, desde luego ya no tenía frío.

—Aparte de estar ocupada constantemente —dijo él, respirando con toda normalidad—, ¿te gusta el trabajo que haces?

—Me encanta —contesté con voz entrecortada—. Me encanta trabajar con Liemacki.

Hablamos un rato acerca de mi proyecto y de las demás personas que trabajaban en el laboratorio. Will conocía a mi supervisor por su reputación en el campo de las vacunas, y me sentí impresionada al ver que se mantenía

al tanto de la literatura incluso en un campo que según él no siempre obtenía los mejores resultados en el mundo del capital de riesgo. Pero no solo sentía curiosidad por mi trabajo; quería saber de mi vida y me preguntó por ella de sopetón.

—Mi vida es el laboratorio —dije, echándole una ojeada para calibrar si me juzgaba.

Apenas pestañeó. Había unos cuantos estudiantes de posgrado, y un ejército de investigadores postdoctorales preparando sus trabajos.

—Todos son geniales —le expliqué, y tragué saliva antes de tomar una enorme bocanada de aire—. Pero los dos con los que mejor me llevo están casados y tienen hijos, así que no nos vamos a jugar al billar después del trabajo.

—De todas formas, no creo que los billares continúen abiertos cuando sales de trabajar —bromeó—. ¿No estoy aquí para eso? ¿Para hacerte de hermano mayor y sacarte de la rutina?

—Sí —admití riendo—. Y aunque me molestó mucho que Jensen me dijese que necesitaba vivir la vida, no es que le falte razón. —Hice una pausa y di unas cuantas zancadas más—. Durante mucho tiempo he estado tan centrada en el trabajo y en vencer el siguiente obstáculo, y luego el de más allá, que la verdad es que no me he parado a disfrutar.

—Sí —convino él en voz baja—. Eso no es bueno.

Traté de ignorar la presión de su mirada y mantuve la mía fija en el camino que se extendía ante nosotros.

—¿No te pasa a veces que sientes que la gente que más te importa no es la gente a la que ves más a menudo? —Al ver que no respondía, añadí—: Últimamente me da la impresión de que no estoy poniendo el corazón en lo que importa.

Vi de reojo que miraba hacia otro lado, asintiendo con la cabeza. Tardó una eternidad en responder, pero cuando lo hizo dijo:

—Sí, ya entiendo.

Al cabo de un momento, oí que Will se reía y lo miré. El sonido era profundo, y su vibración me atravesó la piel y se me metió en los huesos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Seguí su mirada y vi que me observaba los brazos, que tenía cruzados

sobre el pecho. Me costó reconocerlo, pero acabé diciendo:

—Me duelen las tetas. ¿Cómo os lo montáis los tíos?

—Bueno, para empezar, no tenemos... —respondió, indicando con un gesto vago mi región pectoral.

—Pero ¿y lo otro? Es decir, ¿corréis con bóxer?

«Madre de Dios, ¿qué me pasa? Problema número uno: no tengo filtro mental». Me miró otra vez, confuso, y estuvo a punto de tropezar con una rama caída.

—¿Bóxer? —repetí, y de algún modo logré darle a la palabra una duración de tres sílabas—. ¿O tenéis cosas que impiden que vuestras partes masculinas se...?

Me interrumpió con una estruendosa carcajada que resonó contra los árboles en el aire glacial.

—Sí, nada de bóxer —dijo—. Habría demasiados trastos moviéndose por ahí abajo.

Me guiñó el ojo y volvió de nuevo la mirada hacia el camino con una media sonrisa.

—¿Tienes partes extras? —bromeé.

Will me dedicó una mirada divertida.

—Si de verdad quieres saberlo, llevo pantalones de running de forma anatómica, para mantener a salvo a los chicos.

—Supongo que las chicas tenemos suerte en ese sentido. No hay trastos por ahí abajo que... —Agité los brazos descontroladamente—. Que reboten por todas partes. Somos compactas por debajo.

Llegamos a una parte plana del camino y fuimos reduciendo la velocidad hasta caminar. A mi lado, Will se rió entre dientes.

—Ya me he fijado —respondió.

—Tú eres el experto.

Me dedicó una mirada escéptica.

—¿Qué?

Por un segundo mi cerebro intentó contener lo que me disponía a decir, pero era demasiado tarde. Nunca se me había dado demasiado bien censurar mis pensamientos, algo que a mi familia le encantaba recalcar cada vez que surgía la ocasión. Sin embargo, ahora daba la impresión de que mi cerebro

estaba aprovechando aquella rara oportunidad para soltarlo todo con el legendario Will, como si no fuese a tener otra oportunidad.

—El experto en... coños —susurré, y la última palabra apenas resultó audible.

Will me miró con los ojos abiertos como platos y se tambaleó ligeramente. Me detuve y me incliné para recuperar el aliento.

—Tú mismo lo dijiste.

—¿Cuándo he dicho que fuese el «experto en coños»?

—¿No te acuerdas de habernos dicho eso? Dijiste que a Jensen se le daba bien hablar y que a ti se te daba mejor la acción. Y entonces subiste y bajaste las cejas.

—Eso es horroroso. ¿Cómo es posible que te acuerdes?

Me enderecé.

—Yo tenía doce años. Tú eras un amigo de mi hermano que tenías diecinueve años, estabas buenísimo y bromeabas sobre sexo en nuestra casa. Eras prácticamente una criatura mítica.

—¿Por qué no recuerdo nada de eso?

Me encogí de hombros, eché un vistazo a su espalda y vi que el camino se había llenado de gente.

—Probablemente por la misma razón.

—Tampoco recuerdo que fueses tan divertida. Ni tan... —Se tomó un momento para contemplarme disimuladamente de arriba abajo—. Ni tan mayorcita.

Sonreí.

—No lo era.

Se llevó las manos a la espalda y se quitó la sudadera por encima de la cabeza. Durante un breve instante también se le levantó la camiseta, y una larga franja de su torso quedó a la vista. Todo mi cuerpo se puso en tensión cuando vi su estómago plano y el vello oscuro que le bajaba desde el ombligo hasta introducirse en sus shorts. Los pantalones de running eran tan bajos que vi las líneas cinceladas de sus caderas, la atractiva insinuación de sus partes masculinas, sus piernas de hombre y..., madre del amor hermoso, el cuerpo de Will Sumner era irreal.

Cuando se bajó la camiseta de un tirón, salí del trance y alcé la mirada

para contemplar el resto de su cuerpo, los brazos ahora desnudos bajo las mangas cortas de la prenda. Se rascó el cuello, ajeno al modo en que mis ojos recorrían su antebrazo. Tenía muchos recuerdos del verano que Will pasó en nuestra casa mientras trabajaba para mi padre: sentarme en el sofá con Jensen y él para ver una película, encontrármelo de noche en el pasillo vestido con una simple toalla alrededor de las caderas, engullir la cena en la mesa de la cocina tras una larga jornada en el laboratorio... Pero solo la influencia malvada de una magia oscura me habría hecho olvidar los tatuajes. Al verlos ahora, recordé un pájaro azul que tenía cerca del hombro, una montaña y las raíces de un árbol rodeado de viñas en su bíceps.

Sin embargo, algunos de aquellos tatuajes eran nuevos. Unas líneas de tinta formaban una doble hélice en el centro de un antebrazo; el dibujo de un fonógrafo asomaba por debajo de la manga en el otro. Will permanecía en silencio, y al alzar la mirada vi que me dirigía una sonrisita burlona.

—Lo siento —murmuré, sonriendo tímidamente—. Tienes tatuajes nuevos.

Se pasó la lengua por los labios y echamos a andar de nuevo.

—No te disculpes. Si no quisiera que la gente los mirase, no los llevaría.

—¿Y no queda raro? Al fin y al cabo, te dedicas a los negocios.

Se encogió de hombros y susurró:

—Manga larga, chaquetas... La mayoría de las personas no sabe que están ahí.

El problema de lo que decía era que no me hacía pensar en la «mayoría de las personas» que ignoraban la existencia de sus tatuajes, sino en las que conocían todas y cada una de las líneas de tinta que surcaban su piel.

«El peligro de Will Sumner, me recordé. Todo lo que dice suena obsceno, y ahora estás pensando en él desnudo. Otra vez». Parpadeé, buscando un nuevo tema de conversación.

—¿Y qué hay de tu vida?

Me miró con desconfianza.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te gusta tu trabajo?

—Casi siempre.

Acogí su respuesta con una sonrisa.

—¿Vas a ver a tu familia a menudo? Tu madre y tus hermanas están en Washington, ¿verdad?

Recordaba que Will tenía dos hermanas mucho mayores que él que vivían cerca de su madre.

—En Oregón —corrigió—. Y sí, voy un par de veces al año.

—¿Estás saliendo con alguien? —le solté.

Frunció el ceño como si no acabase de entender mi pregunta. Al cabo de unos momentos respondió:

—No.

Su reacción encantadoramente confusa me ayudó a olvidar lo inapropiada que había sido mi pregunta.

—¿De verdad has tenido que pensártelo?

—No te hagas la lista. Y no, no existe nadie a quien pudiera presentarte diciendo: «Oye, Ziggy, esta es Fulanita de Tal, mi novia».

—Qué evasiva tan específica —le contesté.

Se quitó el gorro de la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, de punta y empapado de sudor.

—¿Ninguna mujer te ha llamado la atención?

—Unas cuantas.

Se volvió hacia mí, negándose a eludir mi interrogatorio. Recordaba eso de Will: nunca sentía la necesidad de explicarse, pero tampoco lo asustaban las preguntas. Estaba claro que era el mismo Will de siempre: a menudo con mujeres, y jamás con una sola.

Parpadeé, bajé la vista y estudié su pecho, que se ensanchaba y estrechaba mientras su respiración recuperaba la normalidad, y luego sus hombros musculosos, que conducían a un cuello suave y bronceado. Sus labios se abrieron ligeramente y su lengua volvió a humedecerlos. La mandíbula cincelada de Will estaba cubierta de una incipiente barba negra. Sentí el impulso repentino y abrumador de notarla sobre mis muslos.

Mis ojos descendieron hasta sus brazos tonificados y las grandes manos relajadas a los costados.

«¡Hostia, las habilidades que debían de tener aquellos dedos!» Contemplé su estómago plano y la parte delantera de los pantalones de running, la cual me indicó que Will Sumner tenía muchas cosas interesantes debajo del

cinturón. Madre mía, me entraron ganas de quitarle la sonrisita a base de polvos.

El silencio se instaló entre nosotros y apareció la conciencia. Yo no vivía detrás de un maldito espejo de dos caras y nunca había sabido disimular. Probablemente, Will podía adivinar todos y cada uno de los pensamientos que acababan de pasar por mi mente.

Sus ojos se oscurecieron cuando comprendió. Dio un paso adelante y me miró de arriba abajo como si observase a un animal atrapado en una trampa. Una sonrisa radiante curvó sus labios.

—¿Cuál es el veredicto?

Tragué saliva y cerré los puños sudorosos, limitándome a decir:

—¿Will?

Parpadeó una y otra vez. Dio un paso atrás y pareció recuperar la compostura. Prácticamente pude ver las ideas que atravesaban su mente: «Esta es la hermana pequeña de Jensen... Tiene siete años menos que yo... Me di el lote con Liv... Esta chica es una petarda... Deja de pensar con la polla». Hizo una mueca y susurró:

—Vale, lo siento.

Me relajé, divertida al ver su reacción. A diferencia de mí, Will sabía disimular muy bien..., pero no aquí, y al parecer no conmigo. Al comprenderlo, una sacudida de confianza me atravesó el pecho: puede que fuese casi irresistible, el hombre más sensual del planeta, pero Hanna Bergstrom era capaz de manejar a Will Sumner.

—Entonces —dije—, ¿no estás preparado para sentar la cabeza?

—Desde luego que no.

La comisura de su boca se elevó hasta formar una sonrisa y su aspecto se volvió completamente destructivo. Ni mi corazón ni mis partes femeninas sobrevivirían a una noche con ese hombre.

«Menos mal que esa ni siquiera es una opción, vagina. Retírate». Habíamos vuelto al principio del camino, y Will se apoyó contra un árbol.

—¿Cómo es que te sumerges en el mundo de los vivos ahora? —Ladeó la cabeza al volver a centrar la conversación en mí—. Ya sé que Jensen y tu padre quieren que lleves una vida social más activa, pero no lo entiendo. Eres una chica guapa, Ziggs. No puede ser que no hayas tenido ofertas.

Me mordí el labio un instante, divertida al ver que Will daba por sentado que yo estaba pensando en que se me cepillasen. La verdad era... que no se equivocaba del todo. Y no había juicios de valor en su expresión ni un distanciamiento raro en torno a aquel tema tan personal.

—No es que no haya salido con nadie. Lo que ocurre es que no he salido con nadie que me conviniese —dije, recordando mi más reciente encuentro, completamente insulso—. Sé que puede ser difícil de imaginar, pero, a pesar de todo mi sereno encanto, esa clase de situaciones no se me dan muy bien. Jensen me ha contado anécdotas. Te las arreglaste para sacarte el doctorado con excelentes notas y divertirme un montón al mismo tiempo. Y aquí estoy yo, en un laboratorio, rodeada de gente que considera la inadecuación social un campo de estudio. En realidad, no hay demasiadas posibilidades, no sé si me entiendes.

—Eres joven, Ziggs. ¿Por qué te preocupas de eso ahora?

—No estoy preocupada, pero tengo veinticuatro años. Tengo partes corporales que funcionan y mi mente tiene tendencia a viajar a lugares interesantes. Solo quiero... explorar. ¿No pensabas en esas cosas cuando tenías mi edad?

Se encogió de hombros.

—No me estresaba.

—Claro que no. Levantabas una ceja y las bragas de alguna chica caían al suelo.

Will se humedeció los labios y se rascó la nuca.

—Eres flipante.

—Soy una científica, Will. Si voy a hacer esto, necesito averiguar cómo piensan los hombres, meterme dentro de su cabeza. —Inspiré hondo y lo observé con atención antes de decir—: Enséñame. Le dijiste a mi hermano que me ayudaría, así que hazlo.

—Estoy seguro de que no quería decir: «Oye, muéstrale a mi hermana pequeña la ciudad, asegúrate de que no pague demasiado por el alquiler y, de paso, ayúdala a conseguir que se la cepillen». —Juntó las cejas oscuras y pareció que se le ocurría algo—. ¿Me estás pidiendo que te empareje con algún amigo?

—¡No, por Dios! —No sabía si echarme a reír o pedir que me tragase la

tierra. A pesar de su atractivo, lo que necesitaba era que me ayudase a quitarles la sonrisita a base de polvos a otros hombres. Quizá así dejase de ser una friki y aprendiese a socializar—. Quiero tu ayuda para aprender... —Me encogí de hombros mientras me rascaba la cabeza debajo del gorro—. Para aprender a salir con gente. Enséñame las reglas.

Parpadeó; parecía desconcertado.

—¿Las «reglas»? No estoy... —Se estremeció y dejó que sus palabras flotasen en el aire mientras se rascaba la mandíbula—. No estoy seguro de estar cualificado para ayudarte a conocer tíos.

—Fuiste a Yale.

—Sí, ¿y? De eso hace muchos años, Ziggs. No creo que ofreciesen esa materia en el catálogo de cursos.

—Y tocabas en un grupo de música —continuó, pasando por alto su última frase.

Finalmente, la diversión iluminó sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que una servidora estudió en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y que en su tiempo libre jugaba a Dungeons & Dragons y a las cartas de Magic...

—¡Que sepas, Ziggs, que yo fui un puto jugador profesional de Dungeons & Dragons!

Hice caso omiso de sus palabras.

—Quiero decir que los estudiantes de Yale, los jugadores de lacrosse y los antiguos intérpretes de bajo podrían tener ideas acerca del modo de incrementar las posibilidades que tienen las ratas de biblioteca frikis y sabihondas de salir con tíos.

—¿Te estás quedando conmigo?

En lugar de contestar, crucé los brazos y aguardé con paciencia. Era la misma postura que había adoptado cuando se suponía que debía pasar por varios laboratorios para poder decidir qué tipo de investigación quería. Pero yo no deseaba pasarme mi primer año de posgrado yendo de laboratorio en laboratorio, sino empezar de inmediato mi investigación con Liemacki. Me quedé en la puerta de su despacho después de explicarle por qué su trabajo resultaba perfecto para pasar de la investigación de las vacunas víricas a la

parasitología y elaborar mi tesis. Estaba dispuesta a pasarme horas allí, pero al cabo de solo cinco minutos cedió y, como jefe del departamento, hizo una excepción en mi caso.

Will miró a lo lejos. No sabía si estaba considerando lo que yo decía o si estaba decidiéndose a echar a correr y dejarme allí tirada. Finalmente suspiró.

—Vale, bueno, la regla número uno para tener una vida social más amplia es no llamar nunca a nadie que no sea un taxi antes de que salga el sol.

—Sí. Lo siento.

Me observó y al cabo de unos momentos indicó mi indumentaria.

—Correremos, saldremos y haremos cosas. —Hizo una mueca y un gesto vago para señalar mi cuerpo—. En realidad, no creo que necesites hacer nada, pero..., joder, no lo sé. Llevas la sudadera holgada de tu hermano. Corrígeme si me equivoco, pero tengo la sensación de que es un atuendo muy habitual en ti, aunque no salgas a correr. —Se encogió de hombros—. Aunque en cierto modo te queda bien.

—No pienso vestirme como una puta.

—Es que no tienes que vestirte como una puta. —Se enderezó y se alborotó el pelo antes de volver a metérselo debajo del casquete—. Dios. Eres una déspota con los tíos. ¿Conoces a Chloe y Sara?

Sacudí la cabeza.

—¿Son chicas con las que... no sales?

—¡Por supuesto que no! —dijo con una carcajada—. Son las mujeres que tienen a mis mejores amigos cogidos por las pelotas. Creo que te convendría conocerlas. Te juro por Dios que seréis las mejores amigas al final de la noche.

2

—Espera un momento —dijo Max, retirando la silla para sentarse—. ¿Esta es aquella hermana de Jensen, la misma que te cepillaste aquella vez?

—No, esa fue la otra hermana, Liv. —Me senté delante del inglés e ignoré tanto su sonrisa burlona como el incómodo nudo que sentía en el estómago—. Y no me la cepillé. Solo nos enrollamos un poco. La hermana pequeña es Ziggy, y solo era una cría la primera vez que fui a casa de Jensen por Navidad.

—Todavía no me puedo creer que te invitara a su casa a pasar las Navidades y te lo montaras con su hermana allí mismo, en el jardín. Yo te daría de hostias. —Se quedó pensativo un momento, rascándose la barbilla—. Bah, es mentira. Me habría importado una mierda.

Miré a Max y sentí un amago de sonrisa en la comisura de los labios.

—Liv no estaba en la casa cuando volví unos años más tarde a pasar el verano. La segunda vez que estuve allí me comporté.

A nuestro alrededor se oían el tintineo de las copas y los murmullos de la gente que conversaba tranquilamente. El almuerzo de los martes en Le Bernardin se había convertido en una costumbre para nuestro grupo durante los seis meses anteriores. Por lo general, Max y yo éramos los últimos en llegar a la mesa, pero, por lo visto, ese día los otros se habían quedado rezagados a causa de una reunión.

—Y supongo que querrás que te den un premio por eso —comentó Max, examinando la carta antes de cerrarla de golpe.

A decir verdad, ni siquiera sé por qué se molestó en abrirla. Siempre

pedía caviar de primero y rape de segundo. Últimamente había llegado a la conclusión de que Max se guardaba toda su espontaneidad para su vida con Sara; con la comida y el trabajo, decididamente, era un animal de costumbres.

—Te olvidas de cómo eras tú antes de conocer a Sara —dije—. Deja de comportarte como si hubieses vivido en un monasterio.

Me dio la razón al tiempo que me guiñaba un ojo y me dedicaba una de esas enormes sonrisas desenfadas suyas.

—Bueno, háblame de esa hermana pequeña, entonces.

—Es la menor de los cinco hermanos Bergstrom y estudia un curso de posgrado aquí, en Columbia. Ziggy siempre ha sido una lumbrera, algo exagerado. Terminó la universidad en tres años y ahora trabaja en el laboratorio Liemacki, ¿te suena? ¿El que trabaja con vacunas?

Max negó con la cabeza y se encogió de hombros, como diciendo: «¿De qué coño me estás hablando?».

—Es un proyecto de alto nivel de la facultad de Medicina —proseguí—. Bueno, el caso es que el fin de semana pasado, en Las Vegas, cuando ibais como locos detrás de las tías en las mesas de blackjack, Jensen me envió un mensaje de texto diciéndome que iba a venir a visitarla. Me contó que le echó una bronca del copón para que no siga viviendo entre tubos de ensayo y vasos de precipitados el resto de su vida.

El camarero acudió a rellenar nuestros vasos de agua y le explicamos que esperábamos a unos cuantos comensales más. Max me miró.

—O sea que piensas verla otra vez, ¿no?

—Sí. Estoy seguro de que este fin de semana saldremos y haremos algo. Creo que volveremos a salir a correr juntos.

No me pasó desapercibido el modo en que abrió los ojos como platos.

—¿Vas a compartir con alguien el espacio sagrado que dedicas a correr? Eso parece más íntimo para ti incluso que el sexo, William.

Hice un gesto desdeñoso con la mano.

—No digas tonterías.

—Bueno, ¿y estuvo bien, entonces? ¿Te pusiste al día con la hermanita pequeña y esas cosas?

Había estado muy bien. No habíamos hecho nada del otro mundo, ni siquiera algo especial: habíamos salido a correr, simplemente. Sin embargo,

todavía estaba un poco descolocado por lo mucho que me había sorprendido aquella mujer. Había ido allí convencido de que tenía que haber una razón para su aislamiento, además de la cantidad de horas que pasaba trabajando.

Pensaba que iba a estar incómoda, violenta o insoportable, o que sería la viva imagen de la conducta antisocial. Pero no había visto asomar ninguna de esas cosas, y desde luego, no parecía ninguna «hermanita pequeña». Era un poco ingenua e impulsiva, pero lo cierto es que, simplemente, trabajaba muchísimo y se había quedado atrapada en una serie de hábitos que ya no le procuraban ninguna satisfacción. La comprendía perfectamente.

Había conocido a los Bergstrom en Navidad, en mi segundo año en la universidad. Ese curso, no tenía dinero suficiente para el billete de avión para volver a casa y la madre de Jensen se indignó tanto al pensar que iba a pasar las fiestas solo en la residencia de estudiantes que vino en coche desde Boston dos días antes de Navidad a recogerme y llevarme a su casa. La familia era tan cariñosa y bulliciosa como cabría esperar de un hogar con cinco hijos que solo se llevaban unos dos años de diferencia entre cada uno de ellos.

Haciendo honor a aquella etapa de mi vida, les devolví el favor tonteando en secreto con su hija mayor en el cobertizo del jardín.

Unos años después hice unas prácticas con Johan y viví en casa de los Bergstrom. La mayor parte de los hijos ya se habían marchado de casa o se habían quedado en sus universidades a pasar el verano, así que solo estábamos Jensen y yo, y la hija menor, Ziggy. La casa ya era para mí como mi segundo hogar. Aun así, a pesar de que había vivido con ella tres meses y la había visto hacía unos años en la boda de Jensen, cuando llamó el día anterior me costó trabajo recordar incluso su cara.

Pero cuando la vi en el parque, me vinieron a la cabeza muchos más recuerdos de los que creía tener: Ziggy a los doce años, su naricilla pecosa sepultada entre los libros. Solo sonreía tímidamente de vez en cuando en la mesa, durante la cena, pero el resto del tiempo rehuía cualquier tipo de contacto conmigo. En aquel entonces yo tenía diecinueve años y la verdad es que me daba absolutamente igual. También me acordé de Ziggy a los dieciséis, toda ella piernas y codos, con el pelo enmarañado cayéndole en cascada por la espalda. Se pasaba las tardes en shorts y tops de tirantes,

leyendo tumbada sobre una manta en el jardín mientras yo trabajaba con su padre.

En aquella época, la repasaba de arriba abajo, como repasaba de arriba abajo a cualquier ejemplar del sexo opuesto que se pasease por delante de mis narices, como si estuviese escaneando y catalogando distintas partes del cuerpo. La chica era escultural pero reservada, y obviamente, demasiado inexperta e ingenua en el arte del coqueteo para ganarse mi desdeñoso interés. En aquella época, mi vida estaba marcada por la curiosidad y por un continuo desfile de mujeres desinhibidas, tanto jóvenes como mayores que yo, dispuestas a probarlo todo.

Sin embargo, ese día sentí como si hubiese estallado una bomba en mi cerebro. Cuando vi su cara experimenté la extraña sensación de estar en casa de nuevo, pero también de haber conocido a una chica guapa por primera vez. No se parecía en nada a Liv o Jensen, los dos rubios y larguiruchos, prácticamente como dos fotocopias idénticas el uno de la otra. Ziggy se parecía a su padre, para bien o para mal. Poseía la paradoja combinación de las largas extremidades de su padre con las curvas sinuosas de su madre. Había heredado los ojos grises, el pelo castaño claro y las pecas de Johan, pero la sonrisa franca y radiante de su madre.

Me pilló por sorpresa cuando dio un paso adelante, me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia sí, estrechándome con fuerza. Fue un abrazo cómodo, rayando el espacio íntimo. Aparte de Chloe y Sara, no había demasiadas mujeres en mi vida que fuesen amigas en el sentido estricto de la palabra. Cada vez que abrazaba así a una mujer, estrechándola con fuerza, por lo general, siempre había algún elemento sexual de por medio. Ziggy siempre había sido la niña pequeña de la casa, pero allí en mis brazos, constaté que ya no era ninguna niña. Era una mujer de veintitantos años, con unas manos cálidas sobre mi cuello y un cuerpo de mujer hecha y derecha. Olía a champú y a café. Olía a mujer, y bajo la sudadera y su escuálida chaqueta, percibí el contorno de sus pechos aplastándose contra mi torso. Cuando retrocedió y me miró, me gustó inmediatamente: no se había arreglado con exageración, no se había maquillado ni lucía ropa de deporte cara o de diseño. Llevaba la sudadera de Yale de su hermano, pantalones negros demasiado cortos y unas zapatillas que, decididamente, habían

conocido tiempos mejores. No trataba de impresionarme; solo quería verme.

«Es tan reservada, tío... —dijo Jensen cuando llamó, hacía poco más de una semana—. Siento que le he fallado, por no haber visto a tiempo que heredaría los genes de la adicción al trabajo que tenía papá. Vamos a ir a verla. Ni siquiera sé qué hacer».

Volví al presente cuando Sara y Bennett se acercaron a la mesa. Max se levantó a saludarlos y yo aparté la mirada cuando se inclinó para besar a Sara justo debajo de la oreja.

—Qué guapa estás, Pétalo —le susurró.

—¿Esperamos a Chloe? —pregunté cuando todos se hubieron sentado.

Bennett habló por detrás de la carta.

—Está en Boston hasta el viernes.

—Joder, menos mal —exclamó Max—. Porque estoy hambriento y esa mujer tarda siglos en decidir lo que quiere.

Bennett se rió y dejó la carta encima de la mesa.

Yo también me sentí aliviado, no porque estuviese hambriento, sino porque no me importaba nada dejar de ser el único soltero del grupo por una vez. Mis cuatro amigos emparejados iban de sobrados y hacía mucho tiempo que habían perdido el interés en la azarosa vida sentimental de Will. Estaban convencidos de que la mujer de mis sueños estaba a punto de robarme el corazón y se morían de ganas de asistir al espectáculo.

Además, para agravar aún más su obsesión, a nuestro regreso de Las Vegas la semana anterior, había cometido el error de mencionar de pasada, como si tal cosa, que empezaba a cansarme de mis dos amantes habituales, Kitty y Kristy. Ambas mujeres se contentaban gustosas con quedar regularmente para echar un polvo sin ataduras ni ningún tipo de compromiso, y a ninguna de las dos parecía importarles la existencia de la otra, o del nuevo ligue ocasional que pudiera tener, pero últimamente tenía la sensación de que todo era pura rutina: Desnudar, tocar, follar, llegar al orgasmo, (un poco de conversación tal vez), un beso de buenas noches, y luego me marchaba, o bien se iban ellas.

¿Se había vuelto todo demasiado fácil? ¿O es que estaba cansándome al fin del sexo puro y duro? ¿Del sexo? ¿Y por qué coño estaba pensando otra vez en todo eso ahora? Me incorporé y me froté la cara con las manos. Nada

había cambiado en mi vida en un día. Había pasado una mañana agradable con Ziggy, eso es todo. Eso era todo. El hecho de que fuese irresistiblemente auténtica y divertida, además de asombrosamente guapa no debería haberme descolocado de esa manera.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —preguntó Bennett, y seguidamente le dio las gracias al camarero cuando este depositó un *gimlet*^[1] en la mesa, delante de él.

—Estábamos hablando del rencuentro de Will con una vieja amiga esta mañana —dijo Max. Y luego añadió con un murmullo teatral—: Una chica.

Sara se echó a reír.

—¿Will ha visto a una chica esta mañana? Eso no es ninguna novedad.

Bennett levantó la mano.

—Espera un momento, ¿no te toca con Kitty esta noche? ¿Y ya has quedado con otra esta misma mañana? —Dio un sorbo a su *gimlet*, sin dejar de mirarme.

De hecho, Kitty era precisamente la razón por la que le había sugerido a Hanna que nos viéramos esa mañana y no por la noche: siempre quedaba con Kitty los martes a última hora. Sin embargo, cuanto más vueltas le daba, la idea de pasar mi martes de rigor con ella cada vez me parecía menos atractiva. Lancé un gemido y tanto Max como Sara estallaron en carcajadas.

—¿No es un poco raro que todos nos sepamos la agenda semanal de los rolletes de Will? —preguntó Sara.

Max se me quedó mirando, con los ojos fijos y risueños.

—Estás pensando en cancelar tus planes con Kitty, ¿verdad? ¿Y crees que vas a tener que pagar por ello?

—Seguramente —admití.

Kitty y yo habíamos salido juntos hacía unos años y acabamos como amigos cuando resultó que ella quería ir más en serio. Sin embargo, cuando volvimos a encontrarnos por casualidad en un bar hacía unos meses, me dijo que esta vez solo quería pasarlo bien. Naturalmente, yo no tuve ningún inconveniente. Era guapísima y estaba dispuesta a hacer casi todo lo que le pidiese.

Insistía una y otra vez en que nuestra relación de solo sexo era perfecta, perfecta, perfecta. El caso es que creo que los dos sabíamos que mentía: cada

vez que le cancelaba una cita, se mostraba insegura y necesitada cuando volvíamos a vernos.

Kristy era casi todo lo contrario. Era más contenida, tenía una fijación con las mordazas que yo no compartía pero a la que tampoco hacía ascos, y rara vez se quedaba un minuto más allá del momento de nuestro éxtasis compartido.

—Si te interesa esa chica nueva, deberías terminar con Kitty —dijo Sara.

—Hay que ver cómo sois... —protesté, hincándole el diente a mi ensalada—. No hay nada entre Ziggy y yo. Solo fuimos juntos a correr.

—Entonces, ¿por qué seguimos hablando de eso? —preguntó Bennett, riéndose.

Asentí con la cabeza.

—Exacto.

Pero yo sabía que estábamos hablando de eso porque estaba tenso, y cuando estoy tenso no puedo disimularlo, es como si llevara un cartel de neón anunciándolo. Arrugo la frente, se me oscurecen los ojos y las palabras me salen a trompicones. Me convierto en un gilipollas. Y a Max le encanta.

—Seguimos hablando de eso —terció el inglés— porque William se pone de los nervios, y eso mola mucho. También es muy interesante ver lo pensativo que está hoy, después de pasar la mañana con la hermanita pequeña. Normalmente, a Will no le da por ensimismarse de esa manera.

—Es la hermana pequeña de Jensen —le expliqué a Sara y Bennett.

—Se lo hizo con la hermana mayor cuando eran adolescentes —añadió Max muy oportunamente, exagerando su acento británico para darle más dramatismo.

—Cómo te gusta remover la mierda... —dije, riéndome.

Lo de Liv fue algo muy light. Casi ni me acordaba de qué había pasado exactamente, salvo algún tórrido besuqueo y luego mi fácil evasión cuando había vuelto a New Haven. Comparada con algunas de mis relaciones de aquella época, lo que pasó con Liv apenas había quedado registrado en el sexógrafo de mi vida.

Nos sirvieron los entrantes y comimos en silencio durante un rato. Mi mente empezó a divagar. A mitad de nuestra sesión de running, me había dado por vencido y me había puesto a mirar a Ziggy sin disimulo. Me quedé

embozado mirándole las mejillas, los labios, el pelo sedoso que se le había soltado del moño alborotado y que se le adhería a la piel suave del cuello...

Siempre había sabido apreciar los encantos de las mujeres, pero no me sentía atraído por todas las mujeres que veía. Así que, ¿qué tenía aquella de especial? Era guapa, pero no era ni mucho menos la mujer más guapa que había visto en mi vida. Era siete años menor que yo, demasiado joven e inexperta, y apenas asomaba la cabeza de su trabajo, ni siquiera para respirar. ¿Qué podía ofrecerme ella que no fuese a encontrar en otra mujer?

Había vuelto la cabeza y me había pillado mirándola; la química entre nosotros era palpable, y la hostia de confusa. Y cuando sonreía, se le iluminaba la cara entera. Parecía tan franca y abierta como una puerta en verano, y a pesar del frío, algo me templó la sangre de las venas.

Era un apetito especial y, sin embargo, familiar. Un deseo que no sentía siempre, cuando la adrenalina inundaba mis venas y quería ser el único que descubriese los secretos de una chica en particular. La piel de Ziggy parecía dulce, sus labios eran suaves y carnosos, su cuello virgen a la huella de un mordisco o un chupetón. La bestia que habitaba en mí quería examinar más detenidamente aquellas manos, aquella boca, aquellos pechos...

Levanté la vista y percibí la mirada de Max clavada en mí, mientras él masticaba con gesto reflexivo. Levantó el tenedor y me apuntó con él al pecho.

—Lo único que hace falta es una noche con la chica adecuada. No estoy hablando de sexo, tampoco. Una noche podría cambiarte, jovenci...

—Vale ya —gruñí—. Ahora mismo eres un puto coñazo.

Bennett se enderezó y se sumó a la conversación.

—Se trata de encontrar a la mujer que te haga pensar. Será ella la que hará que cambies de opinión con respecto a todo.

Levanté ambas manos.

—La intención es buena, chicos. Pero Ziggy no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo? ¿Sabe andar? ¿Tiene una vagina? —preguntó Max. Me eché a reír.

—Supongo que la pega es que es demasiado joven.

Los chicos emitieron un murmullo de comprensión, pero yo noté la mirada de Sara.

—Suéltalo, anda —le dije.

—Pues verás, estoy pensando que todavía no has conocido a nadie que te haga sentir ganas de ir más allá, de profundizar un poco más. Escoges un tipo determinado de mujer, un tipo que sabes que encajará en tu estructura, tus reglas, tus límites. ¿No te has aburrido ya de eso? Dices que esa hermana...

—Ziggy —ofreció Max.

—Eso —dijo ella—. Dices que Ziggy no es tu tipo, pero la semana pasada dijiste que estabas empezando a cansarte de las mujeres que follan contigo de mil amores sin ataduras de ninguna clase. —Hincó el tenedor en una porción de su almuerzo y se encogió de hombros mientras empezaba a llevárselo a la boca—. A lo mejor deberías reconsiderar cuál es tu tipo.

—Ese razonamiento no es lógico. Puedo estar perdiendo interés en mis amantes sin que eso signifique que necesito reevaluar el sistema entero. —Continué hincando el tenedor en mi comida—. Aunque la verdad es que tengo que pedirte un favor.

Sara engulló la comida, asintiendo.

—Claro, dime.

—Esperaba que a lo mejor tú y Chloe pudierais sacarla por ahí algún día. Aquí no tiene ninguna amiga y vosotras...

—Pues claro que sí —dijo otra vez rápidamente—. Me muero de ganas de conocerla.

Miré a Max con el rabillo del ojo y no me sorprendió verlo mordiéndose el labio, con el gesto triunfal de alguien que acaba de llevarse el gato al agua. Pero Sara debía de haber aprendido un par de cosas de Chloe y lo tenía agarrado por las pelotas por debajo de la mesa, porque, por una vez, permaneció inusualmente callado.

«¿No te pasa a veces que sientes que la gente que más te importa no es la gente a la que ves más a menudo? Últimamente me da la impresión de que no estoy poniendo el corazón en lo que me importa».

Su voz y sus ojos grandes y sinceros cuando me había dicho aquello me habían hecho sentirme lleno y vacío a un tiempo, como si el dolor fuese tan fuerte que no supiese si era dolor o placer.

Ziggy quería que le enseñara a salir por ahí y conocer a chicos, a conocer a gente que quisiese llegar a conocer de verdad..., cuando la realidad era que

ni siquiera yo mismo lo estaba haciendo. Puede que yo no acabase mis noches solo en mi apartamento, pero eso no significaba que fuese feliz. Me levanté para ir al servicio, y una vez allí saqué el móvil del bolsillo y le envié un mensaje de texto al número de móvil que me había dado.

«¿Sigue en pie el proyecto Ziggy? Si es que sí, me apunto. Mañana correr, planes este fin de semana. No llegues tarde».

Me quedé mirando el teléfono unos segundos, pero cuando vi que no me contestaba inmediatamente volví a mi almuerzo con mis amigos. Pero luego, al salir del restaurante, me di cuenta de que tenía un mensaje nuevo y me eché a reír, acordándome de que Ziggy había mencionado un viejo móvil de solapa que apenas utilizaba.

«Ge3nial!Noencuentrolabarraespaciadora=perotellamare».

Con los horarios de trabajo demenciales de Ziggy, Chloe y Sara, no pudieron quedar las tres hasta el fin de semana, pero, por suerte, al final lo consiguieron, porque ver a Ziggy corriendo cada mañana con los brazos cruzados para sujetarse los pechos estaba empezando a hacer que hasta a mí me doliesen las tetas.

Ese sábado por la tarde, Max estaba sentado a una mesa en el Blue Smoke cuando llegué, jadeando después de mi carrera de diez kilómetros y muerto de hambre. Como pasaba siempre con ese grupo, habían preparado un plan sin que yo interviniese para nada, así que cuando me desperté descubrí un mensaje de texto de Chloe diciéndome que ese día Ziggy iba a quedar con ellas para desayunar y salir de compras, lo que significaba que iba a ser la primera vez que salía a correr solo en varios días.

No me importó. Me alegré, incluso. Y a pesar de que el recorrido fue más bien silencioso y extrañamente aburrido, Ziggy necesitaba salir y comprar algunas cosas. Necesitaba zapatillas de correr. Necesitaba ropa deportiva. Hasta podría tirar la casa por la ventana y comprarse ropa normal si de verdad quería salir con algún chico, porque la mayoría son unos capullos superficiales para los que la primera impresión es lo que realmente cuenta. En el caso de Ziggy, la ropa no era su fuerte, desde luego, pero una parte de mí se negaba a presionarla con eso. Me gustaba admirar a las mujeres bien

vestidas, pero curiosamente, con Ziggy, lo más intrigante es que esos detalles parecían traerle sin cuidado. Supuse que lo mejor sería que siguiera con lo que ya le daba resultados.

Sin levantar la vista siquiera, Max desplazó la pila de periódicos de mi silla e hizo señas a la camarera para que me tomara nota.

—Agua —pedí, limpiándome la frente con una servilleta de papel—. Y unos cacahuetes de momento. Dentro de un rato pediré algo para almorzar.

Max se fijó en mi ropa y volvió a enfrascarse en la lectura de su periódico mientras me pasaba la sección de Negocios del Times.

—¿No estabas tú con las chicas antes? —preguntó.

Le di las gracias a la camarera cuando me colocó el vaso de agua delante y di un largo trago.

—Dejé a Ziggs con ellas esta mañana. No estaba seguro de que supiese orientarse muy bien por la ciudad ella sola más allá del campus de Columbia.

—Qué padre más sobreprotector estás hecho, Will...

—Ah, ¿tú crees? Pues es para mí un placer informarte de que Sara se ha equivocado y le ha enviado sin querer a Bennett un mensaje con una foto de su culo.

Nada me gustaba más que tocarle los huevos a Max con la obsesión que tenían él y Sara con las fotos.

Me miró desde el borde superior del periódico y su rostro se relajó cuando vio que estaba bromeando.

—Serás gilipollas... —masculló.

Hojeé la sección de Negocios durante unos minutos antes de dirigir mi atención a Ciencia y Tecnología. Tras el muro de su periódico, sonó el teléfono de Max.

—Hola, Chloe. —Hizo una pausa y dejó el periódico encima de la mesa—. No, solo estamos Will y yo tomando algo. ¿A lo mejor Ben está de camino? —Asintió con la cabeza y luego me pasó el teléfono.

Cogí el móvil, sorprendido.

—Hola... ¿Va todo bien?

—Hanna es un encanto, Will —dijo Chloe, maravillada—. No se compraba ropa nueva desde la época de la universidad. Te juro que no la estamos tratando como a una muñeca, pero es la cosa más mona que he visto

en mi vida. ¿Por qué no nos la has presentado antes?

Sentí un nudo en el estómago. Chloe no estaba presente en el almuerzo cuando hablamos de Ziggy.

—Ya sabes que no es mi novia ni nada de eso, ¿verdad?

—Ya lo sé, solo es un rollo o lo que sea, Will... —Quise interrumpirla, pero ella siguió hablando—: Solo quería que supieras que estamos bien. Sería capaz de perderse dentro de Macy's si no estuviéramos pendientes de ella.

—Eso es justo lo que dije yo.

—Bueno, pues nada, eso es todo. Solo llamaba para ver si Max sabía dónde está Bennett. Y ahora, a seguir comprando.

—Un momento, espera —dije antes de pararme a pensar lo que iba a preguntar. Cerré los ojos y me acordé de las mañanas saliendo a correr con Ziggy esos últimos días. Estaba relativamente delgada, pero, joder..., tenía mucha delantera.

—Dime.

—Si seguís de tiendas, asegúrate de que Ziggs se compre... —Miré a Max para confirmar que seguía concentrado en el periódico antes de susurrar —: Asegúrate de que se compre un sujetador... deportivo, por ejemplo, ¿vale? Pero a lo mejor también... alguno normal. ¿De acuerdo?

Más que oírlo, percibí el silencio al otro lado de la línea. Era un silencio espeso y me iba oprimiendo el pecho a medida que aumentaba la sensación de incomodidad. Y seguía aumentando. Cuando me arriesgué a levantar la vista, Max me miraba fijamente con una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes mucha suerte de que no sea Bennett ahora mismo —dijo Chloe al fin—. La bronca que te pegaría sería de dimensiones planetarias.

—No te preocupes, Max está aquí y te aseguro que se está divirtiendo lo suficiente por los dos.

Se echó a reír.

—Estamos en ello. Sostenes para sujetar los pechos juguetones de tu novia que no es tal.

Dios, menudo cerdo estás hecho.

—Gracias.

Colgó y le devolví el móvil a Max, rehuyendo su mirada.

—Oh, Victoria... —dijo con aire burlón y voz de anuncio publicitario—.

¿Tienes un secreto? ¿Sientes la inclinación de ayudar a jovencitas a encontrar lencería sexy y favorecedora?

—Vete a la mierda —le solté, riéndome. Tenía la misma expresión en la cara como si el Leeds United acabase de ganar el puto Mundial—. Sale a correr conmigo cada mañana y va con esos... Bueno, no son sujetadores de deporte. Y sus sostenes hacen eso... —Me señalé el pecho—. Eso que parece como si en realidad fuesen cuatro tetas, ¿sabes lo que quiero decir? Total, que he pensado que ya que están de compras...

Max apoyó la barbilla en su puño cerrado y me sonrió.

—Joder, eres mi héroe, William.

—Ya sabes lo que opino de los pechos. No son ninguna broma. —Y no añadí que los de Ziggy, además, eran dignos de una chica de calendario.

—Desde luego que no —convino, volviendo a coger su periódico—. Es solo que me encanta cómo finges que no te morirías de gusto por estar con una chica con cuatro tetas.

Al cabo de una media hora, la puerta que Max tenía a su espalda se abrió y levanté la vista cuando un torbellino de pelo brillante cargado con bolsas de grandes almacenes se abalanzaba sobre nuestra mesa. Max y yo nos levantamos a ayudar a Ziggy a descargar su botín en una de las sillas.

Llevaba un suéter azul claro, tejanos oscuros y ceñidos y unas bailarinas verdes. No iba vestida como si saliese de una pasarela, pero parecía cómoda y elegante. Llevaba el pelo... diferente. Entrecerré los ojos, estudiándola mientras se quitaba el bolso en bandolera del hombro.

Se lo había cortado, o puede que simplemente lo llevase suelto en vez de recogido en su moño desastrado. Le caía por debajo de los hombros, una melena espesa, lisa y sedosa. Sin embargo, a pesar de los cambios en su ropa y en el pelo, por suerte seguía pareciendo la misma Ziggy de siempre: un poco de maquillaje, muy discreto, una sonrisa radiante y una tez tostada y pecosa.

Estiró la mano para estrechar la de Max, sonriendo.

—Soy Hanna. Y tú debes de ser Max.

—Encantado de conocerte —respondió él, dándole la mano—. Espero

que lo hayas pasado bien esta mañana con esas dos locas...

—Lo he pasado genial. —Se volvió hacia mí, me rodeó el cuello con los brazos y contuve un gemido cuando me estrechó con fuerza. Detestaba y adoraba a la vez sus abrazos. Eran férreos, casi asfixiantes, pero irresistiblemente afectuosos. Cuando me soltó, se desplomó en una silla—. Aunque a Chloe le gusta la lencería, eso está claro. Creo que hemos pasado al menos una hora en esa sección.

—No sé por qué no me sorprende... —murmuré, examinando discretamente el pecho de Ziggy mientras volvía a sentarme.

Comprobé que sus senos tenían un aspecto fantástico: perfectamente apuntalados y turgentes, en su justo lugar. Debía de haberse comprado algo de lencería ella también.

—Ahora que lo pienso... —Max se levantó y se metió la billetera en el bolsillo trasero del pantalón—. Creo que ya es hora de que vaya a buscar a mi Pétalo, a ver qué tal le han ido a ella sus compras. Me alegro de conocerte, Hanna. —Me dio una palmadita en el hombro y le guiñó el ojo a ella—. Que lo paséis bien.

Ziggy se despidió de Max con la mano y luego se volvió hacia mí, con los ojos abiertos como platos.

—¡Uau! Está... como un tren. Antes he conocido a Bennett, también. Vosotros tres sois como el Club de Macizos de Manhattan.

—Me parece que exageras un poco. Además, ¿de verdad crees que dejaríamos a Max entrar en ese club? —dije, sonriendo—. Estás estupenda, por cierto.

Volvió la cabeza hacia mí de golpe, con una expresión de sorpresa en los ojos, y me apresuré a añadir:

—Me alegro de que no hayas dejado a esas dos que te sepulten bajo toneladas de maquillaje. Echaría de menos tus pecas.

—¿Que echarías de menos mis pecas? —exclamó en un hilo de voz, y me arrepentí de inmediato al darme cuenta de que había sido demasiado directo—. ¿Qué clase de hombre es capaz de decir una cosa así? ¿Es que quieres que tenga un orgasmo aquí mismo?

«Vaya con la hermanita», pensé. Después de eso, ya no podía decirse que mi comentario hubiese sido demasiado directo, desde luego. Hice un gran

esfuerzo por no volver a mirarle los pechos cuando dijo aquello. Todavía estaba acostumbrándome a que soltara en voz alta todo cuanto se le pasaba por la cabeza. Bajé la vista hacia sus bolsas de la compra y reconduje la situación disimuladamente.

—Esto... veo que te has comprado un montón de zapatillas de deporte.

Inclinándose hacia delante, rebuscó entre las bolsas y me puse a mirar al techo, ignorando el maravilloso espectáculo de su generoso escote.

—Creo que me he llevado la tienda entera —dijo—. Nunca me había pasado tanto yendo de tiendas. Liv seguramente descorchará una botella de champán cuando se entere de mis grandes progresos en estos nuevos menesteres.

Cuando volví a bajar la vista al fin, estaba escudriñándome la cara, el cuello y el pecho como si me viera por primera vez.

—¿Has salido a correr esta mañana? —me preguntó.

—Sí, y además he salido en bici.

—Qué disciplinado eres... —Se echó hacia delante apoyando las manos en la barbilla y me miró con una sugerente caída de pestañas—. Te deja unos músculos muy impresionantes.

Me eché a reír.

—Lo hago porque me relaja —le dije—. Así no... —Busqué las palabras, sintiendo cómo me ardía el cuello—. No hago tonterías.

—No es eso lo que ibas a decir —dijo, incorporándose en la silla—. Así no ¿qué? ¿Así no te metes en peleas de bares? ¿Liberas la tensión y la testosterona masculina?

Decidí ponerla un poco a prueba. No tenía ni idea de dónde me venía el impulso, pero lo cierto es que aquella mujer era una mezcla desconcertante de inexperiencia y estado salvaje y natural. Hacía que me sintiera muy lanzado y también un poco ebrio.

—Así no estoy todo el día con unas ganas locas de follar.

Casi ni se inmutó.

—¿Y por qué prefieres salir a correr en vez de follar? —Ladeó la cabeza y me miró con aire pensativo—. Además, el ejercicio aumenta la testosterona y el flujo sanguíneo. Creo que, en todo caso, el sexo contigo tiene que ser mejor precisamente porque haces ejercicio.

Hablar con ella de aquello resultaba peligroso. Era muy tentador observarla un poco más detenidamente, y Ziggy no se acobardaba ante el escrutinio de mis ojos, sino que me sostenía la mirada.

—No tengo ni idea de por qué te he dicho eso —admití.

—Will, ni soy virgen ni estoy intentando llevarte a la cama. Podemos hablar de sexo.

—Humm..., yo no estoy tan seguro de que sea una buena idea.

Me llevé el zumo a los labios y di un sorbo mientras la veía beber un poco de agua sin apartar los ojos en ningún momento. ¿No estaba intentando llevarme a la cama? ¿Ni siquiera un poquito? Era como si el aire entre nosotros estuviese cargado de electricidad. Sentí ganas de extender el brazo y acariciarle el labio inferior con el dedo, pero en vez de eso, dejé el vaso de zumo y cerré los puños.

—Lo único que digo es que conmigo puedes hablar sin tapujos, llamando a las cosas por su nombre. Me gusta que no seas de esos que siempre se andan con rodeos.

—¿Siempre eres tan franca con todo el mundo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Me parece que solo soy así contigo. En general, siempre hablo por los codos, pero cuando estoy contigo me siento especialmente estúpida y, por lo visto, soy incapaz de cerrar la boca.

—Yo no quiero que cierres la boca.

—Tú siempre has sido un hombre muy activo sexualmente y te has mostrado muy abierto con el sexo. Eres un seductor nato y muy atractivo que no pide perdón por disfrutar de las mujeres. A ver, si yo me di cuenta de eso cuando tenía doce años, es que era evidente. El sexo es natural. Es la reacción natural de nuestros cuerpos. Me gusta que seas como eres.

No respondí, no sabía qué decir. Precisamente le gustaba de mí justo aquello que todas las demás mujeres se empeñaban en intentar neutralizar, pero no estaba seguro de que me gustase aquella impresión general de cómo era yo.

—Chloe me dijo que les pediste que me llevaran a comprar sujetadores.

Levanté la vista y la sorprendí apartando los ojos de mis labios. Entonces transformó su mueca en una sonrisa traviesa.

—Qué considerado, Will... Qué detalle por tu parte que te preocupes tanto por mis tetas...

Me incliné para dar un bocado a mi sándwich, murmurando:

—No hace falta que hablemos de eso.

Max ya me ha metido bastante caña.

—Eres un hombre misterioso, mi querido seductor irresistible. —Cogió la carta y repasó las distintas opciones antes de dejarla de nuevo encima de la mesa—. Cambiaré de tema. ¿De qué quieres que hablemos?

Engullí un bocado de comida, observándola. No me podía imaginar a aquella chica tan salvaje y tan joven en la compañía serena e intensa de Chloe y Sara.

—De lo que sea que hayáis hablado hoy las chicas —propuse.

—Pues verás, Sara y yo hemos tenido una conversación muy divertida sobre lo que se siente cuando se está mucho tiempo sin practicar el sexo. Es casi como haber recuperado la virginidad.

Estuve a punto de atragantarme y empecé a toser aparatosamente.

—¡Uau! Eso es..., ni siquiera sé decir qué es.

Me miró, divertida.

—Ahora hablando en serio. Estoy segura de que a los hombres no os pasa lo mismo, pero para las mujeres, al cabo de un tiempo, estás como... ¿tú crees que la virginidad es algo que vuelve a crecer? ¿Como las telarañas en el interior de una caverna?

—Esa es una imagen repugnante.

Haciendo caso omiso de mi comentario, se enderezó en el asiento, entusiasmada de repente.

—De hecho, esto es genial. Tú eres científico, así que estoy segura de que sabrás entender esta teoría mía que acabo de desarrollar.

Me hundí en mi silla.

—Acabas de soltarme una analogía con telas de araña y cavernas. La verdad, me das miedo.

—No tengas ningún miedo. Bueno, sabes que la virginidad de una mujer se considera algo así como sagrado, ¿verdad?

Me eché a reír.

—Sí, he oído hablar de ese concepto.

Se rascó la cabeza y arrugó un poco la nariz pecosa.

—Mi teoría es la siguiente: los hombres de las cavernas están volviendo con fuerza. Todo el mundo quiere leer cosas sobre el chico que ata a la chica, o que se pone violentamente celoso si, Dios no lo quiera, ella se pone algo sexy para lucirlo fuera del dormitorio. Supuestamente, a las mujeres les gusta eso, ¿verdad? Bueno, pues yo creo que la nueva moda que va a causar furor va a ser la revirginización. Querrán que su chico sienta que él es el primero. ¿Y a que no te imaginas cómo van a hacer eso las mujeres?

Vi como la expresión de sus ojos se hacía cada vez más expectante mientras aguardaba a que me atreviera a darle una respuesta. Su franqueza conmovedora y el hecho de que se tomase aquel tema tan en serio tensaban una cuerda invisible debajo de mis costillas.

—Mmm... ¿Mintiendo? Las mujeres siempre dan por sentado que hasta sabemos leer braille con la polla. ¿De dónde sacarán esa idea? Sinceramente, lo más probable es que yo no supiera distinguir si una chica es virgen o no a menos que...

—Con cirugía primero, probablemente. Llamémoslo «reconstrucción del himen».

Dejando caer la comida del tenedor, lancé un gemido.

—Joder, Ziggs. Estoy comiendo ternera a la plancha. ¿Podrías dejar el tema del himen para otro...?

—Además... —Tamborileó con los dedos encima de la mesa, creando una sensación de suspense—. Todo el mundo está esperando a ver qué pueden hacer realmente las células madre por el ser humano, pero la lesión de la médula espinal, el párkinson... Yo no creo que sea por ahí por donde vayan a empezar. ¿Sabes cuál creo que va a ser el primer paso?

—Me tienes en ascuas —contesté, sin inmutarme.

—Estoy segura de que será la reconstrucción de la virtud.

Volví a toser, más fuerte.

—Por Dios santo... ¿Has dicho «la virtud»?

—Me has pedido que no hablara del himen, así que... Pero ¿tengo razón? Antes de que pudiera responder y decirle que, de hecho, su teoría me parecía muy acertada, siguió hablando.

—Se invierten unas cantidades alucinantes de dinero en estas historias. La

Viagra, por ejemplo. Cuatrocientas formas distintas de tetas postizas. ¿Cuál es el relleno más natural? Este es un mundo de hombres, Will. Las mujeres no se pararán a pensar que, en realidad, les estás metiendo células en pleno proceso activo de crecimiento en la vagina, nada menos. El año que viene, una de tus «no novias» se reconstruirá el himen y te regalará su nueva virginidad, Will.

Se agachó, rodeó la pajita con los labios y empezó a succionar, sin apartar sus ojos grises de los míos. Y ante aquella mirada penetrante y juguetona, noté que la polla se me empezaba a poner dura. Al soltar la pajita, susurró:

—Te la regalaré a ti. ¿Y sabrás tú apreciar de verdad lo que implica ese regalo? ¿La clase de sacrificio que supone?

Le brillaron los ojos, y entonces echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Hostia puta, cómo me gustaba esa chica. Me gustaba muchísimo. Reclinándome hacia delante en los codos, me aclaré la garganta.

—Ziggy, escúchame atentamente porque esto es importante. Estoy a punto de transmitirte un poco de sabiduría.

Se incorporó inmediatamente, entrecerrando los ojos con aire cómplice.

—La regla número uno ya la conocemos: no llames nunca a nadie antes de que salga el sol.

Torció los labios en una sonrisa culpable.

—Sí. Esa ya me la sé.

—Y la regla número dos... —dije, negando con la cabeza muy despacio—: no hables nunca de la reconstrucción del himen durante un almuerzo. Nunca, jamás.

Se puso a reír a carcajadas y luego se apartó cuando la camarera le trajo su plato.

—No te burles tan rápido. Esa idea vale un millón de dólares, míster Finanzas. Si un día de estos aparece encima de tu mesa, tendrás que darme las gracias por haberte ayudado a salir con ventaja.

Hincó el tenedor en la ensalada y se comió un bocado enorme, y yo procuré no observarla tan descaradamente. No se parecía a ninguna de las mujeres que conocía. Era atractiva —en realidad, era muy guapa—, pero no era reservada ni contenida. Era graciosa y tenía mucha seguridad en sí misma, y tenía una personalidad tan arrolladora que a su lado era casi como si el resto

del mundo fuese monocromático. No tenía ni idea de si se tomaba a sí misma en serio o no, pero, desde luego, no esperaba que yo lo hiciera.

—¿Cuál es tu libro favorito? —pregunté, y la pregunta me salió de pronto, de la nada.

Se mordisqueó el labio inferior y yo volví a concentrarme en mi sándwich, arrancando los minúsculos trozos de carne crujiente de los bordes.

—Esto va a sonar a cliché.

—Lo dudo muy mucho, pero dispara.

Se inclinó hacia delante y susurró:

—*Breve historia del tiempo*.

—¿Hawking?

—Por supuesto —dijo, casi ofendida.

—Eso no es un cliché. Un cliché sería si hubieses dicho *Cumbres borrascosas* o *Mujercitas*.

—¿Porque soy mujer? Si fuese yo la que te lo preguntase a ti y tú dijese Hawking, ¿serías tú un cliché?

Medité mi respuesta. Me imaginé diciendo que ese libro era mi favorito y ya oía a mis colegas de la universidad diciendo: «Claro, tío».

—Probablemente.

—Pues eso sí que es una gilipollez, que en tu caso sea un cliché y no en el mío por el mero hecho de que yo tengo vagina. En fin —dijo, encogiéndose de hombros y metiéndose una pequeña porción de lechuga en la boca—, el caso es que lo leí cuando tenía doce años y...

—¿Doce años?

—Sí, y me dejó alucinada. No era tanto lo que decía, porque no creo que lo entendiese todo entonces, sino más bien por el hecho de que pensase así. El hecho de que hubiese gente ahí fuera que se pasaba la vida tratando de encontrar respuestas a esa clase de cosas. Me abrió todo un mundo nuevo. — De pronto, cerró los ojos, respiró profundamente y sonrió con cierto aire de culpabilidad cuando volvió a abrirlos—. Me estoy enrollando como una persiana.

—Sí, pero últimamente siempre te enrollas como una persiana.

Guiñándome un ojo, se adelantó unos centímetros y susurró:

—Sí, pero a ti te encanta, me parece...

Con la imaginación desatada, fantaseé viéndola arquear el cuello y abriendo la boca con una súplica ronca en la garganta mientras le recorría con la lengua la línea que unía el hueco de su cuello con su mandíbula. La imaginé clavando las uñas en mis hombros, la punzada aguda de dolor..., y pestañeé, me levanté y aparté la silla tan deprisa que golpeé con ella la otra silla que tenía detrás. Pedí disculpas al hombre que había allí sentado, pedí disculpas a Ziggy y prácticamente eché a correr hacia el baño.

Cerré la puerta a mis espaldas y me volví para enfrentarme a mi reflejo en el espejo. «¿A qué cojones ha venido eso, Sumner?», pensé. Me agaché para arrojarme un poco de agua fría en la cara. Agarrando el lavabo con las manos, volví a enfrentarme a mis propios ojos en el espejo.

«Solo ha sido una imagen, una fantasía. No ha sido nada. Es una chica estupenda. Es guapa. Pero primero: es la hermana de Jensen. Segundo: es la hermana de Liv, y prácticamente te lo hiciste con Liv en el cobertizo del jardín cuando tenía diecisiete años. Me parece que ya jugaste tu carta de cómo ligar con las hermanas Bergstrom una vez. Y tercero... Agaché la cabeza y tomé aire. Tercero: has salido a correr con ella demasiadas veces para empezar a tener fantasías sexuales y pretender que ella no te haya calado todavía. Echa el freno. Vete a casa, llama a Kitty o Kristy, echa un polvo y date por satisfecho».

Cuando volví a la mesa, Ziggy prácticamente se había zampado toda la ensalada y estaba observando a la gente que pasaba por la acera. Levantó la vista cuando me senté y me miró con cara de preocupación.

—¿Problemas de estómago?

—¿Qué? No. No, es que... tenía que ir a llamar por teléfono.

Mierda. Eso sonaba grosero y prepotente. Arrugué el ceño y luego lancé un suspiro.

—La verdad es que tengo que irme, Ziggs. Llevo aquí ya un par de horas y quería hacer unos recados pendientes esta tarde.

Maldita sea. Eso sonaba aún más prepotente. Sacó el billetero del bolso y dejó unos cuantos dólares.

—Claro. Dios, yo también tengo un montón de cosas que hacer. Muchas gracias por quedar conmigo aquí. Y gracias también por ponerme en contacto con Chloe y Sara.

Sonriendo una vez más, se levantó, se echó el bolso al hombro, recogió las bolsas con sus compras y echó a andar hacia la puerta. Su melena tostada le relucía y le caía en cascada por la espalda. Caminaba muy erguida, con paso firme y seguro. Tenía un culo increíble con aquellos tejanos que llevaba.

«Joder, Will. Esta vez sí que la has cagado bien cagada...»

3

Aquello de correr no se estaba volviendo más fácil.

—Esto de correr se volverá más fácil —insistió Will, mirando hacia abajo, donde yo estaba sentada, hecha un ovillo quejumbroso en el suelo—. Ten paciencia.

Arranqué de la escarcha unas cuantas briznas de hierba parda, murmurando para mis adentros lo que Will podía hacer exactamente con su paciencia. Era temprano, el cielo seguía estando apagado y gris, y ni siquiera los pájaros parecían dispuestos a aventurarse a salir al frío. Llevábamos una semana y media saliendo cada mañana a correr juntos, y tenía agujetas en lugares que ni siquiera sabía que existían.

—Y deja de comportarte como una cría —añadió.

Alcé la vista hacia él con los ojos entornados y pregunté:

—¿Qué has dicho?

—He dicho que muevas el culo y vengas aquí.

Me levanté y me quedé rezagada unos cuantos pasos antes de echarme a correr para ponerme a su altura. Me miró para evaluarme.

—¿Sigues dolorida?

Me encogí de hombros.

—Un poco.

—¿Tanto como el viernes?

Reflexioné, dibujando círculos con los hombros y estirando los brazos por encima de la cabeza.

—No tanto.

—¿Y sigues notando el pecho como si alguien te hubiese empapado los pulmones de gasolina y les hubiese prendido fuego?

—No —respondí con una mirada furiosa.

—¿Lo ves? Y la semana que viene se volverá más fácil. Y la semana siguiente anhelarás correr tal como debes desear a veces comer chocolate.

Abrí la boca para mentir, pero Will me silenció con una mirada perspicaz.

—Esta semana haré una llamada y te pondré en contacto con alguien que te mantenga en movimiento, y antes de que te des cuenta...

—¿Qué quieres decir con eso de «ponerme en contacto con alguien»?

Nos pusimos a correr y alargué las zancadas para mantenerme a su altura. Me dedicó una breve mirada.

—Alguien que corra contigo. Una especie de entrenador.

Los árboles desnudos parecían suficientes para aislarnos porque, aunque podía ver la parte superior de los edificios y el paisaje a lo lejos, los sonidos de la ciudad parecían proceder de varios kilómetros de distancia. Nuestros pies impactaban contra las hojas caídas y la grava suelta del camino, el cual se estrechó lo justo para que tuviese que ajustar mis pasos. Mi hombro rozaba el de Will.

Estaba lo bastante cerca de él para oler el aroma de jabón, menta y un toque de café que se aferraba a su piel.

—Estoy confundida. ¿Por qué no puedo correr contigo?

Will se echó a reír, dibujando un arco con la mano como si la respuesta se hallara suspendida en el aire a nuestro alrededor.

—Para mí esto no es correr de verdad, Ziggs.

—Bueno, claro que no; apenas estamos haciendo jogging.

—No, me refiero a que se supone que tengo que entrenar.

Miré con intención nuestros pies y luego su cara.

—¿Y esto no es entrenar?

Volvió a reírse.

—Esta primavera voy a participar en el Ashland Sprint. Me hará falta correr algo más que dos kilómetros y medio unos cuantos días por semana para ponerme a punto.

—¿Qué es el Ashland Sprint? —pregunté.

—Un triatlón que se celebra en las afueras de Boston.

—Oh. —El ritmo de nuestros pasos resonó en mi cabeza y sentí que mis extremidades se calentaban; casi pude sentir la sangre que bombeaba a través de mi cuerpo. No era del todo desagradable—. Pues participaré contigo.

Me miró con los ojos entornados y las comisuras de su boca se elevaron con una sonrisa.

—¿Sabes acaso qué es un triatlón?

—Por supuesto. Hay que nadar, correr y dispararle a un oso.

—Casi lo adivinas —dijo en tono socarrón.

—Vale, pues ilumíname, bajista. ¿Qué longitud tiene exactamente ese triatlón de la hombría?

—Depende. Hay la distancia sprint, la intermedia, la larga distancia y la ultra distancia. Y nada de osos, tonta del culo. Natación, carrera y bicicleta.

Me encogí de hombros, haciendo caso omiso del constante escozor de mis pantorrillas al llegar a una cuesta.

—¿Y en cuál participas tú?

—En la intermedia.

—Vale —dije—. No suena demasiado mal.

—Eso significa que nadas más o menos un kilómetro y medio, recorres en bicicleta cuarenta y luego corres los últimos nueve kilómetros.

Los pétalos de mi floreciente confianza se marchitaron de repente.

—Oh.

—Y por eso no puedo quedarme contigo aquí, en este camino para conejos.

—¡Eh! —dije, empujándolo con la fuerza suficiente para que tropezase ligeramente.

Se echó a reír y recuperó el equilibrio antes de sonreírme.

—¿Siempre ha sido tan fácil encenderte?

Enarqué las cejas y abrió los ojos de par en par.

—No me hagas caso —gruñó.

El sol irrumpía por fin a través de las tinieblas cuando nos pusimos a andar. Will tenía las mejillas sonrosadas por el frío, y las puntas de su pelo asomaban rizadas por debajo de su casquete. Un atisbo de barba le cubría la

mandíbula y me encontré observándolo, tratando de reconciliar a la persona que se hallaba ante mí con el tipo al que tan bien creía recordar. Ahora era todo un hombre. Seguro que podía afeitarse dos veces al día y aun así tener una sombra de barba a media tarde. Alcé la mirada justo a tiempo de pillarlo mirándome fijamente el pecho.

Me agaché para mirarlo a los ojos, pero ignoró mi intento de reorientar su atención.

—Detesto preguntar lo obvio, pero ¿qué estás mirando?

Ladeó la cabeza y me observó desde un ángulo distinto.

—Tienes las tetas diferentes.

—¿Verdad que están alucinantes? —Me cogí una con cada mano—. Ya sabes que Chloe y Sara me ayudaron a elegir sujetadores nuevos. Las tetas siempre han sido un problema para mí.

Vi que Will tenía los ojos abiertos como platos.

—Las tetas nunca son un problema para nadie. Jamás.

—Eso dice el hombre que no tiene un par. Las tetas son funcionales. Eso es.

Me miró con auténtico fuego en los ojos.

—Desde luego que lo son. Hacen su trabajo.

Reí y solté un gruñido.

—No son funcionales para ti, salido.

—¿Te apuestas algo?

—Verás, el problema con las tetas es que, si las tienes grandes, nunca puedes parecer delgada. Los tirantes del sujetador te dejan marcas en los hombros y te duele la espalda. Y a no ser que las estés utilizando para su verdadera finalidad, siempre estorban.

—¿Cómo que estorban? ¿Les estorban a mis manos? ¿Les estorban a mi cara? No blasfemes, anda. —Alzó la vista al cielo—. Esta chica no lo decía en serio, Señor. Te lo prometo.

Ignorándolo, dije:

—Por eso me hice una reducción de mamas cuando tenía veintiún años.

En ese momento, su expresión pasó de divertida a horrorizada, como si acabase de decirle que había preparado un estofado increíble con bebés recién nacidos y lenguas de cachorros.

—¿Por qué demonios hiciste eso? Es como si Dios te hiciese un regalo estupendo y tú le dices una patada en los huevos.

Me eché a reír.

—¿Dios? Pensaba que eras agnóstico, profesor.

—Lo soy, pero si pudiera agarrar unas tetas perfectas como las tuyas tal vez fuese capaz de encontrar a Jesús.

Sentí las mejillas calientes.

—¿Es que Jesús vive en mi escote?

—No, ya no. Ahora tus tetas son demasiado pequeñas para que esté cómodo ahí dentro. —Sacudió la cabeza, y no pude dejar de reír—. ¡Qué egoísta, Ziggs! —dijo, sonriéndome de oreja a oreja.

Tropecé un poco. Ambos nos volvimos de golpe al oír una voz:

—¡Will!

Paseé la mirada desde la animada pelirroja que corría hacia nosotros hasta Will y volví a mirarla a ella.

—¡Hola! —dijo él, saludándola incómodo con la mano.

Tras adelantarnos, ella se volvió para correr hacia atrás, gritándole:

—No te olvides de llamarme. Me debes un martes.

La chica le dedicó una sonrisita coqueta antes de continuar por el camino. Esperé una explicación, pero no llegó. Will tenía la mandíbula tensa y sus ojos ya no sonreían mientras se concentraba en el camino que se extendía ante nosotros.

—Era guapa —sugerí.

Will asintió con la cabeza.

—¿Era una amiga?

—Sí. Esa es Kitty. De vez en cuando... quedamos.

Quedar. Vale. Había pasado el tiempo suficiente en campus universitarios para estar enterada de que en el noventa y cinco por ciento de los casos la palabra «quedar» era una manera que tenían los chicos de decir «hacerlo».

—Así que no la presentarías como tu novia.

Su mirada se clavó en mis ojos.

—No —dijo, y casi pareció que lo había ofendido—. Desde luego, no es mi novia.

Caminamos en silencio unos momentos y miré por encima de mi hombro,

cayendo en la cuenta. Era una «no novia».

—Tenía las tetas..., uau. Está claro que conoce a Jesús.

Will se partió de risa y me pasó el brazo por los hombros.

—Digamos simplemente que encontrar la religión le costó un montón de dinero.

Más tarde, cuando acabamos y Will hacía estiramientos en el suelo junto a mí, tocándose los dedos de los pies, lo miré.

—Esta noche tengo una fiesta —dije con una mueca.

Bajo los pantalones de chándal se le notaban los músculos del muslo, así que casi no lo oí cuando repitió:

—¿Una fiesta?

—Sí. Es una especie de fiesta..., de trabajo. Bueno, en realidad no. Es como una reunión social, una fiesta interdepartamental. Nunca voy a esa clase de cosas, pero como he decidido no morir sola rodeada de gatos salvajes, he pensado que podía probar. Es jueves por la noche, así que estoy segura de que la reunión no va a ser demasiado movida.

Él se echó a reír, sacudiendo la cabeza y cambiando de postura.

—Es en Ding Dong Lounge. —Hice una pausa, mordisqueándome el labio—. En serio, ¿es un nombre inventado?

—No, es un local de Columbus. —Pensativo, se rascó la mandíbula, en la que se veía un principio de barba—. De hecho, no está lejos de mi oficina. Max y yo vamos allí algunas veces.

—Pues un grupo de compañeros míos va a ir, y esta vez cuando me preguntaron si iba dije que sí, y ahora me doy cuenta de que no tengo más remedio que presentarme allí al menos y ver de qué va la cosa. Quién sabe, quizá pueda ser divertido.

Me miró a través de sus gruesas pestañas.

—¿Has respirado siquiera durante toda esa frase? —dijo.

—Will. —Lo observé insistentemente hasta que bajó la mirada—. ¿Quieres pasártelo bien?

Se rió y sacudió la cabeza mientras hacía otro estiramiento. Tardé un instante en entender por qué se reía.

—¡Puaj, estás hecho un perverso! —exclamé, dándole un golpe de broma en el hombro—. Sabes a qué me refiero. ¿Quieres pasarlo bien conmigo?

Alzó la mirada al oír que me daba una palmada en la frente.

—Dios, suena mucho peor. Mándame un mensaje si te interesa pasar un buen rato. —Hice una mueca y me volví para caminar por el sendero hacia mi edificio de apartamentos, deseando que el sendero se abriese bajo mis pies y me transportase a Narnia—. ¡Olvídalo!

—¡Me encanta que me invites a pasar un buen rato contigo! —gritó a mis espaldas—. ¡Estoy deseando pasar un buen rato esta noche, Ziggy! ¿Quieres que quedemos a las ocho o prefieres que vaya a las diez? ¿Y si pasamos dos buenos ratos?

Tras mostrarle el dedo corazón de la mano, seguí andando por el sendero. Gracias a Dios, no pudo ver mi sonrisa.

4

Me dolían las piernas de estar todo el santo día sentado delante del ordenador y además tenía unas ganas locas de llegar al Ding Dong Lounge, nunca pensé que llegaría a decir algo así, sentarme junto a Ziggy en la barra y... relajarme. Hacía muchísimo tiempo que no lo pasaba tan bien con una mujer sin estar desnudos.

Por desgracia para mí, cuanto más tiempo pasaba con Ziggy, más ganas tenía de que aquello desembocara en algo que implicase estar desnudos, lo que me parecía casi una forma de escapismo, como si mi cerebro y mi cuerpo quisieran recurrir al consuelo familiar del sexo en lugar de ahondar en el lado emocional. Ziggy me empujaba, aunque no fuese consciente de ello; me obligaba a replanteármelo absolutamente todo: desde por qué hacía mi trabajo hasta por qué seguía acostándome con mujeres a las que no quería. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había tenido ganas de coger el historial sexual de alguien y rescribirlo de arriba abajo con mis manos, mi lengua y mi sexo.

Sin embargo, con Ziggy no sabía si eso era porque el sexo sería más fácil que seguir atormentándome con la forma que tenía de ponerme el cerebro patas arriba, o si era porque quería que me pusiera patas arriba en todos los demás aspectos.

Así que no aparecí hasta las diez, dejándole espacio para que socializase y pasase tiempo con sus amigos del laboratorio. Cuando llegué, enseguida la localicé en la barra y me senté a su lado, dándole un golpecito en el hombro con el mío.

—Hola, guapa. ¿Vienes mucho por aquí?

Me sonrió de oreja a oreja y los ojos se le iluminaron de felicidad.

—Hola, Will el irresistible seductor. —Tras una pausa impregnada con una extraña sensación de inspección mutua, añadió—: Gracias por... venir.

Contuve una carcajada y pregunté:

—¿Has cenado?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Hemos ido a una marisquería que hay un poco más abajo. Hacía años que no comía mejillones.

Cuando hice una mueca de asco, me dio un codazo con aire burlón.

—¿Es que no te gustan los mejillones?

—Odio el marisco.

Se inclinó para acercarse.

—Pues estaban deliciosos —susurró.

—Sí, seguro. Blandos y viscosos, y con sabor a agua sucia de mar.

—Me alegro de verte —dijo, cambiando de tema bruscamente, pero no flaqueó en ningún momento cuando la repasé de arriba abajo—. Fuera de nuestras sesiones de running, claro.

—Me alegro de que te alegres.

Me miró a los ojos, a las mejillas y luego a los labios durante largo rato antes de volver a mirarme a los ojos.

—Ese fuego tuyo podría llegar a matarme, Will. Y lo peor es que creo que no eres consciente de que miras así a las mujeres.

Pestañeé, sin comprender.

—¿Ese qué?

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó el camarero, dándonos un susto a ambos cuando depositó dos posavasos delante de nosotros y se inclinó.

Por lo visto, los colegas del laboratorio de Ziggy se habían marchado y el Ding Dong estaba inusitadamente tranquilo. Generalmente, allí los camareros solían preguntarme qué quería desde el otro extremo de la barra y mientras le servían la cerveza a otro cliente.

—Una Guinness —dije. Y a continuación añadí—: Y un chupito de Johnny Gold.

El camarero miró a Ziggs.

—¿Y tú? ¿Vas a querer algo más?

—Otro té con hielo, por favor.

Arqueó una ceja y le sonrió.

—¿Y no quieres nada más, princesa?

Ziggy se rió y se encogió de hombros.

—Si tomo algo más fuerte, me quedaré dormida en quince minutos.

—Estoy seguro de que por aquí detrás hay cosas muy fuertes que te mantendrían despierta durante horas.

El comentario del camarero hizo que me volviera de repente para calibrar la reacción de Ziggy. Si se había horrorizado iba a tener que darle un puñetazo a aquel tipo. Ella se echó a reír, sin hacerle mucho caso y sintiéndose un poco avergonzada porque la hubiesen tomado por abstemia en un bar, y se puso a dar vueltas al posavasos que tenía delante.

—¿Te refieres a un café con Baileys o algo así? —preguntó ella.

—No —dijo el tipo apoyando los codos justo delante de Ziggy—. Estaba pensando en otra cosa...

—Solo un té con hielo —zanjé, sintiendo cómo me subía la tensión.

El camarero hizo una mueca, se incorporó y se fue a preparar nuestras bebidas. Noté la mirada de Ziggy clavada en mí y cogí una servilleta de cóctel para tener algo en lo que entretenerme con las manos.

—¿A qué viene ese tono tan severo, William?

Lancé un resoplido.

—¿Es que no me ha visto sentado aquí contigo? Se te comía con los ojos. Menudo capullo —solté.

—¿Por preguntarme qué quería tomar? —exclamó, mirándome con cara de perplejidad—. Sí, qué cabrón...

—La indirecta —le expliqué—. Seguro que la has captado.

—Seguro que no lo dices en serio.

—¿«Por aquí detrás hay cosas muy fuertes que te mantendrían despierta durante horas»?

Formó una pequeña «o» con la boca mientras, al parecer, captaba al fin el verdadero sentido de la frase, y entonces sonrió.

—¿No era ese el objetivo de nuestro plan, precisamente? ¿Que me lanzaran más indirectas de esa clase?

El camarero regresó y dejó las copas delante de nosotros, guiñando un ojo a Ziggy antes de alejarse.

—Sí, supongo —respondí de mala gana, y me tomé un trago de cerveza.

A mi lado, la vi enderezarse un poco y volver el taburete para colocarse frente a mí.

—No es que quiera cambiar de tema, pero anoche vi algo de porno.

Empecé a toser y, al dejar la cerveza en el borde redondeado de la barra, conseguí atraparla a tiempo antes de arrojármela toda por encima. Aun así, una parte se salió por el borde del vaso y me cayó en el regazo.

—Joder, Ziggs, no te andas con tapujos.

Cogí unas cuantas servilletas de papel y me limpié los pantalones.

—¿Es que tú no ves pelis porno?

Me quedé mirando fijamente el pequeño vaso de whisky y lo apuré de un trago antes de admitirlo.

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué te resulta raro que yo lo hiciera anoche?

—No es raro que vieras porno, lo que es raro es que ese sea el comienzo de una conversación. Es solo que... todavía estoy acostumbrándome. Antes del proyecto Ziggy la Devorahombres, solo te conocía como la hermanita petarda y repelente. Y ahora te has convertido en esta... mujer que ve cine porno, se ha hecho una reducción de pechos y elabora teorías sobre la reconstrucción del himen. Es todo un proceso de adaptación.

«Eso, y que además me pareces casi irresistible», pensé. Hizo un gesto desdeñoso con la mano, como quitando importancia a mis palabras.

—Bueno, tengo una pregunta —dijo ella.

La miré con el rabillo del ojo.

—Dime.

—¿De verdad las mujeres hacen esos ruidos en la cama?

Me quedé inmóvil, con una sonrisa en la cara.

—¿Qué ruidos, Ziggy?

Al parecer, no se dio cuenta de que me estaba quedando con ella, y cerró los ojos y empezó a murmurar.

—Unos ruidos como «oh, oh, Will..., necesito tu polla» y «más, más, dame más. Fóllame, fóllame, papi...», etcétera. —Había bajado la voz y

ahora hablaba con voz ronca y susurrante, y me asusté al sentir cómo se me endurecía la polla. Otra vez.

—Mmm... Algunas sí.

Estalló en risas.

—¡Es ridículo!

Contuve la sonrisa, admirando sus reacciones espontáneas y su seguridad aun tratándose de un tema en el que sospechaba que no era ninguna experta.

—Pero es que a lo mejor sí necesitan mi polla. ¿No te gustaría a ti desear a alguien tanto como para necesitar su polla?

Tomó un prolongado sorbo de su té helado, reflexionando sobre mi comentario.

—Pues la verdad es que sí. Me parece que nunca he deseado tanto a alguien como para suplicarle eso. ¿Una galleta? Sí. ¿Una polla? No.

—Pues debía de ser una galletita muy pero que muy buena.

—Oh, sí, lo era.

Riéndome, pregunté:

—¿Qué película viste?

—Mmm... —Levantó la vista hacia el techo. No se sonrojó, no sentía ni siquiera una pizca de vergüenza—. ¿Universitarios cachondos? Algo así. Un montón de universitarias montándose con un montón de universitarios. La verdad es que era fascinante, sinceramente.

Me quedé callado, y el hilo de mis pensamientos se perdió por un rocambolesco laberinto de compañeros de universidad, el trabajo de Ziggy en el laboratorio, la esperanza de Jensen de que su hermana hiciese nuevos amigos, el intento del camarero de ligar con ella delante de mis narices y la erección que todavía sentía.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—No, en nada.

Dejó su té y se volvió en el taburete a mirarme.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden decir los hombres que no están pensando en nada?

—No estoy pensando en nada realmente importante, quiero decir —aclaré.

—¿Estamos hablando de porno y tú ni siquiera piensas en sexo?

—Por extraño que parezca, no —dije—. Estoy pensando en lo ingenua y lo tierna que eres.

Me pregunto a qué me habré comprometido cuando te dije que te ayudaría a ligar con hombres y a desenvolverte en el mundo de las relaciones sociales. Me preocupa convertirte en la mujer despampanante más vulnerable en la historia de la humanidad.

—¿Y estabas pensando en todo eso ahora mismo? —Asentí.

—Vaya. Pues a mí sí me parece realmente importante. —Hablaba en voz baja y ronca, casi empleando el mismo tono que antes, cuando imitaba las películas porno, pero con palabras reales y emociones reales. Sin embargo, cuando la miré, tenía la mirada perdida al otro lado de la ventana—. Pero no soy ingenua ni tierna, Will. Sé lo que quieres decir, pero siempre he estado un poco obsesionada con el sexo. Básicamente con la parte mecánica del sexo, por qué a la gente le atraen cosas distintas. Por qué a algunos les gusta un tipo determinado de sexo y a otros otra variante. ¿Será por la anatomía? ¿Será algo psicológico? ¿De verdad están nuestros cuerpos organizados de forma tan distinta? Cosas así.

No tenía literalmente ni idea de cómo responder a aquello, así que me limité a beber. Nunca había pensando en esas cosas, sino que había preferido limitarme a probar absolutamente todo lo que quisiera hacer una mujer, pero descubrí que me gustaba mucho que Ziggy le hubiese estado dando vueltas al tema de ese modo.

—Pero últimamente estoy intentando descubrir más o menos qué es lo que me gusta —reconoció—. Y es divertido, pero es difícil no poder descubrirlo en primera persona. De ahí el porno.

Dio un largo sorbo y luego me dedicó una sonrisa. Dos semanas antes, si Ziggy me hubiese dicho algo así habría sentido vergüenza ajena por ella por mostrarse tan franca con su inexperiencia. En ese momento pensé que quería proteger esa misma inexperiencia, solo un poco.

—No me puedo creer que yo mismo esté alentando esta conversación, pero... me preocupa que el porno pueda darte una idea falsa de cómo debería ser el sexo.

—¿Y eso?

—Porque el sexo que ves en el cine porno no es demasiado realista.

Se echó a reír y preguntó:

—¿Quieres decir que la mayoría de los hombres no llevan un paquete de Pringles entre pata y pata?

Esta vez no me atraganté.

—Esa es una diferencia, sí.

—Ya he tenido relaciones sexuales antes, Will. Solo que no he probado muchas variantes. El porno es una buena manera de saber qué es lo que puede hacerme «tilín», si sabes a lo que me refiero.

—Me sorprendes, Ziggy Bergstrom.

No respondió durante varios segundos que se me hicieron eternos.

—Ese no es mi nombre, ¿lo sabes?

—Lo sé, pero así es como te llamo.

—¿Y siempre me llamarás «Ziggy»?

—Probablemente. ¿Te molesta?

Se encogió de hombros y se volvió en el taburete para mirarme a la cara de nuevo.

—A lo mejor un poco. A ver, es que creo que ya no me pega. Solo mi familia me llama así. No mis... amigos.

—No me parece que seas ninguna niña, si es eso lo que te preocupa.

—No, no es eso lo que me preocupa. Todo el mundo aprende a pasar de la infancia a convertirse en una persona adulta, pero yo me siento como si siempre hubiese sabido cómo ser una adulta y solo estuviese aprendiendo a ser una niña ahora. A lo mejor Ziggy era mi nombre de adulta. A lo mejor quiero soltarme un poco y hacer unas cuantas locuras.

Le pellizqué la oreja y chilló, apartándose inmediatamente.

—Así que has empezado a soltarte un poco viendo cine porno, ¿eh?

—Exactamente. —Me examinó un lado de la cara—. ¿Puedo hacerte unas preguntas personales?

—¿Ahora resulta que necesitas mi permiso?

Se rió y me dio un golpe en el hombro.

—Hablo en serio.

Deslicé mi vaso vacío por la barra y me volví para mirarla a los ojos.

—Puedes preguntarme lo que quieras si me invitas a otra cerveza.

Levantó la mano y atrajo la atención del camarero inmediatamente.

—Otra Guinness —dijo, señalando el vaso antes de volverse hacia mí—.
¿Estás listo?

Me encogí de hombros. Inclinandose hacia delante, me habló en un susurro.

—A los tíos les gusta mucho hacerlo analmente, ¿verdad? —preguntó.
Cerré los ojos un segundo, reprimiendo una carcajada.

—Se llama sexo anal, sin más; no se dice «hacerlo analmente».

—Pero ¿les gusta? —repitió.

Lancé un suspiro y me restregué la cara con las manos. ¿De verdad quería hablar de eso con ella?

—Supongo. Quiero decir, sí.

—Así que ¿lo has hecho?

—¿Me lo preguntas en serio, Ziggy?

—¿Y no piensas, cuando lo haces, que estás en...?

Levanté la mano para pararla.

—No sigas.

—¡Ni siquiera sabes lo que iba a decir!

—Lo sé. Te conozco, Ziggy. Sé exactamente lo que ibas a decir.

Puso cara de circunstancias y volvió a concentrar la vista en la televisión que había encima de la barra, donde los Knicks estaban destrozando al Miami Heat.

—Los tíos podéis desconectar el cerebro y ya está. Ni siquiera puedo entenderlo.

—Entonces es que nunca has experimentado sexo del bueno, capaz de hacer que tu cerebro desconecte por completo.

—Creo que tú serías capaz de desconectar el cerebro aunque fuese un polvo de lo más mediocre.

—Probablemente —admití, riéndome—. A ver, tú has comido mejillones para cenar. Eso es como... comer mierda marina, correosa y blandengue. Pero, aun así, podrías hacerme una mamada y yo no estaría pensando que acabas de comerte unos mejillones.

Advertí un leve rubor en sus mejillas.

—Estarías pensando en lo increíblemente bien que te la chupo.

La miré de hito en hito.

—¿Que yo... qué?

Se echó a reír a carcajadas, moviendo la cabeza con gesto entre divertido y resignado.

—¿Lo ves? Ya te has quedado sin habla, y eso que todavía no he hecho nada. Los hombres sois tan simples...

—Es verdad. Los tíos son capaces de follarse cualquier orificio.

—Cualquier orificio follable.

—¿Qué? —exclamé, volviéndome en mi asiento para mirarla.

—Bueno, es que no todos los orificios se pueden follar. Como los nasales. O el de la oreja.

—Evidentemente, no has oído «*El hombre de Nantucket*».

—No.

Arrugó la nariz y me fijé en sus pecas. Esa noche tenía los labios especialmente rojos, pero advertí que no llevaba pintalabios. Solo los tenía... encendidos.

—Todo el mundo la conoce. Es una rima un poco guarra.

—¿Conocerla, yo? —Se señaló el pecho y procuré no mirar hacia abajo —. No creo, no.

—«*Había una vez un hombre de Nantucket, capaz de chuparse su polla gigante. Decía siempre sonriente, con lefa^[2] en la barbilla: “Si mi oreja fuese un coño, me la follaría a la muy pilla”*».

Me miró muy fijamente.

—Eso es... asqueroso.

Me encantó que aquella fuese su primera reacción.

—¿Qué parte? ¿La de la *lefa* en su barbilla o la de follarse su oreja?

Sin contestarme, preguntó:

—¿Tú te chuparías tu propia polla si pudieras?

Iba a decir que de eso nada, ni hablar, pero me lo pensé mejor. Si fuese posible, seguramente lo haría aunque fuese una vez, solo por curiosidad.

—Supongo que sí...

—¿Y te lo tragarías?

—Joder, Ziggs, me haces cada pregunta... Tendría que pensarlo.

—¿Tendría que pensarlo?

—Quiero decir que parecería un cabrón si dijese que ni hablar, que no me

tragaría mi propio semen ni borracho, pero es que no me lo tragaría ni borracho. Estamos hablando de una situación hipotética en la que podría chuparme mi propia polla, y la verdad es que me gusta que las mujeres se traguen mi semen.

—Pero no todas las mujeres se lo tragan.

No solo se me aceleró el corazón, sino que noté cómo me palpitaba con más fuerza en el pecho, como si me lo golpeará desde dentro. Aquella conversación parecía estar descontrolándose por momentos.

—¿Tú te lo tragas? —le pregunté.

Hizo caso omiso a mi pregunta y dijo:

—Pero en el fondo a los tíos no les gusta comerles el coño a ellas, ¿a que no? Bueno, si quieres decirme la verdad.

—A mí me gusta comérselo a algunas, no a todas con las que me voy a la cama, y no por las razones que tú crees. Es un acto muy íntimo y no todas las mujeres se sienten completamente relajadas, por lo que a veces resulta difícil disfrutar. No sé, para mí una mamada es como una paja, solo que el placer es mucho más intenso. Pero ¿hacerle el cunnilingus a una chica? A mí me parece que eso es cuando la relación ya está un poco más madura. Requiere confianza.

—Yo no he hecho nunca ninguna de las dos cosas. Las dos me parecen bastante íntimas.

Me quedé inmóvil y di las gracias en voz baja al camarero cuando me puso la botella de cerveza delante, pero no tenía ni idea de cómo dominar la extraña sensación de victoria que me fluía por las venas. ¿A cuento de qué venía esa sensación? Yo no iba a ser el primer hombre al que ella le hiciera una mamada. No podía llegar tan lejos con ella. Además, Ziggy era tan directa con lo que quería...

Sentí un nudo en la boca del estómago al darme cuenta de que, si era eso lo que quería, seguramente ya lo habría dicho. Se habría plantado delante de mí, habría apoyado la mano en mi pecho y me habría dicho: «¿Quieres follarme?».

—¿Lo ves? —preguntó, inclinándose hacia delante para llamar mi atención—. ¿Se puede saber en qué piensas ahora?

—En nada —dije, llevándome la botella a los labios.

—Si fuese una mujer violenta, ahora mismo te soltaría una bofetada en la mejilla.

Aquello me hizo reír.

—Está bien. Solo estaba pensando que es un poco... raro que te hayas acostado con alguien, pero que no le hayas hecho nunca una felación a nadie, o que no hayas estado nunca al otro lado.

—Bueno —empezó a decir, recostándose un poco hacia atrás en el taburete—, supongo que podría decirse que le hice una mamada a un tío una vez, pero no tenía literalmente ni idea de lo que hacía, así que acabé volviendo a la zona de la cara.

—Con los tíos siempre es muy fácil: se trata de darle arriba y abajo y ya está, disparamos el chorro.

—No, quiero decir..., eso ya lo sé. Me refiero a mí. Cómo hacerlo y respirar a la vez, sin preocuparme por si lo muerdo o no. ¿Te has paseado alguna vez por la sección de porcelana de alguna tienda cara y has sufrido ese momento de pánico absoluto en el que estás convencido de que vas a tropezar y vas a romper todo el cristal de Waterford?

Me incliné hacia delante, sin poder parar de reír. Joder, aquella mujer era increíble.

—¿Así que te preocupa que, teniendo una polla en la boca, puedas llegar a... morderla?

Ella también se echó a reír, y al cabo de un momento, los dos estábamos desternillándonos de la risa ante la idea, pero casi al mismo tiempo nos serenamos un poco y me di cuenta de que tenía la mirada fija en mi boca.

—A algunos hombres les gustan los dientes —dije en voz baja.

—¿A algunos hombres... como a ti, por ejemplo?

Tragué saliva.

—Sí —admití—. Me gusta cuando las mujeres se ponen un poco brutas.

—¿Como cuando arañan y muerden y esas cosas?

—Sí.

Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo solo de oírla decir esas palabras. Tragué saliva con dificultad, preguntándome cuánto iba a tardar en quitarme de la cabeza su imagen haciendo esas cosas.

—¿Con cuántos tíos has estado? —le pregunté.

Tomó un sorbo de su té helado antes de responder.

—Con cinco.

—¿Nunca has hecho una mamada pero te has acostado con cinco tíos? — Sentí que se abría un abismo en mi estómago, y a pesar de que mi indignación era absolutamente injusta e hipócrita, no podía contenerla—. Joder, Ziggs, ¿cuándo?

Puso cara de exasperación y se rió de mí en mi cara.

—Perdí la virginidad cuando tenía dieciséis años. Ahora que lo pienso fue el verano que trabajaste con mi padre. —Me tapó la boca con la mano cuando quise protestar y luego añadió—: No se te ocurra echarme ningún sermón, Will. Sé que tú seguramente perdiste la tuya cuando tenías trece.

Cerré la boca y me enderecé en el asiento. Tenía razón. Con una sonrisa cómplice dibujada en los labios, siguió hablando.

—Además, estoy segura de que te has acostado con centenares de mujeres. Cinco no son tantos. Me acosté con varios tíos un par de años después de eso y luego decidí que me estaba equivocando. No era muy interesante. Tuve un novio en la universidad durante un tiempo, pero... es como si no sirviese para esto, como si tuviese alguna avería. El sexo es más o menos divertido hasta que llega la parte del sexo en sí. Y entonces voy y pienso: «Mmm... No sé si habré puesto suficientes células en la placa para poder calcular mañana las curvas de respuesta según la dosis con el compuesto derivado».

—Eso es muy triste.

—Ya lo sé.

—El sexo no es aburrido —le dije.

Me miró detenidamente y luego se encogió de hombros.

—No creo que tenga que ser aburrido. Creo que es aburrido porque la mayoría de los hombres de mi edad no tienen ni idea de qué hacer con el cuerpo femenino. —Desvió la vista y me dieron ganas de decirle que regresara, pues me estaba convirtiendo en un adicto a la llamarada que sentía cada vez que me miraba a los ojos—. No les culpo. Lo de ahí abajo es un poco complicado. —Se paseó la mano por el regazo—. Es solo que hace mucho tiempo que no conozco a nadie que me haga sentir ganas de averiguar a qué viene tanto alboroto. —Me miró a los labios antes de pestañear y

desplazar los ojos hacia la pared, donde estaba la oferta de cervezas de barril del local.

Yo bajé la vista a la cerveza que tenía delante y fui dándole vueltas encima del posavasos. Por supuesto, ella tenía razón, y muchas de las mujeres que había conocido mantenían relaciones sexuales por otras razones además de por el hecho de correrse. Kitty me dijo una vez que se sentía más cerca de mí después de follar. Lo dijo justo cuando yo acababa de empezar a hacer inventario de lo que me quedaba en la nevera. Me sentía mucho más cerca de Hanna en ese momento de lo que había estado de Kitty antes, durante o después del sexo.

Había algo en ella que me hacía tener ganas de más, como si quisiera ser tan franco como ella y tomarme mi vida con la misma calma con la que se la tomaba ella. Quería conocer a Hanna, oír sus opiniones sobre todas las cosas.

Me detuve, a punto de llevarme la cerveza fría a los labios, y caí en la cuenta de que había pensado en ella como Hanna. Era casi como si acabara de soltar una respiración contenida durante mucho... muchísimo tiempo.

«Ziggy» era la hermana de Jensen. «Ziggy» era la niña que no llegué a conocer.

Hanna, en cambio, era aquella mujer desinhibida y dueña de sí misma que tenía delante y que, podía poner la mano en el fuego, estaba a punto de poner todo mi mundo patas arriba.

5

Había tomado una decisión: si iba a monopolizar el tiempo de Will e insistir en entrenar con él, tendría que..., bueno..., entrenar para algo.

Había optado por ponerme seria, dejar de verlo como un juego y comenzar realmente a tratarlo como un experimento. Empecé a acostarme a una hora decente para poder levantarme y salir a correr con él, y aun así llegar al laboratorio lo bastante temprano para cumplir con una jornada entera de trabajo. Amplié mi vestuario de running con varios chándales de calidad y otro par de zapatillas.

Dejé de pensar en Starbucks como una cadena de cafeterías y decidí quejarme menos. Y con mucha inquietud por mi parte y muchas garantías por la suya, nos inscribimos en una media maratón que tenía lugar a mediados de abril. Estaba aterrada.

Sin embargo, resultó que Will estaba en lo cierto: se volvió más fácil. En solo unas semanas mis pulmones habían dejado de arder, mis espinillas habían dejado de parecerme palos quebradizos y ya no tenía ganas de vomitar cuando llegábamos al final del circuito. De hecho, habíamos incrementado la distancia y adoptado el recorrido normal de Will, el circuito exterior del lago. Will me dijo que, si yo podía aguantar los nueve kilómetros y aumentar a trece kilómetros dos veces por semana, él no necesitaría entrenar de forma adicional sin mí.

No solo empezaba a gustarme, sino que además había comenzado a ver una diferencia. Gracias a la genética, siempre había sido relativamente delgada, pero nunca había estado lo que se dice «en forma». Mi estómago

estaba un poquitín blando, mis brazos ejecutaban ese bailecillo extraño cuando saludaba, y siempre había un maldito bulto sobre la cintura de mis vaqueros si no metía la barriga.

Pero ahora... las cosas estaban cambiando, y yo no era la única en darse cuenta.

—Bueno, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Chloe, observándome desde el interior del vestidor. Me apuntó con el dedo y dibujó un círculo—. Te encuentro... distinta.

—¿Cómo que distinta? —pregunté.

En realidad, lo importante del Proyecto Ziggy no era pasar el mayor tiempo posible con Will, aunque se estaba convirtiendo rápidamente en mi persona favorita, sino ayudarme a encontrar el equilibrio, a tener vida fuera del laboratorio. En las dos últimas semanas, Chloe y Sara habían pasado a ser una parte importante del proyecto al arrastrarme a la calle para ir a cenar o venir a mi apartamento a pasar unas horas conmigo.

Ese jueves en particular habían traído la cena y por algún motivo nos habíamos trasladado a mi habitación, donde Chloe se había impuesto la tarea de repasar mi vestidor y decidir lo que podía quedarse y lo que por fuerza tenía que desaparecer.

—Distinta en el buen sentido —aclaró, y acto seguido se volvió hacia Sara, que estaba tumbada en mi cama, hojeando una especie de dossier financiero de su trabajo—. ¿No te parece?

Sara alzó la mirada y entornó los ojos mientras me observaba.

—En el buen sentido, desde luego. ¿Se siente feliz, quizá?

Chloe asentía con la cabeza.

—Iba a decir eso mismo. Desde luego, tienes las mejillas resplandecientes. Y esos pantalones te hacen un culo increíble.

Miré mi reflejo, comprobé la parte delantera y me volví para ver la trasera. En efecto, mi culo parecía muy feliz, y mi delantera tampoco estaba nada mal.

—Los pantalones me quedan un poco flojos —observé, comprobando la talla—. Y mirad, ¡nada de michelines!

—Bueno, eso siempre es una ventaja —dijo Sara con una carcajada, sacudió la cabeza y luego volvió a sus documentos.

Chloe empezó a poner algunas prendas en las perchas y a meter otras en bolsas de plástico.

—Te estás tonificando. ¿Qué has hecho?

—Simplemente, salir a correr. Y muchos estiramientos. Will les da mucha importancia a los estiramientos. La semana pasada añadió sentadillas a nuestra rutina, y he de dejar claro que las odio con toda mi alma. —Continué observando mi reflejo y añadí—: No recuerdo cuándo me comí una galleta por última vez, y me parece un crimen.

—Sigues entrenando con Will, ¿eh? —preguntó Chloe, y no se me escapó la mirada que intercambiaron Sara y ella.

La mirada que decía que yo acababa de dejar caer un dato muy importante en el regazo de ambas, y que iban a discutirlo en detalle y luego diseccionarlo hasta que yo suplicase clemencia.

—Sí, cada mañana.

—¿Will entrena contigo cada mañana? —preguntó Chloe.

Otra mirada. Asentí y fui a recoger unas cuantas cosas que estaban desperdigadas por ahí.

—Quedamos en el parque. ¿Sabíais que participa en triatlones? Está en muy buena forma.

Cerré la boca de golpe al comprender que probablemente no resultaba seguro ser tan sincera con Chloe como lo era con Will. A aquellas alturas la conocía lo suficiente para saber que no se le escapaba casi nada. Y así fue: enarcó una ceja y se puso una espesa onda de cabello oscuro detrás del hombro.

—Hablando de William...

Me puse a canturrear mientras doblaba un par de calcetines.

—¿Lo ves durante el día, aparte de cuando salís a correr cada mañana?

Sentí la atención de ambas como ardientes rayos láser en un lado de mi cara, así que asentí sin mirar a ninguna de las dos.

—Es muy guapo —añadió Chloe.

«Peligro, peligro», advirtió mi cerebro.

—Sí que lo es —afirmé.

—¿Os habéis visto desnudos?

Clavé mis ojos en los de Chloe.

—¿Qué?

—¡Chloe! —exclamó Sara.

—No —insistí—. Solo somos amigos.

Chloe soltó una risita irritada, acercándose al vestidor con un puñado de ropa extendida sobre los brazos.

—Vale —dijo.

—Salimos a correr por las mañanas y a veces quedamos para tomar un café o incluso para desayunar —le conté, encogiéndome de hombros e ignorando que mi calibrador de sinceridad parecía entrar en la zona roja.

Últimamente habíamos desayunado juntos casi todas las mañanas y hablábamos al menos otra vez durante el día. Incluso había empezado a llamarle para pedirle consejo sobre mis experimentos cuando Liemacki estaba ocupado o de viaje..., o porque valoraba su opinión científica.

—Solo somos amigos —añadí mientras miraba a Sara, que tenía la vista puesta en sus papeles, pero sonreía sacudiendo la cabeza.

—Y una mierda —dijo Chloe, casi cantando—. Will Sumner no tiene a ninguna mujer en su vida que solo sea amiga suya, aparte de su familia y de nosotras dos.

—Eso es cierto —convino Sara a regañadientes.

Sin decir nada, me puse a buscar un jersey en los cajones. No obstante, notaba que Chloe me observaba, sentía la presión de su mirada contra la parte posterior de mi cabeza. Nunca había tenido demasiadas amigas, y desde luego ninguna como Chloe Mills, pero hasta yo era lo bastante lista para tenerle un poco de miedo. Me daba la impresión de que incluso el mismísimo Bennett se lo tenía.

Encontré el cárdigan que estaba buscando y me lo puse encima de mi camiseta favorita, esforzándome por mantener una expresión neutral y la mente libre de cualquier idea relacionada con Will que se saliese de la zona de amistad. Algo me decía que aquellas dos se percatarían en un segundo.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —preguntó Sara—. Max y él comparten mucha historia, pero yo solo lo conozco desde que vine a Nueva York.

—A mí me pasa lo mismo —añadió Chloe—. Desembucha, Bergstrom. Will es demasiado engreído y necesitamos tener algo contra él.

Me eché a reír, aliviada por el ligero cambio de tema.

—¿Qué queréis saber?

—Bueno, lo conociste cuando estaba en la universidad. ¿Era un cretino total? Por favor, dinos que era miembro del club de ajedrez o algo así —dijo Chloe, esperanzada.

—¡Ja! Nada de eso. Estoy segura de que era uno de esos tíos que al cumplir los dieciocho todas las madres se quieren tirar. —Fruncí el ceño, reflexionando—. De hecho, puede que Jensen me contase esa anécdota exacta...

—Max dijo algo de que había salido con tu hermana, ¿no? —preguntó Sara.

Me mordisqueé el labio y negué con la cabeza.

—Algo hubo unas vacaciones, pero creo que simplemente se dieron el lote. Will conoció a mi hermano mayor, Jensen, el día que llegaron a la universidad, y luego, después de la graduación, vivió con nosotros y trabajó con mi padre. Yo soy la más pequeña, así que en realidad no pasaba demasiado tiempo con ellos, aparte de las comidas.

—Déjate de evasivas —dijo Chloe, entornando los ojos—. Tienes que saber más.

Me eché a reír.

—Veamos, él también es el más pequeño. Tiene dos hermanas mucho mayores que él, pero no las conozco. Tengo la sensación de que fue un niño mimado. Recuerdo que una vez lo oí decir que sus padres eran médicos y que se divorciaron mucho antes de que él naciese. Años más tarde se encontraron en una convención, se emborracharon y volvieron a conectar por una noche...

—Y bum, Will —adivinó Sara.

Asentí despacio con la cabeza.

—Sí, pero lo crio su madre. Sus hermanas tienen doce y catorce años más que él. Era su bebé.

—Bueno, eso explicaría por qué cree que las mujeres están en el mundo solo para complacerlo a él —añadió Chloe, dejándose caer en la cama junto a Sara.

No me gustó que dijera eso y me senté, negando con la cabeza.

—No sé si es eso. Creo que sencillamente le gustan muchísimo las mujeres. Y a ellas también parece gustarles él —añadí—. Creció rodeado de mujeres, así que sabe cómo piensan y lo que quieren oír.

—Desde luego, sabe montárselo muy bien —dijo Sara—. Dios, no veas las cosas que me ha contado Max.

Me acordé de la boda de Jensen, donde lo vi desaparecer con dos mujeres a la vez sin que nadie más se percatase. Estaba segura de que aquella no era ni la primera ni la última vez que había sucedido algo así.

—A las mujeres siempre les ha encantado —dije—. Cuando Will trabajaba para mi padre, recuerdo haber oído a algunas de las amigas de mi madre hablar de él. No os imagináis las cosas que le habrían hecho a ese chico.

—¡Vaya lobas! —chilló Chloe, divertida—. Me encanta.

—Dios, todas las chicas estaban enamoradas de él. —Me llevé un cojín al pecho, recordando—. Yo tenía doce años la primera vez que vino a casa con Jensen, y algunas de mis amigas del colegio se inventaban excusas absurdas para visitarme. Una fingió que tenía que devolverme mi jersey el día de Nochebuena, y lo que hizo fue darme un jersey suyo. Imaginaos a Will a los diecinueve años, bromista, claramente enterado de cómo era el cuerpo femenino y con esa maldita sonrisa perversa.

Tocaba en un grupo, llevaba tatuajes... Era el sexo con patas. Cuando se quedó con nosotros un verano, él tenía veinticuatro años y yo dieciséis. Resultaba insoportable. Era como si le ofendiese llevar camiseta dentro de casa y se viese obligado a exhibir toda esa lisa y perfecta piel masculina. Al emerger de mi recuerdo, vi que las dos me sonreían de oreja a oreja.

—¿Qué?

—Esas descripciones eran muy lascivas, Hanna —dijo Sara.

La miré y pregunté:

—¿He oído bien? ¿Acabas de emplear la palabra «lascivas»?

—Desde luego que sí —dijo Chloe—. Y yo estoy de acuerdo. Me siento como si acabase de presenciar algo obsceno.

Me levanté de la cama con un gruñido.

—Así que está claro que Hanna, de adolescente, estaba un poquito colada por Will —dijo Sara—. Pero lo más importante es preguntarse: ¿qué piensa

Hanna de él ahora que tiene veinticuatro años?

Tuve que pensar unos instantes en aquello, porque, para ser sincera, pensaba mucho en Will y de todas las formas posibles. Pensaba en su cuerpo y su boca obscena, y por supuesto en todas las cosas que él podía hacer con ese cuerpo y esa boca, pero también pensaba en su cerebro y su corazón.

—Creo que es sorprendentemente tierno y absurdamente inteligente. Es un seductor irresistible, pero en el fondo es un buen tío.

—¿Y no se te ha pasado por la cabeza tirártelo?

Me quedé mirando a Chloe.

—¿Qué?

Ella me devolvió la mirada.

—¿Cómo que qué? Los dos sois jóvenes y estáis como un tren. Ahí hay una historia. Apuesto a que sería increíble.

Cientos de imágenes cruzaron mi mente en solo unos segundos, y aunque pensaba en tirármelo más de lo que probablemente debía reconocer incluso ante mí misma, me obligué a decir:

—De ningún modo pienso acostarme con Will.

Sara se encogió de hombros.

—Quizá todavía no —dijo.

Me volví hacia ella.

—¿No se supone que tú eres la recatada? —le pregunté a Sara.

Chloe soltó una carcajada y sacudió la cabeza, dedicándole a su amiga una falsa mirada de reprobación.

—¡Recatada! Las que parecen dulces e inocentes siempre son las peores, créeme —sentenció Chloe.

—Bueno, da igual —dije—. Will me considera una especie de hermana pequeña.

Chloe se incorporó y me miró con seriedad.

—Puedo asegurarte que, cuando un hombre conoce a una mujer, la pone en una de dos categorías: amiga inequívoca o posible candidata para tirársela.

—¿No va el tío y tiene citas programadas para follar? —pregunté, arrugando la nariz.

Me gustaba la idea de salir con alguien, pero me daba la impresión de que las relaciones de Will poseían una estructura cuya complejidad iba mucho

más allá de una simple falta de compromiso. En cuanto a tener programados encuentros regulares, lo que parecía ser su caso, no estaba segura de poder superar esa clase de límite en algo tan fluido e informe como el sexo.

Sara asintió con la cabeza.

—Últimamente queda con Kitty los martes por la noche y con Kristy los sábados por la tarde. —Canturreó reflexiva y añadió—: Creo que ya no se ve con Lara, pero estoy segura de que hay otras que hacen cameos de vez en cuando.

Chloe le lanzó una mirada a Sara y esta se la devolvió. Aparté la vista parpadeando para dejar que tuviesen su pequeño enfrentamiento en privado.

—No estoy sugiriendo que se enamore de él —dijo Chloe—. Solo que se lo tire.

—Solo pretendo asegurarme de que todo el mundo sabe de qué va la cosa —contestó Sara con mirada desafiante.

—Bueno —empecé—, de todos modos no importa. Dado que es el mejor amigo de mi hermano, creo que podemos suponer sin temor a equivocarnos que estoy en territorio inequívocamente amistoso.

—¿Ha hablado de tus tetas? —preguntó Chloe.

Noté que un rubor ardiente me subía por el cuello. Will hablaba de mi pecho, lo miraba y parecía idolatrarlo.

—Pues sí.

Chloe esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Con eso está todo dicho.

A la mañana siguiente, Will debía de estar convencido sin duda de que yo tomaba alguna clase de medicación que alteraba mi estado de ánimo... o de que necesitaba tomarla. Mientras corríamos, estuve distraída mientras me dedicaba a repasar mentalmente una y otra vez la conversación que mantuvimos con Sara y Chloe. No solo pensaba en la frecuencia con la que Will miraba mis tetas, hacía gestos hacia mis tetas y hasta les hablaba; por desgracia, yo me imaginaba a Will con las demás mujeres que había en su vida: lo que hacía con ellas, cómo se sentían cuando estaban con él y si se divertían tanto como yo en su compañía. También me lo imaginaba desnudo

junto a ellas.

Eso, por supuesto, me llevó a concentrarme solamente en su desnudez, lo cual no contribuyó precisamente a mejorar mi capacidad de avanzar en línea recta por el camino que se extendía ante mí.

Me obligué a no pensar en el hombre que corría en silencio a mi lado y a centrarme en el trabajo que me aguardaba en el laboratorio, en el informe técnico que tenía que acabar y en los exámenes que tenía que ayudar a corregir a Liemacki.

Sin embargo, más tarde, cuando Will se inclinó sobre mí para estirarme la pierna derecha después de que prácticamente me desplomase en el camino por culpa de un calambre, me miró con tanta atención, recorriendo mi cara despacio con los ojos, que todos y cada uno de los pensamientos que había tratado de evitar volvieron a mi mente de forma precipitada. Se me encogió el estómago, y un calor delicioso se extendió desde mi pecho hasta el anhelo dormido entre mis piernas. Me pareció que iba a derretirme y a convertirme en un charco en mitad del frío suelo.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Solo pude asentir con la cabeza. Frunció el ceño.

—Esta mañana estás muy callada.

—Solo estoy pensando —murmuré.

Apareció su sonrisita sexy, y sentí que el corazón me daba un vuelco y empezaba a martillearme en el pecho.

—Bueno, espero que no estés pensando en películas porno, mamadas ni el modo en que quieres experimentar con el sexo, porque, si crees que vas a guardártelo para ti, lo tienes claro. Vamos cogiendo ritmo, Ziggs.

Después de esa carrera tomé una ducha especialmente larga.

Nunca se me había dado bien enviar mensajes de texto. De hecho, antes de conocer a Will, mis únicos mensajes habían consistido en respuestas de una sola palabra para mi familia o mis compañeros de trabajo.

«¿Vas a venir?» «Sí».

«¿Puedes traer una botella de vino?» «Claro».

«¿Piensas venir con alguien?» «Ignoro».

Hasta hacía una semana, cuando por fin había sacado de su envoltorio el iPhone que Niels me había regalado por Navidad, seguía utilizando un teléfono plegable del que Jensen decía en broma que era el primer móvil fabricado jamás. ¿Quién tenía tiempo de teclear cien mensajes cuando podía llamar y acabar con el tema en menos de un minuto? Desde luego, no parecía muy eficaz.

Pero con Will era divertido, y tenía que reconocer que con el teléfono nuevo resultaba más fácil.

Él me mandaba mensajes con pensamientos que le surgían a lo largo del día, me enviaba imágenes de su cara cuando yo hacía un chiste especialmente malo o una foto de su almuerzo cuando la pechuga de pollo que le habían servido tenía forma de pene. Por eso, tras mi ducha... relajante, cuando sonó mi móvil en la habitación contigua, no me sorprendió ver que se trataba de Will.

Sin embargo, lo que sí me sorprendió fue la pregunta:

«¿Qué llevas puesto?»

Fruncí el ceño, confusa. Era un pensamiento inesperado, pero ni de lejos lo más raro que me hubiese preguntado jamás. Habíamos quedado para desayunar en media hora y quizá le preocupaba que me presentase con el aspecto de una antisocial estudiante de posgrado, tal como le gustaba decir.

Bajé la vista hasta la toalla que llevaba en torno al pecho desnudo y tecleé:

«Vaqueros negros, blusa amarilla, jersey azul».

«No, Ziggy. Quiero decir **introducir insinuación** QUÉ LLEVAS PUESTO».

Ahora estaba realmente confusa.

«No lo entiendo», tecleé.

«Te estoy sexteando».

Hice una pausa y miré el teléfono unos segundos más antes de responder con:

«¿Qué?»

Él tecleaba mucho más deprisa que yo, y su respuesta apareció casi de inmediato.

«No es tan sexy cuando tengo que explicarlo. Nueva regla: tienes que

tener una competencia mínima en el arte de sextear».

Se me encendió una bombilla en la cabeza al caer en la cuenta.

«¡Oh! ¡Y ja! “Sextear”. Muy listo, Will».

«Aunque agradezco tu entusiasmo y que creas que soy lo bastante ingenioso para haber pensado en eso —respondió—, yo no inventé el término. Lleva algún tiempo circulando en la cultura popular, ¿sabes? Ahora, contesta la pregunta».

Me puse a caminar de un lado para otro, reflexionando. «Vale. Una tarea, podía hacerlo», pensé.

Traté de recordar todas las insinuaciones sexis que había oído en películas y, por supuesto, en ese momento no me vino ninguna a la cabeza. Me acordé de todas y cada una de las frases que utilizaba mi hermano Eric para ligar..., y luego me estremecí, reconsiderando mi respuesta. Me quedé en blanco.

«Bueno, en realidad, aún no estoy vestida —tecleé—. Estaba aquí tratando de decidir si va contra las reglas ir sin ropa interior, porque creo que se me marca con la falda, pero detesto llevar tanga».

Me quedé mirando el teléfono mientras los puntitos indicaban que él estaba respondiendo.

«La hostia. Eso ha sido muy bueno, chica. Pero no digas “ropa interior”. Ni “blusa”. Nunca queda sexy».

«No te rías de mí. No sé qué decir. Me siento como una idiota, de pie aquí desnuda mandándote mensajes».

Esperé. Pasaron unos momentos antes de que volviera a iluminarse la pantalla del móvil.

«Vale. Es evidente que le has pillado el truco. Ahora di algo verde».

«¿Verde?»

«Estoy esperando».

Oh, Dios. ¿Tenía tiempo de buscar algo en Google? No. Me estrujé el cerebro y tecleé la primera frase semiobscena que se me ocurrió:

«A veces, mientras corremos y estás controlando la respiración y perdido en el ritmo, me pregunto qué sonidos emitirás durante el sexo».

Aquello quizá fuese un poco más que semiobsceno, y durante un tiempo que se me antojó una eternidad no respondió. «¡Oh, Dios!», me dije. Dejé el teléfono, convencida de que Will iba a marcharse y no responder nunca más.

Probablemente quería algo divertido y no tan... sincero.

Entré en el cuarto de baño, me pasé un cepillo por el pelo húmedo y luego me lo recogí encima de la cabeza. En la otra habitación, el teléfono zumbó sobre el escritorio.

«Vaya» fue el primer mensaje.

El segundo mensaje:

«Menuda forma de... lanzarse. Vale, voy a necesitar un minuto. O cinco».

«OHNOLOSIENTIIO» —tecleé con dedos estúpidos y torpes, deseando con todas mis fuerzas que se me tragase la tierra—. «Quiero decir que lo siento. No me puedo creer que haya dicho eso».

«Me tomas el pelo —respondió—. Ha sido como estar en Navidad. Está claro que tengo que mejorar mis resultados. Un momento, puede que antes tenga que hacer estiramientos».

Puse los ojos en blanco.

«Espero».

«Hoy tenías unas tetas preciosas».

«¿Eso es todo lo que se te ocurre?», tecleé.

Francamente, me había dicho cosas más pervertidas a la cara. Y a las domingas. ¿De verdad creía estar enseñándome a ser sexy?

«¿En serio? ¿No te ha impresionado nada?»

«ZZZZZZZZZZ» —escribí en respuesta.

«¿Puedo VERTE las tetas la próxima vez?»

«Bueno», me dije a mí misma.

Noté las mejillas calientes, pero no pensaba reconocerlo de ninguna manera.

«Bostezo». Le sonreí al teléfono como una idiota.

Apareció en la ventana la pequeña burbuja de texto que indicaba que él había empezado a teclear. Esperé. Y esperé. Por fin:

«¿Puedo tocarlas? ¿Probarlas?»

Me tapé los pechos con la toalla y tragué saliva, temblando. Mi cara no era lo único que estaba caliente ahora. Respondí:

«Eso ha estado un poco mejor».

«¿Dejarías que te las chupase y después me las follase?»

Se me cayó el teléfono y lo cogí como pude. «Muy bueno», tecleé con

manos temblorosas. Cerré los ojos, luchando por apartar la imagen de las caderas de Will moviéndose sobre mi pecho, de su polla deslizándose sobre la piel de entre mis pechos.

Casi pude sentir su determinación a través del móvil al leer:

«Avísame cuando necesites un minuto de tiempo A SOLAS. ¿Estás lista?»

«No. Desde luego que no», pensé.

«Sí».

«El otro día llevabas esa camiseta, la rosa. Tus tetas se veían de puta madre. Llenas y suaves. Te pude ver los pezones cuando empezó a hacer viento. Solo pude pensar en la sensación que me produciría tocarte, en lo que sentiría al notar tus pezones contra mi lengua. En cómo quedaría mi polla contra tu piel y en la sensación que me produciría correrme encima de tu cuello».

«Hoooostia». «¿Will? ¿Puedo llamarte?»

«¿Por qué?»

«Porque me cuesta teclear con una sola mano».

Durante un minuto no respondió, y me permití imaginar que esta vez el teléfono se le había caído a él. Pero entonces respondió:

«¡Sí! ¿¿Te estás tocando??»

Me eché a reír mientras tecleaba:

«Has picado», y luego arrojé el teléfono a un lado y cerré los ojos. Porque sí, lo estaba haciendo.

Como Will y yo habíamos quedado para desayunar en Sarabeth's, cuando acabé de «pensar» en sus mensajes me apresuré a vestirme y salí corriendo por la puerta. A pesar de la baja temperatura y de que comenzaba a nevar, noté las mejillas acaloradas hasta llegar a la calle Noventa y tres y me pregunté si sería posible sentarme frente a él sin que se diese cuenta de que acababa de masturbarme inspirada por sus mensajes. Me daba la sensación de que las cosas se habían desmadrado, e intenté recordar cuándo había sucedido. ¿Fue en la carrera de esa misma mañana, cuando se había inclinado sobre mi cuerpo como si fuese a subírseme encima, o fue un par de semanas atrás, en el bar, cuando empezamos a hablar de películas porno y sexo? Quizá

fuese incluso antes, el primer día que salimos a correr juntos y me puso un gorro en la cabeza, dedicándome una sonrisa que hizo que me sintiera como si acabara de follármeme contra una pared.

Aquello no iba bien. «Amigos, me recordé a mí misma. Misión de agente secreto. Aprender la forma de moverse de los ninjas y salir ilesa».

Caminaba con la cabeza gacha sobre la fina capa de nieve, maldiciendo el frío de marzo, mientras los copos se enredaban en mi pelo suelto. Una pareja joven salía en ese momento del restaurante y me las arreglé para cruzar la puerta abierta mientras pasaban.

—Zig —oí, y al alzar la mirada vi que Will me sonreía desde el piso de arriba. Lo saludé con el brazo antes de dirigirme a las escaleras, quitándome el gorro y la bufanda.

—Me alegro de volver a verte —dijo, poniéndose de pie cuando me acerqué a la mesa.

Me sorprendí sintiéndome irracionalmente molesta por sus buenos modales, y aún más por su pelo aún mojado y la forma en que el jersey se ceñía a su inacabable torso. Debajo llevaba una camisa blanca remangada y vi asomar las líneas de sus tatuajes. Guapísimo gilipollas.

—Buenos días —contesté.

—¿Estás de mal humor? ¿Quizá un poco tensa?

—No —le respondí con el ceño fruncido.

Se echó a reír mientras nos sentábamos.

—Ya he pedido lo tuyo.

—¿Qué?

—Tu desayuno. Las tortitas de limón con moras, ¿no? Y ese zumo de flores.

—Sí —contesté, observándolo desde mi lado de la mesa.

Cogí mi servilleta, la desdoblé y me la apoyé sobre el regazo. Se inclinó para mirarme a los ojos. Parecía un poco inquieto.

—¿Querías otra cosa? Puedo llamar a la camarera.

—No... —Inspiré hondo, abrí la boca y volví a cerrarla. Era algo muy pequeño: la comida que siempre pedía, el tipo de zumo que me gustaba, que hubiese sabido exactamente cómo estirarme esa mañana. Sin embargo, por algún motivo parecía grande, importante. Me hacía sentir un poco mal que él

hubiese sido tan amable y yo no fuese capaz de sacar la cabeza de sus pantalones—. Es que no puedo creerme que te hayas acordado de eso.

Se encogió de hombros.

—No es gran cosa. Es un desayuno, Zigzag. No te he donado un riñón.

Me obligué a reprimir la actitud irrazonablemente puñetera que surgió en mi interior al oír esas palabras.

—Bueno, ha sido bonito. A veces me sorprendes.

Pareció un tanto desconcertado.

—¿Cómo es eso?

Suspiré, un poco desanimada.

—Es que di por sentado que me tratarías como si fuese una cría. —Tan pronto como dije aquello, quedó claro que no le gustó, se apoyó en el respaldo de su silla y exhaló despacio, así que continué divagando—: Sé que renuncias a tu paz y tranquilidad para dejarme correr contigo. Sé que has cancelado planes con tus «no novias» y has tenido que reorganizar las cosas para tener tiempo para mí, y... quiero que sepas que te lo agradezco. Eres un gran amigo, Will.

Juntó las cejas y se quedó mirando su agua con hielo en lugar de mirarme a mí.

—Gracias. Bueno, ya sabes, solo intento ayudar a la... hermana pequeña de Jensen.

—Vale —dije mientras la irritación volvía a inundarme.

Me entraron ganas de coger su agua y echármela por encima de la cabeza. ¿Por qué estaba de tan mal humor?

—Vale —repitió, parpadeando y dedicándome una media sonrisa que al instante apaciguó mi cabreo e hizo que mis partes volviesen a despertar—. Al menos, eso es lo que le contaremos a todo el mundo.

6

Algo había cambiado, se había accionado algún interruptor a lo largo de los últimos días, y entre nosotros ahora se respiraba un ambiente enrarecido y tenso. Había empezado unas mañanas atrás, durante una de nuestras sesiones corriendo al aire libre, cuando ella estaba muy callada y dispersa y se había caído al sentir un calambre en la pierna. Después, en el desayuno, estaba de un humor de perros, pero la razón se veía a la legua: estaba luchando consigo misma por algún motivo. Estaba tan enfadada como yo, como si tuviéramos que ser capaces de luchar contra aquel imán que parecía empeñado en atraernos a una zona distinta.

Una zona que no estaba hecha para la simple amistad. Me sonó el móvil en la mesita del café y me incorporé de golpe al ver la foto de Hanna iluminando la pantalla. Traté de pasar por alto la agradable sensación de alivio y alegría al ver que me estaba llamando.

—Hola, Ziggs.

—Ven conmigo esta noche a una fiesta —dijo sin más, pasando olímpicamente de los saludos tradicionales. La clásica señal de que Hanna estaba nerviosa. Hizo una pausa y luego añadió, en voz baja—: A menos que... Mierda, es sábado. A menos que hayas quedado con alguna de tus parejas sexuales fijas, esas que sienten un amor platónico por ti.

Hice caso omiso de la retorcida segunda parte de su comentario y me centré en la primera pregunta, imaginándome una fiesta en una sala de reuniones del departamento de biología de Columbia, con botellas de refrescos de dos litros, patatas de bolsa y salsa mexicana de supermercado.

—¿Qué clase de fiesta?

Esperó unos segundos antes de contestar.

—Una fiesta de inauguración de piso.

Sonreí mirando al teléfono, cada vez más suspicaz.

—¿Qué clase de piso?

Al otro lado de la línea, Hanna dejó escapar un gemido, dándose por vencida.

—Muy bien, te lo diré. Es una fiesta de estudiantes. Un colega de mi departamento y sus amigos acaban de mudarse a otro apartamento. Estoy segura de que es un cuchitril. Quiero ir, pero quiero que tú me acompañes.

—¿Así que va a ser una farra universitaria? —pregunté, riéndome—. ¿Y habrá barriles de cerveza y Fritos?

—Doctor Sumner —dijo, suspirando—. No me seas esnob.

—No soy esnob —repliqué—. Soy un treintañero que acabó la universidad hace años y para el que una noche loca consiste en convencer a Max para que se gaste más de mil pavos en una botella de un buen whisky escocés.

—Ven conmigo, por favor. Te prometo que lo pasarás muy bien.

Lancé un suspiro, mirando la botella semivacía de cerveza que había en mi mesita del café.

—¿Voy a ser el más mayor de la fiesta?

—Probablemente —admitió—. Pero me consta que también vas a ser el tío más bueno.

Me eché a reír y entonces pensé en qué planes tenía para esa noche sin aquella opción. Había anulado mi cita con Kristy, y todavía ni siquiera estaba seguro de por qué.

Mentira. Sabía exactamente por qué. Me sentía incómodo, como si tal vez estuviese siendo injusto con Hanna por estar con otras mujeres cuando ella me estaba dando a mí tanto de sí misma. Cuando le dije a Kristy que no podía quedar, sé que detectó algo más en mi voz. No me preguntó por qué ni intentó quedar otro día, como habría hecho Kitty. Sospechaba que ya no volvería a acostarme con aquella rubia en particular nunca más.

—¿Will?

Suspirando, me levanté y me dirigí al rincón donde había dejado los

zapatos, junto a la puerta principal.

—Está bien, vale, iré. Pero ponte una camiseta con la que enseñes mucho las tetas, así tendré algo con lo que entretenerme si me aburro.

Soltó una risotada jadeante y prolongada, con un aire travieso y seductor a la vez.

—Trato hecho.

Era exactamente como lo había imaginado: el típico piso de alquiler para estudiantes muertos de hambre y la típica fiesta de universitarios. Sentí una pequeña punzada de nostalgia cuando entramos dentro del apartamento abarrotado. Los dos sofás eran unos futones desvencijados con fundas harapientas y llenas de manchurriones.

La televisión estaba sobre un tablón que hacía malabarismos entre dos cajas de plástico para las botellas de leche. La mesa de café había visto días mejores antes de pasar por unos días muy malos y terminar en las manos de aquellos bárbaros, para que acabaran de destrozarla. En la cocina, una horda de *hipsters*^[3] universitarios barbudos se arremolinaban en torno a un barril de cerveza Yuengling, y había un surtido de botellas semivacías de alcohol barato y diversos refrescos.

Sin embargo, por la expresión en la cara de Hanna, se diría que acabábamos de franquear las puertas del cielo. Se puso a dar unos saltitos a mi lado, y luego me buscó la mano y me la apretó con fuerza.

—¡Me alegro un montón de que hayas venido conmigo!

—Dime la verdad, ¿habías estado antes en una fiesta? —pregunté.

—Una vez —admitió, arrastrándome hacia el centro del barullo—. En la facultad. Me bebí cuatro chupitos de Bacardi y poté encima de los zapatos de un tío. Todavía no tengo ni idea de cómo volví a casa.

La imagen hizo que se me revolviera el estómago. Había visto a esa misma chica, con los ojos abiertos como platos, paseándose por el lado salvaje de la vida, en casi todas las fiestas a las que había ido durante mi vida universitaria. No soportaba la idea de que Hanna hubiese sido aquella chica alguna vez. A mis ojos, ella era demasiado lista para caer en semejante vulgaridad, más digna.

Ella seguía hablando, y me agaché un poco para oír el resto de lo que decía:

—... noches locas las pasábamos básicamente jugando al Magic en la sala común de nuestra residencia de estudiantes y bebiendo ouzo. Bueno, mejor dicho, el ouzo se lo bebían los demás. En cuanto lo huelo, me entran ganas de vomitar. —Se volvió a mirarme por encima del hombro y aclaró—: Es que mi compañera de habitación era griega.

Hanna me presentó a un grupo de gente, casi todos chicos. Había un tal Dylan, un Hau, un Aaron y creo que un Anil. Uno de ellos le dio a Hanna un cóctel hecho con sake de ciruelas, la bebida de moda, y agua de seltz. Sabía que Hanna no bebía casi nunca, y mi instinto protector se activó de inmediato.

—¿Prefieres tomar algo sin alcohol? —le pregunté, lo bastante alto para que me oyeran los demás.

Menudos gilipollas, dando por supuesto que querría algo alcohólico. Todos esperaron su respuesta, pero ella dio un sorbo y emitió un ruidito.

—Esto está muy rico. ¡Joder, está buenísimo!

Al parecer, le gustaba.

—Tú asegúrate de que solo me beba uno —me susurró, arrimándose a mí—. O no me hago responsable de mis actos.

«Mierda, genial», pensé. Con esa sola frase acababa de desbaratar el plan de hacer de hermano mayor, bueno y protector, que tenía preparado para esa noche.

Hanna se bebió el cóctel mucho más rápido de lo que esperaba, y sus mejillas se tiñeron de un rosado encendido, acentuado por la luminosidad de su sonrisa. Me miró a los ojos y vi la felicidad que irradiaban. «Dios, qué guapa es», me dije, deseando estar a solas con ella en mi casa viendo una película y recordándome hacer todo lo posible para que eso sucediera pronto. Miré alrededor y me di cuenta de la cantidad de gente que había ido llegando a la fiesta. La cocina estaba cada vez más llena.

Otra universitaria se sumó a nuestro pequeño corrillo en mitad de una conversación sobre los profesores más locos del departamento y se me presentó, colocándose entre Dylan, que estaba a mi derecha, y yo. A mi izquierda, me percaté de que Hanna permanecía atenta a mi reacción. Era

hiperconsciente de todos sus movimientos, y me veía a mí mismo a través de sus ojos. Tenía razón cuando decía que siempre me estaba fijando en las mujeres, pero aunque aquella otra mujer era guapa, solo me causaba indiferencia, sobre todo teniendo a Hanna tan cerca. ¿De verdad creía Hanna que tenía la costumbre de acostarme con alguien cada vez que salía a algún sitio?

La miré a los ojos y le lancé una mirada de reprimenda. Hanna se rió y dijo en voz baja:

—Te conozco.

—No tanto como tú crees —murmuré. Y qué cojones, ya puestos, añadí —: Todavía tienes mucho que descubrir acerca de mí.

Se me quedó mirando fijamente durante unos segundos eternos. Vi cómo le palpitaba el pulso en el cuello, la forma en que se le hinchaba y deshinchaba el pecho, con la respiración agitada. Bajó la vista, apoyó la mano en mis bíceps y recorrió con los dedos el tatuaje del fonógrafo que me había hecho cuando murió mi abuelo.

Nos apartamos del grupo los dos a la vez, compartiendo una sonrisa cómplice y secreta. «Joder, esta chica me tiene trastornado...»

—Háblame de este tatuaje —murmuró.

—Me lo hice hace un año, cuando murió mi abuelo. Él me enseñó a tocar el bajo. Escuchaba música todos los segundos de su vida, todos los días.

—Háblame del que no he visto nunca —dijo, desplazando la atención hacia mis labios.

Cerré los ojos un instante, pensando.

—Llevo la palabra «NO» escrita en la costilla inferior del costado izquierdo.

Riéndose, se acercó un poco más, lo bastante para que llegara hasta a mí el dulce aroma a licor de ciruela de su aliento.

—¿Por qué?

—Me lo hice una noche que me emborraché en la universidad. Me dio un ataque antirreligioso y no me gustaba la idea de que Dios hubiese hecho a Eva de la costilla de Adán.

Hanna echó la cabeza hacia atrás, riéndose con mi risa favorita, la que le salía directamente del estómago y se apoderaba de todo su cuerpo.

—Hay que ver qué guapa eres, joder... —murmuré sin pensar, acariciándole la mejilla con el pulgar.

Enderezó la cabeza de golpe y, sin apartar la mirada de mi boca, me sacó a rastras de la cocina con una sonrisa diabólica y sibilina en los labios.

—¿Adónde vamos? —pregunté, dejándome llevar por un pasillo estrecho flanqueado por puertas cerradas.

—¡Chist! Me faltará valor si te lo digo antes de que lleguemos. Tú ven conmigo.

Ella no imaginaba que la habría seguido hasta el mismísimo infierno, aunque el pasillo estuviese en llamas. Después de todo, había acudido a aquella fiestecilla bohemia con ella, ¿no?

Hanna se paró delante de una de las puertas cerradas y esperó. Apoyó la oreja en la hoja de madera, me sonrió y cuando no oímos ningún ruido, hizo girar el pomo y soltó un gritito entusiasmado y nervioso.

La habitación estaba oscura, vacía, a Dios gracias, y aún relativamente limpia por la mudanza reciente. Había una cama hecha en medio de la habitación y una cómoda colocada contra una esquina, pero la pared del fondo estaba todavía repleta de cajas.

—¿De quién es esta habitación? —pregunté.

—No estoy segura. —Alargó el brazo, cerró el pestillo a mi espalda y luego me miró sonriendo—. Hola.

—Hola, Hanna.

Abrió mucho sus preciosos ojos y se quedó boquiabierta.

—No me has llamado Ziggy.

—Ya lo sé —susurré con una sonrisa.

—Dilo otra vez. —Lo dijo con voz ronca, como si me hubiese pedido que la tocara otra vez, que la besara otra vez.

Y tal vez cuando la había llamado Hanna, había sido como darle un beso. Desde luego, lo había sido para mí. Y una parte de mí, una parte muy importante, decidió que ya no me importaba. No me importaba que hubiese besado a su hermana hacía doce años ni que su hermano fuese uno de mis mejores amigos. No me importaba que Hanna fuese siete años menor que yo y en muchos aspectos, muy inocente. No me importaba que seguramente acabara fastidiándolo todo ni que mi pasado pudiera molestarla. Estábamos

solos, en una habitación a oscuras, y cada centímetro de mi piel estaba pidiendo a gritos que me tocara.

—Hanna —dije en voz baja. Las dos sílabas inundaron mi cabeza, se adueñaron de mis pulsaciones.

Esbozó una sonrisa enigmática y luego me miró a la boca. Asomó la lengua por la suya y se humedeció el labio inferior.

—¿Qué pasa aquí, doña Misteriosa? —susurré—. ¿Qué hacemos en esta habitación tan oscura, intercambiando miradas sugerentes?

Levantó las manos y las palabras le salieron en un torrente precipitado y jadeante.

—Esta habitación es como Las Vegas, ¿vale? Así que lo que pase aquí dentro, se queda aquí dentro. O mejor dicho, lo que se diga aquí dentro, aquí dentro se queda.

Asentí, hechizado por la delicada curva de su labio inferior.

—Muy bien...

—Si te resulta raro o si cruzo alguna frontera de la amistad que por algún milagro no haya cruzado todavía, dímelo y nos iremos, y la situación será igual de ridícula que antes de que entrásemos aquí.

—Muy bien —volví a susurrar y la observé mientras respiraba profundamente y con movimiento trémulo. Estaba un poco achispada y nerviosa. Una corriente de expectación me recorrió la nuca y la espina dorsal.

—Me pongo muy tensa cuando estoy contigo —dijo en voz baja.

—¿Solo cuando estás conmigo? —pregunté, sonriendo.

Se encogió de hombros.

—Quiero que... me enseñes cosas. No solo a comportarme cuando estoy con hombres sino a... estar con un hombre. Pienso en ti a todas horas. Y sé que te sientes cómodo haciendo esto sin tener que mantener una relación...

—Se interrumpió, mirándome a los ojos en la penumbra de la habitación—. Somos amigos, ¿verdad?

Supe con toda certeza cómo iba a acabar aquello.

—Sea lo que sea —murmuré—, lo haré.

—No sabes qué es lo que voy a pedirte.

Riéndome, le contesté en un susurro.

—Pues pídemelo.

Se acercó un poco más, apoyó la mano en mi pecho y cerré los ojos al sentir que deslizaba su palma cálida por mi abdomen. Por un instante, me pregunté si notaría el martilleo de mi corazón. Yo percibía mis palpitaciones en todas partes, retumbando en mi pecho y por toda mi piel.

—Anoche vi otra peli —dijo—. Otra peli porno.

—Ah.

—La verdad es que esas pelis son muy malas.

Lo dijo muy despacio, como si le preocupara ofender mi sensibilidad de macho amante del porno.

—Sí que lo son —convine riendo.

—Las mujeres son unas histriónicas. Y ahora que lo pienso —añadió, con aire reflexivo— los hombres también, casi todo el tiempo.

—¿Casi todo? —pregunté, intrigado.

—Al final no —dijo, bajando la voz a apenas un decibelio—. ¿Cuándo se corrió el tío? Se salió de dentro de ella y se corrió fuera.

Deslizó los dedos por debajo de mi camisa, haciendo cosquillas en la línea de vello que iba de mi ombligo a la parte inferior de la cintura de mis pantalones. Contuvo el aliento y desplazó las manos hacia arriba, tanteando mis pectorales.

Mierda. Estaba tan excitado que me resultaba imposible contenerme y no sujetarla de las caderas con las manos, pero quería que fuera ella quien llevase la iniciativa. Era ella quien me había llevado hasta allí, quien lo había empezado todo. Quería que se desfagara antes de pasarme a mí el testigo. Y entonces no tendría forma humana de contenerme.

—Eso es algo habitual en el cine porno —dije—. Los tíos no se corren dentro.

Me miró a los ojos.

—Esa parte me gustó mucho.

Sentí cómo se me ponía dura por momentos y tragué saliva.

—¿Ah, sí?

—Me gustó porque parecía real. Es como si estuviera descubriendo un mundo nuevo. Nunca he probado algo así y... o a lo mejor no había querido experimentar con los chicos con los que he estado, pero desde que empecé a quedar contigo, no dejo de pensar en esas cosas. Quiero descubrir qué es lo

que me gusta.

—Eso está bien.

Me estremecí en el interior de la oscura habitación, arrepintiéndome de haber contestado tan deprisa, de parecer tan desesperado. Me moría de ganas de que me pidiera que la llevara a la cama y me la follara, que la hiciera gritar hasta que toda la fiesta se enterara de dónde nos habíamos metido y de cuánto estaba gozando.

—La verdad es que no sé qué es lo que les gusta a los hombres. Ya sé que dices que son muy simples, pero no lo son. Para mí, no lo son.

Me cogió la mano y, sin apartar los ojos de mi cara, se la acercó al pecho. Bajo la palma de mi mano, era tal y como la había imaginado cien mil veces. Tan redonda y suave, toda curvas turgentes y piel de terciopelo. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no tomarla en brazos y aplastarla entre mi cuerpo y la pared.

—Quiero que me enseñes cómo —dijo.

—¿Qué quieres decir con que te enseñe «cómo»?

Cerró los ojos un instante, tragando saliva.

—Quiero tocarte y hacer que te corras.

Inspiré hondo y miré a la cama, en mitad de la habitación.

—¿Ahí?

Siguió la dirección de mi mirada y negó.

—No, ahí no. En la cama, todavía no. Solo... —Vaciló un momento y luego preguntó, muy despacio—: ¿Eso es un sí?

—Mmm... Pues claro que es un sí. No creo que pudiera decirte que no, aunque sea eso lo que debería hacer.

Reprimió una sonrisa y deslizó mi mano por su cadera.

—¿Quieres hacerme una paja? ¿Es eso lo que me estás pidiendo? —Flexioné las rodillas para mirarla a los ojos. Me sentí como un auténtico capullo por ser tan bruto, y además, toda la conversación tenía un aire absolutamente surrealista, pero tenía que ser muy claro con lo que estaba pasando allí antes de perder por completo el escaso autocontrol que me quedaba y llevar aquello demasiado lejos—. Solo lo digo para asegurarme de que te he entendido.

Hanna tragó saliva de nuevo, avergonzada de pronto, e hizo un gesto

afirmativo con la cabeza.

—Sí.

Di un paso hacia delante y cuando percibí el tenue olor a flores de su champú, me di cuenta de hasta qué punto estaba cachondo. No me había puesto nervioso hasta ese momento, pero justo entonces estaba aterrorizado. Me daba lo mismo cómo iba a ser, podía mostrarse torpe y vacilante, demasiado lenta o demasiado rápida, demasiado suave o demasiado ruda: sabía que me iba a deshacer en sus manos. Solo quería que ella siguiera comportándose con la misma franqueza, que siguiera siendo igual de abierta, cada segundo. Quería que el sexo fuese divertido para ella.

—Puedes tocarme —le dije, tratando de alcanzar un equilibrio entre mi necesidad de ser considerado y mi tendencia a ser autoritario.

Me asió el cinturón, lo desabrochó y desplazé las manos de sus caderas hacia arriba, para llegar a través de su cintura hasta el botón superior de su camisa. A sus labios afloró una sonrisa ebria e intentó esconder la cabeza para que no la viera, pero no lo consiguió. Yo no tenía ni idea de cuál sería la expresión de mi cara, pero imaginaba que debía de tener unos ojos enormes y la boca entreabierta mientras le desabrochaba los botones con manos trémulas. Cuando le deslicé la camisa por los hombros, vi cómo vacilaba al enfrentarse con mi bragueta, con dedos inseguros, antes de apartarse para dejar que la camisa le cayera al suelo.

Se quedó de pie delante de mí con un sencillo sujetador de algodón. La rodeé con los brazos, pidiéndole permiso con los ojos antes de desabrochárselo y quitárselo por los brazos.

No estaba preparado para el espectáculo de sus senos desnudos y me quedé mirándolos, embobado.

—Solo para que lo sepas —susurró—, no tienes que hacerme nada si no quieres.

—Solo para que lo sepas tú —repuse, con la misma voz susurrante—, ahora mismo me resultaría imposible no tocarte.

—Es que quiero estar muy concentrada. Y si me tocas, podrías... distraerme.

Lancé un gemido de frustración; aquella mujer me quería matar.

—Qué alumna tan aplicada... —exclamé, inclinándome para besarle el

vértice que formaban su cuello y el hombro—. Pero no me pidas que no me ponga a contemplar semejante belleza. A estas alturas, ya te habrás dado cuenta de que estoy un poco obsesionado con tus pechos.

Tenía la piel suave y olía maravillosamente. Abrí la boca y la mordisqueé con cuidado, tanteando. Dio un respingo y apretó el cuerpo contra mí, la mejor reacción posible. Por mi cerebro empezaron a desfilar imágenes de ella arañándome la espalda con las uñas mientras yo abría la boca y me lanzaba con avidez sobre sus pechos al tiempo que me balanceaba sobre ella.

—Tócame, Hanna. —Tomé uno de sus pechos con la mano y lo levanté más arriba, apretando.

«Joder, esta mujer está para comérsela». Había vuelto a desplazar las manos a mi bragueta, pero las dejó ahí, inmóviles.

—Enséñame cómo se hace...

Era probablemente lo más sensual que me había dicho una mujer. Puede que fuese el tono de su voz, un poco ronca, un poco hambrienta. Puede que fuese el hecho de saber lo hábil que era en todos los demás ámbitos de su vida y que justo ese aspecto no lo dominase en absoluto, hasta el punto de que no tenía más remedio que pedir mi ayuda. O tal vez fuese simplemente que estaba loco por ella, y que enseñarle a Hanna cómo debía complacerme era como decirle al universo entero: «Mirad, esta mujer me pertenece».

Desplacé sus manos a la cintura de mis tejanos y juntos los bajamos, junto con mis bóxer, hasta la altura de las caderas, liberando mi polla entre los dos. Dejé que me mirara mientras levantaba las manos para apartarle el pelo por detrás de la nuca, inclinándome para besarle el cuello.

—Joder, qué rica estás... —Estaba tan empalmado que sentía las palpitaciones a lo largo de todo el miembro. Necesitaba aliviar toda aquella tensión—. Mierda, Hanna, rodéamela con la mano.

—Enséñame, Will —me imploró, recorriendo mi abdomen hacia arriba y hacia abajo con las manos, rozando apenas la punta de mi polla erecta. Los dos miramos hacia abajo y nos balanceamos levemente al unísono.

Tomé su mano cálida y se la envolví alrededor de mi verga antes de deslizarla arriba y abajo, a la vez que emitía un jadeo ronco y prolongado.

—Jodeeerrr...

Ella empezó a gemir también, un sonido brusco y excitado, y estuve a

punto de estallar. Me contuve y cerré los ojos con fuerza, me agaché de nuevo para cubrirle el cuello de besos y la guie. Se movía muy muy despacio. Hacía siglos que no me hacían una paja, y prefería el sexo oral o la penetración cien mil veces, pero en ese momento, aquello era sencillamente perfecto. Tenía los labios casi pegados a los míos. Incluso podía percibir su aliento, saborear el regusto dulzón de aquel licor de ciruelas.

—¿No es un poco raro que te esté tocando aquí abajo y ni siquiera nos hayamos besado todavía? —murmuró.

Negué con la cabeza, mirando hacia el lugar en que sus dedos rodeaban el grosor palpitante. Tragué saliva, casi incapaz de dar forma a mis pensamientos.

—Aquí no hay nada definido sobre lo que está bien y lo que está mal. No hay reglas —dije.

Apartó los ojos del punto de mi boca que había estado observando completamente absorta hasta ese momento.

—No tienes que besarme —me respondió.

La miré perplejo. Hacía varias semanas que me moría de ganas de besarla.

—Mierda, Hanna, sí. Tengo que hacerlo.

Deslizó la lengua por sus labios para humedecerlos.

—Bueno —aceptó.

Me agaché, acercándome, sin dejar de guiar su mano hacia arriba y hacia abajo, sin dejar de mirarla intensamente. Tenía los labios a apenas un suspiro de los míos, y de su boca salían pequeños ruidos cada vez que alcanzaba mi glande con la mano y yo dejaba escapar un gemido ronco. Aquello era increíble para ser una simple paja, y de pronto, todo se volvió demasiado íntimo para que fuésemos simples amigos.

La miré a los ojos y luego a la boca, antes de avanzar esos escasos milímetros para besarla.

Fue la cosa más dulce y fogosa del mundo, y nuestro primer beso fue irreal, deslizando mis labios sobre los suyos, como pidiéndole: «Deja que te haga esto. Deja que te haga esto y sea delicado y cuidadoso con cada rincón de tu cuerpo». La besé varias veces, con labios carnosos, unos besos tiernos para que supiese que me iba a dedicar a aquello todo el tiempo que ella

necesitase.

Cuando abrí la boca lo justo para engullir su labio inferior, sentí una corriente eléctrica al oír el brusco jadeo de su garganta. Joder, me moría de ganas de levantarla, follarme su boca con mi lengua y tomarla allí mismo, contra la pared, con la fiesta a todo volumen al otro lado y mis ojos clavados en su cara, observándola mientras asimilaba todas y cada una de las sensaciones.

Cuando retrocedió, estudió mi boca, mis ojos y mi frente. Me estaba estudiando a mí. No sabía si lo que sentía era una fascinación general con lo que estaba aprendiendo o era específicamente con aquel momento conmigo, pero lo cierto es que nada habría podido sacarme del trance en el que estaba; ni unos fuegos artificiales, ni un incendio en el pasillo. Mi necesidad de estar dentro de ella algún día, de poseerla por completo, me aguijoneó todo el cuerpo y se plantó debajo de mis costillas, oprimiéndome con una fuerza insoportable.

—Me lo dirías si lo hago fatal, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Me eché a reír, resollando.

—Oh, no lo haces nada fatal. Eres increíble, joder. Esto es increíble, y eso que solo es tu mano...

—¿Es que...? —empezó a preguntar con expresión insegura—. ¿Es que las otras no lo hacen?

Tragué saliva rápidamente, ofuscado ante la mención de otras mujeres en ese momento. Antes, casi quería que fuesen una presencia constante, un recordatorio para ambas partes de lo que pasaba y lo que no pasaba en un momento como aquel. Con Hanna, quería borrar sus sombras de la pared.

—Chist...

—Quiero decir, ¿normalmente solo echas un polvo y ya está?

—Me gusta lo que estamos haciendo. Ahora mismo no quiero otra cosa, ¿quieres concentrarte en la polla que tienes en la mano?

Se echó a reír, y yo seguí palpitando en la palma de su mano, con aquel sonido maravilloso.

—Vale —murmuró—. Tendré que empezar por lo básico.

—Me gusta que quieras aprender a tocarme.

—Me gusta tocarte —murmuró en mi boca—. Me gusta que me enseñes.

En ese momento empezamos a movernos más rápido; le enseñé cuánto podía apretar, y le hice saber que podía sujetarla con fuerza y que necesitaba que empezase a darle más rápido y más fuerte de lo que ella creía.

—Aprieta más —susurré—. Me gusta muy prieta.

—¿No te duele?

—No, me está matando, joder.

—A ver, déjame intentar... —Me apartó el brazo suavemente con la mano que tenía libre.

De ese modo tuve acceso a sus pechos y me agaché para chuparle un pezón, al tiempo que soplabo delicadamente sobre la punta erecta. Lanzó un gemido y bajó el ritmo un momento antes de acelerar de nuevo.

—¿Puedo seguir así hasta que termines? —me preguntó.

Me eché a reír, pegado a su piel. Me tenía prácticamente vibrando en sus manos, luchando por no correrme cada vez que deslizaba la mano abajo y luego arriba hacia el glande.

—La verdad es que contaba con eso.

Le succioné el cuello, cerrando los ojos y preguntándome si me permitiría dejarle una marca allí para poder vérsela al día siguiente. Para que todos la viesen. Alrededor, el mundo me daba vueltas. Su mano era maravillosa, desde luego, pero toda ella me dejaba extasiado. El olor y el sabor de su piel suave y firme, sus gemidos de placer por el simple acto de tocarme... Era sensual, activa y curiosa, y estaba seguro de que hacía mucho, muchísimo tiempo que nadie me ponía tan a cien. La tensión familiar fue acumulándose en mi vientre, y empecé a balancearme hacia delante y hacia atrás en su mano firme.

—Hanna... Oh, mierda, un poco más rápido, ¿vale?

Las palabras parecían mucho más íntimas así, apoyando mi boca en su piel, con el aliento entrecortado. Solo vaciló un segundo antes de reaccionar, tirando con más fuerza y más deprisa, y enseguida me puse al borde del éxtasis absoluto, vergonzosamente rápido, y la verdad es que me importaba una mierda. Siguió envolviéndome con sus dedos alargados y esbeltos, y me dejó succionarle el labio inferior, la mandíbula y el cuello con avidez. Sabía que iba a saber de maravilla en todas partes.

Quería enseñarle cómo se follaba.

Con esa idea, la de abalanzarme sobre ella y dentro de ella y hacer que se corriera con mi cuerpo, me aplasté contra Hanna y le supliqué me mordiera, que me clavara los dientes en el cuello, en el hombro... donde fuese. No me importaba lo que pensase; de algún modo, sabía que no se acobardaría ni se echaría atrás ante la crudeza de mis palabras.

Sin dudar ni un instante, se inclinó hacia delante, abrió la boca en mi cuello y me hincó los dientes con feroz apetito. Se me nubló el pensamiento, todo se transformó en un calor abrasador y salvaje; por un momento, fue como si todas las sinapsis de mi cuerpo hubiesen sufrido un cortocircuito, como si se hubiesen desconectado, como si se hubiesen fundido. Siguió bombeándome con la mano con rapidez, y mi orgasmo culebreó por mi espina dorsal y me corrí con un gemido suave, el calor abrasándome la espalda y estallando de mi interior a su mano y por su vientre desnudo.

Justo cuando necesitaba que lo hiciese dejó de mover la mano, pero no me soltó. Sentí su mirada clavada donde me había estado sujetando y sufrí una contracción espasmódica cuando volvió a pasear la mano por mi polla, tanteando y explorando.

—No. Más no —exclamé, sin resuello.

—Perdón. —Deslizó el pulgar de la mano que tenía libre por el lugar donde me había corrido, en su palma y se la restregó por la cadera, con los ojos muy abiertos, fascinados. Tenía la respiración tan agitada que el pecho le daba sacudidas con el movimiento.

—Hostia puta —exhalé.

—¿Te ha...?

La habitación parecía inundada con el eco de su pregunta inacabada y el sonido de mi respiración jadeante. Estaba un poco mareado y me dieron ganas de arrastrarla hasta el suelo conmigo y desmayarme.

—Joder, Hanna. Ha sido apoteósico.

Me miró, casi con aire triunfal por su descubrimiento.

—Tenía razón..., has hecho un ruido alucinante cuando has llegado al orgasmo.

Se abrió un abismo a mis pies cuando dijo eso, porque ahí estaba yo, perdiendo la erección en su mano, cuando lo único que quería era averiguar si hacerme aquello la había puesto húmeda.

—¿Ahora me toca a mí? —le pregunté, inclinándome sobre la piel suave sedosa de su cuello.

—Sí, por favor —murmuró con voz temblorosa.

—¿Quieres que te lo haga con las manos? —pregunté—. ¿O prefieres algo más?

Dejó escapar una leve risa nerviosa.

—La verdad es que no estoy preparada para más, pero... me parece que las manos conmigo no funcionan.

Retrocedí el espacio suficiente para que viera mi cara de escepticismo, al tiempo que le desabrochaba los vaqueros y la desafiaba a que intentase detenerme. No lo hizo.

—Quiero decir que no sé si puedo correrme con... con los dedos dentro y eso —aclaró.

—Pues claro que no puedes correrte solo con que te meta los dedos dentro, pero es que tu clítoris no está dentro... —Deslicé la mano bajo sus bragas de algodón y me quedé inmóvil al percibir el tacto de la piel desnuda y aterciopelada, sin rastro de pelo—. Mmm... ¿Hanna? No imaginaba que fueras de las que se afeitan.

Se retorció un poco, avergonzada.

—Chloe habló de eso el otro día. Tenía curiosidad y...

Le metí un dedo entre los labios; joder, estaba chorreando...

—La hostia... —gemí con voz ronca.

—Me gusta —admitió, apretándome el cuello con la boca—. Me gusta que me toques.

—Joder, ¿me tomas el pelo? Eres tan suave... Quiero chuparte hasta el último rincón ahí abajo.

—Will...

—Te comería ahí abajo con la boca si no estuviéramos en la habitación de un tío al que ni siquiera conozco.

Se estremeció entre mis dedos y dejó escapar un quejido casi imperceptible.

—No sabes la de veces que he fantaseado con eso —dijo.

Madre del amor hermoso... Sentí cómo me iba empalmando de nuevo, instantáneamente.

—Creo que te derretirías como un azucarillo en mi lengua. ¿Tú qué crees?

Se rió a medias, agarrándome de los hombros.

—Creo que me estoy derritiendo ahora mismo.

—Yo también lo creo. Creo que te vas a derretir en mi mano y que luego me la limpiaré chupándola con la lengua. ¿Eres de las que gritan, Ciruela? Cuando te corres, ¿te pones como una salvaje?

Dejó escapar un sonido ahogado antes de contestar:

—Cuando estoy yo sola, no armo mucho escándalo, no.

Mierda. Eso era lo que quería oír. Podía estar un decenio entero teniendo fantasías con la imagen de Hanna despatarrada en su sofá o tumbada en mitad de su cama, masturbándose.

—Y cuando estás sola, ¿qué haces? ¿Solo te tocas el clítoris?

—Sí.

—¿Con algún juguete o...?

—A veces.

—Estoy seguro de que puedo hacer que te corras así —dije, y le metí dos dedos deslizándolos con cuidado, sintiendo cómo los apretaba con sus músculos vaginales. Le rocé la nariz con la mía—. Dime, ¿te gusta que te meta los dedos? ¿Qué te folle con ellos?

—Will..., eres un guarro.

Me eché a reír y le mordisqueé la mandíbula.

—Creo que te gusta. Cuanto más vicio, mejor.

—Creo que me gustaría tener tu boca viciosa entre las piernas —dijo en voz baja.

Lancé un gemido y moví la mano con más rapidez y más firmeza en su interior.

—¿Piensas en eso? —preguntó—. ¿En besarme ahí abajo?

—Sí —admití—. Pienso en eso y me pregunto si conseguiré salir a respirar aire otra vez.

Estaba completamente empapada, deshecha. Se retorció con furia entre mi mano, emitiendo los ruidos desesperados que tanta hambre me provocaban. Saqué los dedos, haciendo caso omiso de su gemido de protesta, y tracé con ellos una línea húmeda que le subía por la barbilla y le cruzaba los labios, y

seguí el mismo el trazo casi inmediatamente con la lengua, cubriéndole la boca con la mía. Jodeeerrr...

Sabía a mujer toda ella, tierna y embriagadora, y aún tenía la lengua dulzona y pegajosa del licor de antes. Sabía a ciruela, madura, esponjosa y pequeña en mi boca, y me sentí como el puto rey del mambo cuando me suplicó que la tocara «más, otra vez, por favor, Will, ya estaba muy cerca...».

Volví a concentrarme y le bajé los pantalones y las bragas hasta los tobillos, esperando mientras ella misma se los quitaba. Estaba completamente desnuda y me temblaban los brazos del ansia por deslizarme en el interior de su calor perfecto y abrasador. Me cogió de la muñeca y me metió la mano entre sus piernas.

—Avariciosa...

Abrió los ojos como platos, avergonzada.

—Es que...

—Chist. —La silenció cubriéndole su boca con la mía, succionándole el labio y chupándole su melosa lengua. Me retiré y murmuré—. Me gusta. Quiero hacerte explotar.

—Y explotaré. —Dio una sacudida en mi mano cuando le metí los dedos entre las piernas y le acaricié el clítoris—. Nunca había estado así.

—Tan húmeda.

Abrió la boca y dio un grito ahogado cuando volví a meterle los dedos dentro. Se quedó mirando mis labios, mis ojos, todas mis reacciones. Me encantaba que la curiosidad le impidiese incluso apartar la mirada.

—Hazme un favor —le pedí. Ella asintió con la cabeza—. Cuando estés a punto, dímelo. Yo lo sabré igualmente, pero quiero oírte decir con palabras.

—Lo haré —jadeó—. Lo haré, lo haré, pero... por favor.

—¿Por favor qué, Ciruela?

Se apoyó tambaleándose ligeramente sobre mí.

—Por favor, no pares.

Deslicé los dedos más adentro, más rápido, apretando el pulgar contra su clítoris y masajeándolo en círculos más pequeños y firmes. «Sí. Joder, está a punto...» Volví a empalmarme y froté mi erección contra su cadera desnuda, en el punto sobre el que ya me había corrido hacía escasos minutos, y estaba a punto de alcanzar el orgasmo yo también.

—Agárrame la polla, ¿quieres? Sujétala. Es que estás tan mojada, joder, y con esos ruiditos que haces..., joder, yo...

Y entonces colocó la mano donde le pedía, sujetándome lo bastante fuerte para que me follara su puño cerrado, y toda mi mente se concentró en la suavidad alrededor de mis dedos y en la carnosidad frutal de sus labios y su lengua.

Empezó a deshacerse, y su cuerpo perdió el control por completo. Jadeaba en voz baja la misma cantinela todo el tiempo: «Oh, Dios mío...», que era justo lo que estaba pensando yo también.

—Dilo.

—Me... me... —empezó a decir entrecortadamente, y me sujetó la polla con más fuerza mientras embestía con ella su puño.

—Dilo de una puta vez, joder.

—Will. Dios mío... —Sus muslos empezaron a temblar y le rodeé la cintura con la mano que tenía libre para que no se cayera—. Me corrooo...

Y con una brusca convulsión de las caderas se corrió, temblando, sudorosa y húmeda. Su orgasmo se propagó a lo largo de mis dedos mientras gritaba, clavándome las uñas en los hombros. Era exactamente lo que necesitaba yo... ¿cómo coño lo sabía? Con un leve gemido sentí cómo entraba en erupción con mi segundo orgasmo, caliente y líquido en su mano.

Jodeeerrr... Me temblaban las piernas y me recosté sobre ella, aplastándola contra la pared.

Habíamos hecho mucho ruido. ¿Demasiado ruido? Estábamos al fondo del pasillo, separados de la animada fiesta por varias habitaciones, pero yo no tenía la mínima noción de qué había ocurrido en el mundo exterior mientras me deshacía en los brazos de Hanna.

Percibí su aliento cálido y dulce en mi cuello y retiré cuidadosamente los dedos, frotándolos sobre su sexo para regodearme en su piel ardorosa y sensible.

—¿Ha estado bien? —le murmuré al oído.

—Sí —susurró, envolviéndome los hombros con los brazos y enterrando la cara en el hueco de mi cuello—. Dios, muy bien...

Dejé la mano donde estaba, con el cerebro enfebrecido, y le recorrí delicadamente el clítoris con los dedos, antes de deslizarlos de nuevo hacia su

abertura y el suave pliegue de su coño. Era, muy posiblemente, la mejor primera vez que había tenido con una mujer. Y eso que solo habíamos empleado las manos.

—Deberíamos volver a la fiesta —sugirió, con la voz sofocada por mi piel.

De mala gana, retiré la mano e inmediatamente me estremecí cuando encendió el interruptor de la luz, a su espalda. Mientras me subía los pantalones, la observé detenidamente, completamente desnuda en la habitación iluminada.

Vaya por Dios... Tenía unas formas suaves y bien torneadas, un cuerpo tonificado, con pechos turgentes y caderas sinuosas. Su piel todavía llameaba por el orgasmo y me regocijé con el espectáculo del rubor que se le extendía por el cuello y las mejillas mientras yo examinaba la sustancia que mi orgasmo había depositado sobre su vientre.

—Me estás mirando... —dijo al tiempo que se agachaba para coger una caja de pañuelos de papel del tocador. Bajó la vista, se limpió y luego arrojó el pañuelo a una papelería.

Me abroché el cinturón y me senté en el extremo de la cama, observándola mientras volvía a vestirse. Era increíblemente sexy, y no tenía ni idea.

La habitación olía a sexo y yo sabía que Hanna era consciente de que toda mi atención estaba centrada en ella, pero no se apresuró. De hecho, parecía plenamente satisfecha dejándome contemplar todos los ángulos posibles, todas las curvas de su cuerpo mientras se ponía las bragas, se enfundaba los pantalones, se ajustaba el sujetador y se abotonaba la camisa despacio.

Mirándome, se pasó la lengua por los labios y sentí que se me aceleraba el corazón al darme cuenta de que podía saborearse a ella misma a través del poso de mis dedos. Pensé que probablemente me acordaría de su sabor durante el resto de mis días.

—¿Y ahora qué? —pregunté, poniéndome de pie.

—Ahora... —Buscó mi brazo y me recorrió con los dedos la línea que iba de mi codo a la muñeca—. Volvemos ahí fuera y nos tomamos otra copa.

La sangre se me enfrió un poco al oír que su voz recuperaba la normalidad. Ya no jadeaba ni hablaba entrecortadamente, ya no se mostraba

vacilante ni esperanzada. Volvía a ser la misma Hanna efervescente, la misma que veía todo el mundo. Ya no era mía.

—Me parece bien —le contesté.

Me miró a la cara durante largo rato, los ojos, las mejillas, la barbilla y los labios.

—Gracias por no estar incómodo.

—Pero ¿qué dices? —Me agaché y la besé en la mejilla—. ¿Por qué iba a estar incómodo?

—Acabamos de tocarnos nuestras partes íntimas —susurró.

Me eché a reír y le enderecé el cuello de la camisa.

—Sí, me he dado cuenta —le dije.

—Me parece que podría llevar muy bien eso de que seamos amigos con derecho a roce. Parece tan fácil, tan relajado... Bueno, volvamos ahí fuera —dijo, sonriéndome de oreja a oreja. Guiñándome un ojo, añadió—: Y somos los únicos que sabemos que acabas de correrte en mi barriga y que yo acabo de correrme en tu mano.

Hizo girar el pomo, abrió la puerta y dejó paso al bullicio de la fiesta. Era imposible que alguien nos hubiese oído. Podíamos hacer como si nada hubiese pasado.

Ya había hecho aquello antes, millones de veces. Enrollarme con una mujer y luego volver al jaleo de la fiesta, mezclándome con la gente en la habitación y sumergiéndome en otra clase de diversión.

Sin embargo, a pesar de que la gente allí era verdaderamente muy simpática, no conseguía quitarle el ojo de encima a Hanna y controlar lo que estaba haciendo. En el salón, hablando con el asiático alto que recordaba por el nombre de Dylan. Pasillo abajo, saludándome con la mano antes de meterse en el cuarto de baño. Llenándose el vaso de plástico con agua en la cocina. Mirándome desde el otro extremo de la habitación.

Dylan volvió a encontrar a Hanna y le sonrió agachándose y diciéndole algo al oído. Tenía una sonrisa radiante, una ropa que sugería que su cuenta corriente estaba lo bastante saneada para pertenecer al sector más chic de los estudiantes universitarios, y parecía muy pendiente de ella.

Vi cómo la sonrisa de ella se ensanchaba y luego se hacía un poco más vacilante. Lo abrazó y lo observó dirigirse a la cocina. Yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando; me encantaba verla pasar un buen rato, pero una extraña comezón empezó a extenderse por mi epidermis, y tras de dos horas de fiesta después de nuestro escarceo particular, me di cuenta de que lo que quería era llevármela a casa, donde los dos pudiésemos explorarnos el uno al otro de verdad el resto de la noche. Me saqué el móvil del bolsillo y le escribí un mensaje de texto.

«Vámonos de aquí. Ven a casa y quédate a pasar la noche conmigo».

Desplacé el pulgar hasta el botón de enviar antes de darme cuenta de que ella también estaba escribiendo en nuestra ventana de iMessage. Me detuve, a la espera.

«Dylan acaba de pedirme que salga con él» decía.

Me quedé mirando el teléfono antes de levantar la vista y toparme con su mirada de ansiedad desde el otro lado de la habitación. Borrando lo que había escrito, tecleé:

«¿Y qué le has dicho?»

Bajó la vista cuando le vibró el móvil y luego contestó:

«Le he dicho que ya lo hablaremos el lunes».

Me estaba pidiendo consejo, puede que incluso permiso. Hacía apenas un mes estaba acostándome regularmente con dos o tres mujeres distintas cada semana. No tenía ni idea de lo que pensaba con respecto a Hanna, mis pensamientos eran demasiado complejos y confusos para ayudarla a traducir los suyos en ese momento. Me sonó el móvil de nuevo y bajé la vista.

«¿¿No sería un poco extraño después de lo que hemos hecho?? No sé qué hacer, Will».

Esto es lo que necesita, me dije. Amigos, citas, una vida aparte de la universidad. Tú no puedes ser lo único que haya en ella. Por una vez, yo buscaba lo complicado y ella estaba tratando de tomar el camino más sencillo.

«No, qué va —le contesté—. Se llama salir con otra gente».

7

Si alguna vez me había preguntado cómo sonaba una gata en celo, ahora lo sabía. Los maullidos, gemidos y aullidos habían empezado hacía una hora más o menos y no habían hecho sino empeorar hasta que el animal sexualmente frustrado casi chillaba al otro lado de la ventana de mi dormitorio.

Sabía exactamente lo que sentía. Gracias, vida, por darme la metáfora viva de cómo me sentía yo.

Con un gruñido, me puse boca abajo y alargué la mano a ciegas en busca de un cojín con el que ahogar el sonido o con el que asfixiarme. No lo tenía decidido. Hacía tres horas que había llegado a casa procedente de la cita con Dylan y no había dormido ni unos minutos.

Estaba destrozada después de dar vueltas y más vueltas desde que me había metido en la cama, mirando el techo como si el secreto de todos mis problemas se hallase oculto en el yeso moteado. ¿Por qué me parecía todo tan complicado? ¿No era eso lo que yo quería? ¿Citas? ¿Vida social? ¿Tener un orgasmo en compañía de otra persona? ¿Cuál era el problema entonces?

La forma en que Dylan hizo saltar por los aires ese rollo de «solo amigos» era un problema. Pero el mayor problema era que habíamos ido a uno de mis restaurantes favoritos y yo estuve hecha polvo, pensando en Will cuando debería haber estado derritiéndome por Dylan. No estaba pensando en la sonrisa de Dylan cuando pasó a recogerme, en su detalle de abrirme la puerta ni en la adoración con que me miró durante toda la cena. En lugar de eso, estaba obsesionada con la sonrisa burlona de Will, su expresión mientras

miraba cómo le tocaba la polla, sus mejillas encendidas, las palabras exactas con las que me había indicado lo que debía hacer, los sonidos que había hecho al correrse y el aspecto que tenía aquello sobre mi piel.

Molesta, volví a ponerme boca arriba y aparté las mantas de una patada. Estábamos en marzo, había caído una nieve ligera durante todo el día y yo estaba sudada. Eran las dos de la madrugada y estaba despierta y frustrada. Muy... muy frustrada.

Lo más difícil de comprender era lo amable, tierno y atento que se había mostrado Will en la fiesta y mi certeza de que todo aquello se traduciría fácilmente en sexo. Se había mostrado alentador, diciendo todo lo que yo necesitaba oír, aunque sin empujarme nunca, sin pedirme nunca más de lo que estaba dispuesta a dar. Dios, qué bueno estaba. Esas manos..., esa boca. Su modo de chuparme la piel, besándome como si llevase años de necesidad acumulada y por fin se hubiese desatado. Quería que me follase más de lo que nunca había querido nada, y era el siguiente paso más lógico del mundo: ambos estábamos allí, estaba oscuro, él estaba encendido y Dios sabe que yo estaba a punto de explotar, había una cama..., pero no me pareció bien. No me sentía preparada.

Él no había insistido. Yo esperaba que la situación fuese incómoda, pero no lo fue en absoluto. Era la única persona con la que quería hablar de Dylan, y él me animó. En el taxi, mientras volvíamos a casa, me dijo que debía salir a divertirme. Me dijo que él no se iba a ninguna parte y que lo que habíamos hecho era perfecto. Me dijo que explorase y que fuese feliz. Dios, solo consiguió que lo deseara aún más.

Tras decidir que aquella era una batalla perdida y que ya no me dormiría, me levanté y fui a la cocina. Metí la cabeza en el frigorífico y cerré los ojos, dejando que el aire frío flotase sobre mi piel caliente. Tenía mojada la entrepierna, y aunque habían pasado seis días desde que Will me había tocado allí, me sentía anhelante. Había salido a correr con él cada día, y habíamos desayunado juntos tres de esos días. Había sido fácil; con Will, siempre era fácil. Sin embargo, cada vez que estaba cerca me entraban ganas de preguntarle si podía tocarme otra vez, si yo podía tocarlo a él. Aún podía sentir el eco de cada caricia de sus dedos, pero no confiaba en mi memoria. No podía haber sido tan bueno.

Entré en la sala de estar y miré por la ventana. El cielo estaba oscuro, de un gris plateado, y había destellos de escarcha en las azoteas. Conté las farolas y calculé cuántas de ellas había entre su edificio de apartamentos y el mío. Me pregunté si existía siquiera una posibilidad de que también estuviese despierto, sintiendo una pequeña parte del deseo que yo sentía en ese momento.

Mis dedos encontraron el pulso en mi cuello y cerré los ojos, sintiendo el ritmo salvaje bajo mi piel. Me dije a mí misma que debía volver a la cama. Quizá aquella fuese una buena oportunidad para probar el coñac que mi padre siempre guardaba en la sala de estar. Me dije a mí misma que llamar a Will era mala idea y que nada bueno podía salir de ahí. Yo era inteligente y lógica, y lo pensaba todo muy bien.

Estaba harta de pensar.

Ignorando la advertencia dentro de mi mente, cogí mis cosas, salí a la calle y eché a andar. La nieve compacta formaba una gruesa capa en la acera. Mis botas provocaban crujidos a cada paso, y cuanto más me acercaba al apartamento de Will, más se convertía el caos de mis pensamientos en un constante zumbido de fondo.

Cuando alcé la mirada me hallaba delante de su edificio. Mis manos temblaron al sacar mi teléfono móvil, encontrar su foto y teclear lo único que se me ocurrió:

«¿Estás despierto?»

Casi se me cayó el teléfono por la sorpresa cuando llegó una respuesta solo unos segundos más tarde.

«Por desgracia».

«¿Me dejas pasar?», pregunté.

Francamente, ¿quería que dijese que sí o que me enviase de vuelta a casa? A aquellas alturas ni siquiera yo lo sabía.

«¿Dónde estás?», vacilé.

«Delante de tu edificio».

«QUÉ. Ahora bajo».

Apenas tuve tiempo de considerar lo que estaba haciendo, volviéndome para mirar hacia el lugar del que venía, cuando se abrió de golpe la puerta de la calle y Will salió al exterior.

—¡Hace un frío de la hostia! —vociferó, y luego miró detrás de mí, hacia el bordillo vacío—. ¡Me cago en la puta, Hanna! ¿Has cogido al menos un taxi hasta aquí?

—He venido a pie —reconocí con una mueca.

—¿A las tres de la mañana? ¡Joder! ¿Has perdido la cabeza?

—Lo sé, lo sé. Es que...

Negó con la cabeza y tiró de mí hacia el interior.

—Entra. Estás loca, ¿lo sabías? Me entran ganas de estrangularte ahora mismo. No se puede caminar por Manhattan sola a las tres de la mañana, Hanna.

Sentí un cálido aguijonazo en el estómago cuando pronunció mi nombre, y supe que me habría pasado toda la noche en la fría calle si eso lo hubiese llevado a pronunciarlo otra vez. Sin embargo, me lanzó una mirada de advertencia y asentí con la cabeza mientras me acompañaba hasta el ascensor. Las puertas se cerraron y Will me miró desde la pared de enfrente.

—Entonces, ¿acabas de volver a casa? —preguntó; tenía un aspecto demasiado soñoliento y sexy para mi presente estado de ánimo—. La última vez que me has mandado un mensaje acababas de subirme al taxi para reunirte con Dylan en el restaurante.

Negué y bajé la vista hasta la alfombra, parpadeando y tratando de entender en qué estaba pensando exactamente cuando decidí ir allí. No estaba pensando, ese era el problema.

—He vuelto a casa sobre las nueve.

—¿Las nueve? —preguntó, nada impresionado.

—Sí —lo desafié.

—¿Y?

Su tono era mesurado; su rostro, impassible. No obstante, la rapidez de sus preguntas me indicó que estaba alterado. Cambié de posición sin saber qué decir. La cita había sido un completo desastre. Dylan era amable e interesante, pero yo había estado totalmente ausente.

Me salvé de contestar cuando llegamos al piso de Will. Salí del ascensor detrás de él y lo seguí por el largo pasillo, mirando cómo se flexionaban su espalda y sus hombros con cada paso. Llevaba un pantalón de pijama azul, y los contornos de algunos de sus tatuajes más oscuros resultaban visibles a

través de la fina camiseta blanca. Tuve que reprimir el impulso de alargar el brazo y rozarlos con la punta del dedo, de quitarle la camiseta y verlos todos. Estaba claro que había más que todos aquellos años atrás, pero ¿qué eran? ¿Qué historias se ocultaban bajo la tinta de su piel?

—Bueno, ¿vas a contármelo? —preguntó.

Se había detenido delante de su puerta, mi mirada se clavó en sus ojos.

—¿Qué? —pregunté, confusa.

—Lo de la cita, Hanna.

—Oh —murmuré, parpadeando y tratando de poner orden en el caos que ocupaba mi cabeza—. Cenamos y bla, bla, bla, y luego cogí un taxi hasta casa. ¿Seguro que no te he despertado?

Exhaló un suspiro profundo y prolongado y me invitó a entrar con un gesto.

—Por desgracia, no. —Me arrojó una manta que estaba apoyada en el respaldo del sofá—. Aún no he podido conciliar el sueño.

Quise prestar atención, pero de pronto me vi rodeada de un montón de piezas de la vida de Will. Su apartamento se encontraba en uno de los edificios más nuevos de la zona y era moderno, aunque modesto. Pulsó el interruptor de una pequeña chimenea situada contra una pared y las llamas cobraron vida, bañando con una luz parpadeante las paredes de color miel.

—Caliéntate mientras te preparo algo de beber —dijo, indicando con un gesto la alfombra que se hallaba delante de la chimenea—. Y cuéntame algo más sobre esa cita que se ha acabado a las nueve.

La cocina resultaba visible desde la sala de estar, y vi cómo abría y cerraba armarios. Acto seguido llenó de agua una tetera de aspecto antiguo y la puso a calentar sobre los fogones. Su piso era más pequeño de lo que yo imaginaba, con suelos de madera y estanterías abarrotadas de novelas muy leídas, gruesos volúmenes sobre genética y una pared entera dedicada a lo que parecía una impresionante colección de cómics. Dos sofás de piel dominaban la sala de estar, y unos cuadros enmarcados con sencillez colgaban de las paredes. En el suelo había un revistero lleno, y sobre la repisa de la chimenea descansaba una pila de correo y un vaso rebosante de chapas de botellas.

Traté de concentrarme en lo que me preguntaba, pero cada objeto de su

apartamento era una fascinante pieza del rompecabezas de la historia de Will.

—La verdad es que no hay mucho que contar —dije, distraída.

—Hanna.

Solté un gemido, me quité el abrigo y lo dejé en el respaldo de una silla.

—Tenía la cabeza en otra parte, ¿sabes? —dije, y me detuve al ver su expresión: había abierto la boca y sus ojos, como dos luceros, se movían despacio por mi cuerpo—. ¿Qué?

—¿Qué estás...? —Tosió—. ¿Has venido hasta aquí con eso?

Bajé la mirada y, si ello era posible, me sentí aún más mortificada que antes. Me había metido en la cama con unos shorts y una camiseta de tirantes, y antes de salir solo me había puesto un par de pantalones de pijama, mis botas de pelo y el viejo abrigo gigante de Jensen. Mi camiseta no dejaba nada a la imaginación y mis pezones estaban duros, completamente visibles bajo la tela delgada.

—¡Oh! ¡Uy! —Crucé los brazos sobre el pecho, intentando ocultar el hecho obvio de que fuera hacía mucho mucho frío—. Seguramente debería haber prestado más atención, pero quería... quería verte. ¿Es eso raro? Es raro, ¿verdad? Seguramente estoy infringiendo una docena de tus reglas.

Parpadeó.

—Esto... creo que hay una cláusula que obliga a mostrarse permisivo ante la infracción de cualquier regla mientras se lleve una ropa como esa —dijo, logrando apartar los ojos de mi pecho el tiempo suficiente para terminar lo que estaba haciendo en la cocina.

Mi capacidad de ponerle nervioso me produjo una insólita sensación de poder, y traté de no darme demasiados aires cuando salió con dos tazas humeantes en la mano.

—Bueno, ¿por qué ha habido tan pocos acontecimientos de interés en esa cita? —preguntó.

Me senté con las piernas estiradas en el suelo, delante del fuego.

—Tenía otras cosas en la cabeza.

—¿Como por ejemplo?

—Coooooomo... —dije, arrastrando la palabra el tiempo suficiente para decidir si realmente quería abordar el tema. Decidí que sí—. Como la fiesta.

Se hizo un instante de incómodo silencio.

—Ya.

—Sí.

—Por si no te has dado cuenta —dijo Will, lanzándome una ojeada—, yo no estaba exactamente dormido como un tronco.

Asentí con la cabeza y me volví hacia el fuego, sin saber cómo seguir.

—Siempre he podido controlar adónde iba mi mente, ¿sabes? Si es momento de estudiar, pienso en estudiar. Si estoy trabajando, pienso en el trabajo. Sin embargo, últimamente —dije, sacudiendo la cabeza—, mi concentración es una mierda.

Se rió suavemente junto a mí.

—Sé muy bien cómo te sientes.

—No estoy centrada.

—Sí.

Se rascó la nuca y me miró a través de sus oscuras pestañas.

—No duermo demasiado bien.

—Igual que yo.

—Estoy tan alterada que apenas puedo quedarme sentada —reconocí.

Oí el sonido de su respiración, larga y mesurada, y solo entonces me di cuenta de cuánto nos habíamos acercado. Alcé la vista y vi que me miraba. Sus ojos recorrieron cada centímetro de mi cara.

—No sé... si alguna vez me ha distraído tanto alguien —dijo.

Estaba muy cerca de él, tan cerca que pude ver cada una de sus pestañas a la luz del fuego, las pecas que le cubrían el puente de la nariz. Sin pensar, rocé sus labios con los míos. Abrió los ojos de par en par y noté que se quedaba rígido, paralizado. Solo fue un momento, y sus hombros se relajaron enseguida.

—No debería querer esto —dijo—. No tengo ni idea de lo que estamos haciendo.

No nos estábamos besando, no de verdad; solo coqueteábamos, respirando el mismo aire. Pude oler su jabón, un atisbo de pasta de dientes. Veía mi propio reflejo en su pupila. Ladeó la cabeza, cerró los ojos y se acercó para darme un beso con los labios separados.

—Dime que pare, Hanna.

No pude. En vez de eso, le apoyé una mano en la nuca para aproximarlos

más a mí. Y entonces fue él quien se impulsó hacia delante con más fuerza, durante más tiempo, y tuve que aferrarme a su camiseta para no caerme. Abrió la boca y me chupó el labio inferior y la lengua. Sentí en el vientre un calor creciente y noté que me estaba fundiendo hasta convertirme en un corazón desbocado y unas extremidades que se retorcían con las suyas, arrastrándonos a ambos hasta el suelo.

—No... —empecé, sin aliento—. Dime qué debo hacer.

Noté su forma dura contra mi cadera y me pregunté cuánto tiempo llevaba así, si había estado pensando en aquello tanto como yo. Me entraron ganas de bajar el brazo y tocarlo, de ver cómo se venía abajo tal como le había ocurrido en la fiesta, como le sucedía en mi mente cada vez que cerraba los ojos.

Sus labios se movieron por mi mandíbula y bajaron por mi garganta.

—Relájate, todo saldrá bien. Dime qué quieres hacer.

Le metí la mano debajo de la camiseta, y sentí la sólida fuerza de los músculos de su espalda y sus brazos mientras se echaba sobre mí. Pronuncié su nombre. No me gustaba nada lo débil y extraña que sonaba mi voz, pero había en ella algo nuevo, algo crudo y desesperado, y quería más.

—Me imaginaba cómo sería tenerte encima de mí —reconocí, sin saber de dónde salían las palabras, mientras él apoyaba mejor su cuerpo sobre el mío y sus caderas se instalaban entre mis piernas abiertas—. Cuando estabas repantigado en el salón con mi hermano, y también cuando te quitabas la camiseta en el jardín para lavar el coche.

Dejó escapar un gemido y me puso una mano en el pelo. Deslizó el pulgar por mi cara y me presionó la piel de la mandíbula.

—No me digas eso.

Pero no podía pensar en otra cosa: cómo le recordaba de aquellos años y la realidad del presente. Me resultaba imposible contar las veces que me pregunté qué aspecto tendría Will sin ropa, los sonidos que haría cuando persiguiese su placer. Y allí estaba, pesado sobre mí, duro entre mis piernas, bajo su ropa. Me entraron ganas de catalogar cada tatuaje, cada línea de músculo, cada centímetro de su mandíbula cincelada.

—Te miraba desde mi ventana —dije, y lancé un grito ahogado cuando cambió de posición y su miembro me presionó directamente el clítoris—.

Dios, cuando tenía dieciséis años protagonizabas todos y cada uno de mis sueños eróticos.

Se apartó lo justo para mirarme sorprendido. Tragué saliva.

—¿No debería haberte dicho eso?

—Pues... —empezó, y se humedeció los labios—. No lo sé. —Parecía mareado y confuso, yo no podía apartar la mirada de su boca—. Sé que debería pensar que lo que dices es sexy, pero, joder, Hanna. Si me corro en los pantalones, solo será culpa tuya.

«¿Podía yo hacer eso?», pensé. Sus palabras me encendieron el pecho, y me entraron ganas de contárselo todo:

—Me tocaba bajo las sábanas —reconocí en un susurro—. Algunas veces te oía hablar... y me preguntaba... cómo sería si estuvieses allí. Me corría y me imaginaba que estaba contigo.

Él soltó una maldición y volvió a besarme, más hondo y más húmedo, arrastrando los dientes por mi labio inferior.

—¿Qué decía yo?

—Lo agradable que era tocarme y lo mucho que me deseabas —dije contra sus labios—. En aquella época no era muy creativa y estoy segura de que tu boca es mucho más sucia en la realidad.

Se echó a reír, y el sonido era tan bajo y áspero que se convirtió en una presión física sobre mi cuello, donde respiraba.

—Pues imaginémonos que tienes dieciséis años y me acabo de colar en tu habitación —dijo con voz ligeramente insegura, poniendo su boca sobre la mía—. No tenemos por qué quitarnos la ropa si no estás preparada.

Y no supe qué decir, porque sí, quería estar completamente desnuda debajo de él, imaginar cómo sería tenerlo desnudo y dentro de mí. Pero practicar el sexo real esa noche con Will se me antojaba demasiado rápido, demasiado pronto. Demasiado peligroso.

—¿Me enseñarías? —pregunté—. No sé cómo puedes hacerlo sin quitarnos la ropa. —Hice una pausa y añadí en un susurro—: Ni aunque nos la quitemos, supongo. Obviamente.

Se echó a reír, me besó la oreja y gimió en voz baja mientras me mordisqueaba el lóbulo. El modo en que sus manos se movían sobre mí, el modo en que sus labios se deslizaban por mi piel... Tocar de ese modo

parecía formar parte de la naturaleza de Will, tanto como respirar. Él exhaló su aliento cálido contra mi cuello y susurró:

—Muévete debajo de mí. Busca lo que te resulte agradable, ¿vale?

Asentí con la cabeza, cambié de posición bajo su cuerpo y sentí la dura presión de su polla entre mis piernas.

—¿Puedes notar eso? —preguntó, presionando intencionadamente contra mi clítoris—. ¿Es ahí donde te gusta?

—Sí.

Llevé las manos a su pelo y tiré con fuerza. Lo oí sisear mientras se balanceaba contra mí, cada vez más deprisa.

—Joder, Hanna.

Me subió la camiseta de tirantes por encima de las costillas e hizo una bola con ella. Y luego se inclinó y se metió uno de mis pezones en la boca. Me quedé sin aire en los pulmones y mis caderas se alzaron del suelo, buscándolo. Le arañé la piel y me vi recompensada con maldiciones y gruñidos.

—Eso es —dijo—. No pares.

Su boca seguía a sus manos y cerré los ojos, sintiendo el calor de su lengua mientras se movía sobre mí. Me besó en los labios, en la garganta. El anhelo entre mis piernas aumentó, y pude sentir lo mojada que estaba, lo vacía, lo mucho que quería su boca contra mí, sus dedos en mi interior. Su polla.

Nos deslizamos por el suelo y noté que tenía algo debajo de la espalda, pero no me importó. Lo único que quería era perseguir esa sensación.

—Me falta muy poco —dije con un grito ahogado, sorprendida de encontrarlo mirándome, con los labios separados y el pelo sobre la frente.

—¿Sí? —preguntó Will, con los ojos abiertos como platos y encendidos de emoción.

Asentí, y el resto del mundo se fue volviendo borroso a medida que crecía la sensación entre mis piernas, volviéndose más ardiente y apremiante. Me entraron ganas de clavarme las uñas en la piel y rogarle que me quitase la ropa, que me follase, que me obligase a suplicarle.

—Joder. No pares —dijo él, balanceando las caderas hacia delante, contra mí, con una combinación perfecta de calor y presión justo donde yo la

necesitaba—. Ya casi estoy.

—¡Oh! —exclamé.

Mis dedos se retorcieron contra la tela delgada de su camiseta al sentir que me precipitaba. Cerré los ojos mientras el orgasmo bajaba por mi columna para explotar entre mis piernas. Chillé y grité su nombre, notando cómo aceleraba sus movimientos contra mí. Sus dedos me apretaron con fuerza las caderas al empujar una y otra vez. Will gruñó contra mi cuello mientras se corría.

La sensibilidad volvió a filtrarse en mi cuerpo poco a poco. Me sentía pesada y lánguida, tan agotada de pronto que apenas podía mantener los ojos abiertos. Will se derrumbó contra mí. Noté su aliento cálido contra mi cuello, su piel húmeda de sudor y caliente por el fuego.

Se incorporó sobre los codos y me miró con expresión soñolienta, dulce y un poco tímida.

—Hola —dijo, y esbozó una sonrisa torcida—. Siento haberme colado en tu dormitorio, Hanna adolescente.

Me aparté los rizos de la frente de un soplo y le devolví la sonrisa.

—Puedes venir siempre que quieras.

—Esto... —empezó, y se echó a reír—. No pretendo salir corriendo, pero es que... necesito limpiarme.

De pronto, me saltó a la vista lo absurdo de toda la situación y empecé a reírme. Estábamos en el suelo, tenía un zapato o algo así debajo de la espalda y él acababa de correrse en los pantalones.

—¡Eh, oye! —dijo—. No te rías. Ya te he dicho que sería culpa tuya.

De repente me entró mucha sed y me humedecí los labios con la lengua.

—Vete —dije, dándole una palmadita en la espalda.

Me besó dulcemente en los labios dos veces, se puso de pie y se marchó al cuarto de baño. Me quedé allí unos momentos mientras el sudor se me secaba en la piel y se calmaban los latidos de mi corazón. Me sentía al mismo tiempo mejor y peor. Mejor porque estaba realmente cansada, pero peor porque el eco reciente de la polla de Will moviéndose entre mis piernas era una distracción mucho mayor que el recuerdo de sus dedos.

Llamé a un taxi y entré en la cocina para echarme un poco de agua fresca en la cara y beber algo. Volvió a la habitación con un pijama diferente,

oliendo a jabón y pasta de dientes.

—He llamado a un taxi —le aseguré, dedicándole una mirada que significaba «no te preocupes».

Por un instante pareció desanimarse, pero sucedió tan deprisa que no supe si creer lo que habían visto mis ojos.

—Bien hecho —murmuró mientras se me acercaba para darme mi sudadera—. La verdad, creo que ahora sí podré dormir.

—Necesitabas el orgasmo —dije, sonriendo de oreja a oreja.

—Lo cierto es que ya lo había intentado varias veces esta noche —dijo con voz profunda—, pero hasta ahora no había funcionado...

«Hostia puta». Toda la somnolencia que sentía se desvaneció al instante. Iba a pasarme el resto de la noche imaginando cómo sería mirar a Will masturbarse. No estaba segura de poder volver a dormir nunca más.

Me acompañó hasta abajo, me dio un beso en la frente al llegar a la puerta y se quedó mirando mientras caminaba hasta el bordillo, subía al taxi y me marchaba. Mi teléfono se iluminó con un mensaje suyo:

«Avísame cuando llegues a casa».

Vivía a solo siete manzanas de distancia; estuve en casa en cuestión de minutos. Me acosté y me agarré a la almohada antes de contestar:

«En casa sana y salva».

8

Al vivir cerca del campus de Columbia, era normal estar siempre rodeado de grandes muchedumbres de gente, pero por alguna oscura razón, el Dunkin' Donuts más próximo a mi edificio siempre parecía más lleno los jueves. Sin embargo, aunque el local hubiese estado semivacío, probablemente tampoco habría reconocido a Dylan en la cola, justo delante de mí.

De manera que me llevé un buen susto cuando se volvió, abrió los ojos al reconocermelo y me saludó con un efusivo:

—¡Eh! Eres Will, ¿verdad?

Pestañeé, sintiendo que acababa de pillarme desprevenido. Había estado pensando en Hanna y en las consecuencias de lo que había pasado dos noches atrás, cuando se había presentado en mi apartamento a las tantas y había acabado debajo de mí, y los dos habíamos llegado al orgasmo sin quitarnos la ropa siquiera. El recuerdo de esa noche era mi imagen favorita del momento, la que recreaba cada vez que tenía oportunidad, fantaseando con ella, para ponerme a tono, para calentarme la sangre. Hacía años de la última vez que me había corrido solo con tocamientos y frotándome con una mujer con la ropa puesta, pero, joder, se me había olvidado lo sucia y excitante que era la sensación de estar haciendo algo prohibido.

Sin embargo, ver a aquel chico delante de mí, el tipo con el que Hanna estaba saliendo, fue como si me echaran un jarro de agua fría por la cabeza. Dylan tenía la misma pinta que cualquier otro estudiante de Columbia de por allí: vestido de cualquier manera, parecía un cruce entre un sonámbulo en pijama y un vagabundo harapiento.

—Sí —dije, extendiendo la mano para estrecharle la suya—. Hola, Dylan. Me alegro de verte de nuevo.

Dimos un paso adelante cuando la cola avanzó y fui sintiéndome cada vez más torpe e incómodo. En la fiesta no me había dado cuenta de lo joven que era: estaba casi todo el tiempo dando botes con ese aire entre ansioso y espitoso, como constantemente entusiasmado por algo.

Asentía mucho con la cabeza y me miraba como si fuese alguien a quien había que tratar como a un superior.

Bajé la vista y me di cuenta del aspecto tan formal que tenía yo con aquel traje. «¿Desde cuándo me había convertido en aquel señor trajeado? ¿Desde cuándo tenía tan poca paciencia con los universitarios veinteañeros y estúpidos? Probablemente desde el día en que Hanna me hizo una paja en el dormitorio de una fiesta de universitarios y fue la mejor experiencia sexual que he tenido en la vida», me dije.

—¿Lo pasaste bien el otro día en lo de Denny?

Me quedé mirándolo un buen rato, tratando de recordar cuándo era la última vez que había estado en uno de los restaurantes de la popular cadena Denny's.

—Pues...

—Me refiero a la fiesta, no al restaurante —me aclaró, riendo—. El apartamento era de un amigo que se llama Denny.

—Ah, sí. La fiesta... —Mi mente reprodujo de inmediato la imagen de la cara de Hanna mientras le deslizaba los dedos por las bragas y la piel desnuda. Recordaba perfectamente su expresión justo antes de correrse, como si le hubiese hecho algún puto truco de magia. Parecía estar descubriendo esa sensación por primera vez en su vida—. Sí, la fiesta fue genial.

Se puso a toquetear el móvil, y luego levantó la vista y me miró con aire reflexivo.

—¿Sabes qué? —dijo, acercándose un poco más a mí—. Es la primera vez que me encuentro así, de casualidad, con alguien que está saliendo con la misma chica con la que salgo yo. Da un poco de mal rollo, ¿no?

Reprimí una carcajada. Bueno, desde luego, al menos tenía en común con Hanna que era igual de directo que ella.

—¿Qué te hace pensar que estoy saliendo con ella?

Dylan se puso rojo inmediatamente.

—Es que... en la fiesta..., como en la fiesta estabais así... parecíais...

Esboqué una sonrisa maliciosa y decidí hacerle pasar un mal rato.

—¿Y le pediste que saliera contigo de todos modos?

Se echó a reír como si él tampoco pudiera creerse su atrevimiento.

—¡Es que estaba muy borracho! Supongo que me lancé y ya está.

Me dieron ganas de darle un puñetazo. Y me di cuenta de que era el mayor hipócrita del mundo; no tenía absolutamente ningún derecho a sentirme indignado por su comportamiento.

—No pasa nada —dije, tranquilizándolo.

Nunca había estado a aquel lado en la conversación, y por un momento me pregunté si alguna de mis amantes se habría encontrado con otra en un lugar parecido a aquel. Qué violento... Traté de imaginarme lo que Kitty o Lara, tan alegres y sonrientes las dos, y Natalia o Kristy, que no sonreían jamás, ni en sus mejores momentos, harían en aquella clase de situación.

—Hanna y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —dije, encogiéndome de hombros—. Eso es todo.

Se echó a reír y asintió con la cabeza, como si eso respondiera a todas las preguntas que ni siquiera había formulado aún.

—Me ha dicho que ahora mismo está saliendo con alguien más. Lo entiendo. Es una chica fantástica y hace un montón de tiempo que tenía intención de pedirle que saliera conmigo, así que me conformaré con lo que ella quiera darme, ¿sabes lo que quiero decir?

Miré a la cajera, rezando porque atendiese a los clientes un poco más rápido. Por desgracia, sabía exactamente lo que quería decir.

—Sí.

Volvió a hacer un gesto afirmativo y sentí la tentación de hablarle de la regla del silencio: a veces, un silencio incómodo es preferible a mantener una conversación forzada.

Dylan se adelantó a pedir su café y yo pude volver a la seguridad que me proporcionaban las distracciones de mi Smartphone. No volví a mirarlo a la cara mientras pagaba y se alejaba, pero sentí una especie de nudo en el estómago. ¿Qué cojones estaba haciendo?

De camino a la oficina, fui sintiéndome cada vez más y más incómodo. A

lo largo de casi los diez años anteriores había establecido los límites de una relación con cada una de mis compañeras sexuales, antes incluso de llegar a la cama siquiera. A veces la conversación tenía lugar cuando abandonábamos juntos algún sitio, u otras veces sucedía espontáneamente cuando me preguntaban si tenía novia y yo podía decir sin más: «Salgo con varias chicas, pero con nadie en especial en este momento». En las contadas ocasiones en que el sexo se convertía en algo más, siempre había querido dejar muy claro cuál era mi postura, me había preocupado de saber cuál era la postura de mi compañera y habíamos hablado abiertamente de cuáles eran las expectativas de ambos.

No me había dado cuenta de hasta qué punto la aparición de Dylan me había pillado por sorpresa: en mi mundo y, más importante aún, en el de Hanna. Por primera vez en mi vida, había dado por sentado que cuando me arrastró a aquel dormitorio en la fiesta, querría explorar el sexo conmigo... y solo conmigo.

Estaba claro que el karma era un auténtico cabrón.

Esa mañana me zambullí en el trabajo, despaché tres prospectos y una pila de papeleo que llevaba arrastrando desde hacía una semana. Contesté llamadas pendientes y organicé un viaje de negocios a la zona de San Francisco para visitar unas cuantas compañías de biotecnología.

Apenas paré ni para respirar. Pero cuando llegó la tarde y llevaba ya varias horas sin comer y mi dosis de cafeína hacía ya tiempo que se había diluido en mi torrente sanguíneo, Hanna volvió a abrirse paso en mi pensamiento.

Se abrió la puerta de mi despacho y apareció Max, que me arrojó un sándwich gigantesco encima de la mesa y se desplomó en la silla que tenía delante.

—¿Qué pasa, William? Por tu cara, parece como si acabaras de descubrir que el ADN es una doble hélice que se enrolla hacia la derecha.

—Es que es una doble hélice que se enrolla hacia la derecha —repliqué—. Solo que gira a la izquierda.

—¿Como tu polla?

—Exacto. —Me acerqué el sándwich y lo desenvolví. No me di cuenta del hambre que tenía hasta que lo tuve delante y percibí el delicioso olor—. Pienso demasiado, eso es todo.

—Entonces, ¿por qué pareces un zumbado? Pensar demasiado es uno de tus putos super poderes, tío.

—No, en este caso, no. —Me froté la cara con las manos, optando por la sinceridad en lugar de seguir bromeando—. Estoy un poco confuso respecto a un asunto.

Dio un mordisco a su sándwich y me miró con expresión reflexiva. Al cabo de unos minutos, preguntó:

—Es por Miss Tetas, ¿verdad?

Lo miré con cara inexpresiva.

—No puedes llamarla así, Max.

—No, claro que no. Al menos, no a la cara. A ver, que yo llamo a mi Sara «Miss Lengua», eso es verdad, pero ella no lo sabe.

Pese a mi mal humor, no tuve más remedio que reírme.

—No es verdad.

—No, no lo es. —Su sonrisa dio paso a una cara de fingido arrepentimiento—. Eso sería una horterada, ¿verdad?

—Totalmente.

—Aunque no he podido evitar fijarme en que Hanna tiene una delantera espectacular.

Riéndome otra vez, mascullé:

—Maximus, ni te lo imaginas...

Se incorporó en la silla.

—No, no me lo imagino, pero parece que tú sí. ¿Es que se las has visto? No tenía ni idea de que hubiese habido algún progreso más allá de tu rollo ese del mentor para ayudarla a ligar.

Cuando levanté la vista, supe que era un libro abierto para él: me había dado fuerte con Hanna.

—Pues sí. Hubo... ciertos progresos la otra noche. Y también hace un par de noches. —Di un mordisco a mi sándwich—. No nos hemos ido a la cama técnicamente, pero... El caso es que, desgraciadamente, esta noche va a salir con otro tipo.

—¿Va a hacer eso que quería hacer desde el principio, no? —Asentí.

—Eso parece.

—¿Y sabe ella que te consumes de amor por ella y vas por ahí con ojos de carnero degollado?

Di otro mordisco a mi sándwich y lo fulminé con la mirada.

—No —mascullé—, capullo.

—Parece una tía estupenda —se aventuró a decir, con tacto.

Me limpié la boca con la servilleta y me recosté en la silla. «Estupenda» ni siquiera empezaba a describir a Hanna. Nunca había conocido a una mujer como ella.

—Max, lo tiene todo: es divertida, cariñosa, sincera, guapa... Estoy tan perdido... No es mi terreno, para nada.

En cuanto pronuncié aquellas palabras, me di cuenta de lo raras que sonaban en mi boca. Un extraño silencio inundó la habitación y supe de inmediato que estaba a punto de caerme encima una tonelada de burlas. Era evidente en el leve temblor en los labios de Max.

Mierda. Me miró un instante antes de levantar un dedo pidiéndome que esperara y sacar el móvil del bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté con recelo.

Me hizo callar y activó el altavoz para que los dos oyéramos el tono de llamada. La voz de Bennett respondió al otro extremo:

—Max.

—Ben —dijo Max, recostándose en su asiento con una sonrisa enorme en la cara—. Por fin ha ocurrido.

Lancé un gemido de protesta, apoyando la cabeza en mis manos.

—¿Te ha venido la regla? —preguntó Bennett—. Felicidades.

—No, gilipollas —dijo Max, riéndose—. Es Will. Está colado por una tía.

Una sonora palmada resonó al otro lado de la línea y supuse que el escritorio de Bennett acababa de recibir un entusiasta cachete.

—¡Genial! ¿Y está triste y deprimido?

Max hizo como que me examinaba un momento.

—El ser más triste y deprimido del mundo. Y no te lo pierdas: ella va a salir esta noche con otro tío.

—¡Oooh! Eso duele. ¿Y qué piensa hacer nuestro chico? —preguntó

Bennett.

—Seguir hecho polvo y sintiéndose como una mierda, supongo —respondió Max por mí antes de arquear las cejas como si ahora ya pudiera responder.

—Me quedaré en casa —dije—, viendo el partido de los Knicks. Seguro que Hanna me contará hasta el último detalle de su cita. Mañana. Cuando salgamos a correr.

Bennett emitió una especie de zumbido al otro lado del teléfono.

—Seguramente debería informar a las chicas.

Protesté con un gemido.

—No informes a las chicas, anda.

—Querrán ir a consolarte en plan madre —dijo Bennett—. Max y yo tenemos una cena de trabajo de todos modos. No podemos dejarte solo en ese estado tan lamentable.

—No estoy en un estado lamentable, ¡estoy bien! Joder —mascullé—, ¿para qué habré dicho nada?

Sin hacerme caso, Bennett siguió hablando.

—Max, yo me encargo de esto. Gracias por decírmelo.

Y colgó el teléfono.

Chloe me apartó a un lado y entró en mi apartamento. Iba cargada con un montón de bolsas de comida para llevar.

—¿Es que has invitado a gente a cenar a mi casa? —pregunté. Me miró con cara de pocos amigos y se fue directa a la cocina.

Sara asomó detrás de ella en el pasillo, cargada con un paquete de seis cervezas y unas botellas de agua mineral.

—Tenía hambre —admitió—. He hecho que Chloe pida una ración de todo.

Abrí más la puerta para que entrase y la seguí a la cocina, donde Chloe estaba atareada desempaquetando comida suficiente para un regimiento.

—Yo ya he comido —admití, casi pidiendo perdón—. No sabía que ibais a traer la cena.

—¿Cómo no íbamos a traer la cena? Bennett dijo que estabas hecho

polvo, y cuando uno está hecho polvo, eso significa que necesitas *pad thai*^[4], magdalenas de chocolate y cerveza. Además, te he visto comer —dijo, señalando al aparador donde guardaba los platos—. Puedes comer más.

Encogiéndome de hombros, saqué tres platos, unos cubiertos y una cerveza. Me fui al salón y coloqué los platos en la mesita del café. Las chicas me siguieron; Chloe se sentó en el suelo y Sara se acurrucó a mi lado en el sofá, y los tres nos abalanzamos sobre la comida. Comimos delante del televisor, viendo un partido de baloncesto mientras charlábamos cómodamente, callándonos de vez en cuando.

Pensándolo bien, me alegraba de que estuvieran allí. No me molestaron con un interrogatorio sobre mis sentimientos, sino que se limitaron a venir a casa, comer conmigo y hacerme compañía. Me ayudaron a no desesperarme y hacerme un lío con todos los pensamientos que me rondaban la cabeza.

Estaba seguro de que no era la primera vez que alguien con quien me veía estaba saliendo a la vez con otro, pero sí era la primera vez que me importaba. Me alegraba de que Hanna estuviese saliendo por ahí y divirtiéndose. Eso era lo más raro de todo, que quería que tuviese todo lo que quisiese..., solo que quería precisamente que solo me quisiese a mí.

Quería que fuese a mi casa esa noche, que admitiese que prefería follarme a mí y olvidarse de toda esa tontería de salir con chicos y punto. Era una idea ridícula y era el mayor gilipollas del mundo por pensarla, sobre todo teniendo en cuenta que en el pasado yo había hecho que centenares de mujeres se sintieran exactamente como me sentía yo en ese momento, pero era lo que quería.

Y joder, estaba que me subía por las paredes. En cuanto acabé de cenar, me puse a comprobar el móvil en plan obsesivo, y a mirar la hora también. ¿Por qué no me había enviado ningún mensaje? ¿No necesitaba que le respondiese a ninguna pregunta, aunque fuese solo una? ¿Ni siquiera quería decirme hola? Dios, me odiaba a mí mismo.

—¿Has tenido noticias tuyas? —me preguntó Chloe, interpretando correctamente mi ansiedad.

Negué con la cabeza.

—No pasa nada. Seguro que está bien.

—¿Y qué dijeron Kitty y Kristy? —quiso saber Sara, dejando el vaso de

agua encima de la mesa.

—¿Qué dijeron respecto a qué? —pregunté.

El silencio se adueñó del espacio que había entre nosotros y pestañeeé, confuso.

—¿Respecto a qué? —insistí.

—Cuando cortaste con ellas —repuso Sara, arqueando las cejas.

«Mierda. MIEEEERDA», pensé.

—Ah —dije, rascándome la barbilla—. Es que técnicamente no he cortado con ellas.

—¿Así que estás colado por Hanna, pero todavía no les has dicho a tus otras dos amantes que sientes algo muy fuerte por otra mujer?

Cogí mi cerveza y hundí la mirada en ella. No era solo el tostón de tener que mantener la desagradable conversación de poner fin a lo nuestro con Kitty y Kristy; si era sincero conmigo mismo, en parte también se trataba del consuelo y la distracción que las dos podrían proporcionarme si la cosa con Hanna no acababa de cuajar. Eso era una auténtica cabronada hasta para mí.

—Todavía no —admití—. Con ellas nunca ha habido nada serio. Siempre era sexo ocasional. A lo mejor ni siquiera tengo que decírselo...

Chloe se inclinó hacia delante, dejó la botella y me miró hasta que la miré a la cara.

—Will, te quiero mucho. De verdad que sí. Vas a formar parte activa en nuestra boda, vas a entrar a formar parte de nuestra familia. Quiero todo lo mejor para ti. —Entrecerró los ojos para mirarme y sentí que se me encogían los cojones—. Pero aun así, no le aconsejaría nunca a una amiga que se arriesgase a salir contigo. Le diría que te dejase echarle los polvos más inolvidables de su vida, pero que mantuviese sus sentimientos al margen porque eres un capullo de mierda.

Me estremecí, di un chasquido con la lengua y negué con la cabeza.

—A eso lo llamo yo ser franca.

—Lo digo en serio. Sí, siempre has sido sincero con todas tus parejas sexuales. No, no tienes nada que ocultar, pero ¿se puede saber qué tienes en contra de las relaciones?

Lancé las manos al aire con exasperación.

—¡No tengo nada en contra de las relaciones! —exclamé.

—Desde el primer momento —intervino Sara— das por sentado que no vas a querer otra cosa más que sexo ocasional. —Acto seguido, suavizando el tono, añadió—: Déjame que te diga, desde el punto de una mujer, que cuando eres joven, quieres al chico que sabe cómo se juega este juego, pero cuando eres mayor, quieres al hombre que sabe cuándo deja de ser un juego.

Tú ni siquiera sabes eso todavía y ya tienes... ¿qué, treinta y uno? Puede que Hanna sea joven en años, pero es mayor en edad mental y no tardará en darse cuenta de que el modelo que tú le propones no es el que le conviene. Estás enseñándole a Hanna cómo hacer malabarismos con distintos amantes, cuando lo que deberías enseñarle es qué se siente siendo amada por un hombre.

Le sonreí y luego me froté la cara con las manos.

—¿Habéis venido aquí a echarme un sermón? —exclamé, gruñendo.

—No —dijo Sara.

—Sí —dijo Chloe al unísono.

Al final, Sara se rió y dijo:

—Sí.

Se inclinó y apoyó la mano en mi rodilla.

—Eres un negado para el amor, Will. Eres como nuestra pequeña mascota peluda.

—Eso es horrible —protesté—. Ni se os ocurra volver a decir eso.

Volvimos a concentrarnos en el partido de baloncesto. No era una situación violenta o incómoda.

No me sentía a la defensiva. Sabía que tenían razón, solo que no estaba seguro de qué podía hacer al respecto, teniendo en cuenta que ahora mismo Hanna estaba con aquel puto Dylan. Estaba muy bien que admitiera que quería algo más con ella y que no quería que saliera con otro tipo, pero eso no tenía la menor relevancia mientras Hanna y yo estuviésemos en planos distintos. Y la verdad era que aunque quería que follara conmigo y solo conmigo, no quería que cambiasen las cosas entre los dos.

¿Verdad que no? Cogí el teléfono para ver si, por algún milagro, se me había pasado por alto algún mensaje de ella en los últimos dos minutos.

—Joder, Will. ¡Mándale un maldito mensaje y ya está! —dijo Chloe, tirándome una servilleta.

Me levanté de golpe, no tanto para obedecer las órdenes de Chloe como para moverme un poco. ¿Qué estaría Hanna haciendo en ese momento? ¿Dónde estaban? Eran casi las nueve. ¿No deberían haber acabado ya de cenar?

De hecho, conociendo su historial, lo más probable era que estuviese en casa... ¿a menos que estuviesen en la de él?

Sentí que los ojos se me abrían como platos. ¿Era posible que estuviese en su cama? ¿En la cama con él? Cerré los ojos inmediatamente, recordando boquiabierto el tacto de su cuerpo bajo el mío, sus curvas, el contacto de sus rodillas presionándome los costados. Solo de pensar que podía estar con ese fante... Desnuda...

«A la mierda», me dije.

Me volví y eché a andar por el pasillo en dirección a mi dormitorio, pero me detuve cuando me sonó el móvil en la mano. Nunca en toda mi vida mis reflejos para mirar la pantalla habían sido tan rápidos..., pero solo era Max.

«Tu chica está aquí en el restaurante conmigo y con Ben. Has hecho un buen trabajo con el Proyecto Hanna, Will. Está explosiva».

Lancé un gemido y me apoyé en la pared del pasillo mientras tecleaba.

«¿Está besando a ese niñato?»

«No, pero está mirando el móvil cada dos por tres —contestó—. Deja de enviarle mensajes, cabroncete. Ahora mismo está explorando la vida, no lo olvides».

Haciendo caso omiso de su intento de fastidiarme, me quedé mirando el texto, releyéndolo una y otra vez. Sabía que yo era la única persona que enviaba mensajes de texto a Hanna de forma regular, y no le había enviado ninguno en toda la noche. ¿Había alguna posibilidad de que estuviese comprobando su móvil tan obsesivamente como yo había estado comprobando el mío?

Avancé por el pasillo y me encerré en el cuarto de baño con el pretexto de utilizarlo para lo que servía realmente, y en vez de eso me senté en el borde de la bañera. Con ella no estaba jugando a ningún juego, Sara se equivocaba en eso. Yo sabía perfectamente que no era ningún juego. Desde luego, en ese momento, maldita la gracia que tenía. Todo el tiempo que pasaba sin estar con Hanna oscilaba entre la euforia más absoluta y la ansiedad más obsesiva.

¿De eso iba todo esto? ¿De correr esa clase de riesgo, abrirle el corazón a alguien y confiar en que ese alguien tuviese la capacidad de tratar tus sentimientos como si fueran lo más delicado del mundo?

Dejé los pulgares suspendidos sobre las letras durante varias palpitaciones aceleradas y luego tecleé una sola frase y la releí una y otra vez, asegurándome de haber elegido correctamente las palabras, el estilo y el tono general de «*No estoy obsesionado con cómo te está yendo la noche. Qué va. Para nada*».

Al final, cerré los ojos y pulsé «ENVIAR».

9

«No pensaba mandarle ningún mensaje a Will».

—... y luego quizá vivir en el extranjero algún día...

«No pensaba mandarle ningún mensaje a Will».

—... quizá en Alemania. O quizá en Turquía...

Volví parpadeando a la conversación y asentí con la cabeza mirando a Dylan, que estaba sentado frente a mí y que prácticamente había recorrido el mundo entero durante nuestra conversación.

—Eso suena muy emocionante —dije con una amplia sonrisa.

Bajó la mirada hasta el mantel de lino. Tenía las mejillas sonrosadas. Vale, era bastante mono. Como un cachorrito.

—Hubo una época en la que me planteé irme a Brasil —siguió—, pero me gusta tanto ir de visita que no quiero acostumbrarme, ¿sabes?

Asentí otra vez, esforzándome por prestar atención y controlar mis pensamientos, por centrarme en mi acompañante y no en el hecho de que mi móvil llevaba toda la noche en silencio.

El restaurante que Dylan había escogido era agradable, no excesivamente romántico, pero acogedor. Luces suaves, amplias ventanas, nada demasiado serio. Nada que proclamase «cita» a gritos.

Yo había tomado *halibut*^[5] y Dylan había pedido un filete. Su plato estaba casi vacío; yo apenas había tocado el mío. ¿Qué estaba diciendo? ¿Un verano en Brasil?

—¿Cuántos idiomas has dicho que hablas? —pregunté, esperando acertar. Debió de ser así porque sonrió, claramente satisfecho de que yo hubiese

recordado ese detalle. O al menos que dicho detalle existía.

—Tres.

Me apoyé en el respaldo, impresionada.

—Vaya, eso es... eso es realmente increíble, Dylan.

Y era cierto. Era increíble. Dylan era atractivo, listo y todo lo que podía desear una chica inteligente. Sin embargo, cuando el camarero se detuvo junto a nuestra mesa para llenarnos las copas, nada de eso impidió que le echase otro rápido vistazo a mi móvil y frunciese el ceño al ver la pantalla vacía.

Ni mensajes, ni llamadas perdidas. Nada. Maldita sea. Pasé un dedo por el nombre de Will y releí algunos de sus mensajes del día.

«Un pensamiento que me ha surgido: me gustaría verte colocada. La maría amplifica los rasgos de la personalidad, así que probablemente hablarías tanto que tu cabeza explotaría, aunque no sé cómo sería posible que dijeras aún más locuras que ahora».

Y otro:

«Te acabo de ver en el cruce de la Ochenta y uno con Amsterdam Avenue. Iba en un taxi con Max y te he visto cruzar la calle delante de nosotros. ¿Llevabas bragas debajo de esa falda? Pienso guardar la información en mi archivo mental porno, así que en cualquier caso di que no».

Me había enviado el último mensaje poco después de la una de la tarde, casi seis horas atrás. Repasé varios mensajes más antes de pulsar la casilla para teclear. Mi pulgar vaciló sobre el teclado. ¿Qué estaría haciendo Will? Se coló en mis pensamientos la coletilla «y con quién», y noté que fruncía el ceño todavía más.

Empecé a teclear un mensaje y lo borré enseguida. «No pienso mandarle ningún mensaje a Will —me dije—. No pienso mandarle ningún mensaje a Will. Ninja. Agente secreto. Consigue los secretos y escapa indemne».

—¿Hanna?

Alcé la vista; Dylan me estaba mirando.

—¿Mmm?

Juntó las cejas un momento antes de soltar una risita insegura.

—¿Te encuentras bien? Esta noche pareces un poco distraída.

—Sí —dije, y comprendí horrorizada que me había pillado. Levanté el móvil de mi regazo—. Estoy esperando un mensaje de mi madre —mentí... vergonzosamente.

—Pero ¿va todo bien?

—Desde luego.

Con un pequeño suspiro de alivio, Dylan apartó su plato y se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Bueno, ¿y tú? Me parece que no he parado de hablar. Háblame del estudio que estás haciendo.

Por primera vez en toda la noche, noté que agarraba el móvil con menos fuerza. Eso podía hacerlo. ¿Hablar de mi trabajo, mis estudios y la ciencia? Por supuesto. Acabábamos de tomarnos el postre y le había explicado que estaba colaborando con otro laboratorio de nuestro departamento en la creación de unas vacunas para el Trypanosoma cruzi cuando noté que me daban un golpecito en el hombro. Al volverme, vi a Max de pie detrás de mí.

—¡Hola! —dije, sorprendida de verlo allí.

A pesar de su metro noventa y cinco de estatura, cuando se inclinó para darme un beso en la mejilla no pareció nada incómodo.

—Hanna, esta noche estás absolutamente imponente.

Demonios. Ese acento iba a acabar conmigo. Sonreí.

—Bueno, puedes pasarle tus cumplidos a Sara; fue ella quien escogió este vestido.

No habría creído posible que se volviese aún más atractivo, pero la sonrisa orgullosa que se dibujó en sus labios obró el milagro.

—Lo haré. ¿Y quién es este? —dijo, volviéndose hacia Dylan.

—¡Oh! —dije, mirando a mi acompañante—. Lo siento, Max, te presento a Dylan Nakamura. Dylan, este es Max Stella, el socio de mi amigo Will.

Los dos hombres se estrecharon la mano y charlaron unos momentos, y tuve que contenerme para no preguntar por Will. Al fin y al cabo, había salido con otro. Para empezar, no debería estar pensando en él.

—Bueno, pues os dejo solos —dijo Max.

—Dale recuerdos a Sara.

—Desde luego. Que lo paséis bien.

Vi cómo Max volvía a su mesa, donde lo aguardaba un grupo de

hombres. Me pregunté si habría salido para una cena de negocios, y en tal caso, ¿por qué no había ido Will con él? Me daba cuenta de que no sabía gran cosa de su trabajo, pero ¿no hacían juntos esa clase de cosas?

Unos minutos después, justo cuando llegaba la cuenta, el móvil vibró en mi regazo.

«¿Qué tal va la noche, Perla?»

Cerré los ojos, sintiendo que esa palabra me atravesaba como si fuese una corriente eléctrica. Me acordé de la última vez que me había llamado así y noté que mis entrañas se licuaban.

«Muy bien. Max está aquí. ¿Lo has enviado a vigilarme?»

«¡Ja! Como si él estuviese dispuesto a hacer eso por mí. Me acaba de mandar un mensaje. Dice que esta noche estás muy buena».

Antes de conocer a Will nunca me ruborizaba, pero en ese momento sentí que el calor invadía mis mejillas.

«Él también está muy bueno».

«No tiene gracia, Hanna».

«¿Estás en casa?»

Pulsé «ENVIAR» y luego contuve la respiración. ¿Qué haría si decía que no?

«Sí».

Iba a tener que hablar conmigo misma; saber que Will estaba en casa y me mandaba mensajes no debería haberme puesto tan contenta.

«¿Salimos a correr mañana?», pregunté.

«Por supuesto».

Borré rápidamente la sonrisa de mi cara antes de que Dylan se diese cuenta y guardé mi móvil.

Will estaba en casa, y yo podía quedarme tranquila e intentar disfrutar del resto de la noche.

—Bueno, ¿cómo fue tu cita? —preguntó, haciendo estiramientos a mi lado.

—Bien —dije—. Muy bien.

—¿Muy bien?

—Sí. —Me encogí de hombros, incapaz de encontrar una respuesta más entusiasta—. Muy bien —volví a decir—. Bien.

Esa mañana, mi codependencia con Will me hacía sentir mucho peor que la noche anterior. Tendría que poner en claro mis ideas y recordar: «Agente secreto. Como un Ninja. Aprender del mejor». Sacudió la cabeza.

—Una brillante evaluación.

No respondí; en lugar de eso, fui a buscar la botella de agua que había dejado apoyada en un árbol situado a poca distancia. Hacía tanto frío que el agua se había convertido en granizado y se agitaba ruidosamente mientras yo trataba de abrir la botella. Habíamos finalizado nuestro circuito, un momento en el que Will acostumbraba a darme un discurso de ánimo y hacer algún comentario inapropiado acerca de mis tetas, y yo acostumbraba a quejarme del frío y la falta de aseos a mano en Manhattan.

No estaba nada segura de querer tener esa conversación ese día ni de reconocer que, aunque Dylan me caía muy bien, no soñaba despierta con besarlo, chuparle el cuello o mirar cómo se corría sobre mi cadera, tal como hacía con otra persona. No quería decirle que me pasaba nuestras citas constantemente distraída y que me costaba poner algo de mi parte. También me negaba a admitir que aquello de salir con hombres no se me daba bien y que quizá no aprendiese nunca a mantener relaciones informales, disfrutar de la vida, ser joven y experimentar cosas igual que hacía Will.

Se agachó para mirarme a los ojos y me di cuenta de que estaba repitiendo una pregunta:

—¿A qué hora volviste?

—Un poco después de las nueve, creo.

—¿De las nueve? —dijo entre risas—. ¿Otra vez?

—Quizá un poco más tarde. ¿Por qué te hace tanta gracia?

—¿Dos citas seguidas acaban a las nueve? ¿Es que ese tío es tu abuelo? ¿Quiso que te acostaras temprano después de llevarte a cenar?

—Para tu información, tenía que estar en el laboratorio esta mañana a primera hora. ¿Y tu noche desenfundada, seductor? ¿Participaste en alguna orgía? ¿Quizá en un par de macro fiestas? —pregunté, intentando cambiar de conversación.

—Puede decirse que estuve en el Club de Lucha —dijo, rascándose la

mandíbula—. Aunque sin tíos ni puñetazos. —Al ver mi mirada confusa, aclaró—: Lo cierto es que cené en mi casa con Chloe y Sara. Eh, ¿tienes agujetas hoy?

Recordé al instante el delicioso dolorcillo que habían dejado en mí sus dedos después de la fiesta de Denny y las molestias que notaba en el hueso pélvico tras haberme frotado contra él en el suelo de su apartamento.

—¿Agujetas? —repetí, parpadeando.

Me dedicó una sonrisa perspicaz.

—Agujetas de correr ayer. Hostia, Hanna. Deja de pensar en guarrerías. Estabas en casa a las nueve, ¿de qué otra cosa podría estar hablando?

Di otro trago de mi botella de agua e hice una mueca al notar el frío en los dientes.

—Estoy bien.

—Otra regla, Perla. Solo puedes utilizar la palabra «bien» cierto número de veces en una conversación antes de que empiece a sonar falsa. Busca mejores adverbios para describir tu estado de ánimo después de las citas.

No estaba muy segura de cómo manejar a Will. Esa mañana parecía un poco tenso. Creía tenerlo calado, pero mis pensamientos resultaban muy confusos, un problema que iba en aumento cuando estábamos juntos y, a juzgar por la noche anterior, también cuando estábamos separados. ¿Le importaba acaso que hubiese salido con Dylan? ¿Quería yo que le importase?

Uf. Aquello de tener citas con tíos era demasiado complicado, y ni siquiera sabía con certeza si podía decirse técnicamente que Will y yo teníamos citas. Parecía ser una de las pocas preguntas que no podía hacerle.

—Bueno —empezó a decir, y me miró con una sonrisa burlona—, para que tengas claro el significado de la palabra «cita», quizá deberías salir con otra persona. Solo para ver cómo funciona. ¿Qué te parecería otro de los tíos de la fiesta? ¿Aaron? ¿Y Hau?

—Hau tiene novia. En cuanto a Aaron...

Asintió con gesto alentador.

—Parecía en muy buena forma —comentó.

—Está en muy buena forma —convine en tono evasivo—. Sin embargo, es un poco... SN2.

Will frunció el ceño, confuso.

—¿SN2?

—Ya sabes —dije, agitando las manos con torpeza—. Como cuando se rompe el enlace C-X y el nucleófilo ataca al carbono a ciento ochenta grados del grupo saliente —dije a toda velocidad, sin tomar aire.

—Oh, Dios mío. ¿Acabas de utilizar una referencia de química orgánica para decirme que Aaron es de la acera de enfrente?

Aparté la mirada con un gruñido.

—Creo que acabo de batir mi propio récord de sabihonda.

—No, ha sido divertidísimo —dijo, y parecía sinceramente impresionado—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí hace diez años. —Sus labios dibujaron una mueca al considerar aquello—. Aunque, la verdad, es impresionante cuando lo dices tú, pero si lo dijese yo quedaría como un enorme capullo.

Tragué saliva y evité mirarle los shorts.

A pesar de las bajas temperaturas y de la hora temprana, había más gente de lo habitual que había decidido desafiar el frío. Un par de estudiantes universitarios muy monos se pasaban una pelota de fútbol; llevaban casquetes oscuros en la cabeza y habían dejado en la hierba unos vasos de porexpán llenos de un café que se enfriaba rápidamente. Una mujer con una enorme sillita de bebé pasó a toda velocidad por nuestro lado, y otras personas corrían por diversos senderos. Miré a Will justo a tiempo de ver cómo se inclinaba delante de mí y alargaba los brazos para atarse la zapatilla.

—Tengo que reconocértelo. Estoy muy impresionado con lo duro que estás trabajando —me dijo por encima del hombro.

—Sí —murmuré, moviéndome para estirar los tendones de la corva tal como él me había enseñado y evitando mirarle el culo—. Duro.

—¿Qué has dicho?

—Trabajo duro —repetí—. Muy duro.

Enderezó la espalda y seguí el movimiento, obligándome a apartar la vista antes de que se volviese.

—No voy a mentirte —dijo, estirando la espalda—. Me sorprendió que no te rajaras aquella primera semana.

Debería haberlo fulminado con la mirada al saber que había dado por sentado que me rendiría tan deprisa, pero en cambio asentí con la cabeza, intentando mirar a cualquier parte que no fuese aquella franja de estómago

que se le veía cuando estiraba los brazos por encima de la cabeza o la línea de músculo que le bajaba por ambos lados del abdomen.

—Si sigues así, hasta podrías situarte entre las cincuenta primeras en la carrera.

Mis ojos cruzaron a toda velocidad ese pequeño trozo de piel y el paisaje de músculo que se hallaba debajo. Tragué saliva, recordando al instante la sensación que me había producido notarlo bajo las puntas de los dedos.

—Pues voy a seguir así, desde luego —murmuré, rindiéndome y mirando directamente su piel expuesta.

Carraspeé, me aparté de él y empecé a andar por el sendero, porque, francamente, aquel cuerpo resultaba obsceno.

—¿A qué hora has quedado hoy? —preguntó, al tiempo que echaba a correr para ponerse a mi altura.

—Mañana —lo corregí.

Se rió junto a mí.

—Está bien, ¿a qué hora has quedado mañana?

—Mmm..., a las seis. —Me estrujé la nariz, tratando de recordar—. No, a las ocho.

—¿No deberías estar segura?

Mis ojos se posaron en él y le dediqué una sonrisa de culpabilidad.

—Probablemente.

—¿Te hace ilusión?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

Se echó a reír y me pasó el brazo por el hombro.

—¿A qué me dijiste que se dedicaba?

—Estudia la drosófila^[6] —murmuré.

Me había dado una excusa para hablar de ciencia, y esa mañana yo ni siquiera era capaz de hacer eso. Estaba destrozada.

—¡Un experto en genética! —exclamó con voz resonante—. Thomas Hunt Morgan nos dio el cromosoma, y ahora laboratorios de todo el país dan a otros laboratorios minúsculas y fugitivas moscas de la fruta que vuelan por todo el edificio. —Trataba de mostrarse jovial, pero su voz era tan profunda y sexual, incluso cuando se comportaba como un friki, que hacía que me

crujiesen los huesos y que mis miembros se volviesen líquidos—. ¿Y es agradable ese Dylan? ¿Divertido? ¿Genial en la cama?

—Claro.

Will se detuvo con la mirada ensombrecida.

—¿Claro?

Lo miré.

—Claro que lo es. —Y entonces asimilé sus palabras—. Bueno, excepto la parte de «genial en la cama». No he probado la mercancía.

Will se volvió para seguir caminando en silencio y me aventuré a mirarlo otra vez.

—A propósito, ¿puedo hacerte una pregunta?

Me miró de reojo, cauteloso.

—Sí —dijo despacio.

—¿Qué es lo que acostumbra a pasar en la tercera cita? Lo he buscado en Google...

—¿Que lo has buscado en Google?

—Pues sí, y parece haber consenso acerca de que la tercera cita es la cita del sexo.

Se detuvo y tuve que volverme hacia él. Se había puesto colorado.

—¿Te está presionando para acostarse contigo?

—¿Qué? —Me quedé mirándolo, desconcertada. ¿De dónde sacaba esa idea?—. Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué preguntas por el sexo?

—Cálmate —dije—. Puedo preguntarme cuáles son las expectativas sin que él tenga que ponerse pesado. Por el amor de Dios, Will, solo quiero estar preparada.

Respiró hondo antes de soltar el aire muy despacio, sacudiendo la cabeza.

—A veces me vuelves loco.

—Lo mismo digo. —Me quedé con la mirada perdida, pensando en voz alta—: Es que parece haber una especie de tabla de progresión. Las citas uno y dos parecían más o menos lo mismo. Pero ¿cómo se llega desde ahí hasta la cita del sexo? Desde luego, si tuviera una chuleta no me resultaría tan confuso.

—No necesitas una chuleta. La hostia. —Se quitó el casquete y se echó el

pelo hacia atrás; prácticamente pude ver cómo daban vueltas los engranajes de su cabeza—. Vale, pues... la primera cita es una especie de entrevista. Él ha echado una ojeada a tu currículum —me miró con intención y levantó las cejas, posando los ojos directamente en mi pecho— y ahora es el momento de ver si estás a la altura. Está el trabajo de campo, las preguntas y respuestas, el proceso de pensamiento tipo «¿podría esta persona ser un asesino en serie?» y, por supuesto, la decisión eliminatoria «¿quiero acostarme con esta persona?». Y, seamos sinceros, si un hombre te ha invitado a salir ya quiere acostarse contigo.

—Vale —dije, mirándolo con escepticismo. Traté de imaginarme a Will en esa situación: conociendo a una mujer, llevándola a cenar, decidiendo si quería o no acostarse con ella. Estuve segura al noventa y siete por ciento de que no me gustaba—. ¿Y la cita dos?

—Bueno, la cita dos es la respuesta. Has superado la criba preliminar, así que es evidente que a la otra parte le gusta lo que aportas, y ahora es el momento de seguir adelante. De acudir a recursos humanos y ver si tus encantadoras respuestas y tu brillante personalidad fueron pura chiripa. Y también de ver si sigue queriendo acostarse contigo. Lo cual, una vez más... —dijo, y se encogió de hombros como para decir «obvio».

—¿Y la tercera cita? —pregunté.

—Bueno, es cuando la cosa se pone seria. Habéis salido dos veces y es evidente que os sigue gustando la otra persona; ha cumplido todos vuestros requisitos, así que es ahora cuando todo se pone a prueba. Sois compatibles a algún nivel y suele ser entonces cuando os desnudáis para ver si podéis «funcionar bien juntos». Los tíos acostumbran a sacar la artillería pesada: flores, cumplidos, restaurante romántico...

—Así que... llega el sexo.

—A veces. Pero no siempre —subrayó—. No tienes que hacer nada que no quieras, Hanna. Jamás. Si me entero de que algún hombre te presiona, le arrancaré las pelotas.

Sentí cómo se calentaban y licuaban mis entrañas. Mis hermanos me habían dicho casi lo mismo en distintas ocasiones, y puedo garantizar que sonaba muy diferente saliendo de la boca de Will Sumner.

—Lo sé.

—¿Quieres acostarte con él? —preguntó, intentando hablar en tono ligero, pero fracasando estrepitosamente.

Ni siquiera podía mirarme, así que bajó la vista hasta un hilo del dobladillo de su camiseta y se puso a tirar de él. Un estremecimiento recorrió mi columna al adivinar que esa posibilidad no acababa de parecerle bien.

Inspiré hondo, pensé en ello. Mi primer instinto fue pronunciar enseguida un «no» automático, pero en vez de eso me limité a encogerme de hombros, evasiva. Dylan era mono y le había dejado darme un beso de buenas noches en mi puerta, pero no era nada comparado con lo que había experimentado con Will. Y aquello constituía el cien por cien de mi problema. Estaba convencida de que la razón por la que Will tenía la capacidad de hacerme sentir tan bien era su experiencia. Sin embargo, ese era el motivo exacto por el que estaba prohibido.

—Francamente —reconocí—, ni siquiera estoy segura. Supongo que tendré que ver cómo me siento cuando llegue el momento.

Cualquier duda que pudiese albergar acerca del protocolo de Will para la tercera cita quedó rápidamente descartada en cuanto Dylan y yo entramos en el restaurante que había elegido.

Dylan quería llevarme a algún sitio en el que nunca hubiese estado, algo nada difícil teniendo en cuenta que llevaba tres años en Nueva York y apenas había salido del laboratorio para comer. Sonrió orgulloso cuando el taxi paró y nos depositó en Daniel, en el cruce de Park Avenue con la Sesenta y cinco.

Si me hubiesen pedido que hiciese un dibujo de un local romántico, habría tenido exactamente el mismo aspecto que aquel: paredes color crema, grises plateados y marrones chocolate, arcos y columnas griegas que rodeaban la zona de comedor. Mesas redondas cubiertas de manteles suntuosos, macetas por todas partes, y todo iluminado por unas enormes lámparas de cristal. Era todo lo contrario del restaurante al que habíamos ido en nuestra segunda cita. Dylan había sacado su mejor artillería.

No estaba preparada. La cena empezó muy bien. Escogimos los aperitivos y Dylan pidió una botella de vino, pero a partir de ahí todo fue cuesta abajo. Me había prometido a mí misma no mandarle mensajes a Will, pero hacia el

final, cuando Dylan se disculpó para ir al lavabo, me rendí.

«Creo que estoy fracasando en la tercera cita».

Contestó casi de inmediato:

«¿Qué? Imposible. ¿Has hablado con tu profe?».

«Ha pedido un vino caro y me ha parecido ofendido cuando no he querido probarlo. A ti nunca te importa que no beba», tecleé.

Apareció el icono que mostraba que Will había introducido texto, y a juzgar por el rato que tardaba debía de ser largo, así que esperé y miré a mí alrededor para asegurarme de que Dylan no volvía a la mesa.

«Eso es porque soy un genio y sé de mates: te sirvo media copa, finges bebértela toda la noche y así el resto de la botella es para mí. Bum, soy el hombre más listo del mundo».

«Seguro que él no lo ve así», tecleé.

«Pues dile que eres mucho más divertida cuando estás despierta y no babeando en la sopa. Por cierto, ¿por qué me mandas mensajes? ¿Dónde está el Príncipe Azul?»

«En el lavabo. Nos marchamos».

Pasó un minuto entero antes de que contestase:

«¿Ah, sí?»

«Sí, a mi casa. Ya vuelve. Ya te contaré cómo ha ido».

El trayecto hasta mi apartamento resultó incómodo. Estúpidas reglas, expectativas y Google, y estúpido Will por meterse en mi cabeza.

No entendía lo que estaba ocurriendo. En realidad, no quería nada con Will. Will tenía un programa de amantes y un pasado lleno de sombras. Will no quería apegos ni relaciones, y yo al menos quería estar abierta a esa posibilidad. Will no era una opción ni formaba parte del plan. Me gustaba el sexo; quería volver a practicarlo con un hombre. ¿No era así como iba la cosa? Chico conoce a chica, a la chica le gusta el chico, la chica deja que el chico le quite las bragas. Desde luego, estaba preparada para dejar que alguien me quitara las bragas. Entonces, ¿dónde estaba la prisa, la sensación de calor subiéndome por las piernas y asentándose en mi estómago, el deseo que generaba en mí la simple idea de meter en mi cuarto a Will, la sensación

que me había llevado a salir a la calle nevada a las tres de la mañana y el pensamiento de que podía explotar en cuanto sus manos encontrasen mi piel?

Desde luego, ahora no sentía eso. Cuando llegamos a mi edificio empezaba a nevar. Al entrar en mi apartamento encendí una lámpara, y Dylan, incómodo, se quedó unos momentos junto a la puerta de la calle hasta que lo invité a pasar. Me sentía como si fuera en piloto automático. Tenía un nudo en el estómago, y el zumbido constante que llenaba mi cabeza era tan fuerte que me entraron ganas de poner la música más repulsiva que pudiese encontrar solo para dejar de oírlo.

«¿Debía hacerlo? ¿No debía hacerlo? ¿Quería hacerlo siquiera?»

Le ofrecí la última copa, pronunciando exactamente las palabras «la última copa», y él dijo que sí. Fui a la cocina, saqué unos vasos de un armario y eché una pequeña cantidad para mí y una cantidad generosa para él, confiando en que le entrase sueño. Me volví para darle el vaso y me sorprendió encontrarlo allí mismo, invadiendo por completo mi espacio. Se coló en mi pecho la extraña sensación de que algo no iba bien.

Sin decir nada, Dylan me quitó el vaso de la mano y lo dejó sobre la encimera. Las suaves puntas de sus dedos me rozaron las mejillas, la nariz. Cogió mi cara entre sus manos. Su primer beso fue vacilante, lento, de exploración. Me besó en la mejilla antes de volver a por otro. Cerré los ojos con fuerza al notar el primer contacto con su lengua, sentí que se me aceleraba el corazón y deseé que se debiera al instinto y al deseo, y no al ramalazo de pánico que había empezado a crecer en mi garganta.

Sus labios eran demasiado suaves y vacilantes. Labios de almohada. Su aliento sabía a patatas.

Tomé conciencia del tictac del reloj colgado sobre los fogones, del sonido de alguien chillando en un apartamento cercano. ¿Me fijé en algo cuando besé a Will? Me fijé en la forma en que olía, en la sensación que me producía su piel bajo las puntas de los dedos y la sensación de ir a explotar si no me tocaba allí y más hondo. Pero nunca nada tan vulgar como los camiones de la basura retumbando en la calle.

—¿Qué pasa? —dijo Dylan, dando un paso atrás.

Me toqué los labios; parecían estar bien, ni hinchados ni maltratados. No parecían totalmente estropeados.

—No creo que esto vaya a funcionar —dije.

Guardó silencio un momento y me miró a los ojos, claramente confundido.

—Pero creía que...

—Lo sé —dije—. Lo siento.

Asintió con la cabeza y dio otro paso atrás antes de pasarse las manos por el pelo.

—Supongo que... Si esto es por Will, bueno, pues felicítalo de mi parte.

Cerré la puerta detrás de Dylan, me volví y apoyé la espalda contra la madera fría. El móvil me pesaba como el plomo en el bolsillo y lo saqué, busqué el nombre del hombre que me tenía sorbido el seso y empecé a teclear. Inicié y borré una docena de mensajes diferentes hasta que me decidí finalmente por uno. Lo tecleé y esperé solo un momento antes de pulsar «ENVIAR».

«¿Dónde estás?»

10

La verdad es que no tenía ni idea de lo que hacía. Estaba andando, caminando como si realmente tuviera que ir a algún sitio, cuando en realidad no tenía que ir a ninguna parte, y en el fondo, no tenía por qué estar encaminando mis pasos directamente al edificio donde vivía Hanna.

«Sí, a mi casa. Ya vuelve. Ya te contaré cómo ha ido».

Cerré los puños al recordar el mensaje de texto, tenía las palabras grabadas a fuego en la memoria, e imaginarme la imagen de ella allí, con Dylan. Se me encogía el corazón solo de pensarlo y me daban ganas de romper todo lo que veía.

Hacía frío, tanto frío que veía las vaharadas de mi propio aliento, y se me adormecían las puntas de los dedos a pesar de llevarlos metidos en el fondo de los bolsillos. En cuanto recibí su mensaje de texto, salí corriendo de casa, sin guantes, con una chaqueta demasiado fina y con las zapatillas de correr, sin calcetines.

Durante siete manzanas enteras, estuve furioso con ella por hacerme aquello. Yo era un hombre feliz hasta que había entrado en mi vida con aquella boca parlanchina y sus ojos traviosos. Era feliz hasta que irrumpió en mi plácida rutina, y casi quería que Dylan se largara de una puta vez de su apartamento para poder subir y decirle a la cara que me estaba hinchando las narices, para soltarle lo cabreado que estaba con ella por haber puesto patas arriba mi plácida, estable y predecible existencia.

Sin embargo, cuando me aproximaba a su casa y vi luz en su ventana, cuando vi unas siluetas de pie y moviéndose, solo sentí un gran alivio al

comprobar que todavía no estaba acostada en su cama, debajo de él.

Encasquetándome el gorro con fuerza en la cabeza, empecé a refunfuñar, mirando a ambos lados de la calle buscando alguna cafetería o algo que hacer, pero solo había más edificios de apartamentos, tiendas que habían echado el cierre hacía tiempo y, a lo lejos, un pequeño bar de barrio. Lo último que necesitaba en ese momento era alcohol. Y si estaba a dos manzanas del piso de Hanna, más me valía volverme a mi propia casa.

¿Cuánto tiempo iba a tener que esperar ahí abajo? ¿Hasta que volviera a enviarme un mensaje? ¿Hasta la mañana siguiente, cuando salieran juntos del edificio, con el pelo alborotado y sonriendo de oreja a oreja con los recuerdos compartidos de la noche anterior, de la perfección de Hanna y la penosa inexperiencia de Dylan?

Lancé un gemido y levanté la vista justo a tiempo de ver a un hombre saliendo del edificio, agachando la cabeza para protegerse del viento, subiéndose el cuello de la chaqueta. Se me aceleró el corazón. Sin ninguna duda, era Dylan, y a pesar de que una poderosa oleada de alivio me recorrió todo el cuerpo, el hecho de que pudiese reconocerlo desde tantos metros de distancia hizo que me sintiese la sabandija más siniestra y rastrera del mundo. Aguardé unos minutos para ver si volvía al piso, pero siguió andando calle abajo, sin aminorar el paso.

«Ya está —me dije—. Has cruzado una línea y ahora vas a tener que volver a encontrar el camino al otro lado».

Pero ¿y si Hanna me necesitaba? Probablemente debía que darme por allí para asegurarme de que estaba bien antes de volver a mi casa. Me quedé mirando el móvil, arrugando la frente. Si me iba en ese momento, saldría a correr. Me importaba un huevo que fuesen casi las once de la noche e hiciese un frío de muerte, iba a correr varios kilómetros. Estaba tan acelerado con la mezcla de nervios, frustración y energía incombustible que apenas podía sostener en alto el pulgar para darle al icono y abrir nuestro hilo de mensajes de texto.

Di un respingo al ver que ya me estaba escribiendo algo. Los minutos se me hicieron eternos, minutos enteros durante los cuales sujeté el móvil con todas mis fuerzas, mirándolo fijamente y aguardando a que apareciese su mensaje. Cuando me lo envió al fin, vi que en lugar de la parrafada que me

esperaba, solo decía:

«¿Dónde estás?»

Solté una carcajada, me pasé la mano por el pelo y respiré hondo.

«Vale, no me mates —escribí—. *Estoy enfrente de tu casa*».

Hanna salió del portal del edificio con un anorak de plumas encima de un vestido azul de seda, sin medias y con unas zapatillas de la rana Gustavo. Avanzó hacia mí y descubrí que no podía moverme, casi no podía ni respirar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, deteniéndose delante de donde estaba sentado, encaramado a una boca de incendio.

—No lo sé —murmuré. Alargué el brazo, atrayéndola hacia mí y apoyando las manos en sus caderas.

Se estremeció levemente cuando las apreté, ¿qué diablos me estaba pasando?, pero en vez de apartarse, se acercó aún más a mí.

—Will.

—¿Sí? —pregunté, mirándola a la cara al fin.

Estaba increíblemente guapa. Se había puesto apenas una pizca de maquillaje y se había secado el pelo al natural, de manera que le caía en unos rizos sueltos y alborotados. Tenía los ojos encendidos con la misma expresión que había visto en ellos cuando la tenía tumbada en el suelo de mi salón o cuando le había deslizado los dedos por la suave cordillera de su clítoris. Cuando centré mi atención en su boca, desplegó la lengua y se humedeció los labios.

—Necesito saber por qué estás aquí, de verdad.

Encogiéndome de hombros, me incliné hacia delante y apoyé la frente en su clavícula.

—No estaba seguro de que ese tipo te gustase de verdad y me molestaba la idea de que hubiese vuelto a tu casa contigo.

Deslizó los dedos bajo el cuello de mi chaqueta y me acarició la nuca.

—Creo que Dylan pensaba que esta noche nos iríamos a la cama.

Sin pretenderlo, le hundí los dedos más profundamente en la carne, justo por encima de las caderas.

—Estoy seguro —murmuré.

—Pero... y no sé cómo llevar toda esta historia porque, debería ser fácil, ¿no? Debería ser fácil disfrutar de la compañía de la gente que me gusta. Quiero decir, que lo encuentro atractivo. ¡Lo paso bien con él! Es muy agradable y atento. Es divertido y es guapo.

Permanecí en silencio, reprimiendo un aullido de frustración.

—Pero cuando me besó... No perdí el sentido como lo pierdo contigo.

Retirándome, la miré a la cara. Se encogió de hombros, con una expresión casi como de disculpa.

—Se ha portado bien conmigo esta noche —susurró.

—Bien.

—Y ni siquiera parecía enfadado cuando le he pedido que se fuera.

—Bien, Hanna. Porque si te hubiese hecho pasar un mal rato juro por Dios que...

—¡Will!

Cerré la boca, apaciguado por su interrupción y esperando que me dijera lo que necesitaba. Haría cualquier cosa que me pidiera, como si me pedía que me arrastrara. Si me pedía que me marchase, lo haría. Si me pedía que la ayudase a subirse la cremallera del anorak, lo haría también.

—¿Quieres venir a casa conmigo?

El corazón se me subió a la garganta. Seguí mirándola fijamente por espacio de unos segundos, pero ella no se desdijo interrumpiendo el contacto visual o riéndose de sí misma. Se limitó a estudiar mi reacción, aguardando mi respuesta. Me incorporé y ella retrocedió para dejarme espacio, pero no demasiado, porque en cuanto me incorporé prácticamente me abalancé sobre ella con el peso de mi cuerpo. Ella deslizó las manos por mis costados y las detuvo posándolas en mis caderas.

—Si subo contigo... —empecé a decir.

Hanna ya estaba asintiendo.

—Sí, lo sé.

—No sé si podré ir despacio.

Su mirada se ensombreció y aplastó su cuerpo contra el mío.

—Sí, lo sé.

Una de las luces laterales del ascensor se había fundido, sumiendo el espacio en una penumbra extraña. Hanna se apoyó en la esquina, observándome desde allí, de pie en el extremo más oscuro.

—¿Qué estás pensando? —preguntó. Siempre la científica curiosa, tratando de diseccionarme.

Estaba pensando absolutamente en todo a la vez, en que lo quería todo, y también en el pánico que sentía, preguntándome si no estaría cortando el último nexo de unión con el control sobre mis emociones. Estaba pensando en lo que iba a hacerle a aquella mujer cuando nos metiésemos en su cama. Estaba pensando en muchas... muchísimas cosas. A pesar de las sombras, veía su sonrisa.

—¿Podrías ser un poco más explícito?

—No me gusta que ese tío haya subido a tu casa esta noche.

Ladeó la cabeza, escrutándome.

—Creía que eso formaba parte del ritual de salir con chicos. A veces me traeré a esos chicos a casa.

—Sí, lo entiendo —murmuré—. Pero me has preguntado en qué estaba pensando. Te lo estoy diciendo.

—Es un buen chico.

—Seguro que sí. Puede ser un buen chico que no llegue a besarte nunca.

—Se enderezó un poco.

—¿Es que estás celoso? —La miré fijamente y asentí.

—¿De Dylan?

—No me gusta nada la idea de que te acuestes con otro hombre.

—Pero todo este tiempo tú has estado viéndote con Kitty y Kristy.

No me molesté en sacarla de su error, todavía.

—¿En qué pensabas cuando estabas con él esta noche?

Su sonrisa se desdibujó un poco.

—Básicamente estaba pensando en ti. En si estarías con alguien.

—No estaba con nadie esta noche.

Aquello pareció descolocarla un poco y se quedó en silencio durante unos minutos que se me hicieron eternos. Llegamos a su planta, las puertas se

abrieron, permanecieron abiertas y luego se cerraron con un pequeño sonido tintineante. La cabina del ascensor se quedó en silencio y no volvería a moverse hasta que alguien lo llamara.

—¿Por qué? —preguntó—. Es sábado. Es tu noche con Kristy.

—¿Y se puede saber cómo sabes tú eso? —exclamé, sintiendo una rabia furibunda contra quienquiera que le hubiese dado aquella información—. Además, estuve contigo los dos sábados anteriores.

Bajó la vista, mirándose los pies con aire pensativo, y luego me miró de nuevo.

—Esta noche pensaba en todo lo que quería que me hicieras —contestó y acto seguido añadió—: Y en todo lo que quería hacerte a ti... Y en que no quería hacer ninguna de esas cosas con Dylan.

Di un paso hacia delante en la oscuridad y le recorrí el costado con la mano desplazándola hacia arriba, hacia la sinuosa curva de uno de sus pechos.

—Dime lo que quieres ahora. Dime qué es lo que quieres que te haga, si estás lista.

Percibí el movimiento ascendente y descendente de su pecho, al ritmo de su respiración, cada vez más agitada. Recorrí con la yema del pulgar la cima erecta de uno de sus pezones.

—Quiero que me comas —dijo, con la voz un poco temblorosa—. Que lo hagas hasta que me corra.

—Naturalmente —susurré, riéndome a medias—. Cuando te lo haga, te correrás más de una vez.

Separó los labios y me envolvió la muñeca con la mano, apretándome la palma con fuerza contra su pecho.

—Quiero que te recuestes sobre mí en el sofá mientras te haces una paja y que te corras en mis pechos.

Ya estaba completamente empalmado y encima..., joder, aquella imagen era muy gráfica.

—¿Qué más?

Meneó la cabeza, y al final se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Todo lo demás. Quiero sexo en todos los rincones de mi cuerpo. Que quieras que te muerda y que veas lo mucho que me gusta morderte. Que

estemos en plena faena y yo esté haciendo todo lo que tú quieras y que no solo me guste a mí, que tú también disfrutes.

Me quedé momentáneamente sin habla, mirándola con cara de perplejidad.

—¿Es que eso te preocupa? ¿Que solo lo haga por seguirte la corriente o algo por el estilo?

Levantó la vista y me miró a los ojos.

—Pues claro, Will.

Me acerqué aún más a ella hasta aplastarla casi por completo, de manera que tuvo que recostar la cabeza hacia atrás para poder seguir mirándome a los ojos. Orientando las caderas, presioné el bulto rígido de mi erección contra su vientre.

—Hanna. Me parece que nunca en toda mi vida he deseado nada tanto como te deseo a ti. De verdad que no, nunca —dije—. No pienso en nada más que en besarte, durante horas y horas. Todo el puto día pensando en lo mismo. ¿Sabes a qué clase de besos me refiero? Unos besos que bastan y sobran para que no puedas ni pensar en otra cosa más que en seguir besando.

Negó con la cabeza, dejando escapar el aliento sobre mi cuello en ráfagas bruscas y entrecortadas.

—No sé qué clase de besos son esos, porque nunca hasta ahora había querido esos besos.

Hanna deslizó las manos por debajo de mi chaqueta y mi camisa. Las tenía calientes, y los músculos de mi abdomen se contrajeron y se tensaron bajo sus dedos.

—Pienso en tenerte despatarrada sobre mi cara —dije—. Y en arrojarte al suelo en mi apartamento porque no puedo esperar a llegar a ninguna otra parte más cómoda de la casa. Últimamente no quiero estar con nadie más, y eso significa que paso un montón de tiempo saliendo a correr a las horas más intempestivas, o con la mano en la polla pensando que ojalá fuese la tuya en lugar de la mía.

—Salgamos del ascensor —dijo ella, empujándome con delicadeza por las puertas abiertas hacia el rellano.

Sacó con torpeza la llave de su piso y trató de acertar a meterla en la cerradura mientras, con manos temblorosas, yo alargaba los brazos y recorría

su silueta desde la cintura hasta las caderas. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no arrebatarle las llaves de las manos y meterlas yo mismo en la cerradura.

Cuando consiguió abrir la puerta al fin, empujé a Hanna dentro de la casa, cerré de un portazo a nuestra espalda y la aplasté contra la pared cuando apenas llevábamos recorridos unos metros. Me agaché, le succioné el cuello y la línea de la mandíbula, acariciándola por debajo del vestido para deleitarme con la piel suave de sus caderas.

—Vas a tener que pedirme que pare si voy demasiado deprisa.

Le temblaban las manos cuando las hundió en mi pelo y me hincó las uñas en el cuero cabelludo.

—No lo haré.

Fui subiendo con mis labios por la barbilla hasta su boca, lamiendo y mordisqueando, saboreando cada centímetro de sus carnosos labios y su lengua dulce y hambrienta. Quería que ella me lamiera también, que me dejara marcas en el pecho y sentir sus dentelladas sobre la piel de mis caderas, mis muslos, mis dedos. Me sentía casi como un criminal desenfrenado, chupándola y mordiéndola, separándome de ella únicamente el tiempo suficiente para quitarnos las chaquetas, arrancarme la camisa por la cabeza, bajarle la cremallera del vestido y arrojarlo al suelo. Le desabroché el sujetador con un simple movimiento con los dedos, y ella acabó de quitárselo sacudiendo los hombros y se arrojó en mis brazos. Aplastó los pechos contra mi carne y me dieron ganas de abalanzarme sobre ella, engullirla y abrirme paso sin dilación en su interior.

Me empujó hacia atrás, me cogió de la mano y me guio por el pasillo hasta su dormitorio, sonriéndome maliciosamente por encima del hombro.

Era una habitación ordenada y espartana. Había una cama de matrimonio junto a una pared, y además de Hanna, eso fue prácticamente lo único que vi. Estaba de pie ante mí en bragas, con el pelo suelto y sedoso alrededor de los hombros mientras deslizaba los ojos por mi pecho en dirección ascendente, por mi cuello y luego mi rostro. En la habitación el silencio era abrumador.

—Me he imaginado esto tantas veces... —dijo, acariciándome el vientre con las manos y luego pellizcándome levemente el vello del pecho. Recorrió el trazo del tatuaje en mi hombro izquierdo y deslizó los dedos hacia abajo

por mi brazo—. Dios, es como si hubiese estado esperando esto toda mi vida. Pero solo de tenerte aquí de verdad... Estoy nerviosa.

—No tienes por qué estar nerviosa.

—Me ayuda mucho que me digas lo que tengo que hacer —admitió con un hilo de voz.

Le rodeé un pecho con la mano, lo levanté y agaché la cabeza para engullir el pico erecto con avidez. Ella dio un respingo y hundió las manos en mi pelo. Sonreí y le mordí bruscamente la curva turgente bajo el pezón.

—Podrías empezar por bajarme los pantalones.

Me desabrochó el cinturón y luego fue liberando uno a uno los botones de mis tejanos. Me había obsesionado con el recuerdo de sus manos temblorosas cuando estaba así de excitada y un poco nerviosa también. Estudié su cuerpo semidesnudo bajo la tenue luz de la calle que se filtraba desde el exterior: su cuello y sus pechos, la suave hondonada de su cintura, sus caderas redondas y sus piernas largas y sedosas. Adelanté las manos, le recorrí el ombligo con dos dedos y luego el camino que se abría entre sus muslos y, acto seguido, los deslicé bajo la tela de sus bragas.

Sumergí un nudillo bajo el encaje y lo hundí en el néctar embriagador que manaba de su cuerpo.

—Me encanta tu piel, me encanta sentirte húmeda —susurré.

—Quítate los pantalones del todo —dijo, con timidez—. Puedes tocarme toda la noche.

Pestañeeé al darme cuenta de que tenía los tejanos en los tobillos y que estaba en calzoncillos.

Hanna no me los había quitado, ya fuese porque aún estaba nerviosa o porque quería dejarse algo para el final; a mí no me importaba. Me aparté de los tejanos, dejándolos olvidados en el suelo, y la conduje de espaldas hacia la cama, haciéndole señas para que se tumbara. Se tendió muy despacio, retrocediendo hasta la cabecera mientras yo me encaramaba sobre ella. Sus enormes ojos grises me miraban con expresión expectante, mi dulce presa ansiosa y jadeante.

Llevaba unas bragas azul celeste, acentuando el color níveo de su piel, como si estuviera hecha de vidrio soplado. Tan solo el lunar diminuto que tenía junto al ombligo insinuaba que era remotamente real.

—¿Te pusiste esas bragas para él? —le pregunté antes de que mi cerebro tuviese tiempo de arrepentirse.

Ella se miró la tela de encaje y yo desplazé la mirada a sus pechos turgentes y rotundos mientras contestaba:

—Ni siquiera le dejé que me quitara la camisa, así que no, no creo que me las pusiera para él.

Cubrí de besos el sendero descendente hasta la tira elástica de sus bragas. Hanna nunca se había mostrado tímida ni apocada, pero aquello era nuevo para ella. Estaba recostada sobre los codos, observando. Por debajo de donde yo me apoyaba sobre ella, estaba temblando, y el corazón le latía tan deprisa que veía las palpitaciones de su ritmo acelerado en su cuello. Aquello había dejado de ser una escena entre mentor y alumna, no tenía esa aureola. Aquello parecía demasiado real, y Hanna estaba demasiado perfecta, allí tendida casi desnuda ante mis ojos.

Estaría dándome cabezazos contra la pared durante el resto de mi vida si se me ocurría meter la pata y fastidiar aquello nuestro.

—Bueno, entonces haré como si te las hubieses puesto para mí.

—Es que, a lo mejor, así es.

Tiré del elástico con los dientes y lo solté bruscamente, de manera que le fustigó con fuerza sobre la cadera.

—Y haré como si, ya sea vestida o desnuda, te pasaras el día pensando en mí. —Levantó la vista, escrutándome con los ojos muy abiertos.

—Últimamente, creo que eso es justo lo que hago. ¿Te preocupa? —Le recorrí todo el cuerpo devorándola con la mirada.

—¿Por qué habría de preocuparme? —repuse.

—Ya sé de qué va esto, Will. No espero de ti que seas alguien que no eres.

No tenía ni idea de a qué se refería; a decir verdad, no tenía ni idea de lo que aquello podía llegar a ser o dejar de ser, y por una vez en mi vida, no quería definirlo ni dejar las cosas claras antes incluso de que empezase. Fui subiendo lentamente hasta dejar la cara suspendida justo encima de la suya y me incliné para besarla.

—No sé por dónde empezar —susurré.

Estaba en un estado salvaje y desenfrenado, con ganas de comérmela

entera, follármela de una puta vez y sentir aquellos labios alrededor de mi sexo. Por un momento, temí que aquellas fuesen a ser unas pocas horas fugaces, un encuentro de una sola noche, y tenía que encontrar la manera de condensarlo todo en un corto espacio de tiempo.

—No te voy a dejar dormir en toda la noche. —Abrió los ojos con entusiasmo y esbozó una leve sonrisa.

—No quiero dormir. —Ladeando la cabeza, añadió—. Y empieza por lo primero que te he dicho cuando estábamos en el ascensor.

Fui dejándole un reguero de besos por el cuello, el pecho, las costillas y el vientre. Cada centímetro de su cuerpo estaba terso y suave, y se estremecía bajo mis labios, encendido de deseo. No cerró los ojos en ningún momento, ni siquiera una vez. Había estado con mujeres a las que les gustaba mirar, pero nunca de aquella manera, tan íntima y en conexión absoluta.

A medida que me acercaba al espacio entre sus piernas veía tensarse sus músculos y oía el jadeo de su respiración entrecortada. Torcí levemente la cabeza y le succioné la parte interna del muslo.

—Joder, voy a volverme loco aquí con la boca en todo tu cuerpo.

—Will, dime qué quieres que haga —dijo con voz tensa—. Yo nunca...

—Ya lo sé. Eres perfecta —le dije—. ¿Te gusta mirar?

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Por qué, Ciruela? ¿Por qué miras todo lo que te hago?

Vaciló unos instantes antes de contestar, resistiéndose a decir la verdad mientras tragaba saliva.

—Tú sabes cómo... —Dejó que las palabras se fueran apagando y terminó su reflexión encogiéndose de hombros con aire cohibido.

—¿Quieres decir que te gusta mirarme porque sé cómo hacer que te corras?

Volvió a asentir con la cabeza, abriendo aún más los ojos cuando le bajé las bragas y se las deslicé por encima de las caderas.

—Puedes correrte tú sola con una mano. ¿Te miras la mano cuando te masturbas?

—No.

Seguí bajándole las bragas y deslizándoselas por las piernas, hasta quitárselas y arrojarlas al suelo, a mi espalda, antes de volver a concentrarme

en el espacio de colchón que se extendía entre sus piernas abiertas.

—¿Tienes algún vibrador? —Asintió, con la mirada aturdida.

—Con eso puedes correrte perfectamente. ¿Cuando miras el vibrador también te pones así de húmeda?

Hundí un dedo en su interior, y volví a incorporarme y a situarme encima de ella para meterle el mismo dedo en la boca. Lanzó un gemido, chupando el dedo con avidez y atrayéndome hacia ella para que la besara. Sus labios sabían a sexo, a deseo enfebrecido y, joder..., lo que yo quería era paladearla directamente.

—¿Es porque te gusta verme haciéndote esto?

—Will...

—No te me pongas tímida ahora. —La besé y le succioné el labio inferior—. ¿Eres como una estudiante de ingeniería, observando el proceso mecánico de cómo un hombre chupa un coño? ¿O es la imagen de mi boca haciéndotelo lo que te verdad te pone?

Me recorrió el pecho con las manos y las envolvió alrededor de mi polla, por encima de mis calzoncillos, al tiempo que apretaba, despacio pero con fuerza.

—Me gusta mirarte a ti.

—Y a mí me gusta cuando me miras —acerté a decir entre gemidos—. Pierdo la cabeza cuando me miras con esos ojos grises tuyos.

—Por favor...

—Ahora suelta, para que puedas verme la boca.

—Will —dijo, con voz temblorosa.

—¿Sí?

—Después de esto..., por favor, no me hagas daño.

Me detuve y escudriñé su rostro. Su voz parecía asustada, pero su cara era de apetito voraz.

—Descuida —dije, besándola en el cuello, sobre los pechos, succionando, mordiendo.

Me desplacé hacia abajo por su cuerpo y le temblaron los muslos cuando se los separé, al tiempo que soplaba con delicadeza sobre su carne encendida.

Volvió a apoyarse en los codos y le dediqué una sonrisa antes de zambullirme con la cabeza entre sus piernas y abrir la boca para perderme

entre los suaves pliegues de su hendidura. Cerré los ojos ante el calor que manaba de aquella parte de su cuerpo y lancé un gemido, chupando delicadamente. Con un alarido tembloroso, echó la cabeza hacia atrás y arqueó las caderas en la superficie de la cama.

—Oh, Dios mío...

Le sonreí, trepando con la lengua por una cadera y descendiendo luego por la otra antes de cubrirle el clítoris con la lengua y empezar a trazar círculos con ella, una y otra vez.

—No pares —susurró.

No iba a parar. No podía parar. Acompañé a mi lengua con los dedos, deslizándolos unos centímetros más abajo, en el rincón secreto más húmedo y más dulce, y el contacto electrizante cuando le hundí los dos dedos dentro hizo que diese una brusca sacudida hacia atrás, tanteando a ciegas el cabecero de la cama. Mientras la observaba, volvió la cabeza y se colocó la funda de la almohada entre los dientes, tirando de ella con fuerza. Mis movimientos le arrancaban de los labios quejidos suplicantes de impaciencia y de placer insoportable, y yo hice todo lo posible por mantener el ritmo, por no perderlo ni un puto segundo.

Estaba a punto, al borde del precipicio. Seguí follándola con los dos dedos, adentrándome con ellos hasta el fondo, succionando con tanta fuerza que se me hundían las mejillas, levantando la vista y contemplando el espectáculo de su cuerpo, sus pechos perfectos y su cuello esbelto.

Cuando retorcí la muñeca, arqueó la espalda por completo, hasta levantarse del colchón, y se aplastó contra mi boca. Hanna dejó escapar otro grito, y otro más mientras se convulsionaba alrededor de mis dedos.

«Uno», pensé.

Estaba tan empalmado que prácticamente me estaba follando el colchón y percibí cómo se tensaban los tendones de sus muslos, regodeándome al comprobar que los sonidos que emitía eran cada vez más desesperados, más agudos, y empezó a buscarme con las manos, para hincar los dedos en mi pelo, y entonces..., joder, entonces empezó a mecerse dentro de mí, abriendo las piernas por completo y acelerando el ritmo de las caderas, follándose mi cara sin contemplaciones durante largo rato, durante unos minutos perfectos. El sexo oral nunca se había parecido tanto al acto de follar en sí como con

aquella mujer, y me entregué a él por completo, como un animal, devorándola sin piedad.

Se corrió de nuevo con un grito, dulce y febril, tirándome con tanta fuerza del pelo que creí estar a punto de irme con ella yo también. No podía cerrar los ojos, no podía, ni por un segundo, apartar la mirada del espectáculo que tenía lugar encima de mí, en la cama. Seguí chupando y chupando la seda de su piel, perdido por completo en su abandono absoluto.

—Por favor... —imploró con un gemido ahogado, con las piernas temblorosas y los ojos más oscuros e intensos que nunca. Se recostó sobre un codo y siguió tirándome del pelo con la otra mano—. Sube aquí arriba.

Me bajé los bóxer y arrastré mi miembro erecto por encima de su pierna mientras me deslizaba por su cuerpo, saboreándola, paladeando la hondonada de su ombligo, las lomas de sus senos, la tensa cumbre de sus pezones.

Quería follarme hasta el último rincón de su cuerpo: el valle entre sus pechos y la carnosidad dulce de su boca, el trazo curvilíneo de su trasero y sus manos suaves y hábiles. En ese momento, sin embargo, solo quería deslizarme dentro de ella, al calor de su sexo. Se abrió aún más de piernas al tiempo que sacaba una caja de condones de su mesita de noche. Me quedé mirando embobado el rubor que le encendía el pecho mientras me acariciaba sin pensar la extensión de mi erección, hasta que me percaté de que me estaba ofreciendo la caja.

—Empecemos con uno —dije, riendo.

Me depositó la caja en las manos y asintió, con mirada arrebatada y suplicante.

—Pues anda, saca uno —le ordené con voz ronca.

—Es que no sé cómo colocarlo —protestó con voz melosa, tratando de abrir la caja con dedos torpes.

Lo abrió de cualquier manera, rasgando el cartón, y una ristra de condones cayeron de golpe sobre su vientre. Arranqué uno de los envoltorios del resto del paquete y se lo di, antes de dejar el resto encima de la mesita, a su lado.

—Es muy fácil. Sácalo de ahí y pónmelo en la polla, desenrollándolo.

Al ver cómo le temblaban las manos, deseé que fuese de expectación y no de nervios, pero rápidamente sentí un gran alivio al ver que se precipitaba

ávidamente sobre mí y me cubría el glande con el látex... Aunque me di cuenta de inmediato de que lo había colocado al revés: no se desenrollaba.

Tras varios segundos frustrantes, ella también se percató y lo arrancó y lo tiró, lanzando un resoplido y una imprecación antes de coger otro del paquete.

Yo estaba completamente empalmado e hinchado, y tan cachondo y ansioso que me rechinaban los dientes cuando sacó el segundo condón, examinándolo con atención, y esta vez lo colocó correctamente. Tenía las manos muy calientes, y la cara tan cerca de mi polla que sentía su aliento de excitación sobre mis muslos.

Necesitaba follármela.

Lo desenrolló con torpeza, con dedos demasiado toscos e inseguros, y tardó una eternidad en completar el proceso. Fue deslizándolo sobre mi verga muy muy despacio y con sumo cuidado, como si estuviera hecho de cristal y no a punto de follármela tan salvajemente que la cama sin duda iba a romper el techo de los vecinos de abajo.

Cuando llegó a la base de mi polla lanzó un suspiro de alivio, se tumbó de espaldas y me ofreció sus caderas, pero acto seguido, esbozando una sonrisa diabólica, me quité el condón y lo tiré.

—Hazlo otra vez —le dije, entre dientes, luchando con mi propia agonía—. Con más seguridad. Ponme el condón en la polla para que te pueda follar de una puta vez.

Se me quedó mirando boquiabierta, con un mar de confusión en aquellos ojos plateados. Al final, sus dudas se disiparon y un brillo cómplice le iluminó la mirada, como si pudiese leerme el pensamiento: «No quiero que te sientas insegura conmigo ni por un segundo. Nadie en toda mi vida me la había puesto tan dura como tú en este momento, acabo de chuparte el coño hasta hacerte gritar y no me ando con miramientos de ninguna clase».

Sin apartar los ojos de los míos, se llevó el envoltorio a los dientes, lo abrió de una dentellada y sacó la goma de látex. Palpó el contorno, le dio la vuelta en la mano, me lo desenrolló sobre el pene tieso con suavidad y rapidez, y al llegar a la base, lo apretó con firmeza. Deslizó la mano aún más abajo, me tiró con delicadeza de las pelotas y luego deslizó la mano por la parte interna del muslo.

—¿Lo hago bien? —murmuró, acariciando la piel sensible, sin acompañar sus palabras de una sonrisa, sin arrugar la frente, solo con la necesidad de saberlo, simplemente.

Asentí y le pasé el pulgar por la mejilla.

—Lo haces perfectamente.

Esbozó una sonrisa de alivio, se reclinó hacia atrás y yo la seguí, deslizándome despacio por la superficie en llamas de su hendidura, torturándola, torturándome a mí mismo y..., hostia puta..., ¡cuánto la deseaba, joder! Tenía las caderas en tensión, listas para arquearse y empezar las embestidas salvajes, con la columna vertebral ardiendo de la necesidad de explotar en el interior de aquella mujer.

No estaba preparado para la sensación del roce de mi pecho desnudo contra el suyo, de sus muslos enroscándose alrededor de mis caderas. Era demasiado. Hanna era demasiado.

—Méteme dentro de ti.

Ella dio un grito ahogado y hundió la mano entre ambos. No le había dejado demasiado espacio. Estaba tendido completamente encima de ella, piel ardiente contra piel ardiente, pero me encontró y me guio hasta que supe hallar el hueco de su abertura, y a continuación me guio más arriba, retozando con mi polla y deslizándola sobre el promontorio líquido de su clítoris y los pliegues sedosos y llameantes de su sexo.

—Puede que me ponga un poco bruto.

Exhaló una bocanada de aire y exclamó, sin resuello:

—Bien. Muy bien...

Me incorporé sobre las manos y la observé mientras me frotaba sobre su piel. Cerró los ojos y sus labios dejaron escapar un leve gemido.

—Es solo que... hace mucho tiempo de la última vez —susurró.

La miré a la cara y la vi humedecerse los labios con la lengua, al tiempo que abría los ojos para poder mirar al espacio entre ambos, verse a sí misma jugar conmigo.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté.

Volvió a mirarme a los ojos, pestañeando, y su mano se quedó inmóvil entre los dos.

—Unos tres años. —Arrugó la frente ligeramente cuando añadió—: Me

he acostado con cinco hombres, pero es probable que solo haya practicado el sexo propiamente dicho unas ocho veces. De verdad que no sé lo que hago, Will.

Tragué saliva y me agaché para besarle la mandíbula.

—En ese caso, a lo mejor no seré tan bruto —susurré, pero ella se echó a reír y negó con la cabeza.

—Tampoco quiero que seas muy delicado.

Le miré los pechos, el vientre, el punto por donde me sujetaba entre sus piernas. Quería sentir su piel desnuda sobre mi polla. Nunca en mi vida lo había hecho a pelo y tenía tantas ganas de sentirla piel contra piel que se me ponía más dura aún solo de pensarlo.

—Te lo haré muy bien —le dije, hablándole al recoveco de piel de su cuello—. Pero deja que te sienta tal como eres.

Hanna dio una sacudida bajo el peso de mi cuerpo, apretándome contra su hendidura, cerrando los ojos mientras yo la penetraba. Una llamarada de rubor se apoderó de su cuello y separó los labios con un dulce suspiro. Para mí era abrumador ver cómo ella iba asimilando lo que estábamos a punto de hacer, y vi el momento en que sucedió, cuando realmente comprendió en toda su magnitud que estábamos a punto de follar de verdad. Volvió a abrir los ojos y al desplazar la mirada a mis labios, se dulcificó, se calmó momentáneamente del frenesí. Me recorrió el pecho con las manos, me acarició el cuello y murmuró:

—Hola.

Esa mirada, esa ternura en sus ojos, hicieron que comprendiera por primera vez qué era lo que me estaba pasando: me estaba enamorando.

—Hola —repuse con voz ronca, agachándome para besarla.

Fue un alivio tan grande que me robó el aire de los pulmones y mi beso se hizo mucho más profundo, y me pregunté en ese momento si se habría dado cuenta, por la intensidad de mi reacción, que acababa de poner nombre a lo que estábamos haciendo, hacer el amor, o si simplemente saboreaba el sabor de su propio sexo en mi boca y no comprendía que todo mi mundo acababa de salirse disparado de su órbita programada.

Retiré la cabeza hacia atrás, pero adelanté las caderas, empujando y arqueándome para sentir la esencia de su cuerpo completamente aplastado

contra el mío; solo quería hundirme en lo más hondo de ella y quedarme allí sumergido para siempre. Joder. Qué bueno era aquello... Joder, la hostia... Jodeeerrr...

Me miró mientras me hundía más adentro, pero ahora ya no parecía capaz de enfocar la mirada y verme la cara. Tenía los ojos empañados, saturados, y unos jadeos leves y sincopados acompañaban su respiración cada vez que inhalaba el aire. Un brusco estremecimiento de dolor se apoderó de su rostro.

Solo había conquistado unos pocos centímetros y su sexo estaba muy prieto, pero la sensación era pura gloria. Oí el sonido de mi propia voz, pero parecía provenir de muy lejos.

—Ábrete para mí, mi Ciruela. Muévete conmigo.

Hanna se relajó y levantó más las piernas para que yo pudiera hundirme más aún y los dos dejamos escapar un gemido tenso. Ella quiso experimentar torciendo las caderas, atrayéndome así hasta el fondo, por completo, y la sensación de tener sus muslos ardientes enroscados sobre mis caderas me arrancó un gruñido bronco y prolongado.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —me susurró, quedándose inmóvil bajo mi peso.

—Ya lo sé.

Le besé la mandíbula, la mejilla y la comisura de los labios. Asintió, incorporándose, transmitiéndome de forma inconsciente con su cuerpo que necesitaba moverse.

Me retiré hacia atrás y empecé las acometidas a un ritmo suave, entregándome al calor de su cuerpo. Aceleraba el ritmo, succionándole el cuello con apetito voraz, cada vez más salvaje y enfebrecido, y luego aminoraba la velocidad y me detenía por completo, besándola intensamente, deleitándome con la manera en que sus manos exploraban mi espalda, mi trasero, mis brazos y mi rostro.

—¿Estás bien? —le pregunté, moviéndome de nuevo, aunque despacio—. ¿No te hago mucho daño?

—Estoy bien —susurró, volviendo la cabeza hacia mi mano cuando le aparté un mechón sudoroso de la frente.

—Estás increíblemente perfecta ahí, debajo de mí.

Quería llevar su deseo hasta las cumbres más altas, hacer que sintiese

cada vez más urgencia y que explotase como una bomba cuando se corriese al fin conmigo dentro de ella. Se ponía a temblar cuando aceleraba el ritmo, pero gruñía de frustración cuando frenaba de nuevo. Sin embargo, sabía que confiaba en mí, y quería enseñarle lo bueno que podía ser el sexo si no había prisa, cuando no había necesidad de hacer otra cosa más que aquello durante horas y horas.

La besé, le succioné la lengua y engullí cada uno de los sonidos que le arrancaba de la garganta con mi boca, devorándolos como un cabrón avaricioso. Me encantaban sus gemidos roncós, las veces que imploraba «por favor», cómo dejaba que fuera yo quien impusiera los tiempos de lo que hacíamos. La realidad de su cuerpo, sudoroso y complaciente bajo mi peso, fue consumiendo poco a poco toda mi calma, y pasé de los envites indolentes a embestidas mucho más rápidas y hambrientas. Ella correspondió con movimientos equivalentes con las caderas, arqueándose contra mi cuerpo, y supe que esta vez estaba muy cerca y que no podría parar ni reducir el ritmo o la intensidad.

—¿Te gusta? —exclamé con voz ronca, enterrando la cara en su cuello.

Ella asintió, sin habla, incapaz de responder con palabras, agarrándose el culo con las manos y clavándome las uñas con ferocidad en la carne. Le levanté una pierna, aplastándole la rodilla sobre el hombro y di rienda suelta a mis embestidas, bombeando tan rápido, tan duro y tan pegado a ella como fuera posible.

La forma en que su orgasmo iba cobrando fuerza antes de estallar era salvaje, irreal, explosiva, primero en forma de intensa llamarada y luego en la tensión de sus músculos, hasta que empezó a temblar, a sudar y a suplicar palabras ininteligibles bajo mi cuerpo, a punto de alcanzar el clímax.

—Así, muy bien —susurré, luchando desesperadamente por contener mi propia descarga a pesar de la presión insoportable en mi vientre—. Joder, Ciruela, ya estás a punto...

La vi apretar los ojos con fuerza y abrir la boca mientras su cuerpo se catapultaba hacia arriba desde la cama y ella gritaba extasiada. No paré en ningún momento, dándole cada segundo de placer que pudiese arrancar de su cuerpo. Dejó caer los brazos a un lado, inertes, y yo me apoyé en las manos, bajando la mirada hacia el punto donde penetraba en ella, percibiendo sus

ojos sobre mi rostro.

—Will... —exhaló, y oí el lánguido alborozo en su voz—. Dios mío...

—Joder. Qué bueno. Estás empapada...

Alargó el brazo y me metió el dedo en la boca para que pudiera paladear el sabor dulzón de su esencia. Situé una mano entre los dos y le acaricié el clítoris, consciente de que no tardaría en estar cansada y dolorida, pero necesitando a la vez sentir cómo se corría conmigo dentro otra vez.

Al cabo de escasos minutos, arqueó la espalda y aceleró el balanceo de las caderas, a mi ritmo.

—Will... Will...

—Chist... —murmuré, observando el movimiento de mi mano en ella, al tiempo que deslizaba la polla dentro y fuera—. Dame uno más.

Cerré los ojos y mi cerebro se abandonó al deleite de las sensaciones en estado puro: sus muslos temblorosos alrededor de mi cuerpo, las rítmicas contracciones de su vagina mientras se corría otra vez con un grito ronco de sorpresa. Solté el último amarre de mi autocontrol, embistiendo más adentro y con más fuerza, prolongando su orgasmo y oprimiéndole el clítoris con el pulgar. Hanna tenía la cabeza reclinada hacia atrás en la almohada, sujetándome el culo con las manos, tirando de mí hacia delante mientras seguía meciéndose, conmigo dentro. Tenía los ojos cerrados, los labios separados y el pelo alborotado en la almohada. Nunca en mi vida había visto un espectáculo tan hermoso.

Me recorrió la espalda con las uñas, observando mi rostro, fascinada. La sensación era demasiado para mí: sus manos enfebrecidas, aquel cuerpo suave debajo y su mirada de fascinación.

—Dime que te gusta —murmuró, con los labios hinchados y húmedos, las mejillas sonrosadas y el pelo empapado en sudor.

—Claro que me gusta —exclamé precipitadamente, sin resuello—. No puedo..., joder, no puedo ni pensar...

Me hincó las uñas con fuerza, clavándomelas con ferocidad, y supe de inmediato que con la punzada de dolor de sus uñas y el dulce placer de su cuerpo húmedo, contrayéndose a mi alrededor, no iba a resistir mucho más. El placer inundó mis venas, como un torrente de llamas, frenético.

—Más duro —imploré.

Se enroscó alrededor de mi cuerpo y se deslizó dándome mordiscos desde el hombro hasta el pecho.

—Córrete —exclamó, con voz ahogada, trazando surcos con las uñas en mi espalda con movimiento posesivo—. Quiero sentir cómo te corres.

Fue como si alguien me hubiese enchufado a la corriente, cada centímetro de mi cuerpo electrizado y llameante de calor. Bajé la vista y la miré: sus pechos moviéndose con la fuerza de mis embestidas, la piel sudorosa y perfecta, las marcas furiosas de mis dentelladas diseminadas por su cuello, sus hombros y su barbilla. Pero cuando levanté la vista y fui al encuentro de su mirada, perdí la razón. Me estaba mirando, y era ella: Hanna, la chica la que veía todas las mañanas y de la que me estaba enamorando más y más cada vez que abría la boca.

Aquello era increíblemente real. Con un fuerte alarido, me desplomé sobre ella, entre convulsiones salvajes y desbordado por un placer tan intenso que apenas era consciente del calor que manaba de sus brazos alrededor de mi cuello, de la presión de sus besos cuando me quedé inmóvil encima de ella, y solo percibí a medias lo que decía cuando susurró:

—Quédate así, encima de mí, para siempre.

—No dejes nunca de ser tan franca y directa —murmuré, mirándola a la cara—. No dejes nunca de pedir lo que quieres.

—No lo haré —susurró—. Esta noche sí te he sorprendido, ¿verdad?

Y fue así, sin más, como se ganó mi corazón.

11

Me despertó el movimiento del colchón, el sonido que hicieron los muelles cuando Will salió de la cama. Una débil luz azulada se filtraba por la ventana y parpadeé en la oscuridad, tratando de distinguir la forma de los objetos cercanos: la puerta, mi cómoda, su silueta desapareciendo por la puerta del baño...

Sin que Will encendiese las luces, oí que corría el agua y que la puerta de la ducha se abría y volvía a cerrarse. Consideré la posibilidad de unirme a él, pero me pareció que no podía moverme: notaba los músculos de goma, el cuerpo pesado y hundido en el colchón. Había un dolorcillo profundo e insólito entre mis piernas y me estiré, apretando los muslos para volver a sentirlo. Para recordar.

Ahora mi habitación olía a sexo y a Will. Me sentí mareada por ello, por causa de su proximidad y la idea de toda su piel desnuda justo al otro lado de la pared. Brazos, piernas, un estómago como el granito. ¿Cuál era exactamente el protocolo en este caso? ¿Tendría la suerte de que volviese y lo hiciéramos todo otra vez? ¿Funcionaba así?

Cruzaron por mi mente pensamientos sobre Kitty y Kristy, y me pregunté si esa noche habría sido igual que todas las demás noches que él había pasado con otras muchas mujeres. Si las abrazaba del mismo modo, si hacía los mismos sonidos, si les brindaba las mismas promesas sobre lo bien que haría que se sintiesen. Will no pasaba cada noche conmigo, pero pasábamos muchas de ellas juntos.

¿Cuándo las veía? Una parte de mí quería preguntarlo para poder conocer

en detalle cómo nos encajaba a todas en su vida, pero una parte mayor no quería saberlo.

Me pasé la mano por el pelo enmarañado y pensé en esa noche: en Dylan y nuestra desastrosa cita, en Will y en la sensación que me produjo comprender que había estado en la puerta de mi apartamento. Preocupándose. Esperando. Deseando. En las cosas que habíamos hecho y en lo que me había hecho sentir. Yo no sabía que el sexo pudiera ser así: tanto duro como suave, y alternando entre las dos modalidades durante un tiempo que me había parecido una eternidad. Fue un sexo salvaje.

Las manos y los dientes de Will me provocaron deliciosos cardenales, y hubo momentos en que creí que estallaría en un millón de pedazos si no podía tenerlo aún más hondo dentro de mí. Por encima del chorro de agua sonó el chirrido familiar del grifo y volví la cabeza hacia la puerta.

El ruido de la ducha fue disminuyendo hasta desaparecer del todo y escuché a Will salir, coger una toalla del toallero colgado en la pared y secarse. Cuando salió no pude apartar los ojos de su cuerpo desnudo, que se movía iluminado por la luna del cielo nocturno. Me incorporé y me arrastré hasta el borde de la cama. Él se detuvo justo delante de mí, y su polla se alargó ante mi mirada.

Con cuidado, Will me pasó los dedos por el pelo enredado, bajó por un lado de mi cara y, finalmente, me acarició los labios con la punta de un dedo. No se agachó para mirarme a los ojos. Era como si supiese que lo estaba observando. Como si quisiera que me limitase a mirarlo.

Juro que pude oír mi corazón martilleándome en los oídos. Quería tocarlo. Quería más que eso, quería saborearlo.

—Me da la impresión de que quieres ponerme la boca encima —dijo con voz grave y áspera.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

—Quiero ver qué sabor tienes.

Deslizó la mano por su miembro y se acercó un poco más, pasándome el extremo de la polla por los labios y pintándome con la gota de humedad que había allí. Cuando saqué la lengua para saborearla y saborearlo a él dejó escapar un suave gemido, deslizando su mano por la base mientras yo le rodeaba la punta con la boca, chupando un poco.

—Sí —susurró—. Qué... bien.

No sé qué esperaba yo, pero no era eso. No esperaba excitarme tanto con el acto en sí ni sentirme tan poderosa por ser la persona que llevaba a aquel hombre tan guapo a perder la compostura. Me puso las manos en el pelo y cerré los ojos. Respiraba de forma entrecortada mientras yo movía la boca más y más lejos. Finalmente oí que tragaba saliva, ahogaba un grito e inspiraba de forma temblorosa.

—Para, para —me pidió, y dio un paso atrás. Parecía haber disputado una maratón—. Joder, Hanna, no tienes ni idea de cuánto me encantaría dejarte jugar con la lengua y con esos labios. —Deslizó el pulgar por la curva de mi barbilla—. Pero quiero tener cuidado contigo la primera vez que me tomes en tu boca, y ahora mismo me siento demasiado descontrolado y demasiado ávido.

Sabía exactamente cómo se sentía. El cuerpo me vibraba, el pulso me martilleaba en el cuello y volví a apretar los muslos, sintiendo cómo crecía el dulce e impaciente anhelo. Se inclinó, me besó y susurró:

—Date la vuelta, Perla. Quiero follarte boca abajo.

Asentí y me tumbé sobre el estómago. Tenía la mente demasiado ofuscada para pensar una respuesta. La cama se hundió y lo noté detrás de mí, colocándose entre mis piernas abiertas. Su mano me recorrió la parte posterior de los muslos y el culo. Will se agarró a mis caderas, y sus dedos me quemaron la piel al ponerme de rodillas y arrastrarme por la cama hacia su cuerpo. Sentía lo húmeda que estaba, lo sentía en sus dedos, que se movían contra mí, sobre mis muslos. El corazón me martilleaba en el pecho y traté de olvidarlo todo salvo el calor de su piel, el roce de sus labios y su pelo en mi espalda.

Siempre había entendido por qué deseaban a Will las mujeres. No era guapo del mismo modo que Bennett, ni era tierno como Max. Era visceral e imperfecto, oscuro y muy muy perspicaz. Daba la sensación de poder mirar a una mujer y adivinar al instante todas las necesidades que tenía.

Pero ahora sabía por qué las mujeres perdían la cabeza por él. Porque, al fin y al cabo, conocía de verdad todas las necesidades que tenía una mujer, que tenía yo. Había echado por tierra mis posibilidades de estar con cualquier otro hombre antes incluso de tocarme por primera vez. Y cuando se inclinó

detrás de mí, me rozó la oreja con los labios sin llegar a besarme y me preguntó si creía que esa vez, cuando me corriese, también gritaría. Me sentí perdida.

Alargó el brazo por encima de mí y cogió un condón de la pila. Oí desgarrarse el papel de aluminio, el sonido que produjo cuando Will hizo una bola con él. Aún recordaba el aspecto que tenía ese delgado trozo de goma estirado al máximo en torno a su miembro. Quería que se apresurase.

Necesitaba que se apresurase y me follase, que hiciese desaparecer ese anhelo.

—Así puedo llegar más hondo —dijo, y se inclinó para darme otro beso en la espalda—. Pero dime si te hago daño, ¿vale?

Asintiendo con gesto frenético, empujé contra sus manos, deseando que apagara el hambre enajenada que había en mi interior. La palma de su mano estaba sorprendentemente fría y ahogué un grito de sorpresa cuando la apoyó en mis riñones para sujetarme. ¿Estaba temblando? En la oscuridad pude ver mi mano contra el blanco puro de la sábana, ver la tela retorcida en mi puño, tenso como el resto de mi cuerpo.

—Limítate a sentir —dijo como si adivinase mis pensamientos; su voz era tan profunda que parecía más una vibración que un sonido—. Ahora mismo solo quiero que recibas, ¿vale?

Sentí la sólida musculatura de sus piernas moviéndose entre las mías, la punta de su polla mientras se situaba. Con cada deslizamiento de su piel contra la mía, yo arqueaba la espalda, levantando el culo para cambiar el ángulo y esperando que esa vez, por fin, pudiera deslizarse en mi interior.

Noté su boca en mi hombro, mi espalda y mis costillas. Aún era temprano, aún hacía frío en mi habitación, y me estremecí cuando el aire aterrizó en la piel que él acababa de besar, saborear y rascar con los dientes.

Y cuando me susurró al oído que tenía un aspecto increíble desde su posición y que me deseaba un montón, me dio la impresión de que el corazón iba a estallarme bajo las costillas. En esa postura, con él detrás de mí, fuera de mi vista, mis sensaciones eran muy distintas. No podía ver su intensa expresión ni contar con la seguridad de su mirada fija en mi rostro. Hube de cerrar los ojos y prestar atención a sus manos temblorosas, a la rigidez de Will mientras se deslizaba hacia delante por encima de mi clítoris. Escuché

su respiración entrecortada y sus minúsculos gruñidos, me apreté contra él y sentí que el placer inundaba mi pecho cuando el contacto entre sus muslos y mi culo lo hizo gemir.

Tenía el miembro muy grueso y rígido, y me quedé sin respiración cuando retrocedió para poder situarse contra mi piel tierna y, por fin, entró poco a poco.

—Oh —dije, un sonido que pareció haber sido arrancado de mi garganta, porque fue la única palabra que se me ocurrió.

«Oh. No sabía que me produciría esa sensación».

«Oh. Duele, pero de la forma más deliciosa».

«Oh. Por favor, no pares nunca. Más, más».

Como si hubiese pronunciado esas palabras en voz alta, Will asintió contra mi piel, moviéndose más despacio, más profundo. Acabábamos de empezar, pero ya era demasiado bueno, demasiado perfecto. Sentía su movimiento en lo más hondo de mí, muy cerca de ese lugar que me llevaba al borde de una minúscula explosión.

—¿Todo bien? —preguntó, y asentí con la cabeza, abrumada. Empezó a mover las caderas con pequeños empujones que me impulsaban colchón arriba, que me impulsaban más cerca de ese punto en el que todo en mi interior amenazaba con hacerse añicos—. ¡Joder, qué guapa estás!

Noté su mano en mi hombro y luego en mi pelo; sus dedos se enredaron en los mechones para sujetarme y mantenerme justo donde él quería.

—Abre más las piernas —gruñó—. Apóyate en los codos.

De inmediato hice lo que decía, gritando por lo profundo de la postura. Una sensación de calor se instaló en mi estómago y entre mis piernas ante la idea de que él utilizase mi cuerpo bien dispuesto para correrse. Estaba convencida de que nunca en toda mi vida me había sentido más sexy.

—Estaba seguro de que sería así —dijo, y no pude comprender sus palabras.

Me pareció que iba a desplomarme y deslicé los brazos hacia abajo, con la cara apretada contra la almohada y el culo en el aire, mientras Will continuaba follándome. La tela estaba fresca contra mi mejilla y cerré los ojos, humedeciéndome los labios con la lengua mientras escuchaba los sonidos de nuestros cuerpos moviéndose juntos, su respiración desigual. Will

era muy bueno, y alargué los brazos por encima de la cabeza, rozando el cabecero de la cama con las puntas de los dedos, con el cuerpo tan estirado debajo de él que me pareció que había perdido espesor, que podía partirme por la mitad cuando por fin me corriese.

Su pelo mojado goteaba sobre mi espalda, e imaginé qué aspecto debía de tener: situado encima de mí, soportando su peso con los brazos mientras se inclinaba sobre mi cuerpo tembloroso, enterrándose en mí una y otra vez al tiempo que la cama se balanceaba debajo de nosotros.

Recordé cuando solía esconderme bajo las sábanas e imaginar eso mismo, tocándome con gestos vacilantes e inexpertos hasta que me corría. Me producía la misma sensación, igual de obscena y prohibida. Sin embargo, esto era mejor que todas las fantasías y todos los sueños secretos combinados.

—Dime lo que quieres, Perla —logró decir, con una voz tan ronca que casi resultaba inaudible.

—Más —me oí decir—. Entra más hondo.

—Tócate —dijo con voz áspera—. No voy a correrme sin ti.

Deslicé la mano entre el colchón y mi cuerpo sudoroso y encontré mi clítoris, suave e hinchado.

Will estaba muy cerca de mí, lo bastante cerca para que pudiese sentir el calor de cada respiración y el contacto resbaladizo de su piel. Sentí cómo temblaban sus músculos, cómo cambiaba su respiración y cómo se hacían más fuertes los sonidos que emitía. Entonces modificó el ángulo de sus caderas y entró tan hondo que arqueé la espalda de forma involuntaria.

—¡Joder, Hanna! ¡Córrete para mí! —me pidió, acelerando el ritmo de sus caderas.

Para correrme solo necesité un momento y unos cuantos círculos de mis dedos. Me atraganté con los sonidos que quedaron atascados en mi garganta. Me sumergió una oleada tan potente que juro que mis huesos vibraron.

Un zumbido constante llenó mis orejas. Sentí el choque de su piel contra la mía y cómo se ponía rígido detrás de mí. Sus músculos se tensaron, y exhaló un gemido grave y largo contra mi cuello.

Estaba agotada; tenía las extremidades flojas y me parecía que las articulaciones se me iban a descoyuntar. Tenía la piel acalorada, y estaba tan cansada que no podía abrir los ojos. Noté que Will cogía la base del condón y

lo agarraba bien antes de sacarlo. Hubo una serie de movimientos antes de que se levantase de la cama y se fuese al baño, y luego otra vez el sonido del agua.

Cuando se hundió el colchón y regresó su calor, apenas estaba consciente.

Abrí los ojos y noté que olía a café; oí el sonido que hacía el lavavajillas al abrirse y un estrépito de platos. Miré al techo parpadeando y los últimos restos de sueño se desvanecieron de mi cerebro mientras me asaltaba la realidad de la noche anterior.

Lo primero que pensé fue: «Aún está aquí», seguido de «¿y ahora qué?».

La noche anterior se había desarrollado fácilmente; yo había dejado de pensar y había hecho lo que me apetecía, lo que deseaba. Lo que deseaba era a Will, y por algún motivo él también me deseaba a mí. Pero ahora, con el sol entrando a raudales por las ventanas y el mundo exterior despierto y respirando, me sentía llena de inseguridad, sin saber cuáles eran nuestros límites o en qué punto nos hallábamos.

Tenía el cuerpo rígido y dolorido en los sitios más dispares. Me sentía como si hubiese hecho un millar de sentadillas. Me dolían los muslos y los hombros. Tenía la espalda rígida. Y entre las piernas notaba una tierna palpitación, como si Will me hubiese embestido durante horas y horas en la oscuridad de la noche.

Imagínate eso. Me levanté de la cama, fui de puntillas al baño y cerré la puerta con cuidado. Siseé al oír el fuerte chasquido del pestillo. No quería que la situación se volviese extraña ni estropear la cálida relación que siempre habíamos tenido. No sabía qué haría si la perdíamos.

Tras cepillarme los dientes y peinarme, me puse un par de shorts de chico y una camiseta de tirantes, y me dirigí a la cocina, decidida a hacerle saber que podía asumir la situación y que no tenían por qué cambiar las cosas. Will estaba de espaldas, de pie ante los fogones, vestido con solo un bóxer negro, dándoles la vuelta a lo que parecían ser unas tortitas.

—Buenos días —lo saludé mientras atravesaba la habitación e iba directamente hacia la cafetera.

—Buenos días —dijo él con una ancha sonrisa.

Se inclinó, retorció la tela de mi camiseta y la utilizó para atraerme hacia él y darme un beso rápido en los labios. Ignoré las minúsculas mariposas que invadían mi estómago y cogí una taza, procurando dejar una larga franja de encimera entre nosotros.

Cuando estábamos de vacaciones, mi madre nos preparaba el desayuno cada domingo en esa cocina, y había insistido en que fuese lo bastante grande para que cupiese en ella toda la familia. Esa cocina era el doble de grande que las demás cocinas del edificio, y tenía unos relucientes armarios de cerezo y unas cálidas baldosas. Una de las paredes estaba ocupada por unas ventanas amplias que daban a la calle Ciento uno; a lo largo de otra se extendía una ancha encimera con taburetes suficientes para todos nosotros. La amplia extensión de mármol de la encimera había sido siempre demasiado grande para el apartamento, y ahora que solo yo vivía en ese piso parecía un derroche de espacio. Sin embargo, con el recuerdo de la noche anterior dando vueltas en mi cabeza y con tanta piel desnuda de Will a la vista, me sentía como si estuviera dentro de una caja de zapatos, como si las paredes se estrechasen y me empujasen cada vez más hacia ese hombre sexy y extraño. Desde luego, necesitaba un poco de aire.

—¿Cuánto hace que te has levantado? —pregunté.

Se encogió de hombros, y los músculos de su espalda se flexionaron con el movimiento. Vi el extremo del tatuaje que le rodeaba las costillas.

—Un rato.

Eché un vistazo al reloj de la pared. Era temprano, demasiado temprano para estar despiertos un domingo sin ningún plan, sobre todo después de la noche que habíamos pasado.

—¿No podías dormir?

—Algo así —contestó Will, dándole la vuelta a otra tortita y colocando dos más en una fuente.

Me serví el café, clavando la mirada en el líquido oscuro que llenaba la taza, en el vapor que se retorció a través de un rayo de sol. La encimera estaba preparada, con un mantelito individual y un plato para cada uno, y sendos vasos de zumo de naranja a un lado. Me asaltó una imagen de Will con una de sus «no novias», y no pude evitar preguntarme si formaría parte de la rutina prepararles el desayuno a sus damas antes de dejarlas solas en su

apartamento con las piernas temblorosas y una sonrisa bobalicona en la cara.

Sacudí un poco la cabeza al volver a colocar la jarra en su sitio y cuadré los hombros.

—Me alegro de que sigas aquí —dije.

Sonrió mientras rascaba los últimos restos de masa del cuenco.

—Bien.

El silencio llenó la cocina mientras yo añadía azúcar y leche a mi café para trasladarme a un taburete situado al otro lado de la encimera.

—Quiero decir que me habría sentido ridícula si te hubieses marchado. Así es más fácil.

Le dio la vuelta a la última tortita y me habló por encima del hombro:

—¿Más fácil?

—Menos incómodo —dije, encogiéndome de hombros.

Sabía que debía mantener la informalidad de la relación, impedir que hubiese nada serio entre nosotros. No quería que Will pensase que yo no podía manejar la situación.

—No estoy seguro de entenderte, Hanna.

—Es que es más fácil sobrellevar ahora esa parte tan incómoda de: «Te he visto desnudo». Más tarde será más difícil, cuando tratemos de recordar cómo interactuar con la ropa puesta.

Durante un instante, pareció confuso mientras observaba la sartén vacía. No había asentido ni se había reído, no me había dado las gracias por decirlo antes de que tuviese que hacerlo él. Y ahora era yo quien se sentía confusa.

—No tienes muy buena opinión de mí, ¿verdad? —dijo, volviéndose por fin.

—Por favor. Sabes que prácticamente te tengo por un dios. Lo que pasa es que no quiero que te entre la neura y pienses que espero algún cambio.

—A mí no me está entrando ninguna neura.

—Solo digo que ya sé que lo de anoche significó cosas diferentes para cada uno de nosotros. —Juntó las cejas.

—¿Y qué fue para ti?

—Una pasada. Me recordó que, aunque fracasé miserablemente con Dylan, puedo divertirme con un hombre. Puedo soltarme y disfrutar. Sé que es probable que lo de anoche no haya cambiado quién eres tú, pero tengo la

impresión de que a mí sí me ha cambiado un poco. Así que gracias.

Will entornó los ojos.

—¿Y quién crees que soy exactamente?

Me acerqué a él y me estiré para darle un beso en la barbilla. Su teléfono móvil sonó en la encimera, y el nombre «Kitty» iluminó la pantalla. Esa pregunta quedaba contestada. Inspiré hondo y me concedí un momento para dejar que todas las piezas se alineasen en mi cabeza. Y luego me eché a reír, indicando con un gesto su móvil, que continuaba zumbando al otro lado de la encimera.

—Un hombre muy bueno en la cama. —Frunció el ceño, cogió el móvil y lo desconectó.

—Hanna... —Me atrajo hacia sí, y luego me dio un beso en la sien—. Lo de anoche...

Suspiré al ver lo fácilmente que encajábamos, lo perfecto que sonaba mi nombre en su boca.

—No tienes que darme explicaciones, Will. Siento haber creado una situación incómoda.

—No, yo... —Con una mueca, le apoyé los dedos en los labios.

—Dios, debes detestar el proceso que sigue al sexo, y no lo necesito, te lo juro. Puedo soportar todo esto.

Sus ojos observaron mi cara y me pregunté qué buscaba. ¿No me creía? Le di un beso en la mandíbula y sentí cómo desaparecía la tensión de su cuerpo. Apoyó sus manos en mis caderas.

—Me alegro de que lo lleves bien —dijo por fin.

—Así es, te lo prometo. Nada de cosas raras.

—Nada de cosas raras —repitió.

12

Yo salía a correr todos los días sin excepción, salvo que estuviera gravemente enfermo o si tenía que coger un avión para ir a algún sitio, así que el lunes por la mañana me odié a mí mismo un poquito por apagar la alarma del reloj y darme media vuelta en la cama. Simplemente, no tenía ningún interés por ver a Hanna.

Sin embargo, en cuanto hube formulado ese pensamiento, no tuve más remedio que recapacitar. A quien no quería ver era a Ziggy, tan dicharachera y llena de energía como siempre, como si no hubiese hecho temblar el suelo bajo mis pies dos noches atrás, con su cuerpo, con sus palabras y sus necesidades cuando esa noche era Hanna. Y sabía que si era Ziggy quien aparecía esa mañana, actuando como si el sábado anterior no hubiese pasado nada, me dolería.

Me había criado una madre soltera, junto con dos hermanas mayores que no me dieron más opción que comprender a las mujeres, conocer a las mujeres y, sobre todo, amar a las mujeres.

En una de las dos relaciones serias que había mantenido en mi vida, había hablado con mi novia sobre la posibilidad de que aquel buen entendimiento con las mujeres me hubiese funcionado muy bien cuando alcancé la pubertad, y eso hizo que acabara queriendo mantener relaciones sexuales con todas las chicas a las que conocía. Creo que esa novia había tratado de insinuarme, de una forma nada sutil, que yo manipulaba a las mujeres fingiendo escucharlas. No llegué a profundizar demasiado en el asunto; rompimos poco después.

Sin embargo, mi buen entendimiento con el sexo opuesto no parecía

ayudarme demasiado en el caso de Hanna. Para mí, era como una criatura de otro mundo, una especie completamente distinta.

Con ella, mi experiencia no me servía para nada.

El caso es que cuando volví a dormirme, empecé a soñar que me la follaba sobre una pila gigantesca de material deportivo. En el sueño se me clavaba un stick de lacrosse en la espalda, pero no me importaba. Solo la veía balancearse encima de mí, con la mirada transparente clavada en la mía y recorriéndome el pecho con las manos.

Me sonó el móvil, que tenía incrustado en la columna, debajo del cuerpo, y me desperté sobresaltado. Miré el reloj y me di cuenta de que me había dormido: eran casi las ocho y media.

Respondí sin mirar a la pantalla, dando por sentado que sería Max preguntándome dónde coño estaba para nuestra reunión del lunes por la mañana.

—Sí, tío. Estaré ahí dentro de una hora, ¿vale?

—¿Will? —Mierda.

—Ah, hola.

El corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza que lancé un gemido y me tapé la boca con la mano para sofocarlo.

—¿Todavía estás durmiendo? —preguntó Hanna. Parecía estar sin aliento.

—Sí, estaba durmiendo.

Se calló y el viento que se oía al otro lado azotó la línea. Estaba en la calle y con la respiración jadeante: había salido a correr sin mí.

—Perdona si te he despertado.

Cerré los ojos y me llevé un puño a la frente.

—No, no importa.

Se quedó en silencio durante unos segundos eternos y exasperantes, y en ese tiempo mantuvimos varias conversaciones distintas en mi cabeza. En una me decía que me comportaba como un gilipollas.

En otra me pedía disculpas por insinuar que pudiese ser tan caballeroso con lo ocurrido la intensa noche que habíamos pasado juntos. En otra se ponía a hablar sin parar sobre cualquier cosa, al más puro estilo Ziggy. Y en otra me preguntaba si podía ir a mi casa.

—He salido a correr —dijo—. Creí que habrías empezado sin mí y fui a ver si te encontraba en el recorrido.

—¿Creías que había empezado sin ti? —exclamé, riendo—. Eso sería de muy mala educación.

No dijo nada, y me di cuenta demasiado tarde de que lo que había hecho, no presentarme, no molestarme siquiera en llamarla, era igual de malo.

—Mierda, Ziggs, lo siento. —La oí tomar aire profundamente.

—Así que hoy soy Ziggy... Interesante.

—Sí —murmuré, y luego me odié a mí mismo inmediatamente—. No. Mierda, no sé quién eres esta mañana. —Aparté las sábanas de un puntapié, obligando a mi cerebro embotado a despertarse de una puta vez—. Mi cerebro se confunde si te llamo Hanna.

«Hace que piense que eres mía», me dije a mí mismo, sin añadirlo en voz alta. Soltó una risotada, y cuando echó a andar de nuevo, el viento azotó con más fuerza el teléfono.

—Supera tu angustia de macho alfa, Will. La otra noche nos acostamos. Se supone que precisamente tú deberías saber mejor que nadie cómo manejar esta situación. No te estoy pidiendo las llaves de tu apartamento. —Hizo una pausa y se me encogió el corazón al darme cuenta del mensaje que, con mi distanciamiento, le estaba transmitiendo: creía que me la estaba quitando de encima, que trataba de ahuyentarla.

Abrí la boca para sacarla de su error, pero ella fue más rápida:

—Ni siquiera te estoy pidiendo que volvamos a repetirlo, maldito cabrón engreído. —Y dicho eso, colgó el teléfono.

Pedí a mis amigos que adelantásemos nuestro almuerzo de los martes al lunes con la excusa de que había perdido las pelotas y la cabeza, y nadie se opuso. Por lo visto, mi enamoramiento había alcanzado tal nivel de empalago que darme caña había dejado de ser un pasatiempo divertido para mis amigos.

Quedamos en Le Bernardin, pedimos lo de siempre y, aparentemente, era como si la vida siguiese igual que en los nueve meses anteriores: Max besando a Sara hasta que ella se lo quitó de encima, y Bennett y Chloe haciendo como que se odiaban mientras daban cuenta de la ensalada que ella

misma había insistido que compartieran para almorzar, escenificando una forma un tanto extraña de coquetear para ponerse a tono. Lo único aparentemente distinto es que me bebí la copa de alcohol con la que acompañaba el almuerzo en menos de cinco minutos y nuestro camarero habitual enarcó una ceja cuando le pedí otra.

—Creo que yo soy Kitty —dije cuando se alejó el camarero. Al ver que la conversación enmudecía de repente, me di cuenta de que mis amigos habían estado charlando alegremente de cualquier gilipollez mientras mi pobre cerebro se sumía en la desesperación delante de sus narices—. Me refiero a lo mío con Hanna —aclaré, escrutando sus rostros para captar alguna señal de si me seguían o no—. En nuestra relación, yo soy Kitty. Yo soy el que dice que me basta con que nos enrollemos y ya está, pero no es verdad. Soy yo el que dice que me parece bien que echemos un polvo el tercer jueves de los meses impares con tal de poder estar un rato con ella. Es ella la que dice: «Oh, no necesito que volvamos a enrollarnos».

Me encontré con la palma abierta de la mano de Chloe delante de mi cara.

—Espera un momento, William. ¿Te la estás follando?

Me incorporé de golpe, con los ojos muy abiertos y a la defensiva.

—Tiene veinticuatro años, no trece, Chloe. ¿Qué cojones...?

—Me importa un bledo que te la estés tirando... Lo que me molesta es que te la hayas follado y que no nos haya llamado a ninguna de las dos inmediatamente. ¿Cuándo ha sido?

—El sábado. Hace dos días, cálmate —murmuré.

Se recostó hacia atrás y su rostro se dulcificó un poco. Más relajado, fui a coger mi nueva copa en cuanto el camarero la depositó delante de mí en la mesa, pero Max fue más rápido y la quitó de mi alcance antes de que pudiera levantarla.

—Esta tarde tenemos una reunión con Albert Samuelson y te necesito muy despejado. —Asentí y me incliné para frotarme los ojos.

—Os odio a todos.

—¿Por tener razón? —dedujo Bennett correctamente. No le hice ningún caso.

—Bueno y al final, ¿has cortado ya oficialmente con Kitty y Kristy? —quiso saber Sara.

Mierda. Aquello otra vez. Negué con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? No hay nada entre Hanna y yo.

—Solo que sientes algo muy fuerte por ella —insistió Sara, arrugando la frente.

No soportaba que no aprobase mi conducta. De todos mis amigos, Sara solo me echaba la bronca y me daba caña cuando realmente me lo merecía.

—Es que no sé si es buena idea montar un drama innecesario ahora mismo —fue mi patética justificación.

—¿Ha llegado a decir Hanna realmente que no quiere nada más contigo? —preguntó Chloe.

—Creo que es evidente por la forma en que reaccionó el domingo por la mañana.

Asintiendo ya con la cabeza, Max añadió:

—Detesto señalar lo obvio, tío, pero ¿se puede saber por qué no has tenido la típica charla de Will Sumner con ella? No te estás poniendo precisamente como ejemplo de eso que siempre nos dices con respecto a tus ligues: que es mejor dejar las cosas claras desde el principio que dejar los temas sin resolver.

—Porque es fácil mantener esa conversación cuando ya sabes lo que quieres y lo que no quieres —expliqué.

—Bueno, ¿y qué es lo que sabes? —insistió Max, apartándose un poco para que el camarero pudiese dejarle el plato delante.

—Sé que no quiero que Hanna folle con nadie más —mascullé.

—Bueno... —empezó a decir Bennett con cara de intriga—, ¿y si te dijera que la otra noche vi a Kitty enrollándose con otro tío? —Sentí una enorme oleada de alivio.

—¿De verdad? —Negó con la cabeza.

—No, pero, desde luego, tu reacción es más que elocuente. Soluciona las cosas con Hanna. Deja las cosas claras con Kitty. —Cogió el tenedor y añadió—: Y ahora, cállate de una puta vez para que podamos comer a gusto.

A la mañana siguiente, me levanté a las cinco y esperé debajo del edificio de Hanna. Sabía que ahora que se había acostumbrado a salir a correr, saldría

todos los días. Tenía que arreglar las cosas con ella..., solo que no estaba seguro de cómo hacerlo todavía.

Se paró en seco al verme y abrió los ojos con expresión de sorpresa antes de colocarse una máscara de serenidad e indiferencia.

—Ah, hola, Will.

—Buenos días.

Eché a andar y pasó a mi lado, dejándome atrás, con la mirada fija hacia delante. Me rozó el hombro con el suyo al pasar, y supe por la forma en que se estremeció que había sido sin querer.

—Espera —dije, y se paró, pero no se volvió—. Hanna.

Lanzó un suspiro.

—Y hoy vuelvo a ser Hanna otra vez.

Me acerqué hasta donde se había parado, la miré a la cara y le apoyé las manos sobre los hombros. Percibí el leve temblor de su cuerpo. ¿Era enfado o la misma excitación que sentía yo al entrar en contacto?

—Siempre has sido Hanna. —Su mirada se ensombreció.

—Pues ayer no lo era.

—Ayer la cagué, ¿vale? Siento no haber aparecido para ir a correr y siento haberme comportado como un capullo. —Me miró con recelo.

—Un capullo integral.

—Sé que se supone que soy yo el que sabe qué hago aquí, pero admito que el sábado por la noche para mí fue distinto. —Vi que su mirada se dulcificaba y relajaba los hombros, yo seguí hablando, con voz más serena—: Fue muy intenso, ¿vale? Y ya sé que parece una locura, pero me quedé un poco desconcertado cuando vi que al día siguiente estabas tan... tan tranquila, como si tal cosa.

Le solté los hombros y di un paso atrás para darle espacio. Me miró como si acabara de salirme la cabeza de un lagarto en la frente.

—¿Y cómo se suponía que tenía que estar? ¿Rara? ¿Enfadada? ¿Enamorada? —Sacudiendo la cabeza, añadió—: No estoy segura de qué fue lo que hice mal. Creía que lo había llevado bastante bien. Creía que había actuado como tú me habrías dicho que lo hiciera si me hubiese acostado con otro y no contigo.

Se ruborizó intensamente y tuve que meterme las manos en los bolsillos

de la sudadera para no tocarla. Inspiré hondo. Era el momento en que podía decirle: «Siento algo por ti, algo que no había sentido nunca por nadie. Llevo luchando contra esos sentimientos desde el momento en que te vi, hace semanas. No sé qué significan esos sentimientos, pero quiero averiguarlo».

Pero no estaba preparado para eso. Levanté la mirada al cielo. Estaba muy perdido y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Para empezar, podía estar así simplemente por el hecho de estar acostándome con alguien a cuya familia conocía de toda la vida, podía ser un ansia protectora, la necesidad de tener mucho cuidado con los sentimientos de ambos. Necesitaba más tiempo para poner las cosas en orden.

—Hace mucho tiempo que conozco a tu familia —dije, mirándola a los ojos de nuevo—. No es lo mismo que tener una historia con cualquier otra persona, aunque los dos queramos que esto solo sea un simple rollo. Para mí, eres algo más que alguien con quien quiero mantener encuentros sexuales y... —Me recorrí la cara con la mano—. Solo intento ir con cuidado, ¿de acuerdo?

Me dieron ganas de pegarme una patada en el culo. Me estaba acojonando. Todo lo que había dicho era verdad, pero era una verdad a medias bastante endeble. No era solo que la conociese desde hacía tantos años: era el hecho de querer seguir conociéndola, así, íntimamente, durante muchos años más.

Cerró los ojos un momento y cuando los abrió, estaba mirando a un lado, a un punto indefinido, a lo lejos.

—Vale —murmuró.

—¿Vale? —Al final, levantó la vista, me miró y sonrió.

—Sí.

Ladeó la cabeza para indicarme que nos pusiéramos en marcha, se volvió y enseguida nuestros pies empezaron a golpetear el pavimento de la acera a un ritmo pausado y regular, pero yo no tenía ni idea de a qué conclusión acabábamos de llegar.

Hacía un día precioso, por primera vez en muchos meses, y a pesar de que probablemente estábamos aún por debajo de los cinco grados, el ambiente era primaveral. El cielo estaba despejado, sin rastro de nubes amenazadoras, solo luz, sol y aire fresco. A tres manzanas de su casa empecé

a tener demasiado calor y reduje un poco el ritmo para quitarme el polar de manga larga y anudármelo alrededor de los pantalones de deporte.

Oí el ruido de un golpe contra la acera y antes de darme cuenta de qué ocurría, vi a Hanna en el suelo y sin resuello, como si acabara de perder todo el aire de los pulmones.

—Madre mía, ¿estás bien? —le pregunté, arrodillándome a su lado y ayudándola a incorporarse.

Aún tardó unos segundos en recobrar la respiración, y cuando lo hizo, fue con ansia y desesperación. Era la sensación más horrible del mundo, la de quedarte sin aire en los pulmones.

Había tropezado con una grieta en la acera y aterrizado en el suelo con gran estruendo, y en ese momento apretaba los brazos contra las costillas. Tenía los pantalones rotos a la altura de la rodilla y se sujetaba un tobillo.

—Ay... —aullaba de dolor, meciéndose.

—Mierda —mascullé, agachándome para pasarle la mano por detrás de las rodillas y la cintura y levantarla del suelo—. Vamos a tu casa a ponerte hielo.

—Estoy bien —acertó a decir, forcejeando para que no la levantara en brazos.

—Hanna. —Tratando de darme manotazos, suplicó:

—No me cojas en brazos, Will, te los vas a romper. —Me eché a reír.

—No creo. No pesas nada, y solo son tres manzanas.

Al final cedió y me envolvió los brazos alrededor del cuello.

—¿Qué te ha pasado?

Hanna no me contestó, y cuando incliné la cabeza para mirarla a los ojos, se puso a reír.

—Que te has quitado la sudadera.

—Llevaba otra camiseta debajo, boba —murmuré, confuso.

—No, quiero decir que te he visto los tatuajes. —Se encogió de hombros—. Solo te los había visto en otras dos ocasiones, pero el sábado pasado los vi mucho rato, y eso me ha hecho pensar..., me los he quedado mirando y...

—¿Y te has caído?! —exclamé, riéndome a pesar de que sabía que no debía hacerlo.

Hanna lanzó un gemido de protesta.

—Sí —murmuró—. Y no digas nada.

—Bueno, puedes mirármelos si quieres mientras te llevo en brazos —le dije—. Y no te cortes y dame mordiscos en el lóbulo de la oreja, si quieres mientras —susurré, sonriendo—. Ya sabes que me gustan tus dientes.

Soltó una carcajada, pero la risa no duró mucho, y en cuanto me di cuenta de lo que acababa de decir, la tensión se materializó en un espeso silencio entre los dos. Seguí avanzando por la acera en dirección a su edificio, y con cada paso que daba, aquella tensión monumental seguía creciendo. Eran las palabras tácitas, la forma tan despreocupada en que había aludido a lo que ella sabía que me gustaba en la cama, la realidad del lugar adonde nos dirigíamos: su apartamento, donde nos habíamos pasado toda la noche del sábado follando.

Estuve hurgando en mi cerebro para tratar de decir algo, pero las únicas palabras que cabeceaban en la superficie eran palabras sobre nosotros, o sobre esa noche, o sobre ella, y mi jodido cerebro hecho un lío. La dejé en el suelo cuando llegamos al ascensor y tuve que pulsar el botón de subida. El aparato anunció su llegada con un tintineo y ayudé a Hanna a entrar a la pata coja.

Se cerraron las puertas, pulsé el botón de la planta veintitrés y la cabina dio una sacudida con el impulso inicial. Hanna se situó en la misma esquina que había ocupado la última vez que habíamos estado allí juntos.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

Asintió, y todo lo que habíamos dicho allí dentro hacía dos noches inundó el espacio del ascensor como si fuera humo ascendiendo del suelo. «Quiero que me comas. Que lo hagas hasta que me corra».

—¿Puedes mover el tobillo? —pregunté de sopetón, sintiendo una opresión insoportable en el pecho de puras ganas de acercarme a ella y besarla.

Volvió a asentir, sin apartar los ojos de los míos.

—Me duele, pero creo que no me he hecho nada.

—Aun así —dije—, deberíamos ponerte hielo.

—Vale.

El engranaje del ascensor emitió un crujido y alguna pieza encajó en su lugar con un sonoro estruendo. «Quiero que te recuestes sobre mí en el sofá

mientras te haces una paja y que te corras en mis pechos».

Me humedecí los labios, dejando que mis ojos se posaran sobre su boca, mientras mi cabeza se recreaba en el recuerdo del placer que me daba besarla. El eco de sus palabras resonaba con tanta fuerza en mi cerebro que era como si las hubiese dicho en voz alta: «Quiero sexo en todos los rincones de mi cuerpo. Que quieras que te muerda y que veas lo mucho que me gusta morderte».

Di un paso para acercarme a ella, preguntándome si se acordaría de haber dicho: «Que estemos en plena faena y yo esté haciendo todo lo que tú quieras y que no solo me guste a mí, que tú también disfrutes». Y si se acordaba, me pregunté si vería en mis ojos que había disfrutado, lo mucho que había disfrutado; tanto que me daban ganas de arrodillarme a sus pies en ese preciso instante.

Llegamos a su planta y esta vez accedí cuando insistió en recorrer el pasillo cojeando, pues necesitaba romper la tensión de algún modo. Una vez dentro del apartamento, saqué una bolsa de guisantes congelados del congelador, la conduje al baño y la hice sentarse en la tapa del retrete mientras yo rebuscaba en su armario para encontrar algún antiinflamatorio o alguna clase de antiséptico. Me contenté con un poco de agua oxigenada.

Solo llevaba un agujero en una de las rodillas del pantalón, pero la otra también estaba llena de rozaduras, por lo que supuse que debía de tener las dos bastante magulladas. Le subí las dos perneras del pantalón, ignorando sus intentos de impedírmelo y apartarme las manos cuando vi que no se había depilado las piernas.

—No sabía que ibas a tocarme las piernas hoy —dijo, riéndose a medias.

—Anda, basta ya.

Cuando le limpié los arañazos con una bola húmeda de algodón, sentí un gran alivio al ver que solo eran superficiales. Estaban sangrando, pero no era nada que no pudiese curarse en un par de días y sin necesidad de dar puntos. Al final bajó la vista y estiró una pierna mientras yo le limpiaba la otra.

—Parece como si hubiese estado andando de rodillas. Menuda pinta tengo...

Cogí un par de bolas limpias de algodón y le empapé los cortes con agua oxigenada, tratando en vano de sofocar una sonrisa. Se inclinó para verme

mejor la cara.

—Eres un perverso, por sonreír así al verme las rodillas todas llenas de magulladuras.

—¡Eres tú la perversa! Por saber por qué sonrío...

—¿Te gusta la idea de ponerme a andar de rodillas y llenármelas de magulladuras? —preguntó, con una sonrisa cada vez más amplia ella también.

—Lo siento —dije, moviendo la cabeza con una falta de sinceridad absoluta—, pero la verdad es que sí.

Su sonrisa se fue diluyendo lentamente mientras me recorría la barbilla con el dedo, examinando la pequeña cicatriz que tenía allí.

—¿Cómo te hiciste eso?

—Fue en la universidad. Una chica me estaba haciendo una mamada cuando no sé que le entró y me mordió la polla. Me golpeé la cara contra el cabecero de la cama.

Abrió los ojos con expresión horrorizada: su peor pesadilla con el sexo oral hecha realidad.

—¿De verdad?

Estallé en carcajadas, incapaz de seguir adelante con la historia.

—No, no es verdad. Me di un golpe con un stick de lacrosse cuando tenía dieciséis años.

Cerró los ojos, haciendo como que no le hacía gracia, pero la vi disimular una sonrisa. Al final me miró de nuevo.

—¿Will?

—¿Mmm...?

Tiré la última bola de algodón y cerré el tapón del bote de agua oxigenada mientras le soplabla con delicadeza encima de los cortes. Cuando los hube limpiado todos, pensé que ni siquiera iba a necesitar tiritas.

—He oído eso que has dicho de que quieres ir con cuidado con nuestra historia. Y siento que el otro día pensaras que me lo había tomado como si no pasara nada, como si tal cosa.

Le dediqué una sonrisa, acariciándole distraídamente la pantorrilla con la mano, antes de darme cuenta de la familiaridad que implicaba ese gesto.

Se mordió el labio inferior un momento antes de susurrar:

—He estado pensando en lo que pasó el sábado por la noche casi constantemente desde entonces.

Fuera, en la calle, sonó un claxon, los coches pasaban a toda velocidad por la Ciento uno y la gente corría para ir al trabajo, pero en el apartamento de Hanna, reinaba un silencio absoluto.

Ella y yo nos mirábamos fijamente el uno al otro. Sus ojos fueron agrandándose cada vez más, impregnados de ansiedad, y me di cuenta de que cuanto más tardaba en contestarle, más abochornada se sentía ella.

Yo ni siquiera conseguía hacer pasar el aire por el nudo que me atenazaba la garganta, hasta que al final, acerté a decir:

—Yo también.

—Nunca creí que el sexo pudiese ser así.

Vacilé un momento, preocupado porque no me creyera cuando le dije:

—Ni yo tampoco.

Levantó una mano y la dejó suspendida en el aire, a su lado, antes de alargarla. Deslizó los dedos entre mi pelo y repitió el mismo movimiento con el cuerpo, con los ojos completamente abiertos mientras me cubría la boca con la suya.

Lancé un gemido mientras el corazón me palpitaba con fuerza contra el esternón y la piel se me encendía al tiempo que crecía mi erección; cada rincón de mi cuerpo tenso y rígido.

—¿Bien? —preguntó, retirándose un momento, con la mirada ansiosa.

La deseaba tan ardorosamente que temía no poder controlarme y obrar con delicadeza.

—Joder, mejor que bien... Tenía miedo de no poder tenerte otra vez.

Se puso de pie con las piernas trémulas y tiró del borde de su camiseta hacia arriba para quitársela por la cabeza. La piel le brillaba con una tenue capa de sudor y tenía el pelo alborotado, pero yo solo quería enterrarme en ella y dejar que se entregara a mí durante horas.

—Llegarás tarde al trabajo —le susurré, mirándola mientras se quitaba el sujetador de deporte.

—Y tú también.

—Me da igual.

Se quitó los pantalones y, meneando el culo con un rápido movimiento,

se dio media vuelta y se fue dando saltitos al dormitorio.

Yo me desnudé mientras caminaba, quitándome la camiseta y luego los pantalones, y dejándolo todo desperdigado por el suelo en el pasillo. Encontré a Hanna en su cama, tumbada encima del edredón.

—¿Necesitas más primeros auxilios? —pregunté, sonriendo mientras me encaramaba encima de ella, dejándole un reguero de besos desde el vientre hasta sus pechos—. ¿Te duele algo más?

—Adivina —dijo, con un suspiro.

Sin tener que preguntar, estiré el brazo y abrí el cajón donde guardaba los condones. Sin mediar palabra, arranqué uno del paquete y se lo di. Ya tenía la mano extendida con aire expectante.

—Mierda. Deberíamos jugar un poco primero —le dije, enterrando la boca en su cuello mientras percibía el tacto de su mano desenrollando el condón sobre mi pene erecto.

—Llevamos jugando en mi imaginación desde el domingo por la mañana —susurró—. Me parece que no necesito más calentamiento.

Tenía razón. Cuando me situó encima de ella y buscó luego mis caderas, atrayéndome hacia dentro con un único movimiento pausado y firme, ya estaba húmeda y lista, y rápidamente me empujó las nalgas para que acelerara y la bombeara con más fuerza.

—Me gusta cuando estás hambrienta, como ahora —murmuré en su piel—. Es como si nunca fuera a tener bastante. Así, aplastándote contra mí, debajo de mí.

—Will... —Empujó la pelvis hacia arriba, hundiéndome dentro de ella y deslizando las manos sobre mis hombros.

Oía el crujido de las sábanas que acompañaba a nuestros movimientos, los sonidos húmedos de nuestros cuerpos acoplándose... y absolutamente nada más. El resto del mundo parecía haber desaparecido, parecía haber enmudecido de repente.

Ella también estaba callada, mirando fascinada, con la vista fija abajo, donde yo entraba y salía de su cuerpo. Deslicé una mano entre los dos, jugué con su cuerpo, extasiado al ver cómo arqueaba la espalda en la cama, con las manos encima de la cabeza, tratando de sujetarse al cabecero. Joder...

Estiré la mano que tenía libre hacia arriba, la sujeté de las muñecas y dejé

que todo mi ser se disolviera en ella, ausente y encendido, el ritmo de nuestros cuerpos trabajando al unísono, estremecidos y húmedos de sudor. Le succioné y le mordisqueé los pechos, aplastándole las muñecas y sintiendo la inminencia de mi orgasmo, que con su familiaridad habitual se apoderaba de mis caderas, de la parte baja de mi espalda. Me estremecí encima de ella, dándole cada vez más fuerte y más duro, deleitándome con el ruido de mis caderas al entrechocar con sus muslos.

—Oh, joder, Ciruela...

Abrió los ojos, enardecidos de placer y de salvaje excitación al comprender que estaba al borde del éxtasis.

—Casi —susurró—. Estoy a punto.

Le acaricié el clítoris más rápidamente, friccionando con las yemas de los dedos planos, y sus jadeos roncós se hicieron cada vez más tensos y más agudos, al tiempo que el revelador rubor de su piel se le extendía por todo el cuello. Forcejeó, tratando de liberar sus muñecas de mis puños en actitud de completo abandono, y entonces se corrió con un grito ensordecedor, contoneando las caderas en espasmos salvajes, con pequeñas contracciones que no daban tregua a mi miembro, dentro de ella.

Aguanté aún una milésima de segundo más, con movimientos rápidos e implacables hasta que su cuerpo quedó inerte y abandonado, y entonces llegué yo también, con la voz ronca y quebrada.

—Me corro...

Salí de ella en ese momento, me arranqué el condón y lo tiré antes de cogerme la polla y apretármela mientras seguía acariciándomela.

Hanna tenía los ojos en llamas de pura expectación y se recostó sobre los codos, con la mirada fija en el punto donde mi mano bombeaba mi sexo, entre los dos. Su atención, tan intensa, y lo mucho que disfrutaba observando... me abrumaba.

Una ola abrasadora me recorrió las piernas y la espina dorsal, y mi espalda se arqueó en una contracción animal. Mi orgasmo reverberó por todo mi cuerpo con una intensidad sobrecogedora y me arrancó un intenso gemido de la garganta mientras me corría. Por mi cerebro desfilaban imágenes de Hanna, con los muslos abiertos bajo mi cuerpo, la piel resbaladiza, los ojos abiertos y diciéndome sin palabras lo mucho que disfrutaba. Lo mucho que la

hacía disfrutar.

Una oleada palpitante de calor abrasador... y todo mi cuerpo se abandonó por completo. Mi mano se apaciguó y abrí los ojos, mareado y sin resuello. Ella tenía los ojos en llamas, de un gris oscuro y fascinados mientras se recorría el vientre con los dedos y examinaba embobada mi orgasmo sobre su piel.

—Will. —Pronunció mi nombre como una especie de ronroneo.

No habíamos terminado aún, imposible. Apoyé una mano en la almohada junto a su cabeza, mirándola.

—¿Te ha gustado?

Asintió, con el labio inferior atrapado maliciosamente entre sus dientes.

—Demuéstramelo. Mastúrbate para mí.

Al principio pareció vacilar, pero su inseguridad se transformó en decisión. La observé mientras se recorría el torso con la mano, rozando durante un momento mi polla, aún erecta, tocándome primero a mí y luego a ella. Deslizó dos dedos por encima de su clítoris, arqueándose al percibir el contacto.

Planeé con mi mano por su costado y encima de su pecho, y me agaché para besarle el pezón firme antes de decirle que siguiera tocándose hasta correrse.

—Ayúdame —dijo, con los ojos entornados.

—Yo no estoy contigo cuando haces esto sola. Enséñame lo que haces. A lo mejor a mí también me gusta mirar.

—Quiero que mires mientras me ayudas.

Aún tenía la piel ardiendo tras la fricción de nuestros sexos, la carne suave, y estaba completamente húmeda, chorreando. Con mis dedos dentro y los suyos fuera, nos acompasamos a un mismo ritmo, ella se acariciaba mientras yo bombeaba, y fue el espectáculo más increíblemente alucinante del mundo, verla desinhibida por completo y salvaje, alternando entre bajar la vista a donde yo me había corrido sobre ella y al punto entre los dos donde yo estaba volviendo a empalmarme.

No tardó mucho en estar al borde del abismo y enseguida empezó a empujarse contra mi mano, con las piernas rígidas a los lados, extendidas, y los labios cada vez más separados a medida que incrementaba la tensión, y

entonces estalló con un grito.

Estaba muy hermosa cuando se corría, con la piel reluciente y los pezones tiesos; no pude evitar saborear su piel, mordisquearle la parte inferior del pecho y reducir el movimiento con la mano mientras ella se apaciguaba. Se fijó de repente en el aspecto que teníamos: ambos empapados en sudor, y sobre su vientre, mi orgasmo.

—Me parece que necesitamos una ducha. —Me eché a reír.

—Sí, creo que tienes razón.

Pero no nos duchamos. Teníamos intención de levantarnos, pero entonces yo le besaba el hombro, o ella me mordía el mío, y todas las veces nos desplomábamos de nuevo sobre el colchón, hasta que al final se nos hicieron las once de la mañana, cuando hacía rato que los dos habíamos descartado ya por completo la idea de ir a trabajar.

Cuando los besos fueron aumentando de intensidad de nuevo y yo volví a poseerla tumbada de espaldas sobre la orilla de la cama, cuando me hube desplomado sobre ella, se volvió a medias, me miró y se puso a toquetearme el pelo sudoroso.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

Hizo amago de levantarse, pero yo se lo impedí empujándola hacia la cama de nuevo, besándole el estómago.

—No lo bastante hambriento para levantarme todavía. —Me fijé en un bolígrafo que tenía en la mesita de noche y lo cogí sin pensar, murmurando —: No te muevas. —Le quité el capuchón con los dientes y apreté la punta del bolígrafo sobre su piel.

Había dejado entreabierta la ventana que había junto a la cama, y escuchamos los ruidos de la ciudad mientras yo dibujaba mis garabatos sobre la porción de piel suave de su cadera. No me preguntó qué estaba haciendo, ni siquiera parecía importarle en realidad. Deslizó las manos por mi pelo y me acarició luego los hombros y la barbilla. Recorrió muy despacio el trazo de mis labios, las cejas y el puente de la nariz, palpándome como lo haría si hubiese sido ciega, tratando de memorizar todos los detalles.

Cuando terminé, me recosté hacia atrás, admirando mi obra de arte. Había escrito un fragmento de mi cita favorita en letra diminuta, desde el hueso de la cadera hasta la zona púbica desnuda.

«Todo lo raro y singular, para los raros y singulares».

Me encantaba la imagen de la tinta negra sobre su piel, y aún más verla en mi propia letra.

—Quiero tatuarte eso en la piel.

—Nietzsche —susurró—. En general, es una buena cita, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —repetí, acariciando con el pulgar la piel sin marca de debajo, pensando en todas las cosas que podría añadir ahí.

—Era un poco misógino, pero tiene algunos aforismos que no están del todo mal.

«Joder, con el cerebro de esta mujer...»

—¿Como por ejemplo? —pregunté, al tiempo que soplabla sobre la tinta casi seca.

—*«Muchas veces la sensualidad se adelanta a la maduración del amor, de manera que la raíz queda poco profunda y es fácil de arrancar»* —citó.

Vaya, vaya... Levanté la vista a tiempo de ver cómo sus dientes soltaban sus labios y sus ojos emitían un brillo divertido. Aquello era interesante.

—¿Y qué más?

Me acarició con el dedo la cicatriz de la barbilla y escudriñó mi rostro detenidamente.

—*«No es oro todo lo que reluce. Un brillo tenue caracteriza al metal más precioso».*

Sentí que se me desdibujaba la sonrisa.

—*«Al final, el ser humano ama el deseo y no al objeto de su deseo».*

Ladeó la cabeza, pasándome la mano por el pelo.

—¿Crees que eso es verdad?

Tragué saliva, sintiéndome atrapado. Estaba demasiado confuso en mi propia maraña de pensamientos para saber si estaba escogiendo citas significativas sobre mi pasado o simplemente estaba poniéndose filosófica.

—Creo que a veces es verdad.

—Pero lo de todo lo raro y singular, para los raros y singulares... —dijo en voz baja, mirándose la cadera—. Me gusta.

—Bien. —Me incliné para nivelar una letra y oscurecer otra, tarareando una canción.

—Has estado cantando esa canción todo el rato, mientras escribías —susurró.

—¿De verdad? —No me había dado cuenta siquiera de estar haciendo ruido. Canturreé un poco más, tratando de recordar qué era lo que estaba cantando: «*She Talks to Angels*»—. Mmm..., un clásico antiguo pero muy bueno —dije, soplándole sobre el ombligo para secar la tinta.

—Recuerdo haber oído a tu grupo tocándola.

Levanté la vista para mirarla, sin saber a qué se refería.

—¿A mi grupo? ¿En un disco? Me parece que ni siquiera tengo esa canción.

—No —contestó en un susurro—. En directo. Había ido a visitar a Jensen a Baltimore el fin de semana que tu grupo la tocó. Me dijo que vosotros siempre tocabais una canción distinta en cada actuación para no tener que volver a tocarla nunca más. Estuve allí cuando tocasteis esa.

Sus ojos ocultaban algo más cuando dijo aquello.

—Ni siquiera sabía que estabas allí.

—Nos saludamos antes del concierto. Tú estabas en el escenario, ajustando el amplificador. —Sonrió, humedeciéndose los labios—. Yo tenía diecisiete años, y fue justo después de que estuvieras trabajando con papá, en las vacaciones de otoño.

—Ah —dije, preguntándome qué habría pensado la Hanna de diecisiete años de aquel concierto.

Yo todavía lo recordaba, aun después de tanto tiempo. Habíamos tocado como fieras esa noche, y el público había estado increíble. Seguramente había sido uno de nuestros mejores conciertos.

—Tú tocabas el bajo —dijo, dibujando pequeños círculos con los dedos en mis hombros—, pero cantaste esa canción. Jensen me dijo que normalmente no cantabas casi nunca.

—No, es verdad —convine—. No se me daba muy bien cantar, pero con esa no me importaba. Era más emoción que otra cosa.

—Te vi coqueteando con una chica gótica que estaba delante. Tuvo su gracia que sintiera celos cuando nunca en toda mi vida me había puesto

celosa por nada. Me parece que fue porque, como vivías en nuestra casa, sentía casi como si nos pertenecieras. —Me sonrió—. Dios, esa noche habría matado por ser ella.

Observé su cara mientras rememoraba el recuerdo, esperando a oír cómo acabó aquella noche para ella. Y para mí. No recordaba haber visto a Hanna cuando vivía en Baltimore, pero hubo un millón de noches como aquella, en un bar con el grupo, una chica gótica, o pija, o hippy en la fila de delante, y luego, más tarde, conforme avanzaba la noche, encima o debajo de mí. Se humedeció los labios.

—Le pregunté a Jensen si luego quedaríamos contigo y él se puso a reír.

Seguí tarareando la canción, sacudiendo la cabeza con aire divertido y recorriéndole el muslo con la mano.

—No me acuerdo de lo que pasó después del concierto.

Me di cuenta demasiado tarde de lo mal que sonaba eso, pero la realidad era que si quería estar con Hanna, tarde o temprano acabaría sabiendo la verdad de lo desenfrenada que había sido mi vida sexual.

—¿Era esa la clase de chicas que te gustaban? ¿«Se pinta los ojos de negro como la noche más negra»?

Lancé un suspiro y me encaramé encima de ella para situarme cara a cara.

—Me gustaban las chicas de todas clases. Creo que eso ya lo sabes.

Traté de poner énfasis en el tiempo pasado, pero me di cuenta de que no había conseguido mi propósito cuando oí lo que me susurraba.

—Estás hecho un seductor irresistible. Todo un donjuán.

Lo dijo con una sonrisa en los labios, pero a mí no me gustó nada. No me gustó nada oír el deje de su voz y saber que así era exactamente como me veía ella: capaz de follarme a cualquier cosa que se me pusiera por delante, y ahora a ella, en aquella maraña de brazos y piernas, labios y placer.

«Al final, el ser humano ama el deseo y no al objeto de deseo», pensé. Y no tenía defensa posible; había sido verdad durante mucho, muchísimo tiempo. Rodando en mis brazos, me rodeó el pene semierecto con la mano y empezó a acariciarlo, ejerciendo una leve presión.

—¿Y cuál es tu tipo ahora?

Estaba dándome una salida. Ella tampoco quería que fuese verdad. Me incliné y le besé la barbilla.

—Mi tipo se parece más a una diosa del sexo de ascendencia escandinava y que responde al nombre de Ciruela.

—¿Por qué te ha molestado cuando te he dicho que eres un donjuán?

Lancé un gemido y me aparté de sus manos.

—Te lo pregunto en serio.

Me tapé los ojos con el brazo, tratando de poner en orden mis pensamientos.

—¿Y si ya no soy ese hombre? —dije al fin—. ¿Y si han pasado doce años desde que era ese hombre? Soy muy sincero con mis conquistas sobre lo que quiero. No juego con ellas ni voy de donjuán por la vida.

Se echó un poco hacia atrás y me miró con una sonrisa divertida.

—Eso no te convierte en un ser sensible y profundo, Will. Nadie dice que porque seas un seductor tengas que ser un gilipollas. —Me restregué la cara.

—Creo que esas palabras, «donjuán» o «seductor», tienen unas connotaciones que no encajan conmigo. Siento que me esfuerzo mucho por portarme correctamente con las mujeres con las que estoy, por hablar sobre lo que hacemos juntos.

—Bueno —dijo—, pues conmigo no has hablado de qué es lo que quieres.

Vacilé, con el corazón latiéndome desbocado. No lo había hecho, y era porque con ella era completamente distinto de las otras veces que había estado con una mujer. Estar con Hanna no implicaba únicamente un intenso placer físico, también hacía que me sintiera relajado, entusiasmado y... comprendido. No había querido hablar de aquello porque no quería que ninguno de los dos tuviese la posibilidad de ponerle límites. Respiré profundamente y murmuré:

—Eso es porque contigo no estoy del todo seguro de que quiera sexo.

Se apartó de golpe y se incorporó muy despacio. Las sábanas se deslizaron de su cuerpo y buscó la camisa a los pies de la cama.

—Ah. Bueno..., esto es un poco incómodo, la verdad.

No, mierda. No me había expresado bien.

—No, no —dije, incorporándome yo también y besándole el hombro. Le arrebaté la camisa de las manos y la arrojé al suelo. Le lamí la espalda con la lengua y le rodeé la cintura con la mano y la deslicé hacia arriba, apoyando la

palma sobre su corazón—. Estoy tratando de encontrar la manera de decir que quiero algo más que sexo. Siento algo por ti que va más allá de lo puramente sexual.

Se quedó inmóvil, paralizada por completo.

—No es verdad.

—¿No es verdad? —Me quedé mirando su espalda rígida, con el pulso acelerado de rabia más que de angustia—. ¿Qué quieres decir con eso?

Se levantó y se envolvió en la sábana. Se me heló la sangre en las venas, paralizándome cada rincón del cuerpo. Me incorporé, observándola perplejo.

—¿Es que te...? ¿Qué haces?

—Lo siento, pero... tengo que resolver unas cosas. —Se dirigió a la cómoda y sacó algo de ropa de los cajones—. Tengo que ir al trabajo.

—¿Ahora?

—Sí —dijo.

—¿Te digo que siento algo por ti y tú me echas de tu casa? —Se volvió para mirarme de frente.

—Tengo que irme ahora mismo, ¿vale?

—Sí, ya lo veo —dije, y se fue cojeando al baño.

Me sentía humillado y furioso. Y aterrorizado ante la posibilidad de que aquello fuese el final. ¿Quién habría pensado que lo fastidiaría todo con una chica por enamorarme de ella? Quería largarme de allí cuanto antes, y quería salir de la cama y sacarla a rastras del cuarto de baño. A lo mejor los dos necesitábamos recapacitar sobre unas cuantas cosas.

13

Cerré la puerta a mis espaldas y respiré hondo varias veces. Necesitaba espacio. Necesitaba un minuto para comprender qué demonios estaba pasando. Esa mañana creía haber sido solo una más de las numerosas conquistas de Will, ¿y ahora decía que quería más? «¿Qué coño había pasado?»

¿Por qué complicaba las cosas? Uno de los aspectos que más me gustaban de Will era que la gente siempre sabía a qué atenerse con él. Ya fuese bueno o malo, siempre sabías lo que pasaba. Nunca había complicación alguna en la relación con Will: solo sexo, sin más. Fin de la historia. Todo resultaba más fácil cuando yo no tenía la opción de considerar otras posibilidades.

Había sido el chico malo, el tío bueno con el que mi hermana se morreaba en un cobertizo del jardín trasero. Había sido el objeto de mis primeras fantasías. Y no es que me hubiese pasado la juventud echándolo de menos, más bien al contrario, porque, de algún modo, saber que podía desearlo pero que en la realidad no tendría ninguna oportunidad lo hacía todo más fácil.

Sin embargo, ahora, poder tocarlo y que me tocase, oírlo decir que quería más cuando en modo alguno podía decirlo en serio... complicaba las cosas.

Will Sumner no conocía el significado de «más». ¿Acaso no había reconocido que no había tenido ni una sola relación monógama a largo plazo? ¿Que nunca había encontrado a nadie que mantuviese su interés el tiempo suficiente? ¿No recibió un mensaje de una de sus «no novias» nada menos que la mañana después de que nos acostásemos por primera vez? No, gracias.

Y es que, por más que me encantase estar con Will y por muy divertido

que fuese fingir que podía aprender de él, yo nunca sería una seductora. Si le permitía ir más allá de mis bragas, si lo dejaba meterse en mi corazón y me enamoraba de él, me hundiría.

Decidí que realmente tenía que irme a trabajar y abrí el grifo de la ducha. Observé el vapor que llenaba el baño. Me situé bajo el chorro de agua caliente, solté un gemido y dejé que mi barbilla bajase hacia mi pecho, deseando que el ruido del agua ahogara los de mi cabeza. Abrí los ojos y me miré el cuerpo, la tinta negra corrida sobre mi piel.

«Todo lo que es raro para los raros».

Las palabras que con tanto cuidado había escrito sobre mi cadera se mezclaban ahora unas con otras. Había marcas en los puntos en que la tinta se le había quedado a Will en las manos, y una alternancia de cardenales y leves caricias había dejado un reguero de huellas emborronadas entre mis pechos, sobre mis costillas y más abajo.

Por un momento me permití admirar la suave curva de su letra, recordando la expresión decidida de su rostro mientras trabajaba. Tenía el ceño fruncido y el pelo caído hacia delante, cubriéndole un ojo. Me sorprendió que no se lo apartase, un hábito que me resultaba cada vez más atrayente, pero estaba tan concentrado, tan inmerso en lo que estaba haciendo, que lo ignoró y continuó escribiendo las palabras sobre mi piel con gesto meticuloso. Y luego lo había estropeado perdiendo los papeles.

Y a mí me había entrado la neura.

Cogí la esponja y puse una generosa cantidad de gel de baño. Empecé a frotar las marcas, la mitad de las cuales había desaparecido ya por el calor y la presión del chorro de agua. El resto se disolvió en una porquería espumosa que se deslizó por mi cuerpo y cayó por el desagüe.

Con la tinta y las últimas huellas de Will eliminadas de mi piel y el agua enfriándose, salí de la ducha y me vestí deprisa, tiritando de frío.

Abrí la puerta y lo encontré caminando de un lado a otro, vestido con su ropa de running y con un casquete en la cabeza. Me pareció que no sabía si marcharse o no. Se quitó el gorro de un manotazo y se volvió hacia mí.

—Menuda gilipollez —murmuró.

—¿Cómo dices? —pregunté, enfureciéndome otra vez.

—No eres tú quien tiene derecho a enfadarse —dijo.

Me quedé boquiabierta.

—Yo..., tú..., ¿qué?

—Te has marchado —me espetó.

—A la habitación contigua —aclaré.

—Seguía jodido, Hanna.

—¡Necesitaba espacio, Will! —exclamé y, como para confirmar mis palabras, salí del dormitorio y eché a andar por el pasillo. Él me siguió.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo—. Regla importante: no te pongas hecha una furia y te alejes de alguien en tu propia casa. ¿Sabes lo difícil que me lo has puesto?

Me detuve en la cocina.

—¿Cómo te atreves? ¿Tienes idea de la bomba que me has lanzado? ¡Tenía que pensar!

—¿No podías pensar aquí?

—Estabas desnudo. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—¡No puedo pensar cuando estás desnudo! Es demasiado. —Señalé su cuerpo con un gesto, pero enseguida decidí que no era muy buena idea—. Es que... me ha entrado el pánico, ¿vale?

—¿Y cómo crees que me he sentido yo?

Me fulminó con la mirada, apretando los músculos de la mandíbula. Al ver que yo no contestaba, negó con la cabeza y bajó la vista, metiéndose las manos en los bolsillos. No fue buena idea. Se le deslizó hacia abajo la cintura de los pantalones de chándal y se le levantó la camiseta. Desde luego, verle esa pequeña franja de estómago tonificado y el hueso de la cadera no me ayudaba. Me obligué a reanudar la conversación.

—Acabas de decirme que no sabías lo que querías, y luego has dicho que tenías sentimientos que iban más allá de lo sexual. Tengo que serte sincera: no me parece que entiendas muy bien nada de lo que está pasando aquí. La primera vez que nos acostamos pasaste de mí, ¿y ahora vas y me dices que quieres más?

—¡Oye! —vociferó—. No pasé de ti. Te dije que me resultaba molesto que te lo tomaras tan a la ligera...

—Will —repliqué con voz firme—, llevo doce años oyendo las anécdotas

que me cuenta mi hermano sobre ti. Vi las consecuencias de que te enrollaras con Liv: mi hermana se quedó colgada de ti durante meses y meses, y me dirás que no tenías ni idea. Te he visto escabullirte con damas de honor o desaparecer en reuniones familiares, y no ha cambiado nada de nada. Te has pasado la mayoría de tu vida adulta actuando como un tío de diecinueve años, ¿y ahora crees que quieres más? ¡Ni siquiera sabes lo que significa eso!

—¿Y tú sí? ¿De repente lo sabes todo? ¿Por qué das por sentado que yo supe que aquello con Liv tuviese tanta trascendencia? No todo el mundo habla tan abiertamente como tú de sus sentimientos, de su sexualidad y de todo lo que se le pasa por la cabeza. Nunca he conocido a una mujer como tú.

—Pues, desde un punto de vista estadístico, eso es mucho decir.

No sé cómo se me ocurrió aquello, y tan pronto como las palabras salieron de mi boca supe que había ido demasiado lejos. De pronto, las ganas de pelea parecieron abandonarlo. Vi que dejaba caer los hombros y que el aire abandonaba sus pulmones. Se quedó mirándome, y sus ojos perdieron la pasión hasta quedar simplemente... apagados.

Luego se marchó.

Caminé tantas veces por la vieja alfombra del comedor que me pregunté si estaría cavando un surco en ella. Estaba hecha un lío y el corazón no paraba de aporrear el pecho. No tenía ni idea de lo que acababa de suceder, pero notaba la piel y los músculos rígidos y tensos. Temía haber perdido a mi mejor amigo y el mejor sexo de toda mi vida.

Necesitaba algo familiar. Necesitaba a mi familia. El teléfono sonó cuatro veces antes de que lo cogiese Liv.

—¡Ziggy! —exclamó mi hermana—. ¿Cómo está mi rata de laboratorio?

Cerré los ojos, apoyándome en la puerta que se hallaba entre el comedor y la cocina.

—Bien, bien. ¿Cómo está la fábrica de bebés? —pregunté. Y añadí enseguida—: Y, desde luego, no estaba hablando de tu vagina.

Al otro lado de la línea estalló una carcajada.

—Así que aún no te ha brotado un filtro verbal. Algún día vas a volverle la cabeza del revés a algún hombre, ¿sabes?

No lo sabía ella bien.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, dirigiendo la conversación hacia aguas más seguras.

Liv estaba casada y muy embarazada del primer y muy anunciado nieto de los Bergstrom. Me extrañaba que mi madre la dejase sola más de diez minutos seguidos. Liv suspiró, y pude imaginármela sentada a la mesa de su cocina amarilla mientras su enorme labrador negro acudía a tumbarse a sus pies.

—Estoy bien —dijo—. Cansadísima, pero bien.

—¿Te trata bien el nene?

—Siempre —contestó, y pude oír la sonrisa en su voz—. Este bebé va a ser perfecto. Espera y verás.

—Por supuesto que sí —dije—. Solo tienes que mirar a su tía.

Ella se echó a reír.

—En eso estaba pensando.

—¿Ya habéis elegido el nombre?

Liv se había obstinado en no conocer el sexo de su hijo hasta el día en que naciese. Eso me hacía mucho más difícil mimar a mi nuevo sobrino o sobrina.

—Creo que hemos reducido las posibilidades.

—¿Y? —pregunté, intrigada.

La lista de nombres de género neutro que habían elaborado mi hermana y su marido era casi cómica.

—No pienso decírtelo.

—¿Cómo? ¿Por qué? —gimoteé.

—Porque siempre encuentras algo malo en todos los nombres.

—Eso es ridículo —protesté con un grito ahogado.

Aunque... tenía razón. Los nombres que mi hermana había escogido hasta el momento eran terribles. Por algún motivo, ella y su marido, Rob, habían decidido que los nombres de árboles y los tipos de aves eran de género neutro y perfectamente válidos.

—¿Qué novedades tienes? —preguntó—. ¿Cómo ha mejorado tu vida desde tu enfrentamiento épico con el jefe el mes pasado?

Me eché a reír, a sabiendas de que, por supuesto, se refería a Jensen y no

a papá, ni tampoco a Liemacki.

—Voy a correr y salgo más, es decir, hemos encontrado una especie de... solución intermedia.

A Liv no se le escapó el detalle.

—Una solución intermedia. ¿Con Jensen?

En las últimas semanas había hablado con Liv unas cuantas veces, pero había evitado comentarle mi creciente amistad, relación o lo que fuese con Will. Por razones obvias. Pero ahora necesitaba la opinión de mi hermana sobre todo aquello, y sentí que se me tensaba el estómago hasta convertirse en una inmensa bola de pavor.

—Bueno, ya sabes que Jens me sugirió que saliese más. —Hice una pausa, pasando el dedo por un dibujo en forma de voluta tallado en la alacena antigua del comedor. Cerré los ojos e hice una mueca al decir—: Sugirió que llamase a Will.

—¿A Will? —preguntó, y se produjo un instante de silencio durante el cual me pregunté si ella recordaría al mismo muchacho alto y guapo que recordaba yo—. Espera... ¿A Will Sumner?

—A ese mismo —dije.

El simple hecho de hablar de él hacía que se me retorciera el estómago.

—Vaya. No me esperaba eso.

—Yo tampoco —murmuré.

—¿Y lo hiciste?

—¿Que si hice qué? —pregunté, lamentando al instante cómo había sonado mi pregunta.

—¡Pues llamarle! —dijo entre risas.

—Sí. Y, en cierto modo, por eso te llamo hoy.

—Tus palabras no presagian nada bueno —dijo en tono de broma.

No tenía ni idea de cómo hacer aquello, así que empecé por el detalle más simple e inocuo de todos:

—Bueno, vive aquí, en Nueva York.

—Eso tenía entendido. ¿Y? Hace siglos que no lo veo. Me muero de ganas de saber cómo le ha ido.

¿Cómo está?

—Oh, está... bien —dije, intentando hablar en tono neutro—. De vez en

cuando quedamos.

Hubo una pausa en la línea, un momento en el que casi pude ver arrugarse la frente de Liv y entrecerrarse sus ojos mientras intentaba hallar el sentido oculto de mis palabras.

—¿Quedáis? —repitió.

Gruñí y me froté la cara.

—¡Oh, Dios mío, Ziggy! ¿Te estás tirando a Will?

Lancé un gruñido, y una carcajada invadió la línea. Me eché atrás y miré el teléfono que tenía en la mano.

—No tiene gracia, Liv.

—Sí, sí que la tiene —dijo exhalando.

—Fue tu... novio.

—Oh, no, no lo fue. Para nada. Creo que nos dimos el lote durante unos diez minutos.

—Pero... ¿y el código de las chicas?

—Vale, pero hay una especie de límite de tiempo, o de etapa. En nuestro caso, creo que solo nos dimos algún que otro beso de tornillo. Aunque en aquella época yo estaba completamente dispuesta a dejarle llegar hasta el final, no sé si me entiendes.

—Pero te quedaste destrozada después de aquellas Navidades.

Ella empezó a partirse de risa.

—No tanto. En primer lugar, no llegamos a enrollarnos. Solo nos metimos mano detrás de las herramientas de jardinería de mamá. Ostras, apenas me acuerdo.

—Pero si estabas tan disgustada que ni siquiera viniste a casa el verano en el que Will estuvo trabajando con papá.

—No fui a casa porque me había pasado todo el curso sin dar un palo al agua y tenía que ponerme al día durante el verano —dijo—. Y no te lo conté porque papá y mamá se habrían enterado y me habrían matado.

—Me siento muy confusa —dije mientras me pasaba una mano por la cara.

—No tienes por qué —dijo. Y añadió en tono preocupado—: Dime, ¿qué está pasando realmente entre vosotros?

—Hemos estado viéndonos mucho. Me gusta de verdad, Liv. Quiero

decir que probablemente es el mejor amigo que tengo aquí. Nos enrollamos, y al día siguiente estuvo raro. Después ha empezado a hablar de sentimientos, y me parece que me está utilizando para alguna clase de experimento sobre la expresión de las emociones, dado su historial con las chicas Bergstrom.

—Así que le has dado la patada porque cuando tenías doce años creíste que era el hombre de mis sueños y que me dejó sola y hecha polvo.

—Ese es uno de los motivos —dije con un suspiro.

—¿Y el otro?

—Es un mujeriego que no recuerda ni a una mínima parte de las mujeres con las que ha estado. Pero va y, menos de veinticuatro horas después de pasar de mí, me dice que no quiere solo sexo.

—Vale —dijo ella, reflexionando—. ¿Eso ha dicho? ¿Y tú qué quieres?

—No lo sé, Liv —contesté con un suspiro—. Pero aunque él lo haya dicho y aunque yo quisiera, ¿cómo podría confiar en él?

—No quiero que te comportes como una idiota, así que voy a explicarte algún secretillo. ¿Preparada?

—Para nada —dije.

Ella siguió de todos modos.

—Antes de que yo conociese a Rob, él era un putón verbenero. Te juro que su pene había estado en todas partes. Pero ahora es un hombre distinto. Adora el suelo que yo piso.

—Sí, pero quería casarse —dije—. No solo se acostaba contigo.

—Desde luego, cuando empezamos a salir solo pensábamos en follar. Mira, Ziggy, a una persona le pasan muchas cosas entre los diecinueve y los treinta y un años. Hay muchos cambios.

—Ya lo creo —murmuré, imaginando la voz de Will, aún más profunda, sus dedos expertos, su pecho ancho y sólido.

—No estoy hablando solo de que el cuerpo masculino se desarrolle, ¿sabes? —Hizo una pausa y añadió—: Aunque eso también. Y ahora que lo pienso, tienes que enviarme una foto de Will Sumner a los treinta y un años.

—¡Liv!

—¡Es broma! —vociferó entre risas a través del teléfono, y luego hizo una pausa—. Bueno, en realidad hablo en serio. Envíame una foto. Pero la verdad es que no me gustaría nada que dejases escapar la ocasión de estar con

él solo porque esperas que siempre actúe como un mujeriego de diecinueve años. La verdad, ¿no te parece que has cambiado mucho desde que tenías diecinueve años?

No dije nada; me limité a mordisquearme el labio y continuar pasando el dedo por los adornos de la antigua alacena de mi madre.

—Y solo han pasado cinco años desde que tenías esa edad, así que piensa en cómo se siente él. Tiene treinta y un años. Se puede adquirir mucha sensatez en doce años, Ziggs.

—Joder —dije—. No me gusta nada que tengas razón.

Ella se echó a reír.

—¿Debo suponer que tu cerebro lógico ha estado utilizando todo eso como una especie de campo de fuerza para protegerse del encanto de Sumner?

—Al parecer, no demasiado bien.

Cerré los ojos y me apoyé contra la pared.

—Oh, Dios, es increíble. Me alegro muchísimo de que hayas llamado hoy. Estoy enorme y embarazada, y en este momento me muero de aburrimiento. Lo que me cuentas es asombroso.

—¿No se te hace raro?

Se hizo un instante de silencio mientras ella consideraba mi pregunta.

—Supongo que podría hacérseme raro, pero, si quieres que te sea franca, Will y yo... Bueno, él fue el primer chico con el que tuve ganas de acostarme, pero eso es todo. Lo superé dos segundos después de que Brandon Henley se hiciera el piercing en la lengua.

Me tapé los ojos con la mano.

—¡Qué asco!

—Sí, no te hablé de eso porque no quería estropearte ni quería que me lo estropeases a mí investigando cómo afectaba el piercing a la contractilidad del músculo o algo así.

—Esta ha sido la conversación más incómoda del mundo. ¿Puedo colgar ya?

—¡No seas tonta!

—La verdad es que la he cagado —gruñí, frotándome la cara—. Liv, me he comportado como una auténtica capulla.

—Me da la impresión de que tienes que besarle el culo a alguien. ¿Le van a Will esa clase de cosas?

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¡Voy a colgar!

—Vale, vale. Mira, Zig. No veas el mundo a través de los ojos de una cría de doce años. Deja que Will se explique. Trata de recordar lo que tiene entre las piernas y que eso lo convierte en un idiota, pero en un idiota simpático. Ni siquiera tú puedes negarlo.

—Para de decir cosas lógicas.

—Imposible. Ahora ve a ponerte tus bragas de mayorcita y arregla la situación.

Me pasé todo el trayecto hasta el apartamento de Will intentando diseccionar todos mis recuerdos de aquella Navidad y reconciliarlos con lo que Liv me había dicho. Tenía doce años y estaba fascinada por Will, fascinada por la idea de Will y mi hermana juntos.

Sin embargo, después de oír la versión de Liv de los acontecimientos de aquella semana y lo que había venido después, me pregunté cuánto de aquello era real y cuánto era invención de mi dramático cerebro. Y ella tenía razón. Esos recuerdos me habían ayudado a meter a Will en un molde en forma de mujeriego y me habían hecho casi imposible imaginarlo fuera de él. ¿Quería más él? ¿Era capaz? ¿Y yo?

Solté un gruñido. Tenía que pedirle muchas disculpas. No abrió la puerta cuando llamé; no contestó ninguno de los mensajes que le envié estando allí. Así que hice lo único que se me pasó por la cabeza: mandarle mensajes con chistes verdes malos.

«*¿Cuál es la diferencia entre un pene y la nómina?*», tecleé. Al no recibir respuesta, continué. «*Una mujer siempre estará dispuesta a soplarte la nómina*».

Nada.

«*¿Qué le dice una teta a la otra?*» Y cuando no obtuve respuesta: «*Conduce tú, que estoy mamada. Madre mía, qué malo*».

Decidí probar con uno más.

«*¿Qué viene después del sesenta y nueve?*»

Había mencionado su número favorito, confiando en que eso pudiera bastar para sacarlo de su cueva. Casi se me cayó el móvil cuando la palabra «Qué» apareció en la pantalla.

«Enjuague bucal».

«Joder, Hanna. Ese ha sido malísimo. Sube hasta aquí y dejemos de hacer el ridículo».

Prácticamente fui corriendo hasta el ascensor.

Su puerta estaba abierta, y cuando entré vi que estaba preparando la cena: ollas hirviendo sobre los fogones, la encimera manchada... Llevaba una vieja camiseta Primus y unos vaqueros rotos y descoloridos. Estaba para comérselo. Cuando entré en la cocina no alzó la vista; mantuvo la cabeza gacha y los ojos clavados en el cuchillo y la tabla de cortar.

Crucé la habitación con pies inseguros, me quedé a su espalda y le apoyé la barbilla en el hombro.

—Soy una impresentable —dije.

Inspiré hondo, queriendo memorizar su olor. Porque, ¿y si había ocurrido lo peor? ¿Y si se había hartado de la tonta de Ziggy, de sus preguntas idiotas, de su torpeza en la cama y de su manía de sacar conclusiones precipitadas? Yo me habría dado una buena patada en el culo hacía siglos.

Sin embargo, me sorprendió dejando el cuchillo en la encimera y volviéndose hacia mí. Parecía desdichado, y sentí una punzada de culpa en el estómago.

—Puede que no conozcas los detalles sobre lo de Liv —dijo—, pero eso no significa que no hubiese otras. Algunas a las que ni siquiera recuerdo. — Su voz sonaba sincera, arrepentida incluso—. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso, y parece que estoy pagando las consecuencias.

—Por eso me aterró que me dijese que querías más —dije—. Porque ha habido muchas mujeres en tu pasado y me doy cuenta de que no tienes ni la más mínima idea de cuántos corazones has destrozado, ni tal vez de como evitar destrozarnos. Me gusta pensar que soy demasiado lista para ser una víctima más.

—Lo sé —dijo él—, y estoy seguro de que eso forma parte de tu encanto.

No estás aquí para cambiarme. Solo estás aquí para ser mi amiga. Haces que piense más que nunca en las decisiones que he tomado, y eso es bueno. —Vaciló—. Y reconozco que me dejé arrastrar por nuestro momento poscoital... Simplemente me dejé llevar.

—No pasa nada. —Me estiré para darle un beso en la mandíbula.

—Ser solo amigos me parece bien —dijo—. Ser amigos con derecho a roce me parece aún mejor. —Me apartó para mirarme a los ojos—. Pero creo que este es un buen lugar en el que quedarse por ahora, ¿vale?

Traté de interpretar su expresión, de entender por qué parecía considerar cuidadosamente cada palabra que pronunciaba.

—Lamento lo que dije. Me entró el pánico y te hice un comentario hiriente. Me siento como una idiota.

Alargó el brazo, metió un dedo en una de las trabillas de mi cinturón y me atrajo hacia sí. Me dejé arrastrar de buen grado hasta notar la presión de su pecho contra el mío.

—Los dos somos idiotas —dijo, y sus ojos se posaron en mi boca—. Y, para que lo sepas, me dispongo a besarte.

Asentí con la cabeza y me puse de puntillas para estar más cerca. No fue un auténtico beso, aunque no supe muy bien de qué otro modo llamarlo. Sus labios rozaron los míos, cada vez con un poquito más de presión que la vez anterior. Su lengua me lamió suavemente, tocándome apenas, antes de atraerme más hacia sí, de ahondar más. Noté que metía los dedos bajo la tela de mi camiseta y los dejaba allí, apoyados en mi cintura.

De repente mi mente se vio asaltada por ideas de cosas que quería hacerle, por la necesidad de estar muy cerca de él. Quería saborear cada centímetro de su piel. Quería memorizar cada línea y cada músculo.

—Quiero hacerte una mamada —dijo, y él retrocedió lo justo para calibrar mi expresión—. Y esta vez de verdad. O sea, hacer que llegues al orgasmo y todo.

—¿Sí?

Asentí, pasándole las puntas de los dedos por la mandíbula.

—¿Me enseñas a hacerte una mamada increíble?

—Eres la hostia, Hanna —dijo entre risas, y me dio otro beso.

Lo noté ya empalmado contra mi cadera y deslicé la mano por su cuerpo

para apoyar la palma sobre su polla.

—¿Vale? —pregunté.

Will abrió más los ojos y me miró confiado. Me cogió de la mano y me llevó hasta el sofá. Vaciló un momento antes de sentarse.

—Puede que me desmaye si sigues mirándome así.

—¿No se trata de eso? —Sin esperar a que me invitase, me puse de rodillas en el suelo, entre sus piernas—. Dime cómo quieres que lo haga.

Me miró fijamente, con expresión intensa. Me ayudó con su cinturón, me ayudó a bajarle los pantalones por las piernas y me miró mientras me inclinaba y le besaba la punta. Cuando me incorporé hizo una breve pausa y calibró mi expresión. Y luego se agarró la base de la polla.

—Lame de la base a la punta. Empieza despacio. Atórmame un poco.

Me incliné y le pasé la lengua por la parte inferior del miembro, a lo largo de la gruesa vena, hasta alcanzar la tensa corona. Goteaba un poco en el extremo y me sorprendió con su dulzor. Besé la punta, succionando para obtener más. Lanzó un gemido.

—Otra vez. Empieza por abajo. Y vuelve a chupármela un poco en el extremo.

—Sabes explicarte muy bien —susurré con una sonrisa, y le besé la polla.

Pero él parecía incapaz de devolverme la sonrisa; sus ojos azules me miraban con intensidad.

—Tú me lo has pedido —masculló—. Te estoy diciendo paso a paso lo que he imaginado un centenar de veces.

Volví a empezar. Me encantaba verlo así. Parecía un poco peligroso, y a su lado, su mano libre se había cerrado en un puño. Quería que se soltase, que enredase sus manos en mi pelo y empezase a empujar con fuerza contra mi boca.

—Ahora chúpamela.

Asintió mientras lo rodeaba con los labios y luego con la boca, utilizando la lengua para darle unos golpecitos.

—Chúpamela más. Con fuerza.

Hice lo que me pedía, cerrando los ojos un instante y tratando de no dejarme arrastrar por el miedo a atragantarme y perder el control. Al parecer, lo hacía bien.

—¡Joder, sí, justo así! —gimió cuando rodeé su miembro con mis labios —. Con mucha saliva...

Usa un poco los dientes en el tronco. Lo miré en busca de una confirmación antes de dejar que mis dientes le rozaran la piel. Lanzó un gruñido y levantó las caderas con una sacudida hasta chocar con el fondo de mi garganta.

—Eso es. Lo haces de puta madre.

Fue justo el cumplido que necesitaba para tomar el control, chupársela con más fuerza y soltarme, desatarme.

—Sí, oh... —Sus caderas se movieron con más fuerza, con más violencia. Tenía los ojos clavados en mi rostro, las manos enterradas en mi pelo tal como yo quería—. Muéstrame cuánto te gusta.

Cerré los ojos, gimiendo alrededor de su miembro. Me había puesto a chupárselo con todas mis fuerzas. Sentí que salían de mi garganta unos ruiditos, y todo lo que pude pensar fue: «Sí, más y deshazte».

Sus profundos gruñidos y su respiración entrecortada eran como una droga para mí, y noté que mi propio anhelo aumentaba a medida que su placer crecía y crecía. Encontramos un ritmo; mi boca y mi puño trabajaban complementados por los movimientos de sus caderas, y me di cuenta de que se estaba conteniendo, de que lo estaba haciendo durar.

—Con los dientes —me recordó en un siseo, y gimió aliviado cuando obedecí.

Con la punta de un dedo siguió el contorno de mis labios en torno a su miembro mientras la otra mano permanecía enredada en mi pelo, guiándome y sujetándome al tiempo que empujaba hacia arriba con cuidado. Se hinchó contra mi lengua, y su mano se cerró en mi pelo en un apretado puño.

—Me corro, Hanna. Me corro.

Sentí que los músculos de su estómago saltaban y se ponían rígidos, que sus muslos se tensaban. Le chupé la polla por última vez, de forma prolongada, antes de apartarme cogiéndosela con las manos y, tras deslizarlas deprisa y con violencia, agarrarlo como a él le gustaba, apretando.

—Jodeerrr... —gimió.

Y se corrió, caliente sobre mis manos. No paré de moverme, no paré de darle lentas chupadas hasta que fue demasiado y me apartó, sonriendo

mientras me atraía hacia sí.

—Joder, aprendes rápido —dijo, besándome la frente, las mejillas, las comisuras de la boca.

—Porque eres un profesor excelente.

Se echó a reír y apoyó su sonrisa contra la mía.

—Puedo asegurarte que eso no lo he aprendido por experiencia. —Se apartó y sus ojos recorrieron cada centímetro de mi rostro—. ¿Te quedas a cenar conmigo?

Me acurruqué contra su costado y asentí con la cabeza. No había ningún otro sitio en el que prefiriese estar.

14

Hacía tanto tiempo que no me acurrucaba en el sofá con una mujer que se me había olvidado lo maravilloso que era. Aunque con Hanna era prácticamente como estar en el cielo, porque podía disfrutar al mismo tiempo de una cerveza, un partido de baloncesto, un poco de conversación sobre ciencia para iniciados y una mujer con curvas espectaculares a mi entera disposición.

Apuré mi copa de un sorbo y luego miré a Hanna, que tenía los ojos vidriosos, a punto de quedarse dormida.

No me sentía orgulloso de haber dado marcha atrás ante su reacción de esa mañana, pero tal como estaba aprendiendo a marchas forzadas, era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Si Hanna quería que lo nuestro siguiese basándose en el sexo sin compromiso, eso es lo que haríamos. Si quería que fuésemos solo «follamigos», podía fingir sin problemas. Podía ser paciente, podía darle tiempo. Yo solo quería estar con ella, y por muy patético que pudiese sonar, aceptaría cualquier cosa que me diese.

De momento, no me importaba ser la Kitty de la relación.

—¿Estás bien? —murmuré, besándole la cabeza.

Asintió, canturreando, y sujetando más firmemente la cerveza que tenía en el regazo. La suya estaba casi llena y seguro que, a aquellas alturas, ya debía de estar caliente, pero me gustó que se hubiese tomado una de todos modos.

—¿No te gusta la cerveza? —le pregunté.

—Esta está muy amarga, sabe a agujas de pino.

Me reí y le retiré el brazo de detrás de la nuca mientras me inclinaba

hacia delante para dejar mi cerveza vacía en la mesa.

—Eso es por el lúpulo.

—¿Eso es con lo que se hace la fibra de la ropa de marihuana?

Me incliné aún más, riéndome con más ganas.

—Eso es el cáñamo, Hanna. Joder, eres increíble.

Cuando la miré, vi que estaba sonriendo y me di cuenta de que, naturalmente, se acababa de quedar conmigo. Me dio unas palmaditas en la cabeza con aire condescendiente y yo me zafé de ella.

—Me alegro —dije— de haberme olvidado, aunque solo sea por un momento, de que seguro que te has memorizado el nombre de todas las plantas del mundo.

Hanna se desperezó y los brazos le temblaron levemente por encima de la cabeza mientras ronroneaba de placer. Naturalmente, aproveché la oportunidad para admirar su delantera. Resultaba que, además, llevaba una camiseta muy molona de Doctor Who que nunca le había visto antes.

—¿Estás mirando la mercancía? —exclamó, al abrir un ojo y sorprenderme, bajando los brazos despacio.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¿Tanto te gustan las tetas? —preguntó.

En lo que claramente se estaba convirtiendo en una costumbre, hice caso omiso de la pregunta implícita sobre otras mujeres, y decidí que no iba a volver a hablar de nada que tuviese relación con aquella conversación tabú... de momento. Hanna se quedó callada a mi lado y supe que se estaba haciendo la misma pregunta: «¿Se ha acabado esta conversación?».

Nos salvó la campana, o en este caso, el timbre de mi móvil, encima de la mesita del café. Un mensaje de texto de Max iluminó la pantalla.

«Me voy a tomarme unas pintas con Maddie. ¿Te vienes?»

Le enseñé el móvil a Hanna, en parte para que viese que no era una mujer la que me escribía un martes por la noche y en parte también para ver si le apetecía venir. Arquee las cejas, preguntádoselo sin palabras.

—¿Quién es Maddie?

—Maddie es una amiga de Max, la dueña de Maddie's, un bar de Harlem. Casi nunca hay nadie y tienen una cerveza muy buena. A Max le gusta por la

horrible comida inglesa que sirven.

—¿Quién va? —Me encogí de hombros.

—Max. Probablemente Sara. —Me callé, pensando. Era martes, así que lo más probable era que Sara y Chloe quisieran ponerme a prueba para ver si estaba con Kitty. Seguramente, todo aquello era una especie de trampa para controlarme—. Seguro que Chloe y Bennett también vienen.

Hanna ladeó la cabeza, mirándome con atención.

—¿Y salís mucho de bares entre semana? Parece un poco raro, tratándose de gente tan seria como vosotros, altos ejecutivos y todo eso.

Lancé un suspiro, me levanté y la arrastré a ella conmigo.

—Si te digo la verdad, creo que están intentando controlar mi vida sexual.

Si sabía que los sábados eran las noches que reservaba para estar con Kristy, entonces tal vez sabría también que los martes solía pasarlos con Kitty. Más me valía ser sincero con ella desde el principio sobre lo entrometidos que podían llegar a ser mis amigos.

Su expresión permaneció inescrutable y no supe adivinar si estaba enfadada, celosa, nerviosa o tal vez simplemente escuchando sin más. Me moría de ganas de saber qué era lo que le pasaba por la cabeza en esos momentos, pero era una insensatez volver a sacar el tema de nuevo y hacer que saliera huyendo. Era un hombre, un hombre perfectamente capaz de aceptar que una mujer solo quisiese sexo conmigo, aun en las circunstancias emocionales más turbias.

Sobre todo cuando esa mujer era Hanna. Me agaché a recoger las botellas de cerveza.

—¿Y no será un poco incómodo si voy? ¿Están al corriente de lo nuestro?

—Sí, están al corriente. No, no será incómodo, para nada. —Parecía escéptica y apoyé las manos en sus hombros.

—La única regla es la siguiente: las cosas solo son incómodas si tú permites que lo sean.

Puesto que el bar estaba a apenas quince manzanas de mi casa, decidimos ir andando. A finales de marzo, en Nueva York el cielo siempre estaba tapado y hacía frío, o estaba despejado y hacía frío, y por suerte la nieve se había

derretido al fin y estábamos disfrutando de una primavera bastante agradable.

A solo una manzana de mi apartamento, Hanna me buscó la mano.

Entrelacé mis dedos con los suyos y uní las dos palmas. En cierto modo, siempre había esperado que el amor fuese principalmente un estado mental, así que todavía no estaba acostumbrado a las manifestaciones físicas de mis sentimientos por ella: cómo se me encogía el estómago, el ansia que sentía mi piel de entrar en contacto con la suya, la forma en que el pecho me oprimía las costillas y el corazón me latía a mil por hora, bombeando sangre a toda velocidad por mis venas.

Me apretó la mano antes de preguntar:

—¿Y de verdad te gusta practicar el sesenta y nueve? Quiero que me digas la verdad.

Pestañeé, mirándola con perplejidad, me eché a reír y..., joder, me quedé aún más prendado de ella y sus ocurrencias.

—Sí. Me encanta.

—Pero... Y no me odies cuando te diga esto...

—¿Me lo vas a estropear, a que sí?

Me miró y se tropezó un momento con una grieta que había en la acera.

—Ah, pero es que ¿eso es posible? - Consideré mi respuesta.

—Probablemente no.

Abrió la boca para decir algo y luego la cerró de nuevo. Al final se decidió.

—Es que prácticamente tienes la cara en el culo de otra persona, ¿no? — soltó.

—No, no es verdad. Tienes la cara en la polla de alguien o en el coño de alguien. —Ya estaba negando con la cabeza.

—No. Supongamos que yo estoy encima de ti y...

—Me gusta esa hipótesis. —Esperaba con ansia el momento en que ella llevase la iniciativa y se montase encima de mí.

En realidad, tenía tantas ganas que, en cuanto visualicé la imagen, tuve que pararme un momento a recolocarme discretamente los tejanos con la mano que me quedaba libre. Haciendo caso omiso de mi indirecta, siguió hablando.

—Eso significa que tú estás debajo de mí. Yo tengo las piernas abiertas

encima de tu cara, así que mi culo... está a la altura de tus ojos.

—Sí, perfecto.

—Es mi culo. A la altura de tus ojos.

Le solté la mano y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Esto no será ninguna sorpresa para ti, pero no siento ninguna aversión por los culos. Creo que deberíamos probarlo.

—¿Y no da un poco de vergüenza?

Me detuve en seco y le volví la cara para que me mirara a los ojos.

—¿Hemos hecho algo que te haya dado un poco de vergüenza?

Sus mejillas se tiñeron de rojo y parpadeó al mirar calle abajo.

—No —murmuró.

—¿Y me crees cuando te digo que haré que disfrutes con todo lo que hagamos?

Volvió a mirarme, con mirada dulce y cómplice.

—Sí.

La tomé de la mano de nuevo y seguimos andando.

—Entonces, ya está. Solucionado. Pondremos algún sesenta y nueve en nuestro futuro.

Caminamos en silencio durante varias manzanas, escuchando el gorjeo de los pájaros, el viento, el ruido del tráfico en ráfagas que orquestaban los semáforos.

—¿Crees que alguna vez podré enseñarte yo algo? —preguntó justo antes de que llegáramos al bar.

Le dediqué una sonrisa.

—Eso no lo dudes —respondí con un gruñido, y luego abrí la puerta del Maddie's para Hanna y le hice señas para que entrara ella primero.

Mis amigos, sentados en una mesa junto a la minúscula pista de baile, nos vieron en cuanto entramos. Chloe, de cara a la puerta, fue la primera en vernos y sus labios dibujaron una «o» diminuta de sorpresa que borró casi inmediatamente. Bennett y Sara se volvieron en sus asientos, disimulando hábilmente cualquier reacción, pero el cabrón de Max estaba sonriendo de oreja a oreja, con una expresión triunfal.

—Vaya, vaya —dijo, poniéndose de pie para acudir al encuentro de Hanna y darle un abrazo de bienvenida—. Mira quién está aquí.

Hanna sonrió y fue saludando a todos alternativamente con abrazos y con la mano, y luego sacó una silla en un extremo de la mesa. Hice que Max se cambiara de asiento para poder sentarme junto a ella, y no pasé por alto su sonrisa burlona y el «estás colado, tío» que murmuró por lo bajo.

La propia Maddie en persona se acercó a nuestra mesa, dejó dos posavasos más y nos preguntó qué queríamos tomar. Enumeró las cervezas de barril y como sabía que a Hanna no le gustaría ninguna, me acerqué y le susurré al oído:

—También tienen otras bebidas o refrescos.

—Los refrescos están terminantemente prohibidos —soltó Max inmediatamente—. Si no te gusta la cerveza, hay whisky.

Hanna se puso a reír e hizo una mueca de asco.

—¿Te beberías un vodka con 7-Up? —me preguntó, anticipando nuestro numerito habitual en el que ella se pedía una copa y era yo el que acababa bebiéndomela.

Negué con la cabeza e hice una mueca de asco, me apoyé con la frente prácticamente pegada a la de ella.

—Probablemente no.

Siguió pensando mientras ronroneaba.

—¿Y un whisky con Coca-Cola?

—Eso sí me lo bebería. —Miré a Maddie y dije—: Un whisky con Coca-Cola para ella y yo me tomaré una Green Flash.

—Ooh..., ¿y eso qué es? —quiso saber Hanna.

—Es una cerveza muy amarga —le dije, besándole la comisura de la boca—. No te gustaría.

Cuando Maddie se fue, me separé de Hanna y eché un vistazo alrededor en la mesa, y descubrí cuatro rostros muy interesados en todos nuestros movimientos.

—Parecís entenderos muy bien —señaló Max.

Hanna hizo un movimiento vago con la mano y explicó:

—Es nuestro sistema: yo solo me tomo un par de sorbos de mi copa y él se la termina. Todavía estoy aprendiendo qué es lo que pide.

Sara dejó escapar un gritito de entusiasmo y Chloe nos sonrió como si fuésemos una pareja de tortolitos. Les lancé una mirada de advertencia.

Cuando Hanna preguntó dónde estaba el baño y se encaminó luego en esa dirección, me incliné hacia el resto del grupo y los miré a todos a los ojos.

—Esto no va a ser el show de Will y Hanna, ¿eh, chicos? Estamos tanteando el terreno. Comportaos con normalidad.

—Vale —dijo Sara, pero entonces entrecerró los ojos—. Pero que conste que hacéis muy buena pareja los dos y como todos sabemos que os habéis enrollado, es muy valiente por su parte haber querido venir aquí con todo el grupo esta noche.

—Ya lo sé —murmuré, al tiempo que cogía al cerveza en cuanto Maddie me la sirvió y le daba un sorbo.

El amargo sabor del lúpulo se fue transformando en un agradable regusto a malta. Cerré los ojos y emití un gemido mientras los demás charlaban.

—¿Will? —dijo Sara en voz baja, para que solo la oyera yo. Se volvió y miró a su espalda antes de volverse de nuevo y mirarme a mí—. Por favor, haz esto que estás haciendo con Hanna si estás seguro de que es eso lo que quieres.

—De verdad que te agradezco que te entrometas, Sara, pero deja de entrometerte.

Endureció la expresión y me di cuenta de mi error. Hanna era un poco mayor que Sara cuando había empezado a salir con aquel desgraciado del congresista de Chicago, pero yo tenía exactamente la misma edad que él: treinta y uno. Sara seguramente consideraba su deber preocuparse por otras mujeres que pudiesen ser víctimas de la misma situación en la que estuvo ella durante tanto tiempo.

—Mierda, Sara —dije—. Entiendo por qué te metes, pero es que esto... es diferente. Lo sabes, ¿verdad?

—Siempre es diferente al principio, eso es lo que sé —respondió—. Se llama encoñamiento, y hace que seas capaz de prometer cualquier cosa.

No es que no hubiese estado encoñado antes con una mujer, me había pasado otras veces, pero siempre había mantenido la cabeza fría, siempre había sabido cómo sacar el máximo partido a la parte física de la relación y tomarme el lado emocional con más calma, o incluso separarlo por completo.

¿Qué tenía Hanna que hacía que quisiera renegar de ese modelo y tirarme de cabeza al fondo de la piscina, donde el agua estaba más fría y todo era más

peligroso? Hanna regresó y me dedicó una sonrisa antes de sentarse y tomar un sorbo de su copa. Tosió y me miró, abriendo mucho los ojos y saltándosele las lágrimas, como si tuviera la garganta en llamas.

—Sí, es verdad —dije, riendo—. Maddie prepara las bebidas más bien fuertes. Debería haberte avisado.

—Lo mejor es que sigas bebiendo —le aconsejó Bennett—. Luego es más fácil, cuando ya tienes la garganta anestesiada.

—Eso dicen siempre —bromeó Chloe, chistosa.

La risa de Max retumbó por toda la mesa y yo puse cara de resignación, esperando que Hanna no hubiese pillado el chiste. No reaccionó de ninguna forma especial, sino que se limitó a tomar otro sorbo y esta vez bebió con normalidad.

—Está bueno. Estoy bien. Madre mía, debéis de pensar que no he probado el alcohol en toda mi vida. Os prometo que a veces bebo, es solo que...

—Que no le sienta muy bien —terminé la frase, riendo.

Debajo de la mesa, Hanna me cubrió la rodilla con la palma de su mano y la deslizó hacia arriba, hacia mi muslo. Encontró allí mi mano y entrelazó los dedos con los míos.

—Me acuerdo de la primera vez que me tomé una copa —explicó Sara, sacudiendo la cabeza con aire risueño—. Tenía catorce años y me acerqué a la barra en la boda de mi prima. Pedí una Coca-Cola y la mujer que había a mi lado pidió otra pero con algo de alcohol. Me confundí y cogí la suya sin querer y regresé a mi mesa. No tenía ni idea de qué le pasaba a mi bebida ni por qué tenía aquel sabor tan raro, pero os diré que fue la primera y última vez que esta chica blanca se puso a bailar unos movimientos de breakdance en una pista de baile.

Todos nos echamos a reír, sobre todo al imaginarnos a nuestra dulce y reservada Sara haciendo el robot o algún giro espectacular. Cuando cesaron las risas, fue como si todos hubiésemos pensado lo mismo, porque concentramos las miradas sobre Chloe casi al unísono.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —pregunté.

—¿Sabes una cosa, Will? —dijo, esbozando una sonrisa maliciosa—. Creo que es la primera vez que me preguntas por la boda.

—Pasé cuatro días en Las Vegas con estos impresentables. —Señalé a Bennett y Max con la cabeza—. Así que no es que no sepa lo que se cuece. ¿Quieres que ate los lacitos de los arreglos florales o algún rollo de esos?

—No —contestó, riéndose—. Y los preparativos van... bien.

—Más o menos —masculló Bennett.

—Más o menos —convino Chloe.

Intercambiaron una mirada cómplice y ella se echó a reír otra vez, apoyándose en el hombro de él.

—¿Qué significa eso? —inquirió Sara—. ¿Otra vez problemas con el catering?

—No —contestó Bennett, antes de tomar un sorbo de cerveza—. Lo del catering está solucionado.

—Gracias a Dios —apostilló Chloe.

Bennett siguió hablando.

—Es que es increíble las cosas que llegan a hacer las familias cuando hay una boda de por medio.

Salen a la luz toda clase de historias melodramáticas. Os juro por Dios que si conseguimos llevar esto adelante sin que ocurra ningún homicidio cuádruple, seremos unos putos héroes. Reflexionando sobre aquellas palabras, apreté la mano de Hanna con más fuerza.

Tras un breve instante, ella hizo lo propio y se volvió a mirarme. Sus ojos escudriñaron los míos y luego se iluminaron con una sonrisa. Estaba pensando en ella y en mí. Estaba pensando en su familia y en que, en los últimos doce años, se habían convertido en mi familia adoptiva en la Costa Este, y en ese momento fugaz, visualicé ese mismo futuro para mí, enamorarme, casarme, decidir formar una familia, desfilando ante mis ojos.

Le solté la mano y me restregué la palma en el muslo al tiempo que sentía el pulso de mis venas palpitándome en el cuello. Joder, ¿qué coño le había pasado a mi vida? En tan solo un par de meses, todo había cambiado radicalmente.

Bueno, no todo. Mis amigos seguían siendo los mismos, mi situación económica era desahogada. Todavía salía a correr (casi) a diario, aún pillaba los partidos de baloncesto por la tele cada vez que podía, pero... Me había enamorado. ¿Cuántas veces se ve venir una cosa así?

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí. Estoy bien —murmuré—. Es solo que... —No podía decir nada; habíamos acordado que solo éramos amigos. Le había dicho que eso era lo que quería yo también—. Es alucinante ver a tus amigos pasando por el aro —dije, gesticulando y señalando a Chloe y Bennett, escudándome en ellos—. No me imagino para nada a mí mismo.

Y a partir de ese instante, todas las miradas volvieron a concentrarse en nosotros y en cada uno de nuestros movimientos, ya fuese un intercambio de miradas o un simple roce entre Hanna y yo. Los miré con ojos asesinos y me puse de pie. La silla chirrió contra el suelo e hizo mi incomodidad aún más evidente. No me importaba ser el centro de atención en aquel grupo, ya fuese cuando era yo quien me metía con alguno de ellos o cuando ocurría lo contrario. Sin embargo, aquello era distinto. Podía soportar las bromas sobre mis ligues habituales o mi pasado más que mujeriego, pero en ese momento me sentía asquerosamente vulnerable en aquella situación con Hanna, nueva para mí, y no estaba acostumbrado a ser el blanco de las miradas cómplices.

Me limpié las manos sudorosas en las perneras de los tejanos.

—¿Por qué no...? No sé. —Miré a mi alrededor con impotencia.

«Deberíamos habernos quedado en mi puto sofá —pensé— A lo mejor deberíamos haber follado otra vez ahí en el salón. Deberíamos haber seguido a lo nuestro hasta que las cosas hubiesen estado un poquitín más claras entre nosotros».

Hanna me miró con una expresión divertida.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no bailamos?

La arranqué de su silla y la saqué a la pista de baile vacía, sin darme cuenta hasta ese momento de que sería aún peor que aquello de lo que trataba de escapar. Nos había alejado a los dos de la seguridad del grupo en la mesa para que saliéramos a lo que era básicamente un escenario. Hanna dio un paso hacia mí, me colocó las manos alrededor de su cintura y desplazó las manos por mi pecho hasta llevarlas a mi pelo.

—Respira, Will.

Cerré los ojos e inspiré profundamente. Nunca en toda mi vida me había sentido tan incómodo. Pensándolo bien, nunca en toda mi vida me había

sentido incómodo en realidad.

—Estás un poco raro —me dijo, riéndose, al oído cuando la atraje hacia mí—. Nunca te había visto tan perdido. Tengo que admitir que, en cierto modo, es hasta conmovedor.

—Todo el puto día de hoy ha sido muy raro.

Maddie había puesto una música suave y melodiosa de estilo *indie*^[7], y aquella canción en particular solo era instrumental. Era muy tierna, casi un poco melancólica, pero tenía exactamente la clase de ritmo que quería para bailar con Hanna: lento, apretados. La clase de baile en el que podía hacer como que bailaba cuando, en realidad, solo estaría de pie y la abrazaría durante unos minutos lejos de la mesa.

Dando una vuelta muy despacio, me volví y vi que mis amigos ya no nos miraban, que habían vuelto a centrarse en su conversación. Chloe charlaba animadamente de algo, gesticulando con los brazos, y estaba casi seguro de que estaría relatándoles alguna hecatombe relacionada con la boda.

Ahora que había pasado el incómodo trámite de la «inspección de Will», me sentía dividido entre quedarme allí bailando con Hanna o volver a la mesa para escuchar las rocambolescas situaciones que estarían viviendo Bennett y Chloe. Me imaginaba que tenían que ser toda una epopeya.

—Me gusta estar contigo —dijo Hanna, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

Puede que fuesen las luces del bar o tal vez su estado de ánimo, pero ese día sus ojos eran de un azul más intenso. Me recordaban a la primavera, a cuando la estación estallaba de lleno en pleno corazón de Nueva York. Tenía ganas de que pasase el invierno. Creo que necesitaba que todo a mí alrededor sufriese una transición para no sentir que era el único que atravesaba una fase fundamental de su vida.

Se detuvo y posó la mirada en mis labios.

—Siento lo de antes. —Me eché a reír.

—Eso ya lo has dicho —le susurré—. Te disculpaste con palabras. Y luego con tu boca en mi polla.

Se rió y escondió la cabeza en mi cuello, y yo pude imaginarme que estábamos solos, bailando en mi sala de estar o en el dormitorio. Solo que si estuviéramos allí, no estaríamos bailando, precisamente. Apreté la mandíbula

con firmeza, tratando de contenerme e impedir que mi cuerpo reaccionase a la proximidad del suyo, al recuerdo de cuando la estrechaba entre mis brazos, de cuando me habían hecho la mamada de mi vida, antes, y a la posibilidad de convencerla para que volviera a mi casa luego, otra vez. Aunque solo quisiese acurrucarse contra mí y dormir, me parecería genial.

Después de la intensidad de lo ocurrido aquel día, no quería de ninguna manera que se fuese a su casa después de aquello.

—Supongo que lo que pasa es que no sé qué hacer —admitió—. Ya sé que hemos hablado antes de esto, pero siento como si todavía fuese todo un poco raro.

Lancé un suspiro.

—Pero ¿por qué es complicado?

Las luces de la pista de baile proyectaban una telaraña de sombras sobre su rostro, y estaba tan increíblemente hermosa que creía que iba a perder la cabeza en cualquier momento. La pregunta me inundaba la garganta como si fuera humo hasta que no pude seguir conteniéndome:

—¿Es que esto no es bueno? —Sonreí para que pensase que yo sabía que lo era; tal vez creería por un instante que, en realidad, no necesitaba que ella me lo confirmara.

—La verdad es que es alucinante lo bueno que es —susurró—. Siento como si antes no te conociera en absoluto, a pesar de que creía que sí te conocía. Eres un científico brillante, con el cuerpo lleno de unos tatuajes increíbles. Corres triatlones y mantienes una excelente relación con tu madre y tus hermanas, a quienes te sientes muy unido. —Me arañó levemente el cuello con las uñas—. Sé que siempre has sido un hombre muy sexual, una máquina del sexo. Desde la primera vez que te vi, cuando tenías diecinueve años, hasta ahora, doce años más tarde. Y la verdad es que me gusta mucho estar contigo por esa razón precisamente, porque me estás enseñando cosas sobre mi cuerpo que yo no sabía, y también a descubrir lo que me gusta. Creo que lo que tenemos ahora mismo es, sinceramente, perfecto.

Sentí un deseo irrefrenable de besarla, de recorrerle el torso con la mano para palpar el contorno de sus costillas y las vértebras de su columna. Quería tumbarla en el suelo y sentirla bajo mi peso.

Pero estábamos en un bar. «Maldito idiota, Will». Aparté la vista de ella y

miré involuntariamente a mi grupo de amigos, a su espalda. Los cuatro volvían a tener la mirada fija en nosotros. Bennett y Sara habían llegado incluso a recolocar sus sillas para poder vernos sin tener que forzar el cuello, pero en cuanto se percataron de que los había pillado, dirigieron la vista a otra parte: Max a la barra, Sara miró al techo y Bennett consultó la hora en su reloj de muñeca. Solo Chloe siguió mirándonos, con una sonrisa radiante en los labios.

—Lo de venir aquí no ha sido buena idea —dije. Hanna se encogió de hombros.

—Pues no estoy de acuerdo. A mí me ha sentado bien salir un rato de tu casa y hablar un poco.

—¿Es eso lo que hemos hecho? —pregunté, sonriendo—. ¿Hablar de que no necesitamos hablar de eso?

Su lengua asomó para humedecerse los labios.

—Sí. Pero creo que ahora prefiero volver a tu casa y hacer otras cosas mientras hablamos.

Saqué el llavero del bolsillo y busqué la que necesitaba entre el manojito de llaves.

—No vas a subir aquí a tomarte una taza de té y luego irte a casa, lo sabes, ¿no? —Asintió con la cabeza.

—Sí, ya lo sé, pero mañana sin falta tengo que ir al laboratorio. Me parece que nunca había hecho lo de hoy, no aparecer por allí en todo el día.

Abrí la puerta de entrada y la hice pasar a ella primero. Se fue directa a la cocina.

—No, te equivocas de dirección. No es por ahí...

—No me iré después de tomarme un té —me aseguré, volviendo la cabeza por encima del hombro—. Pero quiero una taza. Me ha entrado sueño con la copa que me he tomado en el bar.

—¡Pero si solo te has tomado dos sorbos!

Habíamos dejado su whisky con Coca-Cola casi entero encima de la mesa mientras Bennett y los demás se esforzaban al máximo por convencernos para que no nos fuésemos y no solo nos acabásemos aquella copa, sino que

nos tomásemos otra más.

—Me parece que esos dos sorbos eran el equivalente de siete chupitos — dijo Hanna.

Me acerqué a la cocina, cogí la tetera y me volví para llenarla de agua.

—Entonces eres una borracha muy aburrída. Si yo me hubiese tomado siete chupitos, estaría subido a una mesa haciendo un striptease.

Se rió, abrió la nevera, rebuscó en el interior y al final se decidió por una zanahoria. Se acercó luego a la encimera, a mi lado, y se encaramó a ella, balanceando las piernas. A pesar de lo novedoso de la situación para los dos, era como si llevase años yendo a mi casa.

Se le había empezado a soltar el pelo y unos mechones rizados le caían alborotadamente por la nuca. El calor del bar, o puede que los dos sorbos de alcohol, le había teñido las mejillas de un rubor sonrosado y tenía los ojos brillantes. Pestañeó despacio al volverse para mirarme y le sonreí.

—Estás muy guapa —dije, apoyándome en la encimera, junto a ella.

Dio un mordisco a la zanahoria.

—Gracias.

—Me parece que te voy a echar el polvo del siglo dentro de un ratito.

Se encogió de hombros con aire despreocupado, haciéndose la interesante, y murmuró:

—Vale.

Pero entonces me buscó con las piernas y me atrajo hacia sí, entre los muslos.

—A pesar de eso del trabajo que te he dicho antes, me parece que podrías tenerme despierta toda la noche igualmente, si de verdad quieres.

Alargué el brazo y le desabroché con la mano el botón superior de la camisa.

—¿Y qué quieres que te haga esta noche?

—Lo que quieras. —Arqueé una ceja.

—¿Lo que quiera?

Reflexionó un instante antes de decir en un susurro:

—Todo lo que quieras.

—Me encanta —dije, acercándome y deslizándole la nariz por la curva del cuello—. Me encantan estas sesiones de sexo en las que descubro todo lo

que te gusta, en las que descubrí todos los sonidos que eres capaz de emitir.

—No sé... —empezó a decir, dibujando con la zanahoria un círculo impreciso en el aire, junto a mi cabeza—. Porque el mejor sexo... ¿no es el sexo con alguien con quien llevas mucho tiempo?

Como cuando ella está en la cama, durmiendo, y él llega y ella se acerca rodando instintivamente hacia él, ¿sabes lo que quiero decir? Y entonces... ella entierra la cara al calor del cuello de él, y él le acaricia todo el cuerpo con las manos, y entonces ella se quita las bragas, y él ya está dentro de ella antes incluso de que se quite la parte de arriba del pijama. Él ya sabe lo que le espera. A lo mejor no puede esperar a estar dentro de ella primero. Ya no tiene que quitarle la ropa en un orden determinado.

Retrocedí un paso y la miré embobado mientras ella daba otro mordisco a la zanahoria. Por lo visto, tenía una imagen muy vívida de cómo eran esos momentos. Personalmente, nunca habría dicho que el sexo con una pareja estable es el mejor sexo. Que sería sexo del bueno, eso seguro.

Pero por la forma en que lo había descrito, el modo en que había bajado la voz y entrecerrado los ojos, joder, sí, sonaba como el mejor sexo del mundo. Podía visualizar esa clase de vida con Hanna, una vida en la que compartíamos una cama, una cocina, la economía doméstica y las peleas. La veía cabreándose conmigo, y luego me veía a mí yendo a buscarla, pasado un rato, para hacer las paces y hacer uso de todas las triquiñuelas que había aprendido con el tiempo porque era mía y, siendo Hanna como era, no podía evitar dejar soltar por la boca todos y cada uno de los pensamientos y deseos que le pasaban por la cabeza.

Mierda. No era sexy en ninguno de los sentidos habituales del término. Era sexy porque no le importaba que la mirase mientras se zampaba una zanahoria, o si llevaba el pelo recogido de cualquier manera en una vulgar cola de caballo que no se había molestado en adecentar desde que estábamos tirados en el sofá, un rato antes. Estaba tan cómoda en su propia piel, tan cómoda sintiéndose observada... Nunca había conocido a una mujer como ella. Nunca daría por hecho que la miraba para juzgarla. Daba por hecho que la miraba embobado porque la estaba escuchando. Y la estaba escuchando. Me pasaría la vida entera oyéndola hablar del sexo con una pareja estable, el sexo anal y el cine porno.

—Me estás mirando como si fuera comida. —Me ofreció la zanahoria y sonrió maliciosamente—. ¿Quieres un poco?

Negué con la cabeza.

—Te quiero a ti.

Levantó las manos, se desabrochó los botones de la camisa y se la quitó deslizándosela por los hombros.

—Dime lo que te gusta —le dije, acercándome más aún y besándole el hueco del cuello.

—Me gusta cuando te corres encima de mí. —Me reí, enterrando mi aliento en su cuello.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Cuando me miras mientras te mueves dentro de mí.

Negué con la cabeza y dije:

—Dime qué es lo que te gusta que te haga.

Hanna se encogió de hombros un instante y deslizó las yemas de los dedos por mi pecho antes de llegar al borde de la camisa y quitármela por la cabeza.

—Me gusta cuando me colocas como tú quieres, cuando haces lo que quieres conmigo. Me gusta cuando actúas como si mi cuerpo fuese tuyo.

Se oyó el silbido de la tetera al fuego, su sonido estridente perforando el silencio de la cocina, y me alejé el tiempo justo de llenarle la taza con agua hirviendo e introducir en ella una bolsita.

—Cuando te toco —le dije, dejando la tetera—, tu cuerpo es mío. Solo mío, para que pueda besarlo, follarlo y saborearlo.

Enarcó una ceja y me sonrió.

—Bueno, pues cuando te toco yo, tu cuerpo también es mío, ¿sabes?

Perdí la cabeza por completo cuando inclinó el cuerpo sobre la encimera, buscó el tarro de la miel y echó un poco en la taza.

Le quité la cuchara de madera, limpié el exceso de miel del borde del tarro y luego extendí la pegajosa sustancia por la parte superior de su pecho mientras ella observaba todos mis movimientos tras, aparentemente, haberse olvidado por completo del té.

—Pues lleva tú la batuta —le dije, besándole la barbilla—. Dime lo que tengo que hacer a continuación.

Vaciló apenas un instante.

—Chúpala.

Lancé un gemido al oír la orden y lamí el reguero de miel antes de succionar su piel con la boca con tanta fuerza que le dejé una marca roja y pequeña.

—¿Qué más?

Deslizó las manos a su espalda y se desabrochó el sujetador mientras le recorría la piel con la lengua. Me desplazé hasta su pezón y soplé ligeramente sobre la punta erecta antes de introducírmela en la boca.

—Lámelo —exclamó, dando un respingo.

Me agaché e hice exactamente lo que me pedía, lamiéndole los pechos, succionándolos ávidamente, chupándole la piel con la lengua una y otra vez hasta dejarla reluciente.

—Te las voy a follar muy pronto.

—Los dientes... —susurró—. Muérdeme.

Con un gemido, cerré los ojos y le mordisqueé en pequeños círculos la carne de aquellos senos turgentes, descubriendo en su piel pequeños restos de la miel anterior. Descendí con las manos hasta sus tejanos y se los bajé, junto con las bragas, hasta los tobillos para que pudiera quitárselos y arrojarlos al suelo. Me acarició los hombros con las manos y se abrió de piernas.

—¿Will?

—¿Mmm...? —Fui descolgándome por sus costillas, levantándole ambos pechos con las manos.

Reconocía aquel tono de voz; sabía lo que estaba a punto de suplicarme que le hiciera.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? —le pregunté, hincándole delicadamente los dientes en los pezones—. Por favor... ¿qué te pase el té?

—Tócame.

—Ya te estoy tocando...

Soltó un débil gruñido de protesta.

—Tócame entre las piernas.

Sumergí el dedo en el pequeño tarro de miel y lo presioné sobre su clítoris, restregándolo sobre la piel mientras le mordisqueaba la delicada

carne de sus pechos. Siguió gimiendo, con la cabeza echada hacia atrás, y apoyó los pies en la encimera, con las piernas completamente abiertas.

Me agaché y la recorrí con la lengua, ni siquiera con la intención de torturarla un poco, no habría podido. La miel estaba caliente por la temperatura de su piel y sabía de puta madre.

—La hostia... —murmuré, succionando con cuidado entre los delicados pliegues de sus terminaciones nerviosas.

Hundió la mano en mi pelo, tirando de él, pero no para reclamar más placer aún. Me hizo levantarme hasta situarme a la altura de su cara y echó el cuerpo hacia delante para besarme.

Se había puesto miel en la lengua también, y en un destello fugaz, supe que a partir de entonces asociaría aquel sabor con Hanna para siempre.

Sus débiles jadeos conquistaron el espacio entre nuestros labios y nuestras lenguas, resonando con fuerza, aumentando en intensidad cuando situé la mano entre ambos y le deslicé los dedos por la piel, recreándome allí donde estaba más húmeda y caliente. La encimera quedaba unos centímetros más arriba del nivel de mis caderas, pero no sería ningún problema si se empeñaba en que folláramos en la cocina.

—Voy a coger un condón.

—Vale —dijo ella, apartando los dedos de mi pelo.

Di media vuelta y eché a andar descalzo por el pasillo, desabrochándome los tejanos. Saqué un paquete de la caja de mi mesita de noche y me volví para regresar a la cocina, pero Hanna estaba de pie en el quicio de la puerta del dormitorio.

Estaba completamente desnuda, y sin decir una sola palabra, se dirigió a la cama y se subió en el centro. Apoyándose sobre los talones, se sentó con una mano sobre la rodilla, esperándome.

—Quiero hacerlo aquí.

—Vale —dije, y me bajé los tejanos hasta las caderas.

—En tu cama.

«Sí, ya te he oído», pensé. Era evidente que quería que lo hiciésemos en mi cama, ella allí desnuda y yo con el condón en la mano... Pero entonces me di cuenta de que, en realidad, me estaba formulando una pregunta. Me estaba preguntando si la cama era un lugar prohibido, si era de esa clase de

playboys que nunca se llevaban a sus ligues a casa ni follaban en el sanctasanctórum de su dormitorio.

¿Iba a ser siempre así? ¿Siempre iba a tener que responder a sus preguntas implícitas, a su incertidumbre sobre si lo que compartía con ella era realmente nuevo o especial? ¿No bastaba con que le estuviera entregando secretamente mi corazón en bandeja?

Me reuní con ella en la cama y empecé a abrir el paquete de condones con los dientes antes de que ella adelantara la mano y me lo quitara.

—Joder... —mascullé, viéndola agacharse para pasarme la lengua con vacilación por la punta de la polla—. Hostia puta... Me vuelve loco follarte la boca.

Me besó el glande, envolviéndome por completo con la lengua, engulléndome en su boca.

—Me gusta mirarte —farfullé—. Estaba tan sumamente cachondo y solo de verla haciendo aquello..., no estaba seguro de poder resistir mucho más. Me parece que me voy a correr.

—Pero si apenas te he tocado... —dijo, claramente orgullosa de sí misma.

—Ya lo sé, pero es que... es demasiado.

Cogió el condón, lo desenrolló para ponérmelo y se tumbó en la cama.

—¿Estás listo?

Me abalancé sobre ella, inspeccionando nuestros cuerpos antes de situarme en la posición para penetrarla y deslizarme en su interior. Estaba ardiente, completamente húmeda, y yo quería prolongar aquel momento solo un poco más. Retiré ligeramente las caderas hacia atrás y le di unos golpecitos suaves en el clítoris con la polla.

—Will... —aulló, levantando las caderas.

—¿Te das cuenta de lo mojada que estás? —Bajó la mano temblorosa hasta colocarla entre ambos y se tocó.

—Oh, Dios...

—¿Es por mí? Ciruela, me parece que nunca en toda mi vida se me había puesto tan dura.

Sentí cómo la sangre me bombeaba por todo el miembro, palpitando con fuerza. Entonces me sujetó, tomó aire y susurró:

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? —Abrió los ojos.

—Por favor... —susurró de nuevo—. Dentro... —Sonreí, deleitándome en su dulce y desesperada agonía.

—¿Es que sientes como un escozor en el coño?

—¡Will!

Se retorció bajo mi cuerpo, palpándome y buscándome con las manos y las caderas. Me llevé sus dedos a la boca, succionando para paladear su sabor dulzón. A continuación, hundí la mano entre ambos e hice un pequeño masaje circular con el dedo sobre su hendidura empapada.

—Te he preguntado que si te escuece esto de aquí.

—Sí...

Intentó levantar las caderas, para conseguir que le metiera el dedo al fin, pero lo desplazé hacia arriba y le acaricié el clítoris, arrancándole un ruidoso gemido. Volví a desplazar el dedo hacia abajo, hundiéndolo en aquella humedad empantanada.

—¿Te arden los muslos? ¿Y estos dulces pétalos de aquí arriba...? —le dije, agachándome e introduciéndome el pezón en la boca, retozando con mi lengua—. ¿Están tensos y doloridos estos también? —Dios, sus pechos... Tan increíblemente suaves y calientes, joder—. Dios, Ciruela... —susurré, desesperado—. Esta noche te lo voy a hacer tan bien... Voy a hacerte disfrutar hasta volverte loca de placer.

Se arqueó en la cama y hundió las manos en mi pelo, por mi cuello, arañándome la espalda. Fui deslizando el dedo por su coño y bajándolo más aún, hasta presionarle con él el agujero del culo.

—Estoy seguro de que ahora mismo podría hacerte hacer cualquier cosa. Podría follarte ahí también.

—Cualquier cosa —convino ella—. Pero..., por favor...

—¿Me estás... suplicando?

Asintió con frenesí y luego me miró directamente a la cara, con los ojos muy abiertos y la mirada enfebrecida. El pulso le palpitaba en la garganta.

—Will. Sí.

—Y esas chicas que salen en las pelis porno que tanto te gustan... —susurré, sonriendo mientras mecía las caderas. Los dos lanzamos un gemido

cuando la corona de mi polla se deslizó sobre la cresta erecta de su clítoris—. Las que suplican. Dicen que lo necesitan... —Ladeé la cabeza, apretando la mandíbula para vencer el impulso de hundirme en ella, de empotrarla contra la cama—. ¿Dirías ahora mismo que lo necesitas?

Lanzó un gemido y me clavó las uñas en el pecho, justo debajo de la clavícula, hincándolas con tanta fuerza que dejó un reguero de marcas rojo fuego que iba del esternón al ombligo.

—Esta noche haré lo que tú quieras, pero haz que me corra primero.

Era incapaz de seguir jugando y torturándola por más tiempo.

—Méteme dentro —dije con voz ronca.

Desplazó velozmente las manos hasta mi polla, la rodeó con los dedos y se la restregó antes de introducirla dentro, levantando las caderas del colchón para hundirla hasta el fondo. Se me encendió la piel y dando un gruñido, acudí al encuentro de sus movimientos, hincándome en ella y abriéndole las piernas a los lados para poder llegar hasta el fondo, para poder acceder a donde realmente me necesitaba.

Agarré las sábanas con los puños a cada lado de sus hombros, luchando por contenerme.

Estaba tan mojada... Tan increíblemente caliente... Cerré los ojos con fuerza, con la sangre palpitándome en las venas y empujé de nuevo, una vez más, con ferocidad, hasta el fondo.

Sus ruidos, débiles gemidos y jadeos que eran música para mis oídos, me daban las ganas de hincarme aún más adentro, de empotrarme en el fondo, de hacer que se corriese una y otra vez, encadenando un orgasmo múltiple tras otro, hasta que fuese incapaz de imaginarse con otro allí dentro de ella nunca más. Ahora ya sabía que yo podía aguantar toda la noche, y que no sería solo esa primera noche que habíamos compartido. Yo siempre la tendría despierta durante horas y horas. Con Hanna, raro sería el día en que fuese a acabar rápido.

Estaba perfecta, radiante y salvaje, explorándome la cara con las manos, metiéndome el pulgar en la boca e implorándome con sus jadeos y aquellos ojos gigantescos, suplicantes. Pero cuando cerró aquellos ojos, en trance, me detuve, con un prolongado gemido y murmuré con voz ronca:

—Mírame, esta noche no voy a ser delicado contigo.

Me miró a la cara, no bajó la mirada a la polla, así que pudo ver el desfile de sensaciones que se apoderaron de ella: vio que no bastaba ni siquiera con mis embestidas de castigo y mis manos salvajes recorriéndole cada centímetro de la piel; vio cómo me deleitaba con sus movimientos cuando empezó a corcovear, y todo encajó en su lugar, el mundo entero encajó en su lugar, y me reí con un gruñido, viendo cómo se le agitaba el pecho y su primer orgasmo se apoderaba poco a poco de su cuerpo, arrancándole de la garganta gritos enloquecidos y frenéticos; vio que yo quería ir más despacio, disfrutar de la prolongada arremetida de mi verga en su sexo, el cálido zumbido en mis venas, recorrerle con el dedo el valle entre sus pechos y percibir su sudor, reducir el ritmo lo bastante para hacer que me suplicara de nuevo.

Me tiró de los hombros, implorando más rudeza.

—Qué exigencias... —le susurré, saliendo de ella y colocándola boca abajo para lamerle la espalda, mordisquearle el culo y los muslos. Le dejé un sendero de marcas rojas en la piel.

La atraje hacia el borde de la cama, haciendo que se inclinara sobre el colchón y volví a hundirme en ella, tan sumamente hondo que los dos emitimos un prolongado alarido. Cerré los ojos, pues necesitaba esa sensación de distancia. Antes, con todas las mujeres, quería verlo todo porque necesitaba ese último estímulo visual cuando estaba listo para llegar, pero con Hanna era demasiado.

Ella era demasiado. No podía mirarla cuando estaba tan cerca de alcanzar el orgasmo, no podía ver la forma en que arqueaba la columna, ni cómo me miraba por encima del hombro, con los ojos llenos de preguntas, esperanza y esa dulce adoración que me perforaba directamente entre las costillas.

Sentí cómo empezaba a ceñirme con fuerza y perdí el control al notarla aún más húmeda cuando la agarré del pelo, cuando me abalancé como un animal sobre sus pechos con mis manos hambrientas y le di un manotazo en el culo que resonó como el restallido de un látigo, seguido de su gemido ansioso.

Los sonidos que salían de su garganta se transformaron en pequeñas exclamaciones de aliento cuando le mordí el hombro y le dije que se corriera de una puta vez, llamándola «Ciruela». Y cuando se vino al fin, traté de

aguantar, traté de no visualizar la imagen de nosotros dos allí acoplados, del aspecto que debíamos de tener. Cerré la mano con fuerza sobre su cadera y le sujeté el hombro con la otra mientras yo la atraía con brutalidad hacia mí con cada nueva embestida, hasta que estaba tan cerca del orgasmo que sentí cómo iba culebreando por la parte baja de mi espalda.

Dijo mi nombre en voz alta, se empujó dentro de mí y de repente sentí como si cayese en un abismo insondable, dando vueltas y más vueltas en la oscuridad. Abrí los ojos de golpe, sujetándome firmemente a ella con las manos para no caerme mientras me corría, inundando el condón de semen con un alarido. Seguí embistiéndola, follándola al compás de las pequeñas réplicas de su orgasmo, al tiempo que la cabeza me daba vueltas y más vueltas, con las piernas en llamas. Era como si estuviera hecho de goma y apenas pudiese sostenerme.

Salí de su sexo y me desprendí del condón, observándola mientras se deslizaba hacia el centro de la cama. Estaba increíblemente perfecta allí en mi cama, con el pelo revuelto, la piel señalada de mordiscos, sonrojada y sudorosa, con parches relucientes aquí y allá en las partes del cuerpo donde aún conservaba restos de miel. Me encaramé a la cama, me desplomé a su lado y la envolví con los brazos alrededor de la cintura. La naturalidad de la escena le confería algo familiar. Era la primera vez que Hanna dormía en mi cama y, sin embargo, me sentía como si llevase durmiendo allí toda la vida.

15

A la mañana siguiente me desperté con el contacto de unas sábanas desconocidas y el olor de Will todavía pegado a la piel. La cama estaba hecha un desastre. Yo estaba envuelta en un revoltijo de sábanas arrancadas del colchón, y las almohadas habían caído al suelo. Mi piel estaba cubierta de marcas de mordiscos y cardenales, y no tenía la menor idea de dónde estaba mi ropa.

Miré el reloj. Eran poco más de las cinco y me di la vuelta, apartándome de la cara el pelo enmarañado y parpadeando en la tenue luz. El otro lado de la cama estaba vacío y solo contenía la reveladora marca del cuerpo de Will. Alcé la mirada al oír el sonido de unas pisadas y lo vi caminar hacia mí, sonriente y sin camiseta, llevando una taza humeante en cada mano.

—Buenos días, dormilona —dijo, colocando las bebidas en la mesita de noche. El colchón se hundió cuando se sentó junto a mí—. ¿Te encuentras bien? ¿No tienes demasiadas agujetas? —Su expresión era tierna y curvaba los labios en una sonrisa. Me pregunté si alguna vez me acostumbraría a la realidad de verlo mirándome de forma tan íntima—. Anoche no fui demasiado delicado contigo.

Hice inventario mental: además de las señales que Will había dejado por todo mi cuerpo, tenía las piernas flojas y el abdomen como si hubiese hecho un centenar de abdominales. Además, entre las piernas, seguía sintiendo el eco de sus caderas estrellándose contra mí.

—Tengo agujetas en todos los lugares adecuados.

Se rascó la mandíbula y vi que sus ojos recorrían mi rostro antes de bajar

hasta el pecho. Como era de esperar.

—Esa es mi frase favorita entre las que has dicho hasta ahora. Quizá esta noche puedas mandarme un mensaje con ella. Si te sientes generosa, podrías incluir una foto de tus tetas.

Me eché a reír. Will cogió una taza y me la ofreció.

—A alguien se le olvidó tomarse el té anoche.

—Mmm. Demasiadas distracciones.

Sacudí la cabeza y le indiqué con un gesto que volviera a dejarla en la mesita. Quería tener las dos manos libres. Will se mostraba depredador y seductor cada minuto del día; sin embargo, por la mañana tanto atractivo debería estar prohibido.

Él me sonrió ampliamente, pasando las manos despacio por las puntas de mi cabello y alisándolo a lo largo de mi columna. Me estremecí al ver la emoción que invadía sus ojos, al sentir sus dedos, que despedían chispas que se me instalaban entre los muslos, cálidas e intensas. Deseé saber con exactitud qué era lo que veía en su mirada. ¿Se trataba de amistad, de afecto, de algo más? Contuve la pregunta que me moría de ganas de hacerle, sin saber con certeza si alguno de nosotros estaba preparado para tener una conversación sincera tan poco tiempo después de la última, que tan desastrosa había resultado.

El cielo que asomaba por la ventana estaba aún oscuro y cubierto de niebla, y la escasa luz hacía que cada una de las líneas de tinta que surcaban su piel resultase más nítida, que cada tatuaje destacase contra su piel. El pájaro azul casi parecía negro; las palabras que envolvían sus costillas daban la impresión de haber sido grabadas con una caligrafía delicada. Alargué el brazo para tocarlas, para apoyar el pulgar en el surco formado por sus oblicuos, las superficies planas de su estómago y más abajo. Tomó aire de golpe cuando deslicé un dedo justo debajo de la cintura de su bóxer.

—Quiero dibujar sobre tu piel —dije, y miré rápidamente su rostro para calibrar su reacción.

Parecía sorprendido, pero sobre todo hambriento. Sus ojos azules, ocultos en sombras, me miraban con intensidad. Debió de estar de acuerdo, porque se inclinó para rebuscar en la mesita situada junto a la cama y regresó con un rotulador negro. Pasó por encima de mí y se tumbó boca arriba, estirándose

largo y atractivo en mitad de su cama.

Me incorporé, notando que la sábana se deslizaba debajo de mi cuerpo; el aire fresco me recordó mi completa desnudez. No me entretuve en pensar en lo que estaba haciendo ni en el aspecto que tenía mientras me arrastraba hacia él y me subía encima, rodeándole las caderas con los muslos.

El aire de la habitación pareció condensarse, y Will tragó saliva con los ojos muy abiertos. Le quité el rotulador y retiré la tapa. Sentí que su miembro empezaba a endurecerse contra mi trasero. Contuve un gemido al notar que flexionaba los muslos y balanceaba un poco las caderas hacia arriba en un intento de frotarse contra mí.

Bajé la mirada, sin saber siquiera por dónde empezar.

—Me encantan tus clavículas —dije, rozándolas con los dedos hasta llegar al pequeño hueco situado debajo de su garganta.

—Mis clavículas, ¿eh? —preguntó con voz cálida y aún áspera.

Le pasé los dedos por el pecho, conteniendo una sonrisa de triunfo al ver que su respiración se volvía entrecortada y excitada por mi contacto.

—Me encanta tu pecho. —Se echó a reír y murmuró:

—Lo mismo digo.

De todos modos, el suyo era perfecto. Definido, pero no voluminoso. Su pecho era ancho, con una piel suave que se extendía entre sus hombros musculosos y sus pectorales. Tracé una línea con el dedo índice. No se afeitaba el pecho ni se lo depilaba con cera como los hombres que veía en las revistas o en las pocas noches que pasaba hecha polvo delante de la televisión y sus insustanciales programas.

Will era todo un hombre, con un puñado de pelo oscuro en el pecho, un estómago liso y la línea de suave vello que bajaba desde su ombligo hasta su... Me incliné y pasé la lengua por su vello abdominal.

—Bien —gruñó, removiéndose impaciente debajo de mí—. Oh, Dios, sí.

—Y me encanta esta zona de aquí —dije, apartando la boca del lugar en el que quería tenerme y apoyándola en su cadera. Le bajé el bóxer solo un centímetro para escribir una «h» junto al hueso de la cadera y una «b» debajo. Me senté de nuevo para examinar mi obra con una sonrisa alegre—. Me gusta.

Él levantó un poco la cabeza para ver el lugar de su piel en el que había

escrito mis iniciales y me miró parpadeando.

—Lo mismo digo.

Recordé las palabras y los dibujos emborronados que me había quitado del cuerpo el otro día, y me llevé el rotulador al pulgar para garabatear sobre la yema hasta mojarla en tinta. La apoyé en su piel, justo debajo del punto en el que sobresalía el hueso de la cadera, con tanta presión que tomó aire de golpe. Acto seguido aparté la mano, dejando mi huella.

Me senté de nuevo y admiré mi obra.

—Joder —siseó, con los ojos fijos en aquella marca negra—. Es lo más excitante que me han hecho jamás, Hanna.

Sus palabras estremecieron una parte sensible de mi pecho e hicieron resurgir el conocimiento de que había otras mujeres, otras que le habían hecho cosas excitantes, otras que le hacían sentir bien.

Parpadeé para rehuir su mirada intensa. No quería que viese los pensamientos que me rondaban la cabeza, los pensamientos sobre sus «no novias». Will había sido bueno para mí. Me sentía sexy y divertida; me sentía deseada. No iba a estropearlo preocupándome por lo que sucedió antes de mí ni por lo que inevitablemente sucedería después. Joder, por lo que probablemente sucedía los días que no pasábamos juntos. Will nunca había dicho nada de cortar con las otras mujeres. Le veía casi todas las noches de la semana, pero no cada noche. Si algo sabía de él, era que valoraba la variedad y que era lo bastante pragmático para tener siempre un plan alternativo.

«Distancia... —me recordé—. Agente secreto. Entrar y salir indemne».

Will se incorporó debajo de mí y me chupó el cuello antes de mover la boca hasta mi oreja.

—Tengo que follarte. —Eché la cabeza hacia atrás.

—¿No hiciste eso anoche?

—Eso fue hace horas.

Sentí que se me ponía toda la piel de gallina y volví a olvidarme del té.

El aire seguía siendo fresco, pero empezaba a parecer primavera. Había hojas y flores, pájaros parloteando en los árboles y un cielo azul con la promesa de una temperatura mejor. Central Park me conmovía siempre en primavera: era

increíble que una ciudad de semejante tamaño y con tanta actividad pudiese esconder en su corazón una joya de color, agua y naturaleza.

Quería pensar en lo que debía hacer ese día o en el fin de semana de Pascua que ya se acercaba, pero sentía agujetas y estaba cansada, y tener a Will corriendo a mi lado me distraía cada vez más. El ritmo de sus pies contra el suelo, la cadencia de su respiración..., solo podía pensar en el sexo.

Podía recordar los músculos duros y definidos bajo mis manos, su forma serena y bromista de pedirme que lo mordiese, como si lo hiciese por mí, a sabiendas de que necesitaba soltar algo también en él y que quizá lo encontrase enterrado bajo su piel. Podía recordar cómo respiraba junto a mi oreja en mitad de la noche, con ritmo, conteniéndose durante lo que parecieron horas mientras hacía que me corriese una y otra vez.

Se levantó la camiseta y se enjugó la frente mientras continuaba corriendo, y mi mente volvió de forma encendida y brusca a la sensación que me producía su sudor cayéndome sobre el estómago, su semen sobre mi cadera en la fiesta. Dejó caer su camiseta, pero yo no pude apartar mis ojos del punto en el que acababa de mostrar su estómago.

—Hanna.

—¿Mmm?

Por fin conseguí llevar mis ojos al sendero que se extendía ante nosotros.

—¿Qué pasa? Pareces pensativa.

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza un instante.

—Nada.

Se detuvo, y en mi mente la cadencia sexual de sus caderas moviéndose contra las mías se interrumpió bruscamente. Pero la ternura entre mis piernas no desapareció en absoluto cuando se inclinó para mirarme a los ojos.

—No hagas eso.

Me llené los pulmones, y las palabras escaparon cuando exhalé el aire:

—De acuerdo, estaba pensando en ti.

Sus ojos azules recorrieron mi rostro antes de hacer un repaso al resto de mí: pezones duros y visibles bajo la camiseta suya demasiado grande que llevaba puesta, estómago hecho un nudo, piernas a punto de doblarse y, entre ellas, músculos tan tensos que apreté con más fuerza solo para aliviar el anhelo. Una sonrisita apareció en sus labios.

—¿Pensando en mí cómo?

Esta vez, cuando cerré los ojos los mantuve cerrados. Él decía que mi fuerza radicaba en mi sinceridad, pero en realidad lo hacía en el modo en que me hacía sentir cuando se lo contaba todo.

—Nadie me ha distraído nunca tanto.

Siempre había sido solo brío. Ahora mismo, era pasión, necesidad, deseo insaciable. Permaneció en silencio demasiado tiempo, y cuando volví a mirar lo encontré observándome, reflexionando. Necesitaba que bromease, que dijese algo obsceno y nos devolviese a ambos a la base de referencia de Hanna y Will.

—Sigue hablando —susurró por fin. Abrí los ojos y lo miré.

—Nunca me ha costado concentrarme, enfocarme en una tarea. Pero ahora... pienso en ti... —Me detuve—. Pienso en el sexo contigo todo el tiempo.

Jamás había notado el corazón tan grande mientras latía a punto de salirse del pecho. Me encantaba que Will me recordase que mi corazón era un músculo y mi cuerpo estaba hecho, en parte, para estar en carne viva, para comportarse como un animal, para follar. Pero no las emociones. No, desde luego.

—¿Y? —me pinchó.

«De acuerdo».

—Y me da miedo. —No pudo contener la sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque eres mi amigo... Te has convertido en mi mejor amigo.

Su expresión se suavizó.

—¿Y eso es malo?

—No tengo muchos amigos y no quiero fastidiarlo todo contigo. Eres muy importante para mí.

Sonrió y me apartó un mechón de pelo que tenía pegado en la mejilla sudorosa.

—Y tú para mí.

—Temo que esto de ser follamigos acabe como el rosario de la aurora.

Se echó a reír, pero no dijo nada en respuesta.

—¿A ti no te pasa? —pregunté, mirándolo a los ojos.

—No por las mismas razones que a ti. No creo.

¿Qué significaba eso? Aunque me encantaba la capacidad que tenía Will de contenerse, en aquel momento me entraron ganas de estrangularlo.

—Pero ¿no es raro que, aunque seas mi mejor amigo, no pueda dejar de pensar en ti desnudo? ¿En mí desnuda? ¿En nosotros desnudos juntos y en cómo me haces sentir cuando estamos desnudos? ¿En cómo espero hacerte sentir yo cuando estamos desnudos? Pienso mucho en eso.

Dio un paso adelante para apoyarme una mano en la cadera y la otra en la mandíbula.

—No es raro. Y ¿sabes una cosa, Hanna?

Cuando me pasó el pulgar por el cuello, donde el pulso latía enloquecido, supe que intentaba decirme que sabía cuánto me asustaba aquello. Tragué saliva y susurré:

—¿Qué?

—Ya sabes que para mí es importante hablar claro. —Asentí con la cabeza.

—Pero... ¿quieres hablar de esto ahora? Podemos hacerlo si quieres, aunque... —dijo, apretándome la cadera para infundirme seguridad— no tenemos por qué.

Sentí un ramalazo de pánico. Ya habíamos tenido esa conversación antes y no había salido bien. Yo me había asustado y él había retirado sus palabras. ¿Sería diferente esta vez? ¿Y cuál sería mi reacción si Will decía que me deseaba, pero que no era la única? Sabía lo que le diría. Le contestaría que aquello ya no me servía. Que con el tiempo... me alejaría. Sonriendo, negué con la cabeza.

—Aún no.

Ladeó la cabeza y sus labios se acercaron a mi oreja:

—Muy bien. Pero en ese caso debería decirte: nadie en absoluto me hace sentir como tú. —Pronunció cada palabra con cuidado, como si las tuviese colocadas sobre la lengua y hubiese de inspeccionarlas antes de poder soltarlas—. Y también pienso en el sexo contigo. Un montón.

No es que me extrañase que pensara en el sexo conmigo; sus continuos comentarios al respecto lo dejaban muy claro. Pero yo sospechaba que quería estar conmigo de alguna forma precisa, casi basada en un contrato, tal como

hacía con todas sus mujeres, cuyos términos se discutían y exponían en un acuerdo mutuo y estéril. Sencillamente, no sabía muy bien si para Will eso significaba follar con compromiso o... sin compromiso. Al fin y al cabo, si nadie lo hacía sentir como yo, era obvio que había alguien más intentándolo, ¿verdad?

—Me doy cuenta de que puede que hayas hecho... planes para este fin de semana —empecé, y él juntó las cejas en un gesto de frustración o confusión, no pude distinguirlo, aunque seguí a toda mecha—: Pero si es así, pero no quieres tener planes, o si no tienes planes, pero te gustaría tenerlos, deberías venir conmigo a casa por Pascua.

Se apartó lo justo para mirarme a la cara.

—¿Qué?

—Quiero que vengas a casa conmigo. Mi madre siempre prepara un brunch increíble en Pascua. Podemos salir el sábado y volver el domingo por la tarde. ¿Tienes planes o no?

—Pues..., no —dijo, negando con la cabeza—. Ningún plan. ¿Lo dices en serio?

—¿Se te haría raro? —preguntó.

—Raro no. Sería genial ver a Jensen y a tu familia. —Los ojos se le iluminaron de malicia—. Me doy cuenta de que probablemente no les contaremos nuestros recientes encuentros sexuales, pero ¿puedo verte las tetas mientras esté allí?

—¿En privado? —pregunté—. Quizá.

Se dio unos golpecitos en la barbilla, fingiendo reflexionar.

—Mmm... Lo que voy a decir va a sonar absolutamente repugnante, pero... ¿en tu cuarto?

—¿En mi cuarto de niña? Eres un perverso total —contesté, sacudiendo la cabeza—. Pero tal vez sí.

—Entonces cuenta conmigo.

—¿Solo ha hecho falta eso? ¿Unas tetas? ¿Tan fácil eres? —Se inclinó, me dio un beso en la boca y dijo:

—Si tienes que preguntarlo, es que aún no me conoces demasiado bien.

Will se presentó en mi apartamento el sábado por la mañana, tras aparcar un vetusto Subaru Outback de color verde en el hueco de la boca de incendios. Alcé las cejas paseando la mirada desde el coche hasta él y observando cómo hacía girar las llaves alrededor de un dedo en un gesto de orgullo.

—Muy bonito —dije, volviendo a entrar en casa el tiempo justo para coger mi bolsa de viaje.

Se hizo cargo de la bolsa y me besó en la mejilla.

—¿Verdad que sí? —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Lo tengo en un aparcamiento. Echo de menos este coche.

—¿Cuándo fue la última vez que lo condujiste? —pregunté. Se encogió de hombros.

—Ya hace tiempo.

Lo seguí escaleras abajo, tratando de no pensar en el lugar al que íbamos. Invitar a Will me había parecido una buena idea en su momento, pero ahora, apenas una semana más tarde, me preguntaba cómo iba a reaccionar todo el mundo y si podría guardarme para mí mi estúpida sonrisa o mantener las manos fuera de sus pantalones. Mientras me obligaba a dejar de mirarle el trasero, comprendí que no parecía tener muchas posibilidades de lograrlo.

Estaba increíble con sus vaqueros favoritos, una camiseta de Star Wars gastada y perfecta, y unas zapatillas de deporte verdes. Parecía estar tan relajado como nerviosa estaba yo.

En realidad, no habíamos hablado de lo que ocurriría cuando llegásemos. Mi familia estaba enterada de que habíamos quedado unas cuantas veces; después de todo, había sido idea de ellos. Sin embargo, seguro que aquello, lo que estaba sucediendo entre nosotros ahora, no formaba parte de su plan. Confiaba en que Liv nos guardase el secreto, porque si Jensen tenía noticia de las cosas que Will había hecho con el cuerpo de su hermana pequeña, existían muchas probabilidades de que hubiese una pelea a puñetazos o, como mínimo, algunas conversaciones horriblemente incómodas.

Era fácil mantener esa realidad bajo control cuando estábamos aquí, en la ciudad. Pero viajar a casa significaba afrontar la realidad de que Will era el mejor amigo de Jensen. Yo no podía actuar tal como hacía aquí, como si...

como si me perteneciese a mí.

Will colocó mi bolsa en el maletero y fue a abrir la puerta, asegurándose de apretarme contra el costado del coche y darme un beso largo y lento.

—¿Preparada?

—Sí —dije, recuperándome de mi pequeña epifanía.

Me gustaba muchísimo sentir que Will me pertenecía. Me miró y sonrió hasta que, al parecer, ambos nos dimos cuenta de que solo disponíamos de unas cuantas horas en el coche para disfrutar con naturalidad de aquella cómoda intimidad.

Me besó una vez más, tarareando contra mis labios y pasando su lengua suavemente por la mía antes de apartarse para que yo pudiese subir al coche. Tras rodear el coche, saltó al asiento del conductor y dijo de inmediato:

—¿Sabes? Podríamos tomarnos unos minutos y subir atrás. Podría bajar el asiento para que estuvieses cómoda. Sé que te gusta abrir mucho las piernas.

Puse los ojos en blanco y esboqué una sonrisa radiante. Will se encogió de hombros y arrancó el motor. El coche se puso en marcha con un rugido y Will metió una marcha, guiñándome el ojo antes de pisar el acelerador. Avanzamos bruscamente y nos detuvimos con una sacudida a pocos metros del bordillo.

Frunció el ceño, volvió a arrancar y consiguió incorporarse suavemente al tráfico en el segundo intento. Cogí su teléfono móvil del reposavasos y empecé a repasar su música. Me dedicó una mirada de reprobación, pero no hizo ningún comentario y volvió los ojos hacia la calzada.

—¿Britney Spears? —pregunté entre risas, y él alargó el brazo a ciegas, intentando quitármelo.

—Mi hermana —rezongó.

—Claro.

Llegamos a un semáforo de Broadway y el coche volvió a calarse. Will tosió y arrancó de nuevo. Soltó una maldición cuando se caló pocos minutos después.

—¿Estás seguro de que sabes manejar esto? —le pregunté con una sonrisita burlona—. ¿Llevas tanto tiempo siendo neoyorquino que has olvidado cómo se conduce?

Me fulminó con la mirada.

—Sería mucho más fácil si antes hubiésemos echado un polvo en el asiento de atrás. Me ayudaría a despejarme.

Miré por el parabrisas y volví a fijar la vista en él, sonriente. Me metí debajo de su brazo e inicié mi maniobra con la cremallera.

—¿Quién necesita el asiento trasero?

16

Apagué el motor y este siguió reverberando un momento en el silencio que siguió. A mi lado, Hanna estaba dormida, apoyando la cabeza en la ventanilla del pasajero. Habíamos aparcado frente a la casa de la familia Bergstrom en las afueras de Boston, rodeada de un amplio porche blanco alrededor de una estructura lisa de ladrillo. Las ventanas delanteras estaban enmarcadas por persianas azul marino y en el interior se intuían, más que verse, unas tupidas cortinas de color crema. La casa era grande y hermosa, y conservaba tantos y tantos recuerdos allí dentro que no quería ni imaginar lo que suponía para la propia Hanna volver allí.

Hacía un par de años que no iba por allí, desde la última vez que había acompañado a Jensen un fin de semana de verano cualquiera a ver a sus padres. Ninguno de los demás hijos estaba allí. Fue un fin de semana tranquilo y relajante, y había pasado la mayor parte del tiempo en la terraza de la parte de atrás, bebiendo gin-tonics y leyendo. Pero ahora estaba aparcado delante de la casa, sentado junto a la hermana de mi amigo, la mujer que acababa de hacerme allí, dentro del coche, dos de las mamadas más memorables de mi vida, la última hacía menos de una hora, cuando había acabado con los nudillos blancos de la fuerza con que me agarraba al volante mientras le metía la polla tan profundamente en la garganta que hasta la noté engullir mi semen cuando eyaculé. Definitivamente, tenía un talento innato para el sexo oral. Ella creía que necesitaba practicar más, y a mí no me importaba nada darle la razón para que pudiese seguir utilizándome como sujeto de prácticas.

En la ciudad, inmersos en el día a día, era fácil olvidar la conexión Jensen, la conexión con toda su familia. Era fácil olvidar que me matarían si se enterasen de lo que estábamos haciendo. Me había pillado desprevenido cuando Hanna había sacado el tema de Liv porque para mí era algo del pasado remoto, pero ese fin de semana tendría que enfrentarme a todo aquello: mi breve historia como antiguo rollo de Liv, como el mejor amigo de Jensen, como aprendiz en prácticas de Johan. Y tendría que enfrentarme a todo aquello mientras trataba de disimular al máximo que estaba coladito por Hanna.

Apoyé la mano en su hombro y la zarandeeé suavemente.

—Hanna.

Ella se sobresaltó un poco, pero lo primero que vio cuando abrió los ojos fue a mí. Estaba aturdida y medio dormida aún; sin embargo, sonrió como si tuviese ante ella su imagen favorita en el mundo y murmuró:

—Mmm... Hola. —Y, con esa reacción, se me incendió el corazón.

—Hola, Ciruela.

Ella sonrió tímidamente y volvió la cabeza para mirar por la ventana mientras se desperezaba. Cuando vio dónde habíamos aparcado, se llevó un sobresalto, se irguió en su asiento y se puso a mirar a su alrededor.

—Pero... ¡si ya hemos llegado!

—Sí, ya hemos llegado. —Cuando se volvió hacia mí, parecía bastante asustada.

—Esto va a ser un poco incómodo, ¿verdad? Te estaré mirando a la bragueta y Jensen me pillaré mirándote a la bragueta, y luego tú me mirarás las tetas y alguien se dará cuenta de eso también... ¿Qué pasa si te toco? O...

—Abrió mucho los ojos y añadió—: ¡O si te beso!

Su repentino ataque de pánico me tranquilizó enormemente. Solo uno de los dos podía sentirse incómodo al mismo tiempo. Negué con la cabeza.

—Todo va a ir bien —le dije—. Estamos aquí como amigos. Estamos visitando a tu familia en calidad de amigos, simplemente. No va a haber miraditas a mi aparato genital ni a tu delantera en público. Ni siquiera me he traído otra bragueta de recambio. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —repitió ella inexpresivamente—. Solo amigos.

—Porque eso es lo que somos, dicho sea de paso —le recordé, haciendo

caso omiso de las palpitaciones que sufría mi corazón, retorciéndose, dentro de mi pecho.

Se incorporó, asintió con la cabeza y accionó el tirador de la portezuela del coche.

—¡Amigos! —exclamó con entusiasmo—. ¡Somos un par de amigos que hemos venido a visitar a mi familia por Pascua! ¡Vamos a ver a tu viejo amigo, mi hermano mayor! ¡Gracias por traerme hasta aquí desde Nueva York, amigo mío, Will, mi amigo!

Se rió mientras se bajaba del coche y dio la vuelta al vehículo para sacar su bolsa del maletero.

—Hanna, cálmate —le susurré, apoyándole una mano tranquilizadora en la espalda. Noté cómo mi mirada reptaba por su cuello y se detenía en sus pechos—. No te pongas histérica.

—No mires ahí, William. Será mejor que empieces a disimular desde ya.

—Lo intentaré —susurré, riéndome.

—Yo también. —Guiñándome un ojo, murmuró—: Y acuérdate de llamarme Ziggy.

Helena Bergstrom daba unos abrazos tan fuertes y calurosos que parecía la típica «abrazaárboles» del noroeste de Estados Unidos. Solo su suave acento modulado y sus rasgos europeos delataban su origen noruego. Me dio la bienvenida fundiéndose conmigo en su habitual abrazo de osa. Al igual que Hanna, era más bien alta, y había envejecido muy bien, conservando toda su belleza. La besé en la mejilla y le di las flores que le habíamos comprado cuando paramos a repostar.

—Tú siempre tan detallista —dijo, cogiéndolas y haciéndonos pasar—. Johan aún no ha llegado del trabajo. Eric no puede venir. Liv y Rob están aquí, pero Jensen y Niels aún están de camino. —Miró por encima de mi hombro y arrugó la frente—. Va a llover, así que espero que estén todos aquí a la hora de la cena.

Recitar los nombres de sus hijos era tan natural para ella como respirar. ¿Cómo habría sido su vida, me pregunté, al cuidado de tantos hijos? Y a medida que iba casándose cada uno de ellos, aquella casa no haría más que

llenarse de más y más niños.

Sentí un ansia desconocida por formar parte de ella de algún modo, y luego pestañeeé y miré a otro lado. El fin de semana prometía ser bastante extraño ya de por sí para que, encima, yo añadiese el factor de mis emociones recién descubiertas.

En el interior, la casa parecía exactamente igual que hacía años, a pesar de que la habían redecorado. Todavía era acogedora, pero en lugar de los tonos azules y grises que recordaba de antes, ahora destacaban los marrones oscuros y los rojos intensos con muebles recargados y unas paredes de color crema y brillantes. En el recibidor y en el pasillo que se adentraba en el interior de la casa, me fijé en que, con redecoración o sin ella, Helena aún abrazaba la vida estadounidense con un generoso surtido de frases optimistas que se hacían pasar por cuadros en las paredes. Ya sabía lo que iba a ver en otros rincones de la casa: En el pasillo: «¡Vive, ama y ríe!».

En la cocina: «¡Una dieta equilibrada consiste en llevar una galleta en cada mano!».

En la sala de estar: «Nuestros hijos: les damos raíces para que puedan levantar el vuelo».

Cuando me pilló leyendo la que había más cerca de la puerta principal «Todos los caminos conducen a casa», Hanna me guiñó un ojo con una sonrisa de complicidad.

Cuando oí el ruido de unas pisadas bajando la escalera de madera justo al lado de la entrada, levanté la vista y me encontré con los brillantes ojos verdes de Liv. Sentí que se me encogía un poco el estómago.

No había ninguna razón para sentirme incómodo en presencia de Liv, porque ya la había visto un puñado de veces desde que nos enrollamos, la más reciente en la boda de Jensen hacía unos años, donde habíamos mantenido una agradable conversación sobre su trabajo en una pequeña empresa comercial en Hanover. Su novio, ahora marido, me había parecido simpático. En aquella ocasión me fui de allí sin darle más vueltas a cómo era la relación entre Liv y yo.

Sin embargo, eso era porque yo creía que nuestro breve escaqueo no había significado nada para ella, antes de saber que se había vuelto a Yale con el corazón roto después de las vacaciones de Navidad de hacía tantos años. Era

como si una gran parte de mi historia con la familia Bergstrom hubiese sido rescrita, conmigo en el papel del infame seductor, y ahora que estaba allí, me di cuenta de que no había hecho nada con el fin de prepararme mentalmente para enfrentarme a ello.

Me quedé rígido como una estatua mientras ella se acercaba a abrazarme.

—Hola, Will. —Sentí la presión de su enorme barriga de embarazada contra mi vientre y ella se rió, susurrando—: Abrázame, tonto.

Me relajé y la envolví con los brazos.

—Hola, Liv. Supongo que te puedo dar la enhorabuena.

Dio un paso atrás, acariciándose la barriga, y sonrió.

—Gracias. —Un brillo divertido le iluminó los ojos y me acordé de que Hanna la había llamado después de nuestra pelea, y que lo más probable era que Liv supiera exactamente lo que había entre su hermanita pequeña y yo.

Se me hizo un nudo en el estómago, pero lo deshice, decidido como estaba a hacer que el fin de semana transcurriese con la máxima normalidad posible.

—¿Y va a ser niño o niña?

—Será una sorpresa —contestó—. Rob quiere saberlo, pero yo no. Lo que significa, naturalmente, que gano yo.

Riendo, se apartó a un lado para que su marido pudiera estrecharme la mano. Seguimos charlando tranquilamente un rato más en la entrada: Hanna puso al día a su madre y a Liv sobre los últimos acontecimientos en la universidad, y Rob y yo estuvimos hablando de los Knicks hasta que Helena señaló hacia la cocina.

—Voy a volver ahí dentro. Bajad a tomaros un cóctel después de instalaros y deshacer las maletas.

Cogí las bolsas y seguí a Hanna por las escaleras.

—Dale a Will la habitación amarilla —indicó Helena.

—¿Es la misma habitación que tenía antes? —le pregunté, examinando el culo perfecto de Hanna.

Siempre había sido delgada, pero salir a correr estaba haciendo maravillas con sus curvas.

—No, antes estabas en la habitación de invitados, la blanca —dijo, y luego se volvió y me sonrió por encima del hombro—. Aunque no me

acuerdo de todos los detalles de ese verano, la verdad.

Me reí y pasé por su lado para ocupar el que iba a ser mi dormitorio esa noche.

—¿Dónde está tu habitación? —La pregunta salió de mis labios antes de pararme a pensar si era buena idea preguntárselo ni, desde luego, de asegurarme de que nadie nos había seguido hasta allí.

Volvió a mirar por encima del hombro, y luego entró en el dormitorio y cerró la puerta a su espalda.

—La mía está dos puertas más abajo.

Fue como si el espacio se redujera, y nos quedamos de pie, el uno frente al otro.

—Hola —susurró.

Fue la primera vez desde que salimos de Nueva York que pensé que todo aquello podía haber sido una tremenda equivocación. Estaba enamorado de Hanna, así que ¿cómo iba a conseguir que no se me notara cada vez que la miraba?

—Hola —acerté a decir. Ladeó la cabeza y murmuró:

—¿Estás bien? —Me rasqué la nuca.

—Es que... tengo ganas de besarte.

Se acercó unos pasos más para poder deslizar las manos por debajo de mi camisa y mi pecho. Me agaché y le planté un beso casto en la boca.

—Pero no debería hacerlo —le dije, rozándole los labios cuando volvió a acercarse para que la besara de nuevo.

—Probablemente no.

Desplazó la boca por encima de mi barbilla, por mi mandíbula, y empezó a chuparla, a mordisquearla. Debajo de la camisa, me arañaba el pecho con las uñas, demorándose ligeramente sobre mis pezones. En tan solo unos segundos ya estaba completamente empalmado, listo, y sentí cómo la fiebre me encendía la piel y me horadaba los músculos.

—Pero no me voy a conformar con solo besarte —le dije, advirtiéndola a medias para que se detuviera, y suplicándole a medias que siguiera adelante.

—Tenemos un poco de tiempo antes de que lleguen los demás —dijo. Retrocedió lo bastante para poder desabotonarme los tejanos—. Podríamos...

La sujeté de las manos, inmovilizándola. La parte más prudente estaba

ganando la batalla.

—Hanna... No puede ser.

—No haré ruido.

—Ese no es el único problema que tengo para follarte bajo el techo de la casa de tus padres... en pleno día, nada menos. ¿No acabamos de tener esta misma conversación ahí fuera?

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. Pero ¿y si este es el único momento que tenemos para estar solos? —me preguntó con una sonrisa—. ¿No quieres que tonteemos un poco aquí, los dos solos?

Se había vuelto completamente loca.

—Hanna... —susurré, cerrando los ojos y ahogando un gemido mientras me empujaba los tejanos y los calzoncillos hacia abajo y envolvía los dedos cálidos y firmes alrededor de mi verga—. No deberíamos, de verdad.

Se detuvo, sujetándome con delicadeza.

—Podemos hacerlo muy rápido. Por una vez.

Abrí los ojos y la miré. No me gustaba hacerlo rápido, nunca, pero aún menos con Hanna. Me gustaba tomarme mi tiempo. Pero si se me estaba ofreciendo ella misma y solo teníamos cinco minutos, podía aprovechar esos cinco minutos. El resto de la familia no había llegado aún, tal vez no importaba tanto en el fondo. Y entonces me acordé.

—Mierda. No he traído condones. No los he metido en la maleta. Por razones más que obvias. —Soltó un taco e hizo una mueca.

—Yo tampoco.

La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, ella mirándome con los ojos muy abiertos y suplicantes.

—No —le dije, sin que ella tuviera que decir una palabra.

—Pero hace años que tomo la píldora.

Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Mierda. El embarazo era la única cosa que siempre me había preocupado. Incluso en mis días más salvajes, nunca lo había hecho con nadie sin preservativo.

Además, en los últimos años me había hecho análisis de todo de forma regular.

—Hanna, por favor...

—No, tienes razón —dijo, recorriendo con el pulgar la punta de mi polla,

extendiendo las primeras gotas de líquido seminal—. No se trata solo de evitar un embarazo. Se trata de practicar sexo seguro...

—Nunca he tenido relaciones sexuales sin condón —solté.

¿Quién iba a decir que tenía instinto de muerte? Ella se quedó inmóvil.

—¿Nunca?

—Ni siquiera frotándome por fuera. Soy demasiado paranoico. —Abrió los ojos como platos.

—¿Y qué me dices de eso de «solo la puntita»? Creía que todos los hombres hacían eso de la puntita por costumbre.

—Soy paranoico y voy con mucho cuidado. Sé muy bien que basta con bajar la guardia una sola vez. —Le sonreí, sabía que lo entendería perfectamente.

Su mirada se ensombreció y la desplazó hasta mi boca.

—¿Will? Entonces, ¿esta sería tu primera vez?

Mierda. Cuando me miraba de esa manera, cuando su voz se volvía ronca y jadeante, estaba perdido. Entre nosotros no había solo una atracción física. Por supuesto que me habían atraído las mujeres antes, pero con Hanna había algo más, una química en la sangre, algo entre los dos que hacía clic y encajaba, que me hacía querer siempre un poco más. Si ella me ofrecía su amistad, yo quería su cuerpo. Si me ofrecía su cuerpo, quería secuestrar sus pensamientos. Si me ofrecía sus pensamientos, quería su corazón.

Y ahora, allí estaba ella, con el deseo de sentirme dentro de ella, solo yo, solo ella, y era casi imposible decirle que no. Pero lo intenté.

—De verdad que no creo que sea una buena idea. Deberíamos reflexionar con más calma sobre esa decisión.

«Sobre todo, si va a haber otros tíos implicados en tu “experimento”», pensé, aunque me abstuve de decirlo en voz alta.

—Solo quiero saber qué se siente. Yo tampoco he tenido nunca relaciones sexuales sin condón. —Sonrió, alzándose de puntillas para besarme—. Solo dentro. Solo un segundo.

—¿Solo la puntita? —le susurré, riendo.

Dio un paso hacia atrás y se apoyó en el borde de la cama, subiéndose la falda hasta las caderas y deslizándose las bragas por las piernas. Me miró, abrió los muslos y se recostó hacia atrás en los codos, manteniendo las

caderas elevadas en el borde del colchón. Lo único que tenía que hacer era dar un paso más y ya podría metérsela directamente. A pelo.

—Ya sé que es una locura y una estupidez, pero, Dios..., así es como haces que me sienta. —Deslizó la lengua y se mordió el labio inferior—. Te prometo que no haré ruido.

Cerré los ojos y supe tan pronto como dijo aquello que ya lo había decidido. La pregunta más importante era si yo podría contenerme y no hacer ruido. Me bajé aún más los pantalones y me situé entre sus piernas, sujetándome la polla e inclinando el torso sobre ella.

—Mierda. ¿Qué coño estamos haciendo? —dije.

—Sintiendo, nada más.

El corazón me martilleaba en la garganta, en el pecho, en cada centímetro de mi piel. Aquella era la última frontera del sexo. ¿Cómo era posible que hubiese hecho casi cualquier cosa excepto aquello?

Parecía tan sencillo..., algo casi inocente. Sin embargo, nunca había querido sentir nada tanto como quería sentirla a ella, piel con piel. Era como un ansia enfebrecida que se apoderaba de mi mente y mi razón, diciéndome el maravilloso placer que me daría hundirme en ella aunque solo fuese un segundo, solo para experimentar la sensación y con eso sería suficiente. Ella podría volver a bajar a su habitación, deshacer las maletas, asearse, y yo me masturbaría más fuerte y más rápido de lo que me había masturbado en mi vida. Estaba decidido.

—Ven aquí —me susurró, cogiéndome la cara.

Bajé el pecho hacia ella y abrí la boca para saborear sus labios, chupándole la lengua, engullendo sus sonidos. Podía sentir la fricción de los pliegues resbaladizos de su coño contra la parte inferior de mi polla, pero no era ahí donde quería sentirla. Quería sentirla toda ella a mi alrededor.

—¿Estás bien? —le pregunté, alcanzándole el clítoris con la mano para acariciárselo—. ¿Puedo hacer que te corras primero? No creo que debamos acabar así.

—¿Podrás hacer la marcha atrás?

—Hanna —susurré, chupándole la barbilla—. ¿Qué hay de eso de «solo la puntita»?

—¿Es que no quieres saber lo que se siente? —replicó ella, deslizando las

manos por encima de mi culo y balanceando las caderas—. ¿Es que no quieres sentirme a mí?

Lancé un gruñido, mordisqueándole el cuello.

—Eres muy muy mala.

Deslizó la mano hacia abajo, me apartó los dedos del clítoris y se apoderó de mí, frotándose mi polla en y alrededor de su dulce piel empapada. Gemí, soplándole el aliento en el cuello. Y entonces me guio al lugar exacto, sosteniéndome, esperando a que moviera las caderas.

Empujé hacia delante y de nuevo hacia atrás, sintiendo la sutil rendición de su cuerpo cuando mi glande se deslizó en su interior. Me adentré un poco más, apenas unos milímetros, lo justo hasta sentir la extensión progresiva de su vagina y me detuve, jadeando.

—Rápido —dije—. Y no hagas ruido.

—Te lo prometo —susurró.

Esperaba que estuviera caliente, pero no esperaba aquel ardor abrasador, no esperaba la sensación de carnosidad y humedad apabullante. No estaba preparado para el vértigo de sentirla en toda su plenitud, la sensación de su pulso palpitando alrededor de mi sexo, las pequeñas contracciones de los músculos, o sus gimoteos hambrientos en mi oído diciéndome lo nuevo y distinto que era para ella también.

—Jodeeerrr —gruñí, incapaz de dejar de deslizarme hasta el fondo—. No puedo... No puedo seguir follándote así. Es demasiado bueno... Me voy a correr enseguida.

Contuvo la respiración, aferrándose los brazos con tanta fuerza que me hacía daño.

—No pasa nada —acertó a decir y luego dejó escapar el aliento con un largo resoplido—. Siempre aguantas mucho rato. Quiero que sientas tanto placer que esta vez no puedas aguantar.

—Eres muy perversa —exclamé entre dientes y ella se rió, volviendo la cabeza para capturarme la boca con un beso.

Estábamos apoyados en la orilla de la cama, con las camisas aún puestas, mis tejanos en los tobillos y su falda a la altura de las caderas. Habíamos subido allí para deshacer las maletas, refrescarnos un poco e instalarnos. Aquello que estábamos haciendo no tenía nombre, pero estábamos logrando

no hacer ni un solo ruido y me convencí de que, si conseguía mantener la concentración, tal vez podría follármela lo suficientemente lento para que la cama no chirriase.

Sin embargo, entonces fui consciente de que estaba dentro de ella, follándomela a pelo, en casa de sus padres. Y casi me corrí solo de mirar al punto de unión entre nuestros cuerpos.

Me deslicé casi completamente fuera, deleitándome en lo empapado que estaba con sus secreciones, y volví a embestirla, despacio, y luego otra vez, y otra. Y, joder..., aquello era el fin. Se había acabado el sexo con cualquier mujer que no fuera ella y se había acabado lo de usar un condón con aquella mujer.

—Acabo de decidir una cosa —susurró con voz ronca, con la respiración sincopada—. Olvídate de salir a correr. Tenemos que hacer esto cinco veces al día. —Su voz era tan débil que apoyé la oreja en sus labios para oír lo que decía a continuación, pero lo único que entendí entre la niebla de sensaciones eran entrecortadas e inconexas palabras como «más duro», «piel», y «no te muevas de ahí después de llegar».

Fue esa última idea la que pudo conmigo, la que me hizo pensar en correrme dentro de ella, besándola hasta que intensificó sus movimientos enfebrecidos y urgentes de nuevo, y luego gruñó con fuerza mientras tensaba el cuerpo a mi alrededor. Podía follármela, permanecer allí, y follármela de nuevo antes de quedarme dormido dentro de ella.

Aceleré la velocidad, sujetándola por las caderas, encontrando el ritmo perfecto para no sacudir el armazón de la cama, para no golpear el cabecero contra la pared. Un ritmo que le permitía no seguir haciendo ningún ruido, con el que podía tratar de aguantar hasta llevarla al clímax..., pero era una batalla perdida, y apenas habían pasado unos minutos.

—Oh, mierda, Ciruela —gemí—. Lo siento. Lo siento. —Eché la cabeza hacia atrás y sentí el impulso de mi orgasmo disparándose por mis piernas, por mi espalda, llegando demasiado pronto.

Salí de ella y me sacudí la polla con fuerza con el puño mientras ella se tocaba entre las piernas y presionaba los dedos contra el clítoris. Fuera, en el pasillo, oí el ruido de unos pasos y, abriendo los ojos, miré a Hanna para ver si ella los había oído también, solo una fracción de segundo antes de que

alguien llamara a la puerta. Se me nubló la vista y sentí que empezaba a correrme. Mierda. Mierda...

—¡Will! —me llamó Jensen, gritando—. ¡Eh, estoy aquí! ¿Estás en el baño?

Hanna se incorporó bruscamente, con los ojos muy abiertos y con una expresión horrorizada de disculpa, pero ya era demasiado tarde. Cerré los ojos y me corrí en la mano, sobre la piel desnuda de su muslo.

—¡Un segundo! —resollé, bajando la vista hacia mi mano y observando las reverberaciones de mi sexo aún palpitante.

Me incliné sobre la cama y me apoyé con una mano en el colchón para mantener el equilibrio. Cuando miré a Hanna, parecía incapaz de apartar la mirada del lugar donde mi semen había aterrizado sobre su piel y..., mierda, también sobre su falda...

—¡Me estoy cambiando! Ahora mismo salgo —acerté a decir, con el corazón en la garganta, presa de la súbita oleada de adrenalina que circulaba por mis venas.

—Ah, genial. Pues te espero abajo —dijo, y oí el ruido de sus pasos alejándose.

—Mierda, tu falda... —Di un paso atrás y empecé a vestirme a toda prisa, pero Hanna no se había movido.

—Will... —susurró, y vi que aquella hambre familiar le ensombrecía el semblante.

—Mierda. —Nos habíamos salvado por los pelos. El pestillo de la puerta ni siquiera estaba echado—. No sé cómo...

Pero ella se recostó hacia atrás y tiró de mí para situarme encima de ella. Le traía completamente sin cuidado que su hermano pudiese entrar y sorprendernos. Porque... ¿se había ido, verdad? Aquella mujer me obligaba a hacer auténticas locuras.

Con el corazón aún latiéndome desbocado, me agaché, introduje dos dedos en su interior y deslicé la lengua sobre su coño mientras ella cerraba los ojos. Enterró las manos en mi pelo, levantando y sacudiendo las caderas en mi boca, y en apenas unos segundos, empezó a correrse, entornando los labios con un grito mudo. Se estremeció entre mis manos, elevando las caderas de la cama, estirándome del pelo con los dedos.

A medida que su orgasmo se iba apacando, continué moviendo lentamente los dedos dentro de ella, pero cubrí de besos un suave sendero que iba desde su clítoris a la parte interior de su muslo y hasta la cadera. Al final, apoyé la frente en su ombligo, tratando todavía de recuperar el aliento.

—Oh, Dios... —susurró cuando aflojó la presión de las manos sobre mi pelo y se las deslizó arriba y abajo sobre sus pechos—. Me vuelves completamente loca.

Retiré los dedos de su vagina y le besé el dorso de la mano, aspirando el aroma de su piel.

—Lo sé.

Hanna se quedó quieta en la cama durante un sosegado minuto y luego abrió los ojos, mirándome como si acabara de recobrar el juicio.

—Ufff. Por los pelos... —Asentí, riendo.

—Sí, ha estado a punto de pillarnos. Será mejor que nos cambiemos y bajemos ya. —Le señalé la falda con la cabeza—. Perdona por lo de la falda.

—Limpiaré la mancha y ya está.

—Hanna —dije, sofocando una risa de frustración—. No puedes bajar con una mancha gigante de semen en la falda, aunque la limpies con agua.

Se quedó pensativa y esbozó una sonrisa avergonzada.

—Tienes razón. Es que... creo que me gusta llevarla ahí.

—Qué pervertida eres...

Se incorporó mientras yo me subía los pantalones y fue besándome el abdomen a través de la camisa. Le envolví los hombros con mis brazos, estrechándola en ellos y simplemente disfrutando de la sensación de abrazar su cuerpo. Estaba completamente enamorado de esa mujer.

Al cabo de unos segundos, el sol se escondió detrás de una nube, sumiéndolo todo en leves sombras, proyectando un espectáculo muy hermoso, y la voz de ella surgió de entre la quietud:

—¿Has estado enamorado alguna vez?

Me quedé inmóvil, preguntándome si se lo habría dicho en voz alta, pero cuando bajé la vista, Hanna me miraba simplemente con curiosidad, con ojos serenos. Si cualquier otra mujer me hubiese preguntado aquello justo después de echar un polvo rápido, me habría entrado el pánico y habría sentido la urgente necesidad de escapar de aquella situación inmediatamente.

Con Hanna, sin embargo, en cierto modo la pregunta parecía incluso apropiada, a tenor del momento y las circunstancias, sobre todo teniendo en cuenta nuestra última temeridad. En los últimos años me había vuelto aún más prudente, si cabe, acerca de cuándo y dónde mantenía relaciones sexuales, y, boda de Jensen aparte, rara vez me metía en situaciones que pudiesen requerir una salida rápida o tener que dar explicaciones. Sin embargo, últimamente estar con Hanna siempre hacía que sintiese un poco de miedo, como si las veces que iba a poder sentirla así tuviesen un límite. La idea de tener que renunciar a ella me resultaba insoportable.

Solo había otras dos mujeres en mi vida por las que había sentido algo más profundo que un intenso cariño, pero nunca le había dicho a ninguna mujer «te quiero». Era raro, y a mis treinta y un años, sabía que eso me convertía en un tío raro, pero nunca había sentido el peso de esa rareza hasta ese preciso momento.

De pronto, recordé todos y cada uno de los comentarios displicentes que les había hecho a Max y Bennett sobre el amor y el compromiso. No es que no creyera en ellos, es que nunca me había sentido identificado con ninguno de los dos conceptos, exactamente. El amor siempre había sido algo que encontraría algún día impreciso de mi futuro, cuando más o menos ya hubiese sentado la cabeza o fuese menos aventurero. La imagen de mí mismo como seductor empedernido se parecía mucho al depósito de minerales que se forma sobre un cristal con el tiempo: no me había tomado la molestia de preocuparme por que se estuviese formando hasta que ya era casi imposible ver el otro lado.

—Supongo que no —susurró, sonriendo. Negué con la cabeza.

—Nunca le he dicho «te quiero» a nadie, si es a eso a lo que te refieres.

Aunque a Hanna le era imposible saber que se lo había dicho a ella, en silencio, casi cada vez que la había tocado.

—Pero ¿lo has sentido? —Sonreí.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros y señaló con la cabeza a la puerta del baño, que estaba seguro de que era compartido con la habitación de Eric.

—Voy a ir asearme.

Asentí con la cabeza, cerré los ojos y me desplomé en la cama cuando se

fue. Le agradecí a todos los poderes del universo que Jensen no hubiese entrado de improviso en el dormitorio. Eso habría sido un desastre. A menos que quisiésemos que su familia se enterase de lo que pasaba entre nosotros...

Pero estaba seguro de que, puesto que Hanna quería que lo nuestro siguiese siendo sexo sin compromiso entre amigos, íbamos a tener que andarnos con mucho más cuidado.

Consulté el correo pendiente, envié un par de mensajes y luego me aseo yo también en el cuarto de baño, con un poco de agua y jabón, frotando vigorosamente. Hanna se reunió conmigo en la sala de estar, con una sonrisa tímida.

—Siento haberte puesto entre la espada y la pared, antes, ahí arriba —dijo en voz baja—. No sé qué me ha entrado. —Pestañeó, sorprendida ante el doble sentido de sus propias palabras y tapándome la boca justo cuando iba a soltar la broma obvia—. No lo digas.

Riendo, miré hacia la cocina, por encima de su espalda, para asegurarme de que nadie podía oírnos.

—Ha sido alucinante. Pero, joder..., podríamos haberlo pagado muy caro.

Parecía avergonzada, y le sonreí, esbozando una mueca graciosa para hacerla reír. Con el rabillo del ojo vi una pequeña figurilla de cerámica de Jesucristo en una mesa auxiliar. La cogí, la sostuve entre los pechos de Hanna y exclamé:

—¡Eh! ¡Mira! He encontrado a Dios en tu escote, por fin.

Bajó la vista, estalló en carcajadas y empezó a zarandear los pechos, como para dejar a la figurilla gozar de tan maravilloso espectáculo.

—¡Dios en mi escote! ¡Dios en mi escote!

—Hola, chicos.

Al oír la voz de Jensen por segunda vez ese día, sacudí el brazo de inmediato y lo alejé al instante de las tetas de Hanna. Como si viese el movimiento a cámara lenta y el brazo no fuese mío, la figurilla de Jesús salió despedida por los aires y no me di cuenta de lo que había hecho hasta que la vi aterrizar en el suelo, varios metros más allá, y romperse en mil pedazos de cerámica.

—Oh, mierda... —exclamé, precipitándome hacia el escenario del desastre.

Me puse de rodillas, tratando de recoger los fragmentos más grandes, pero era un esfuerzo inútil. Algunas de las piezas eran tan pequeñas que estaban hechas polvo, literalmente. Hanna se agachó, muriéndose de risa.

—¡Will! ¡Te has cargado a Jesús!

—¿Se puede saber qué hacías? —preguntó Jensen, arrodillado para ayudarme.

Hanna salió de la habitación para ir a buscar una escoba, dejándome a solas con la persona que había sido testigo de gran parte de mis travesuras como chico malo cuando era un veinteañero. Me encogí de hombros a modo respuesta, tratando de no parecer que estaba jugando con las tetas de su hermana pequeña, sencillamente.

—Estaba mirándola. Quiero decir la figura, para ver lo que era. Y admirando la forma... de Jesús, quiero decir. —Me pasé la mano por la cara y me di cuenta de que estaba sudando.

—No sé, Jens, la verdad. Solo sé que me has asustado.

—¿Por qué estás tan nervioso? —preguntó, riéndose.

—Será por el trayecto en coche. Hacía mucho tiempo que no conducía.

Me encogí de hombros, todavía incapaz de sostenerle la mirada.

—Creo que necesitas una cerveza —me dijo Jensen, dándome una palmadita en la espalda.

Hanna volvió y nos echó de allí para poder barrer los fragmentos y recogerlos con una pala, pero no antes de lanzarme una mirada cómplice.

—Le he dicho a mamá que has roto esto y ni siquiera se acordaba de cuál de sus tías se lo regaló. Tranquilo, creo que no pasa nada.

Lancé un gemido, la seguí a la cocina y pedí disculpas a Helena con un beso en la mejilla. Ella me dio una cerveza y me dijo que me relajara.

En algún momento, mientras estaba arriba cepillándome a Hanna, o tal vez mientras me restregaba como un poseso su aroma de mi polla, de mis dedos y de mi cara, su padre había llegado a casa. ¡Dios santo! Ahora que había recobrado el juicio, lejos de la Hanna desnuda y de la puerta cerrada de la habitación, me di cuenta de lo insensatos que habíamos sido. ¿Qué demonios estábamos pensando?

Johan sacó la nariz de la nevera, donde había estado buscando una cerveza, y se acercó a saludarme con su característica mezcla de afecto y torpeza. Se le daba bien mirar a la gente a los ojos, pero era muy torpe con las palabras. Por lo general, eso significaba que siempre acababa mirando fijamente a su interlocutor mientras este, nervioso, se devanaba los sesos tratando de encontrar algo que decir.

—Hola —dije, devolviéndole el apretón de manos y dejando que me fundiera en su abrazo—. Siento lo de Jesús.

Retrocedió un paso, sonrió y dijo:

—Bah, no importa. —Y luego se calló y se quedó pensativo—. A menos que de repente te hayas vuelto religioso...

—Johan —lo llamó Helena, interrumpiendo nuestro intercambio, y me dieron ganas de darle un beso—. Cariño, ¿puedes comprobar el asado? Las judías y el pan ya están listos.

Johan se acercó al horno y sacó un termómetro para carne del cajón. Percibí la presencia de Hanna a mi lado y la oí entrechocar su vaso de agua con mi botella de cerveza.

—Salud —dijo con una sonrisa fácil—. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre —admití.

—No metas solo la puntita, Johan —exclamó Helena—. Mételo hasta el fondo.

Empecé a toser y sentí que la cerveza se me atragantaba y casi se me salía por la nariz. Me tapé la boca con la mano e intenté obligar a mi garganta a abrirse para poder tragar. Jensen corrió a situarse detrás de mí, dándome una palmada en la espalda y mirándome con una sonrisa enigmática. Liv y Rob ya estaban sentados a la mesa de la cocina, doblados de la risa.

—Joder, va a ser una noche muuuy larga —murmuró Hanna.

La conversación durante la cena transcurrió sin incidentes, dividiéndose en grupos más pequeños y luego incluyéndonos a todos de nuevo. Niels llegó cuando estábamos en mitad de la cena. Si Jensen era muy abierto y uno de mis más viejos amigos, Eric, solo dos años mayor que Hanna, era el desconocido de la familia. Era el mediano, el hermano reservado, y al que

nunca había llegado a tratar del todo. A sus veintiocho años, era un ingeniero que dirigía una empresa energética muy importante y casi un calco de su padre, pero sin las miradas directas y las sonrisas. Sin embargo, esa noche me sorprendió: se inclinó a besar a Hanna antes de sentarse y susurró:

—Estás guapísima, Ziggs.

—Es verdad —comentó Jensen, señalándola con el tenedor—. ¿Te has cambiado algo?

La estudié desde el otro lado de la mesa, tratando de ver lo mismo que ellos y sintiéndome ligeramente irritado ante lo que implicaban sus palabras. Para mí, estaba igual que siempre: cómoda en su propia piel, relajada. Nada obsesiva con la ropa o el pelo o el maquillaje... ¡porque no le hacía ninguna falta! Estaba guapa cuando se despertaba por las mañanas, radiante después de una sesión de running, perfecta cuando estaba debajo de mí, sudorosa en los minutos de después del coito.

—Humm... —dijo, encogiéndose de hombros y ensartando las judías verdes con el tenedor. No sé.

—Pareces más delgada —sugirió Liv, con la cabeza inclinada.

Helena acabó de masticar lo que tenía en la boca y dijo:

—No, es el pelo.

—A lo mejor la veis así porque Hanna es feliz, simplemente —ofrecí, con la mirada fija en mi plato mientras me cortaba un trozo de asado.

La mesa se quedó completamente en silencio y levanté la vista, nervioso al ver todos aquellos ojos abiertos como platos y mirándome fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No me di cuenta hasta entonces de que la había llamado por su nombre de pila, no Ziggy. Ella salvó la situación sin problemas.

—Salgo a correr todos los días —dijo—, así que sí, por eso estoy un poco más delgada. Y me he cortado el pelo. Pero hay algo más: estoy disfrutando mucho con el trabajo. Tengo amigos. Will tiene razón: soy feliz. —Miró a Jensen y le sonrió con descaro—. Sí, resulta que tenías razón. Y ahora, ¿podemos dejar de analizarme?

Jensen le devolvió la sonrisa y el resto de la familia mascullo alguna variación de «qué bien» y volvió a concentrarse en la comida, en silencio. Percibí la sonrisa de Liv clavada en mí, y cuando levanté la vista de mi plato,

me guiñó un ojo.

«Mierda», me dije.

—La cena está deliciosa —le dije a Helena.

—Gracias, Will.

Se hizo un profundo silencio y me sentí observado. Me había delatado. Tampoco era de gran ayuda que la cabecita decapitada de porcelana de Jesús me mirara con aquel aire sentencioso desde el aparador. Él lo sabía. Ziggy era un diminutivo tan arraigado en aquella familia como el demencial horario de trabajo del padre o la tendencia de Jensen a mostrarse sobreprotector. Ni siquiera conocía el verdadero nombre de pila de Hanna cuando había salido a correr con ella hacía casi dos meses. Pero a la mierda con todo eso. Lo único que podía hacer era asumirlo. Tenía que decirlo de nuevo.

—¿Sabéis que van a publicar un artículo de Hanna en Cel?

No había sido especialmente delicado, su nombre me había salido más fuerte que cualquier otra palabra, pero seguí adelante, sonriendo a todos los presentes en la mesa. Johan levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad, *sötnos*^[8]? —le preguntó, volviéndose a Hanna.

Esta asintió.

—Es sobre el proyecto de localización de *epítapos*^[9] del que os hablé. Estábamos investigando algo por azar y resultó ser algo muy interesante.

Aquello pareció llevar la conversación a un territorio menos peligroso y dejé escapar el aliento que había estado conteniendo. Cabía la posibilidad de que hubiese algo más estresante que conocer a los padres de tu novia, y eso era ocultárselo todo a la familia de tu novia. Pillé a Jensen observándome con una sonrisa, pero se la devolví y volví a concentrarme en mi plato.

«No hay nada que ver. Tú haz como si nada», pensé. Sin embargo, durante una pausa en la conversación, sorprendí a Hanna mirándome detenidamente, con una mezcla de sorpresa y reflexión.

—Oye, tú... —articuló.

—¿Qué? —respondí.

Negó con la cabeza lentamente, y al final interrumpió el contacto visual y bajó la vista. Me dieron ganas de buscarla debajo de la mesa con la pierna, deslizar el pie sobre el suyo y obligarla a mirarme de nuevo, pero aquello era como un campo sembrado de minas con tantas piernas que no eran la de

Hanna, y la conversación ya había pasado a otra cosa.

Después de cenar, ella y yo nos ofrecimos para lavar los platos mientras los demás se retiraban al salón a tomar un cóctel. Me dio un golpe con un trapo de cocina y yo la mojé con agua jabonosa.

Estaba a punto de abalanzarme sobre ella y darle un chupetón en el cuello cuando Niel apareció en la cocina para buscar otra cerveza y nos miró como si nos hubiésemos intercambiado la ropa.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó, con voz suspicaz.

—Nada —contestamos al mismo tiempo.

Para empeorarlo aún más, Hanna repitió:

—Nada. Solo estamos fregando los platos.

Vaciló unos segundos antes de tirar el tapón de la botella a la basura y volverse para reunirse con los demás.

—Hoy ya van dos veces que han estado a punto de pillarnos —dijo en voz baja.

—Tres —la corregí.

—Tonto. —Me miró sacudiendo la cabeza, y la sonrisa risueña le alcanzó los ojos—. Creo que no debería arriesgarme a colarme en tu habitación esta noche.

Empecé a protestar, pero entonces advertí la leve mueca burlona que asomaba a sus labios.

—Eres muy mala, ¿lo sabías? —murmuré, y alargué la mano para deslizarle el pulgar por el pezón—. Con razón Jesús no ha querido quedarse en tu escote...

Dio un respingo y me apartó el brazo de un manotazo, mirando por encima del hombro. Estábamos solos en la cocina, oyendo las voces apagadas de los demás en la otra habitación, y lo único que quería era estrecharla entre mis brazos y besarla.

—No lo hagas. —Me miró muy seria y pronunció las siguientes palabras con voz trémula, como si le costara un gran esfuerzo respirar—. O no podré contenerme.

Tras permanecer levantado varias horas charlando y poniéndome al día con Jensen, finalmente me fui a la cama. Me quedé mirando la pared durante una hora o así antes de darme por vencido y dejar de esperar oír los pasos de Hanna avanzando a hurtadillas por el pasillo o el crujido de la puerta al colarse en mi habitación.

De manera que me quedé dormido y no me enteré de nada cuando, efectivamente, se coló en mi habitación, se desvistió y se metió desnuda bajo las sábanas a mi lado. Me desperté al percibir la piel lisa y suave de su cuerpo enroscándose en el mío.

Me acariciaba el pecho con las manos mientras me succionaba el cuello, la barbilla y el labio inferior con la boca. Yo ya estaba empalmado y listo para entrar en acción antes de haberme despertado del todo, y cuando lancé un gemido, Hanna me cubrió la boca con la mano y me recordó que no debíamos hacer ruido.

—¿Qué hora es? —murmuré, aspirando el suave aroma de su pelo.

—Poco más de las dos.

—¿Estás segura de que no te ha oído nadie? —le pregunté.

—Los únicos que podrían oírme en esta punta del pasillo son Jensen y Liv. Jensen ha puesto el ventilador, y no aguanta ni diez minutos despierto cuando ese cacharro se pone en marcha, así que sé que está dormido.

Me reí porque sabía que tenía razón. Había compartido habitación con él durante años, y odiaba ese maldito ventilador.

—Y Rob está roncando —murmuró, besándome la barbilla—. Liv tiene que quedarse dormida antes que él o sus ronquidos la tienen en vela toda la noche.

Complacido porque se hubiese colado con tanto sigilo, y porque nadie iba a llamar a la puerta e interrumpirnos mientras hacíamos el amor, rodé por la cama hasta colocarme en mi lado, atrayéndola a ella conmigo.

Hanna se acurrucó con intención evidente de hacer el amor, pero no parecía que quisiese un polvo rápido. Había algo más, algo agazapado bajo la superficie. Lo vi por cómo mantenía los ojos abiertos en la oscuridad, por cómo me besaba con aquel ansia y determinación, cada caricia era un tanteo vacilante, como si quisiera preguntarme algo. Lo vi por la forma en que llevó mi mano hasta donde quería que estuviera: en su cuello, por sus pechos, hasta

detenerse en su corazón.

Le palpitaba con muchísima fuerza. Su dormitorio solo estaba a unas cuantas puertas pasillo abajo, no podía latirle así por el esfuerzo. Estaba nerviosa por algún motivo, y abrió y cerró la boca varias veces bajo la luz de la luna, como si quisiera hablar pero le faltara el aliento.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, susurrándole al oído.

—¿Todavía hay otras en tu vida? —me preguntó.

Me retiré hacia atrás y me la quedé mirando, confuso. «¿Otras mujeres?» Había querido volver a mantener aquella conversación cientos de veces, pero su sutil empeño de eludirla había hecho mella en mi necesidad de dejar las cosas claras. Era ella la que quería salir con otros hombres, la que no confiaba en mí y la que no creía que tuviéramos que mantener una relación en exclusiva. ¿O acaso la había malinterpretado? Para mí, no había nadie más que ella.

—Creía que era eso lo que querías... —respondí.

Estiró el cuello para besarme. Su boca era ya algo muy familiar, capaz de amoldarse a la mía con el ritmo pausado de los besos suaves que iban volviéndose cada vez más tórridos, y me pregunté por un enfebrecido instante cómo podía imaginarse a sí misma compartiendo su cuerpo con otra persona que no fuera yo. Me atrajo hacia sí y bajó la mano para deslizar mi sexo por su piel.

—¿Hay alguna regla sobre tener relaciones sin protección dos veces en un mismo día? —Le lamí la piel por debajo de la oreja.

—Creo que la regla debería ser que no podemos tener otros amantes.

—Entonces, ¿rompemos esa regla? —preguntó, levantando las caderas.

«A la mierda. A la mierda ese ruido».

Abrí la boca para protestar, para ponerme firme y decirle que ya me había hartado de aquella discusión inexistente que no nos llevaba a ninguna parte, pero entonces emitió un quejido intenso y hambriento y arqueó el cuerpo, de forma que me hundí en ella y me mordí el labio para sofocar un gemido. Aquello era irreal. Había tenido relaciones sexuales miles de veces y nunca, jamás, había experimentado nada parecido.

Percibí el sabor de la sangre en mis labios y las llamaradas de fuego en cada trozo de piel que me tocaba, pero entonces empezó a dibujar círculos

con las caderas, encontrando su placer bajo mi cuerpo, y sentí que las palabras se me disolvían en el cerebro.

«Solo soy un hombre, maldita sea. No soy un dios. Soy incapaz de resistirme a tomar a Hanna ahora y dejar lo otro para más tarde».

Me sentí como un tramposo. Ella no iba a entregarme su corazón, pero sí su cuerpo, y tal vez si acumulaba una cantidad suficiente de su placer y me lo guardaba, podría fingir que era algo más. En ese momento no me importaba lo mucho que podía llegar a lamentarlo más tarde.

17

Nunca había sido así, jamás. Lento. Casi tan lento que no estaba segura de que ninguno de nosotros pudiese llegar al orgasmo, y ni siquiera me importaba. Nuestros labios se hallaban a solo unos milímetros de distancia, compartiendo la respiración, los ruidos y los susurros con que nos preguntábamos: «¿Sientes eso? ¿Puedes sentir eso?».

Yo lo sentía. Sentía cada uno de los latidos de su corazón bajo la palma de mi mano, y el modo en que sus hombros temblaban encima de mí. Sentía las palabras sin formar en sus labios, cómo parecía tratar de decir algo... Quizá lo mismo que yo había estado eludiendo desde que me había colado en su habitación a oscuras. Incluso antes de eso.

No parecía comprender lo que yo pedía. Nunca había esperado que fuese tan difícil arriesgarme. Habíamos hecho el amor en el auténtico sentido de la frase: su piel, mi piel, nada más entre nosotros. Me llamó Hanna en la mesa de la cena...

Creo que hasta ese momento nadie había pronunciado jamás aquel nombre en voz alta en esa casa.

Y aunque Jensen, el mejor amigo de Will, estaba en la otra habitación, Will se había quedado conmigo para fregar los platos. Me dedicó una mirada intencionada antes de que me fuese a la cama y me mandó un mensaje de buenas noches, diciendo:

«Por si tienes alguna pregunta, la puerta de mi dormitorio permanecerá abierta».

Parecía que fuese mío cuando estábamos en una habitación llena de

gente. Pero aquí, solos tras su puerta cerrada, de pronto resultaba muy confuso.

«¿Todavía hay otras en tu vida?»

«Creía que era eso lo que querías...»

«Creo que la regla debería ser que no podemos tener otros amantes».

«Entonces, ¿rompemos esa regla?»

«... Silencio».

Pero ¿qué esperaba yo? Cerré los ojos, rodeándolo más fuerte con los brazos mientras salía casi del todo para volver a deslizarse despacio en mi interior, centímetro perfecto a centímetro perfecto, gruñendo suavemente contra mi oreja.

—¡Qué bien, Perla!

Movió las caderas contra las mías, deslizando una mano por mis costillas hasta cogerme el pecho y limitarse a sostenerlo, pasando el pulgar por la punta endurecida.

Me encantaban los sonidos profundos e irregulares de su placer, que contribuían a hacerme olvidar que no me había dicho las palabras que yo quería oír esa noche. Quería que dijese: «Ya no hay ninguna otra mujer». Quería que dijese: «Ahora que estamos haciéndolo sin protección, no romperemos esa regla jamás».

Pero él había sido quien había iniciado esa conversación, y yo quien la había terminado. ¿Era realmente cierto que solo le interesaba que fuésemos follamigos, o no estaba dispuesto a ser él quien sacase de nuevo el tema? ¿Y por qué me mostraba tan pasiva? Era como si mi miedo a fastidiarla me hubiese dejado sin palabras.

Arqueó el cuello hacia atrás, gruñendo con suavidad mientras entraba y salía de mí, dolorosamente despacio. Cerré los ojos y clavé los dientes en su cuello, mordiéndolo, concentrándome en darle placer. Quería que me desease tanto que no le importase mi falta de experiencia o de seguridad.

Quería encontrar un modo de borrar el recuerdo de todas y cada una de las mujeres que llegaron antes que yo. Quería sentir y saber que me pertenecía. Por un doloroso instante me pregunté cuántas mujeres habrían pensando exactamente lo mismo.

«Quiero sentir que eres mío». Me pegué a su pecho para obligarlo a

tumbarse de espaldas y poder situarme encima de él. Nunca había estado sobre Will al hacer el amor y lo miré insegura mientras guiaba sus manos hasta mis caderas.

—Nunca he hecho esto. —Se agarró la base con una mano y me guio sobre él. Gruñó cuando me dejé caer.

—Busca lo que te resulte agradable —murmuró, mirándome—. Ahora es cuando diriges tú.

Cerré los ojos, probando cosas distintas y esforzándome por no sentirme ridícula debido a mi inexperiencia. Era tan exageradamente consciente de la sensación que tensaba mis costillas que me pregunté si me movía de forma diferente, más ordinaria, menos despreocupada y sexy. No tenía ni idea de si le resultaba agradable a él.

—Enséñame —susurré—. Me da la sensación de que no lo estoy haciendo bien.

—Lo haces perfecto. ¿Me tomas el pelo? —murmuró Will contra mi cuello—. Quiero durar toda la noche.

Empecé a sudar, no por el esfuerzo, sino porque estaba tan encendida que creí que mi piel iba a estallar. La vieja cama crujía y no podíamos movernos como solíamos: con energía y utilizando durante horas todo el colchón, el mueble y las almohadas. Antes de que pudiese darme cuenta de lo que sucedía, Will me levantó de su cuerpo, me llevó hasta el suelo y se sentó debajo de mí para que pudiese volver a colocarme encima. De ese modo me penetró mucho más hondo; la tenía tan dura que yo sentía su presión en algún lugar tierno y desconocido. Su boca abierta se movía por mi pecho, y agachó la cabeza para chuparme y succionarme el pezón.

—Quiero que me folles —gruñó—. Aquí abajo no tienes que preocuparte por el ruido.

Will creía que estaba preocupada por los crujidos de la cama. Cerré los ojos, balanceándome cohibida, y justo cuando iba a parar y decirle que aquella postura no me iba bien, que me ahogaba en palabras y preguntas sin respuesta, me besó la mandíbula, la mejilla y los labios, y susurró:

—¿Dónde estás en este momento? Vuelve conmigo. —Me inmovilicé sobre él y apoyé la frente en su hombro.

—Estoy pensando demasiado.

—¿En qué?

—De repente estoy nerviosa. Tengo la impresión de que eres mío solo durante estos momentos.

Supongo que eso no me gusta tanto como creía. Deslizó el dedo bajo mi barbilla y me levantó la cara para obligarme a mirarlo. Su boca se apoyó contra la mía y me dijo:

—Seré tuyo cada segundo, si eso es lo que quieres. Solo tienes que decírmelo, Perla.

—No me rompas el corazón, ¿vale? —A pesar de la oscuridad, pude ver que fruncía el ceño.

—Ya has dicho eso antes. ¿Por qué crees que sería capaz de romperte el corazón? ¿Por qué crees que podría hacerlo siquiera?

Su voz sonaba tan apenada que también estremeció una parte sensible y tensa de mí.

—Creo que podrías hacerlo. Aunque no quisieras, creo que podrías hacerlo ahora. —Suspiró y apoyó la cara en mi cuello.

—¿Por qué no me das lo que quiero?

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

Cambié de posición para tener las rodillas más cómodas, pero al hacerlo me deslicé arriba y abajo de su polla. Él me inmovilizó cogiéndome con fuerza de las caderas.

—No puedo pensar cuando haces eso. —Tras respirar hondo varias veces, susurró—: Solo te quiero a ti.

—Entonces, ¿habrá otras personas? —le susurré mientras le pasaba los dedos entre el pelo de la nuca.

—Creo que eres tú quien tiene que decirme eso a mí, Hanna.

Cerré los ojos, preguntándome si aquello sería suficiente. Podía decirle que no saldría con nadie más, y me imaginaba que él accedería a hacer lo mismo. Pero no quería que dependiese de mí. Si Will iba a ir en serio, a estar con una sola persona, tenía que ser algo que no fuese negociable para él, tenía que ser él quien quisiera cortar con las otras debido a lo que sentía por mí. No podía ser una decisión informal, algo inseguro, un «lo que tú decidas». Entonces su boca encontró la mía, y me dio el beso más dulce y tierno que me había dado jamás.

—Te dije que quería intentarlo —susurró—. Fuiste tú quien dijo que no saldría bien. Sabes quién soy. Sabes muy bien que deseo cambiar por ti.

—Yo también lo deseo.

—Vale.

Me besó y volvimos a tomar el ritmo: pequeños empujones suyos debajo de mí, minúsculos círculos míos encima. Sus espiraciones eran mis inspiraciones. Sus dientes se deslizaban deliciosamente sobre mis labios.

Nunca en mi vida me había sentido tan cerca de otro ser humano. Sus manos estaban por todas partes: mis pechos, mi cara, mis muslos, mis caderas, entre mis piernas... Su voz resonaba grave y alentadora en mi oído, diciéndome lo agradable que era tocarme, lo poco que le faltaba para correrse, que me necesitaba hasta tal punto que tenía la sensación de trabajar cada día solo para volver conmigo. Dijo que estar conmigo era como estar en casa.

Y cuando me precipité, no me importó moverme de forma torpe o irregular, mostrarme inexperta o ingenua. Solo me importó que sus labios estuviesen apoyados con firmeza en mi cuello y sus brazos me estrechasen tan fuerte que el único modo en que podía moverme era acercarme a él.

—¿Preparada? —preguntó Will el domingo por la tarde, tras deslizarse en mi dormitorio y darme un breve beso en la mejilla.

La mayor parte de la mañana se había desarrollado así: un beso a escondidas en un pasillo vacío, una apresurada sesión de toqueteos en la cocina...

—Casi. Estoy metiendo en la bolsa de viaje unas cuantas cosas que me ha dado mi madre.

Noté que sus brazos me rodeaban la cintura con solidez y me incliné hacia atrás, fundiéndome con él. No me había dado cuenta de lo mucho que Will me tocaba hasta que había dejado de poder hacerlo libremente. Siempre había sido táctil: pequeños roces de sus dedos, una mano apoyada en mi cadera, su hombro chocando contra el mío... Sin embargo, me había acostumbrado tanto y me sentía tan cómoda que ya ni me fijaba. Ese fin de semana había sentido la pérdida de cada uno de aquellos pequeños

momentos, y ahora no tenía suficiente. Ya me estaba planteando cuántos kilómetros tendríamos que dejar entre el coche y la casa de mis padres antes de poder decirle que parase y cumpliera su oferta de poseerme en el asiento trasero.

Apartó mi coleta a un lado y sus labios se movieron por mi cuello hasta detenerse justo debajo de mi oreja. Oí el tintineo de las llaves en su mano y sentí el frío metal contra mi estómago, donde la camiseta se me había levantado un poquito.

—No debería hacer esto —dijo—. Creo que Jensen intenta acorralarme desde el brunch, y la verdad es que no deseo morir.

Sus palabras me helaron la sangre, y me alejé para coger una camiseta que estaba al otro lado de la cama.

—Parece típico de Jensen —murmuré, encogiéndome de hombros.

Sabía que a mi hermano mayor se le haría raro. Joder, también se nos haría raro a Will y a mí cuando la familia se enterase de lo nuestro. Sin embargo, llevaba toda la mañana recordando la noche anterior en la habitación de invitados. Tenía ganas de preguntarle a plena luz del día: «¿Dijiste en serio eso de que solo me deseabas a mí?». Porque estaba lista por fin para dar el salto. Cerré la cremallera de la bolsa de viaje y, cuando me disponía a cogerla, Will alargó la mano y agarró el asa.

—¿Puedo coger esto?

Noté su calor y el aroma de su champú. Cuando se enderezó, no se apartó, no se movió para poner distancia entre nosotros. Cerré los ojos y sentí que me mareaba, abrumada por aquella proximidad que parecía vaciar de aire la habitación. Me levantó la barbilla y apoyó sus labios en los míos con un toque lento y persistente. Me moví hacia él, persiguiendo el beso. Sonrió.

—Meto esto en el coche y nos marchamos, ¿vale?

—Vale. —Me pasó el pulgar por el labio inferior.

—Pronto estaremos en casa —susurró—. Y no me iré a mi apartamento.

—Vale —volví a decir con las piernas temblorosas.

Sonriente, tomó la bolsa y salió de la habitación. Apenas podía mantenerme de pie. Bajé y me encontré a mi hermana en la cocina.

—¿Ya os vais? —preguntó Liv, rodeando la encimera para darme un abrazo.

Me apoyé en mi hermana, asintiendo con la cabeza.

—¿Ya ha salido Will?

Miré por la ventana de la cocina, pero no lo vi. Estaba deseando estar en la carretera y decirlo todo a plena luz del día, donde no fuese posible ignorarlo.

—Creo que ha salido por detrás para despedirse de Jens —dijo ella, volviendo hacia el cuenco de moras que estaba lavando—. Desde luego, hacéis muy buena pareja.

—¿Qué? No. —Unas galletas se enfriaban sobre la encimera y cogí un puñado que guardé en una bolsa de papel marrón—. Te lo dije. No es así, Liv.

—Di lo que quieras, Hanna. Ese chico está locamente enamorado. La verdad, me extrañaría ser la única que se ha fijado.

Empecé a acalorarme y negué con la cabeza. Cogí dos vasos de porexpán del armario, los llené de café con una enorme jarra de acero inoxidable, y añadí azúcar y leche al mío, y solo leche al de Will.

—Creo que el embarazo te ha atontado. La cosa no va por ahí.

Mi hermana no era idiota. Estoy segura de que oyó la mentira en mi voz con tanta claridad como yo.

—Quizá no para ti —dijo, sacudiendo la cabeza en un gesto de escepticismo—. Aunque, la verdad, tampoco me trago eso.

Contemplé la ventana. Sabía en qué situación estábamos Will y yo... o al menos eso creía. Las cosas habían cambiado en los últimos días y ahora estaba deseosa de definir aquella relación. Hasta ese momento me daba miedo ponerle límites porque creía desear más espacio para respirar. Creía que me disgustaría oír cómo me encajaba en su programa tal como hacía con otras mujeres.

Últimamente, mi deseo de evitar la conversación tenía que ver más con mantener mi propio corazón enjaulado que con la libertad que él le daba al suyo. Sin embargo, era un ejercicio inútil. Yo sabía que debíamos mantener ya esa conversación, la que él había intentado mantener antes. La que habíamos iniciado la noche anterior.

Tendría que proclamar mis intenciones, arriesgarme. Ya era hora. Se oyó un portazo y di un bote. Miré parpadeando el café que seguía removiendo.

Liv me tocó el hombro.

—De todas formas, tengo que hacer de hermana mayor solo un momento. Ten cuidado, ¿vale? —dijo—. Estamos hablando del infame Will Sumner.

Y esa, justo esa, era la razón número uno por la que me aterraba estar cometiendo un error.

Provista de café y aperitivos para la carretera, inicié la ronda de despedidas. Mi familia estaba desperdigada por toda la casa, pero los únicos a los que no pude encontrar fueron mi hermano y Will.

Salí por la puerta principal y eché a andar por el sendero de grava para ver si estaban junto al coche. Me acerqué al garaje y me detuve al oír sus voces en el frío aire de la mañana, por encima de los pájaros y el crujido de los árboles sobre mi cabeza.

—Solo me pregunto qué está pasando entre vosotros —oí que decía mi hermano.

—Nada —dijo Will—. Quedamos de vez en cuando. De acuerdo con tus deseos, podría añadir.

Fruncí el ceño, recordando ese viejo dicho que desaconseja escuchar a escondidas, porque seguramente no te gustará lo que oigas.

—¿Qué quieres decir con eso de «quedar»? —inquirió Jensen—. Pareces tener mucha confianza con ella.

Will fue a hablar, pero se detuvo, y retrocedí para asegurarme de que mi sombra no resultase visible desde el garaje.

—Salgo con unas cuantas personas —empezó Will, y pude imaginar cómo se rascaba la mandíbula—. Pero no, Ziggy no es una de ellas. Solo es una buena amiga.

Me quedé helada. Se me puso la piel de gallina y, a pesar de saber que Will solo estaba siguiendo las reglas que habíamos acordado, se me cayó el alma a los pies. Will siguió hablando:

—La verdad es que... me interesa explorar algo más con una de las mujeres con las que salgo.

Mi corazón empezó a martillar contra las costillas y sentí la tentación de dar un paso adelante e impedirle hablar demasiado. Pero entonces añadió:

—Así que me parece que debería cortar con las otras mujeres a las que veo. Creo que por primera vez puede que quiera más..., pero esa chica se anda con pies de plomo, y me resulta difícil dar ese paso y cortar con la vieja rutina, ¿sabes?

Mis brazos cayeron como lánguidos fideos y me apoyé en la puerta. Mi hermano dijo algo en respuesta, pero yo ya no estaba escuchando.

Decir que el ambiente en el coche era tenso habría sido ridículo. Llevábamos casi una hora en la carretera y yo apenas había dicho dos palabras seguidas.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿Está bien la temperatura? ¿Demasiado calor? ¿Demasiado frío?

—Bien.

—¿Podrías introducir esto en el GPS?

—Claro.

—¿Te importa si paramos para ir al lavabo?

—Vale.

Lo peor era que estaba segura de que me estaba comportando de forma infantil e injusta. Con lo que Will le dijo a Jensen, solo estaba siguiendo las reglas que yo había establecido. En realidad, antes de la noche anterior, nunca había esperado que saliese conmigo en exclusiva.

«Abre la boca, Hanna. Dile lo que quieres».

—¿Estás bien? —preguntó, agachándose brevemente para mirarme a los ojos—. Llevas un rato respondiendo con monosílabos.

Me volví y observé su perfil mientras conducía: la sombra de barba de su mandíbula, sus labios curvados en una sonrisa por el simple hecho de saber que lo estaba mirando. Me dedicó un par de breves ojeadas, me cogió la mano y la apretó. Lo nuestro era mucho más que sexo. Will era mi mejor amigo. Era el hombre al que yo quería llamar «novio».

Una oleada de náuseas me embargó ante la idea de que Will hubiese estado con otras mujeres durante todo ese tiempo. Estaba segura de que después de ese fin de semana no volvería a estar con ellas porque, madre mía, lo habíamos hecho sin condón. Si eso no justificaba una seria conversación,

no sabía qué podía hacerlo.

Me sentía muy cercana a él; realmente sentía que nos habíamos convertido en mucho más que amigos.

Me tapé los ojos con las manos, sintiéndome celosa y nerviosa y..., por Dios, impaciente por resolver la cuestión de una vez. ¿Por qué resultaba fácil hablar con Will de todos los sentimientos que yo tenía salvo de los que necesitábamos declarar entre nosotros?

Paramos en una gasolinera para repostar y me distraje repasando la música de su móvil mientras escogía la secuencia adecuada de palabras en mi cabeza. Encontré una canción que sabía que él odiaba y sonreí, observando cómo colgaba la manguera del surtidor y volvía hacia su lado del coche.

Subió, y su mano se inmovilizó con la llave metida en el contacto.

—¿Garth Brooks?

—Si no te gusta, ¿por qué lo tienes en el móvil? —bromeé.

Pensé que aquello estaba bien, que era un comienzo. Las palabras reales eran un paso en la dirección adecuada. «Entabla conversación, Hanna. Prepara un aterrizaje suave y luego salta». Me dedicó una falsa mirada agria, como si hubiese probado algo asqueroso, y arrancó el motor.

Las palabras empezaron a dar vueltas por mi cabeza: «Quiero ser tuya. Quiero que seas mío. Por favor, dime que no has estado con nadie más en las dos últimas semanas, cuando las cosas parecían irnos tan bien. Por favor, dime que no han sido imaginaciones mías».

Abrí su iTunes y empecé de nuevo a repasar su música en busca de algo mejor, de alguna canción que aliviase mi mal humor y me infundiese seguridad en mí misma. En ese momento, un mensaje de texto apareció en su pantalla.

¡Perdona, no lo vi ayer! ¡Sí! Estoy libre el martes por la noche y tengo muchas ganas de verte. ¿En mi casa? Besos y abrazos.

KITTY

Creo que pasé un minuto entero sin respirar.

Desconecté la pantalla y me hundí más aún en mi asiento, sintiéndome como si algo se me hubiese metido en la garganta y me hubiese hecho un nudo en el estómago. La adrenalina corrió por mis venas, formando en ellas

una espiral de vergüenza y enfado. En algún momento entre follarme sin condón en casa de mis padres la tarde anterior y besarme el cuello esa mañana, Will le había mandado un mensaje a Kitty para quedar el martes.

Miré por la ventanilla mientras salíamos de la gasolinera y volvíamos a la carretera, dejando caer el móvil suavemente sobre sus rodillas. Unos minutos más tarde echó un vistazo a su móvil y volvió a dejarlo sin una palabra.

Estaba claro que había visto el mensaje de Kitty, y no dijo nada. Ni siquiera parecía sorprendido. Hubiese querido que se me tragase la tierra.

Llegamos a mi apartamento, pero no hizo ningún intento de subir. Llevé mi bolsa hasta la puerta y nos quedamos allí, incómodos.

Me apartó un rizo de la mejilla y se apresuró a dejar caer la mano cuando hice una mueca.

—¿Seguro que estás bien? —Asentí con la cabeza.

—Solo cansada.

—Supongo que nos veremos mañana, ¿no? —preguntó—. La carrera es el sábado, así que probablemente deberíamos hacer un par de circuitos más largos a principios de la semana y luego descansar.

—Suena bien.

—Entonces, ¿nos vemos por la mañana?

De pronto me entraron unas ganas desesperadas de no precipitarme, de brindarle una última oportunidad, una forma de decir la verdad y quizá aclarar un enorme malentendido.

—Sí, y... me preguntaba si querrías venir el martes por la noche —dije, apoyándole la mano en el antebrazo—. Me parece que deberíamos hablar, ¿sabes? De todo lo que ha pasado este fin de semana.

Miró mi mano y enlazó sus dedos con los míos.

—¿No puedes hablar conmigo ahora? —preguntó, frunciendo la frente con una confusión evidente. Al fin y al cabo, solo eran las siete de la tarde de un domingo—. Hanna, ¿qué pasa? Me parece que se me escapa algo.

—Es que ha sido un viaje largo y estoy cansada. Mañana he de trabajar hasta tarde en el laboratorio, pero el martes lo tengo libre. ¿Puedes venir?

Me pregunté si mi mirada resultaría tan suplicante como la voz que

sonaba dentro de mi cabeza. «Por favor, di que sí. Por favor, di que sí».

Se humedeció los labios, se miró los pies y volvió a alzar la vista hasta su mano, que sujetaba la mía. Tuve la sensación de poder ver cómo pasaban los segundos y noté el aire denso, casi sólido, tan pesado que apenas podía respirar.

—La verdad es que... —dijo, e hizo una pausa como si aún se lo estuviese planteando— tengo una... cosilla a última hora, por trabajo. Tengo una reunión a última hora del martes —farfulló. Mintió—. Pero podría venir durante el día o...

—No, no pasa nada. Nos vemos mañana por la mañana.

—¿Seguro? —preguntó. Sentí como si el corazón se me hubiese congelado.

—Sí.

—Vale. Perfecto. Bueno, pues me voy —me dijo, señalando la puerta con un gesto de la mano—. ¿Seguro que va todo bien?

Al ver que no contestaba, bajó la vista hasta sus zapatos y me dio un beso en la mejilla antes de marcharse. Cerré con llave y me fui directamente a mi habitación. No pensé en otra cosa hasta la mañana siguiente.

Dormí como un lirón y no me desperté hasta que sonó la alarma de mi despertador a las seis menos cuarto. Pulsé el botón de repetición y me quedé allí tumbada, mirando fijamente la esfera azul iluminada. Will me había mentido.

Traté de racionalizarlo, traté de fingir que no importaba porque quizá las cosas no fuesen oficiales entre nosotros. Todavía no estábamos juntos..., pero por alguna razón eso tampoco parecía cierto.

Porque, por más que intentaba convencerme de que Will era un seductor y no se podía confiar en él, en mi fuero interno... debí creer que la noche del sábado lo había cambiado todo. De lo contrario, no me sentiría así. A pesar de aquello, al parecer se sentía a gusto quedando con otras mujeres hasta que nos sentásemos y lo hiciésemos oficialmente oficial. Yo nunca podría separar tan a la ligera la emoción y el sexo. El simple hecho de darme cuenta de que quería estar solo con Will era suficiente para volverme fiel.

Éramos dos criaturas completamente distintas. Ante mí, los números se volvieron borrosos, y parpadeé unas cuantas veces para contener las lágrimas. La alarma del despertador volvió a romper el silencio. Era hora de levantarse de la cama e ir a correr. Will me estaría esperando.

No me importaba.

Me incorporé el tiempo justo para desenchufar el reloj y luego me di la vuelta. Seguiría durmiendo.

Me pasé la mayor parte del lunes en el trabajo, con el móvil apagado, y no volví a casa hasta mucho después de la puesta de sol.

El martes me levanté antes de que sonase la alarma de mi despertador, me fui al gimnasio del barrio y me puse a correr en la cinta. No era lo mismo que disfrutar de los senderos del parque con Will, pero a aquellas alturas no me importaba. El ejercicio me ayudaba a respirar. Me ayudaba a pensar y a aclarar las ideas, y me daba un breve momento de paz al dejar que me olvidase de Will y de lo que fuese a hacer esa noche con Kitty. Me parece que corrí más que nunca. Me pasé el día en el laboratorio, trabajando apenas sin descanso, pero tuve que irme temprano, sobre las cinco, porque no había comido nada más que un yogur y tenía la impresión de que iba a caerme de morros.

Cuando llegué a casa, Will me estaba esperando en la puerta.

—Hola —lo saludé, caminando más despacio a medida que me acercaba a él.

Se dio la vuelta, se metió las manos en los bolsillos y se pasó un buen rato mirándome sin decir nada.

—¿Le ocurre algo a tu móvil, Hanna? —preguntó por fin.

Sentí una punzada de culpa en el pecho, pero enseguida cuadré los hombros y lo miré a los ojos.

—No.

Fui a abrir la puerta, manteniendo cierta distancia entre nosotros.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó, siguiéndome hasta el interior.

Vale, así que íbamos a tener esa conversación ahora. Le miré la ropa. Era evidente que acababa de salir del trabajo, y tuve que preguntarme si se había

pasado por mi casa antes de ir a reunirse con... ella. O sea, para hacerme una visita y arreglar las cosas conmigo antes de salir con otra persona. No estaba segura de llegar a entender jamás cómo podía estar tan loco por mí mientras se follaba a otras mujeres.

—Creía que tenías una reunión a última hora —murmuré, volviéndome para dejar las llaves sobre la encimera.

Vaciló y parpadeó varias veces antes de decir:

—Y la tengo. Es a las seis. —Me eché a reír y murmuré:

—De acuerdo.

—Hanna, ¿qué demonios pasa? ¿Qué he hecho?

Me volví hacia él..., pero me acobardé. Me quedé mirando la corbata aflojada en el cuello, la camisa a rayas.

—No has hecho nada —dije, rompiendo mi propio corazón—. Debería haber sido sincera acerca de mis sentimientos. O... la falta de sentimientos.

—¿Cómo? —preguntó, abriendo unos ojos como platos.

—En casa de mis padres me sentí extraña. Creo que estar tan cerca, a punto de que nos pillasen, resultaba emocionante. Quizá me dejé llevar por todo lo que dijimos el sábado por la noche. —Le di la espalda y me puse a toquetear un montón de correo que descansaba sobre una mesa; sentí que las capas crujientes y secas de mi corazón se despegaban y dejaban solo una cáscara vacía. Me obligué a sonreír y me encogí de hombros—. Tengo veinticuatro años, Will. Solo quiero pasarlo bien.

Se quedó allí parpadeando, oscilando ligeramente como si le hubiese arrojado algo más pesado que las palabras.

—No lo entiendo.

—Lo siento. Debería haberte llamado o... —Sacudí la cabeza, tratando de acallar el sonido de la electricidad estática que invadía mis oídos. Tenía la piel caliente; me dolía el pecho como si se me estuvieran hundiendo las costillas—. Pensé que podía sobrellevar la situación, pero no puedo. Este fin de semana no ha hecho más que demostrármelo. Lo siento.

Dio un paso atrás y miró a su alrededor como si acabase de despertarse y de darse cuenta de dónde estaba.

—Ya. —Vi que tragaba saliva y se pasaba una mano por el pelo. Como si hubiese recordado algo, alzó la vista—. ¿Significa eso que no correrás el

sábado? Has entrenado mucho y...

—Allí estaré.

Asintió una vez con la cabeza antes de volverse, salir por la puerta y desaparecer, probablemente para siempre.

18

Había una colina cerca de la casa de mi madre, justo antes de doblar para tomar el camino de entrada a la casa. Era una subida seguida de una pronunciada curva cuesta abajo, sin visibilidad, y habíamos aprendido a tocar el claxon cada vez que nos aproximábamos al cambio de rasante, pero cuando la gente subía la pendiente por primera vez, no se imaginaban lo traicionera que era, y luego siempre nos decían que se habían llevado un buen susto y que era una curva muy peligrosa.

Supongo que mi madre o yo podríamos haber puesto un espejo curvo en algún momento, pero nunca lo hicimos. Mamá decía que le gustaba usar el claxon en ese punto, que le gustaba ese momento de fe, cuando se sabía mis horarios de entrada y salida a la casa, y conocía esa curva tan bien que no necesitaba ver lo que había al otro lado para saber que no había ningún peligro.

El caso es que yo nunca llegué a decidir si me gustaba u odiaba esa sensación. Odiaba tener que confiar en que no hubiese ningún obstáculo, odiaba no saber qué era lo que me deparaba el otro lado de la cuesta, pero me encantaba el momento de euforia en que el coche se lanzaba cuesta abajo, con el camino despejado y libre.

Hanna hacía que sintiera exactamente eso. Ella era mi curva peligrosa, mi cuesta misteriosa, y no conseguía librarme de la sospecha persistente de que me había lanzado algo desde el otro lado de la cuesta que se estrellaría a ciegas contra mí. Sin embargo, cuando estaba con ella, lo bastante cerca para tocarla, besarla y oír todas sus teorías disparatadas sobre la virginidad y el

amor, me daba cuenta de que nunca había sentido una combinación tan poderosa de serenidad, euforia y ansia. En estos momentos, dejaba de preocuparme por si acabaríamos estrellándonos o no.

Quería pensar que su actitud de esa noche no era más que un pequeño tropiezo, una curva peligrosa que pronto se enderezaría, y que mi relación con ella no había terminado antes de empezar. Tal vez fuese porque era aún muy joven. Traté de recordarme a mí mismo a los veinticuatro años y la verdad es que solo veía a un joven bastante idiota, trabajando unas horas imposibles en el laboratorio y luego pasando una noche loca tras otra en compañía de una mujer distinta cada vez. En ciertos aspectos, a sus veinticuatro años Hanna era una mujer mucho más madura de lo que lo había sido yo en toda mi vida; era como si ni siquiera perteneciésemos a la misma especie. Tenía razón la vez que dijo, hacía tanto tiempo, que siempre había sabido cómo ser una adulta y necesitaba aprender a ser una niña.

Bien, pues acababa de tener su primer encontronazo inmaduro con una total falta de comunicación. «Bien hecho, Ciruela».

Había metido a Kitty en un taxi y vuelto al trabajo hacia las ocho, con la intención de ponerme al día con la lectura atrasada y dejar descansar la cabeza durante unas horas. Sin embargo, cuando pasaba por el despacho de Max de camino al mío, vi que la luz estaba encendida y él aún estaba dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía? —le pregunté, entrando en el interior de la habitación y apoyándome en el quicio de la puerta.

Max levantó la cabeza de donde la tenía apoyada, entre las manos.

—Sara está con Chloe y he decidido quedarme a trabajar hasta un poco más tarde. —Me miró y torció la comisura de los labios hacia abajo—. Y yo que pensaba que tú te habías ido hacía horas. ¿Por qué has vuelto? Hoy es martes...

Nos miramos el uno al otro durante unos segundos, la pregunta implícita suspendida en el aire entre ambos. Había pasado tanto tiempo desde el último martes que había estado con Kitty que creo que ni siquiera el propio Max sabía lo que me estaba preguntando exactamente.

—He visto a Kitty hoy —admití—. Antes, solo un momento.

Arqueó las cejas con gesto irritado, pero levanté la mano y seguí explicándome:

—Le pedí que nos viéramos para tomar una copa después del trabajo...

—En serio, Will, eres un auténtico cabronaz...

—Para cortar definitivamente con ella, idiota —le solté, frustrado—. A pesar de que nunca habíamos ido en serio, quería que supiera que lo nuestro ha terminado. Hace siglos que no nos vemos, pero sigue llamándome todos los lunes para ver si quedamos. El hecho de que aún crea que hay alguna posibilidad hace que me sienta como si hubiera estado engañando a Hanna.

El mero hecho de decir su nombre en voz alta hizo que se me encogiera el estómago. La manera en que nos habíamos despedido esa noche había sido desastrosa. Nunca la había visto tan distante, tan reservada. Apreté la mandíbula, mirando a la pared.

Sabía que me había mentido, lo que no sabía era por qué. La silla de Max crujió cuando se reclinó hacia atrás.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está tu Hanna?

Lo miré de repente, despertando de mi ensimismamiento, y me fijé por primera vez en su aspecto. Parecía cansado y nervioso..., y no parecía en absoluto el Max que yo conocía, incluso al final de un largo día de trabajo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en lugar de responderle—. Parece que te hayan dado una paliza.

Al final, se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Amigo mío, ni te lo imaginas... Anda, vamos a recoger a Ben y a tomarnos una cerveza.

Llegamos al bar antes que Bennett, pero no mucho antes. En cuanto nos sentamos en una mesa en la parte del fondo, cerca de los dardos y de la máquina de karaoke averiada, Bennett entró vestido todavía con su traje oscuro de ejecutivo y un aspecto de agotamiento tan absoluto que me pregunté cuánto íbamos a tardar en caer rendidos los tres.

—Desde luego, últimamente me estás haciendo beber como un cosaco los días de entre semana, Will —murmuró Bennett mientras tomaba asiento.

—Pues pídete un refresco —le dije.

Ambos miramos a Max, esperando oír la perorata habitual con la que, medio en broma medio en serio, nos sermoneaba con palabras casi

ininteligibles sobre el sacrilegio que constituía pedirse una Coca-Cola light en un pub inglés, pero se quedó inusualmente callado e impassible, mirando la carta, y luego pidió lo que pedía siempre: una pinta de Guinness, una hamburguesa con queso y patatas fritas.

Maddie nos tomó nota a todos y desapareció. Volvíamos a estar allí reunidos un martes por la noche y, al igual que antes, el bar estaba prácticamente vacío. Una extraña calma parecía dominar nuestra mesa, como si ninguno de nosotros tuviese fuerzas suficientes para dar caña a ninguno de los otros.

—Oye, en serio, ¿se puede saber qué te pasa? —le pregunté a Max de nuevo.

Me dedicó una sonrisa de las suyas, pero luego negó con la cabeza.

—Vuelve a preguntármelo cuando me haya pimplado dos cervezas. — Sonrió a Maddie mientras esta dejaba las bebidas en la mesa y le guiñó un ojo —. Gracias, cielo.

—El mensaje de Max decía que estamos convocados a una reunión en el bar de Maddie para una noche de chicas —dijo Bennett, y luego se tomó un sorbo de cerveza—. Así que, ¿de cuál de las mujeres de Will vamos a hablar esta noche?

—Ahora solo hay una mujer en mi vida —murmuré—. Y Hanna ha puesto punto final a lo nuestro hace un rato, así que supongo que técnicamente no hay ninguna mujer. —Vi que los dos hombres se miraban entre sí con gesto de preocupación—. Me ha dicho, básicamente, que no quería seguir con esto.

—Joder —murmuró Max, frotándose la cara con las manos.

—El caso es que yo creo que no tiene ni puta idea de lo que quiere — añadí.

—Will... —me advirtió Bennett.

—No —dije, interrumpiéndolo y sintiendo una súbita oleada de alivio, porque cuantas más vueltas le daba, más convencido estaba.

Sí, se había cabreado esa noche en su casa, y yo todavía no tenía la menor idea de por qué, pero me acordé de cómo habíamos hecho el amor, en mitad de la noche, y del hambre que vi en sus ojos, no solo de deseo, sino como certeza de que estaba empezando a necesitarme.

—Sé que ella también siente lo mismo que yo. Algo pasó entre nosotros este fin de semana —les dije—. El sexo siempre ha sido increíble, pero en casa de sus padres fue la hostia de intenso.

Bennett sufrió un ataque de tos.

—Perdón. ¿Has dicho que tuvisteis relaciones sexuales en casa de sus padres?

Preferí creer que su tono ambiguo significaba que estaba impresionado, así que continué hablando.

—Creo que estuvo a punto de admitir que entre nosotros había algo más que sexo y amistad. —Me llevé el vaso de agua a los labios y tomé un sorbo—. Pero a la mañana siguiente se cerró como una ostra. Se está autoconvenciendo de que no quiere saber nada de mí.

Los dos hombres murmuraron una expresión de comprensión y se quedaron pensativos.

—¿Llegasteis a decidir en algún momento que ninguno de los dos saldría con otras personas? —preguntó Bennett al fin—. Lo siento si no sigo muy bien la evolución de esta relación, la verdad.

Siempre dejas un reguero muy confuso de mujeres a tu paso.

—Ella sabía que yo quería que no saliéramos con terceras personas, pero yo accedí a mantener la relación abierta porque eso es lo que quería ella. Para mí, Hanna es la mujer de mi vida —dije, y me traía sin cuidado si me metían toda la caña del mundo por estar tan colado por ella. Me lo merecía, y lo más gracioso era que me gustaba estar colado—. Vosotros lo dijisteis, y no tengo ningún problema en admitir que teníais razón. Es divertida y guapa. Es sexy e increíblemente brillante. A ver, que para mí solo existe ella. Tengo que pensar que lo de hoy solo ha sido una nube de verano o de lo contrario probablemente empezaré a dar puñetazos a la pared hasta romperme la mano.

Bennett se rió y levantó su copa para entorcharla con la mía.

—Entonces, brindemos porque Hanna entre en razón.

Max también levantó su copa, pues sabía que no había nada que pudiera añadir. Se encogió de hombros con aire de disculpa, como si de algún modo todo aquello fuese culpa suya simplemente por haberme deseado el peor mal de amores del mundo apenas un par de meses antes.

Tras mi breve discurso, volvió a imponerse el silencio y, con él, el

sombrío estado de ánimo de antes. Me esforcé por no dejarme arrastrar por él. Por supuesto que me preocupaba no ser capaz de recuperar a Hanna. Desde el momento en que me había deslizado los dedos por debajo de la camisa en el dormitorio de aquella fiesta, ya no podía haber ninguna otra mujer más que ella para mí.

Joder, puede que incluso antes de entonces. Creo que me sedujo para siempre desde el momento en que le puse el gorro de lana sobre su adorable y alborotada cabeza, recién levantada de la cama, la primera vez que salimos a correr.

Sin embargo, a pesar de mi certeza de que había mentido sobre sus sentimientos y de que sentía algo por mí, volvieron a asaltarme las dudas. ¿Por qué había mentido? ¿Qué ocurrió entre el momento que hicimos literalmente el amor aquella noche y cuando nos subimos en el coche a la mañana siguiente?

Bennett interrumpió mi hilo de pensamientos lúgubres contándonos sus propias penas.

—Bueno, pues ya que estamos sacando a la luz todos nuestros sentimientos, supongo que me toca a mí compartir los míos. La boda nos está volviendo locos a los dos. Todos los miembros de nuestra familia van a viajar a San Diego para la ceremonia, y cuando digo todos, me refiero absolutamente a todos: tías abuelas lejanas, primos segundos y gente a la que no he visto desde que tenía cinco años.

Lo mismo por la parte de Chloe.

—Eso está muy bien —dije y acto seguido recapacité al ver la expresión asesina de Bennett—. ¿No es bueno que la gente acepte tu invitación?

—Supongo que sí, pero es que muchas de esas personas no han sido invitadas. Su familia viene sobre todo de Dakota del Norte, y la mía está desperdigada por todo Canadá, Michigan e Illinois. Todos están buscando una razón para disfrutar de unas vacaciones en la costa. —Sacudiendo la cabeza, continuó—: Así que anoche Chloe decidió que en vez de una boda normal, quería fugarse. Quería cancelarlo todo, y está tan empeñada que me temo que va a llamar al hotel para anular el banquete y entonces sí que la habremos cagado bien cagada.

—No sería capaz de hacer eso, tío —murmuró Max, despertando de su

insólito ensimismamiento—. ¿O sí?

Bennett se deslizó las manos por el pelo y apretó los puños, con los codos plantados sobre la mesa.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Todo este asunto se está convirtiendo en una bola enorme, y hasta yo creo que se nos empieza a ir de las manos. Toda nuestra familia está invitando a quienes a ellos les da la gana, como si fuese una gran fiesta abierta para todo el mundo y ¿por qué no? Hemos llegado a un punto en que ya ni siquiera es un tema de dinero, se trata de un problema de espacio, de tener la boda que nosotros queríamos. Nos imaginábamos una boda de unas ciento cincuenta personas, y ahora ya casi estamos cerca de los trescientos invitados. —Suspiró—. Solo es un día. ¡Un solo día! Chloe intenta conservar la cordura, pero le cuesta mucho porque la verdad es que yo solo... —Se echó a reír, sacudiendo la cabeza, y luego nos miró fijamente—. La verdad es que hay muchos detalles que me importan una mierda. Por una vez en mi vida, no tengo que controlarlo todo. Me traen sin cuidado nuestros colores o los detalles de boda que vayamos a regalarles a los invitados. No me importan las flores. Lo único que me importa es todo lo que viene después. Me importa que voy a estar follándomela una semana entera en las islas Fiyi y luego estaremos casados para siempre. Eso es lo que importa.

Tal vez debería dejar que lo cancelara todo y casarme con ella este fin de semana para poder llegar a la parte de estar follando las veinticuatro horas lo antes posible.

Abrí la boca para protestar, para decirle a Bennett que estaba seguro de que todas las parejas atravesaban aquella clase de crisis, pero la verdad era que no tenía ni idea. Incluso en la boda de Jensen, en la que había sido el padrino, lo único que mantuvo mi interés durante la ceremonia fue la idea de encerrarme en el guardarropa con las dos damas de honor. No le había prestado especial atención a los aspectos más sentimentales del día.

Así que cerré la boca, frotándomela con la palma de la mano y sintiendo que una oleada de autocompasión se apoderaba de mí. Mierda. Ya echaba de menos a Hanna, y estar en compañía de mis dos mejores amigos, cuya vida era tan... estable, me resultaba duro. No es que sintiera que tenía que ponerme al mismo nivel que ellos, nada de eso; simplemente, quería tener la

tranquilidad de saber que podía salir un rato con mis amigos y volver a casa junto a ella. Echaba de menos la comodidad de su compañía, la forma en que me escuchaba con tanta atención, saber que decía cualquier cosa que se le pasaba por la cabeza cuando estaba conmigo, algo que me percaté de que no hacía con nadie más. La amaba por ser ella misma de una forma tan salvajemente auténtica: por ser tan vitalista, tan segura de sí misma, tan curiosa y tan inteligente. Y echaba de menos su cuerpo, obtener el placer que me procuraba y, joder..., darle a ella todo el placer posible, sin fin.

Quería acostarme con ella en la cama por las noches y pasar por la terrible experiencia de tener que planear una boda. Lo quería todo.

—No os fuguéis —dije, al fin—. Ya sé que no sé una puta mierda de todo eso y estoy seguro de que mi opinión te importa un huevo, pero estoy seguro de que todas las bodas parecen un puto desastre en un momento u otro.

—Es que es un trabajazo inmenso para un solo día —murmuró Bennett—. La vida sigue más allá de ese momento puntual en el tiempo.

Max chasqueó la lengua, levantando su copa, y luego se lo pensó dos veces y volvió a dejarla encima de la mesa, antes de echarse a reír otra vez, más fuerte todavía. Los dos nos volvimos a mirarlo.

—Antes parecías un zombi, Max —señalé—, pero es que ahora pareces un puto payaso de esos que dan miedo. Todos estamos contando intimidades: a mí Hanna me ha roto el corazón y Bennett se enfrenta a la eterna la locura de tener que organizar una boda. Te toca a ti.

Negó con la cabeza y sonrió a su jarra vacía de cerveza.

—Muy bien. —Le hizo un gesto a Maddie para que le sirviera otra Guinness—. Pero Ben, esta noche estás aquí solo en calidad de amigo mío, no como jefe de Sara, ¿entendido?

Bennett asintió con la cabeza y arrugó la frente.

—Por supuesto. —Max se encogió de hombros y murmuró:

—Bueno, muchachos, resulta que voy a ser papá.

El relativo silencio del que habíamos estado disfrutando parecía un caos ensordecedor en comparación con el vacío que siguió a continuación. Bennett y yo nos quedamos paralizados y luego intercambiamos una breve mirada.

—¿Max? —preguntó Bennett, con una delicadeza nada propia de él—. ¿Sara está embarazada?

—Sí, amigo. —Max levantó la vista, con las mejillas sonrosadas y los ojos muy abiertos—. Va a tener a mi hijo.

Bennett siguió observándolo, probablemente para tratar de analizar cada una de las reacciones en el rostro de Max.

—Eso es bueno —dije con cautela—. ¿Verdad? ¿Es una buena noticia?

Max asintió con la cabeza, parpadeando sin cesar.

—Es alucinante, joder. Lo que pasa es que... estoy acojonado, la verdad.

—¿De cuánto está? —preguntó Bennett.

—De poco más de tres meses. —Aunque los dos reaccionamos con cara de estupor, levantó la mano y asintió con la cabeza—. Ha estado muy estresada últimamente y pensó... —Sacudiendo la cabeza, continuó diciendo—: Se hizo la prueba este fin de semana, pero no ha sabido hasta hoy de cuánto estaba. Pero hoy, cuando os he dicho que salía para una reunión..., hemos ido a que le hicieran una ecografía para medir al bebé. —Se apretó las palmas de las manos contra los ojos—. ¡Al bebé!

Joder, acabo de enterarme de que Sara está embarazada y hoy he visto nada menos que ¡a un bebé ahí dentro! Sara ya está lo bastante avanzada para que el técnico de ultrasonido viese que es una niña, pero no lo sabremos con seguridad hasta dentro de un par de meses. Es solo que... me parece increíble.

—Max, ¿por qué coño estás aquí con nosotros? —pregunté, riéndome—. ¿No deberías estar en casa brindando y eligiendo nombres? —Sonrió.

—Sara quería estar un rato sin mí, creo. He estado insoportable estos últimos días, quería renovar el puto apartamento y hablar de cuándo nos vamos a casar y toda esa mierda. Creo que quería decírselo a Chloe. Además, vamos a salir a celebrarlo mañana. —Se quedó callado y arrugó la frente con gesto preocupado al decir aquello—. Pero ahora que el día de hoy se ha acabado, estoy derrotado.

—Pero ¿no estarás preocupado por todo esto, verdad? —preguntó Bennett, estudiando el gesto de Max—. Quiero decir, es alucinante. ¡Tú y Sara vais a ser padres!

—No, son solo las mismas preocupaciones que estoy seguro que tiene todo el mundo —dijo Max, pasándose la mano por la boca—. ¿Seré un buen padre? Sara no bebe a menudo, pero ¿habremos hecho algo estos últimos tres

meses que pueda haberle hecho daño al bebé? Y cuando mi semilla gigante se expanda ahí dentro, ¿estará bien la pequeña Sara?

Ya no pude contenerme por más tiempo. Me puse de pie y levanté a Max de la silla para darle un enorme abrazo.

Estaba tan enamorado de Sara que no podía pensar con claridad cuando la tenía cerca. Y aunque la mayoría de las veces me metía con él precisamente por eso, era un espectáculo digno de ver. Sin que él tuviera que decirlo, sabía que Max estaba listo para aquello, listo para sentar la cabeza y ser un devoto padre y esposo.

—Vas a ser un padre increíble, Max. En serio, enhorabuena.

Di un paso atrás y vi a Bennett ponerse de pie, estrechar la mano de Max y luego fundirse en un breve abrazo. «Hostia puta», me dije.

De repente, me sentí abrumado por la enormidad de todo aquello y me desplomé en la silla.

Eso, lo que estaba pasando allí, era la vida. Aquello era el comienzo de la vida para nosotros: celebrar una boda, formar una familia y tomar la decisión de dar un paso adelante y convertirte en un verdadero hombre para alguien. No se trataba de los putos trabajos que teníamos ni de ir por ahí buscando emociones y experiencias ni nada de eso. La vida se construía a partir de los ladrillos que componían aquellas relaciones, de los momentos trascendentales en que les decías a tus dos mejores amigos que estabas a punto de tener un hijo.

Saqué el móvil y le envié a Hanna un mensaje:

«Ya solo puedo pensar en ti».

19

Cuando yo era pequeña, volvía loca a toda mi familia al permanecer insomne durante días antes de cualquier fiesta o gran acontecimiento. Nadie entendía por qué me sucedía. Mi madre, agotada, se sentaba conmigo noche tras noche, rogándome que me fuese a la cama.

—Ziggy —decía—, cariño, si te vas a la cama la Navidad llegará antes. El tiempo avanza más deprisa cuando duermes.

Sin embargo, a mí no me lo parecía.

—No puedo dormir —insistía—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Mis pensamientos no quieren ir más despacio.

Me pasaba despierta y nerviosa la cuenta atrás de los cumpleaños y vacaciones, recorriendo los pasillos de nuestra gran casa cuando debía estar durmiendo en mi cuarto. Era una mala costumbre que nunca había dejado atrás.

El sábado no era Navidad ni el primer día de las vacaciones de verano, pero yo contaba cada día e incluso cada minuto como si lo fuera. Porque, por muy patético que sonase, y por mucho que detestase estar deseando que llegara ese momento, sabía que vería a Will. Ese pensamiento me bastaba para pasarme las noches despierta junto a la ventana, contando una y otra vez las farolas que había hasta su edificio.

Siempre había oído que la primera semana después de una ruptura era la peor. Esperaba que fuese cierto. Porque recibir el mensaje de Will el martes

por la noche, «Ya solo puedo pensar en ti», fue una auténtica tortura.

¿Podía haberse equivocado de número, o dijo eso porque acabó solo, o porque estaba con otra mujer, pero pensando en mí? No tenía derecho a estar enfadada, y mi indignación inicial al imaginarlo mandándome un mensaje mientras estaba con Kitty se desvaneció enseguida. Al fin y al cabo, yo también le había mandado mensajes cuando salía con Dylan.

Lo peor era que, en realidad, no tenía a nadie a quien contárselo. Bueno, lo tenía, pero yo solo quería a Will. Estaba a punto de anochecer el viernes mientras recorría a pie las últimas manzanas para reunirme con Chloe y Sara para tomar algo.

Llevaba toda la semana tratando de poner al mal tiempo buena cara, pero me sentía muy desdichada y empezaba a notarse. Se me veía cansada. Se me veía triste. Se me veía exactamente tal como me sentía. Lo echaba tanto de menos que lo notaba con cada respiración. Tanto que notaba pasar cada segundo desde que lo había visto por última vez.

El Bathtub Gin era un pequeño bar de Chelsea al estilo de los locales clandestinos que proliferaron en los años veinte. Los visitantes se encontraban con una fachada común y corriente que tenía las palabras «Stone Street Coffee» pintadas en la parte superior. Si no estabas seguro de lo que buscabas o pasabas por allí entre semana, cuando no había una larga cola de gente en la calle, podía pasarte inadvertido. Pero si sabías que estaba allí, iluminado por una sola bombilla roja, encontrabas la puerta correcta, una puerta que se abría a un club típico de la Ley Seca, con su tenue iluminación, su música de jazz e incluso una gran bañera de cobre en el centro.

Encontré a Chloe y Sara sentadas en la barra. Ya tenían delante sus bebidas, y a su lado a un hombre moreno y guapísimo.

—Hola, chicos —dije, deslizándome en el taburete que había junto a ellos—. Siento llegar tarde.

Los tres se volvieron y me miraron de arriba abajo antes de que el hombre dijese:

—Oh, cariño, cuéntamelo todo del hombre que te hizo esto.

Parpadeé entre ellos, confusa:

—Pues..., hola, soy Hanna.

—Ignóralo —dijo Chloe, pasándome la carta—. Todas lo hacemos. Y

pide una copa antes de hablar. Me da la sensación de que te vendría muy bien.

El hombre misterioso se mostró adecuadamente ofendido, y los tres discutieron entre sí mientras yo repasaba los diversos cócteles y vinos. Elegí lo primero que pareció encajar con mi estado de ánimo.

—Tomaré un tomahawk —le dije al camarero, y vi de reojo que Sara y Chloe se miraban sorprendidas.

—Conque así estamos. Ya veo —dijo Chloe, pidiendo con un gesto otra copa.

A continuación me cogió de la mano y nos dirigimos todos a una mesa. En cualquier otra situación, probablemente me habría limitado a sostener mi cóctel durante la mayor parte de la noche y absorber el consuelo proporcionado por la decisión de pillar una cogorza. Sin embargo, quería correr al día siguiente, y de ningún modo pensaba hacerlo con resaca.

—Por cierto, Hanna —dijo Chloe, indicando con un gesto al hombre, que en ese momento me miraba con ojos curiosos y divertidos—. Este es George Mercer, el ayudante de Sara. George, esta es la adorable Hanna Bergstrom, que pronto estará borracha y/o caída de morros sobre la mesa.

—Así que no aguantas la bebida —dijo George, y señaló a Chloe con un gesto de la cabeza—: ¿Y qué estás haciendo con esta borrachuza? Debería llevar un cartel de peligro para las chicas como tú.

—George, ¿te gustaría que te metiese el tacón por el culo? —preguntó Chloe. George apenas parpadeó.

—¿El tacón entero?

—Asqueroso —gruñó Chloe. George se echó a reír.

—Mentirosa.

Sara se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—Ignóralos. Es como mirar a Bennett y Chloe, aunque ellos preferirían cepillarse a Bennett que el uno al otro.

—Ya —murmuré mientras una camarera colocaba nuestras bebidas sobre la mesa. Bebí de la pajita con gesto vacilante—. ¡Ay, mierda! —exclamé entre toses, con la garganta en llamas.

Casi vacié un vaso entero de agua mientras Sara me miraba de arriba abajo.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó.

—¡Cómo pica esta bebida!

—No se refiere a eso —dijo Chloe sin rodeos.

Miré mi copa y traté de concentrarme en las minúsculas motas de pimentón que flotaban en la superficie y no en el agujero que notaba en las entrañas.

—¿Habéis hablado con Will últimamente?

Todos negaron con la cabeza, pero George se animó:

—¿Will Sumner? —quiso dejar claro—. ¿Te estás tirando a Sumner? ¡La madre que te parió! —Le hizo otro gesto a la camarera—. Vamos a necesitar otra copa, preciosa. Traiga la botella entera.

—La verdad es que no he hablado con él desde el lunes —dijo Sara.

—El martes por la tarde —intervino Chloe, señalándose el pecho—. Pero sé que ha tenido una semana de locos.

—Oh, oh —dijo Sara—. ¿No se fue contigo a casa de tus padres el fin de semana?

George inspiró de golpe.

—¡Hostia!

Y ahora yo era esa chica, la de la historia de la ruptura que ni siquiera quería tener en mi cabeza, y mucho menos compartirla tomando unas copas. ¿Cómo explicar que las cosas habían sido perfectas ese fin de semana? ¿Que me había creído todo lo que él dijo? ¿Que me había...? Me detuve, y las palabras se endurecieron como hormigón en mis pensamientos.

—Hanna, cariño —me dijo Sara, apoyándose la mano en el antebrazo.

—Me siento como una idiota.

—Nena —dijo Chloe, con los ojos llenos de preocupación—. Ya sabes que no tienes que hablar de ello si no quieres.

—¡Y una mierda! —saltó George—. ¿Cómo se supone que vamos a hacerle la vida imposible a Will si no conocemos cada sórdido detalle? De todas formas, deberíamos empezar por el principio e ir avanzando hacia el horror. Primera pregunta: ¿tiene la polla tan increíble como me han dicho? Y los dedos... ¿de verdad son mágicos? —Se acercó más y susurró—: Y se rumorea que ese hombre podría ganar un concurso de comer melones, no sé si me entiendes.

—¡George! —gruñó Sara, y Chloe lo fulminó con la mirada, aunque yo esboqué una sonrisa.

—La verdad, no tengo ni idea de lo que quieres decir —susurré a mi vez.

—Si quieres saber de qué hablo —me dijo—, búscalo en YouTube.

—Pero volvamos a la parte en la que Hanna está disgustada —dijo Sara, clavando en George una mirada de falsa severidad.

—Es que... —Inspiré hondo, en busca de palabras—. ¿Qué podéis decirme sobre Kitty?

—¡Oh! —exclamó Chloe, apoyándose en el respaldo y echándole un vistazo a Sara—. ¡Oh!

Me incliné hacia delante con el ceño fruncido.

—¿Qué significa «oh»?

—¿Te refieres a...? O sea, ¿Kitty es una de sus...? —George se interrumpió y agitó la mano en un gesto cargado de significado.

—Sí —dijo Sara—. Kitty es una de las amantes de Will. Puse los ojos en blanco.

—¿Sabéis si siguen viéndose? —Chloe pareció considerar con cuidado su respuesta.

—Bueno, oficialmente no sé que haya cortado con ella —dijo, haciendo una pequeña mueca—. Pero, Hanna, él te adora. Cualquiera puede...

—Pero siguen viéndose —la interrumpí. Suspiró de mala gana.

—Francamente, no lo sé. Sé que todos lo pusimos verde por no haber cortado ya, pero no puedo..., o sea, no puedo decir con seguridad que hayan dejado de verse.

—¿Sara? —pregunté. Negando con la cabeza, Sara murmuró:

—Lo siento, cariño. La verdad es que yo tampoco lo sé.

Me pregunté si era posible que un corazón se rompiera en fracciones. Estaba segura de que lo había oído agrietarse al leer el mensaje de Kitty. Sentí que otro pedazo se rompía cuando Will me mintió acerca del martes por la noche. Y durante toda la semana me había sentido herida, había sentido cada minúsculo fragmento que se desprendía, así que me preguntaba qué era lo que seguía latiendo en mi pecho.

—Oí cómo le decía a mi hermano que quería ir en serio con alguien, pero que tenía miedo de cortar con las otras. Pensé que quizá se refería a cortar

oficialmente. Las cosas parecían ir muy bien entre nosotros. Pero entonces Kitty le mandó un mensaje —dije—. Yo estaba jugando con su móvil y ella respondió a un mensaje que él debió de enviarle para quedar el martes por la noche.

—¿Por qué no hablaste con él? —preguntó Chloe.

—Quería que me lo dijese él mismo. Will siempre ha sido sincero y comunicativo, por lo que supuse que, si lo invitaba a cenar en mi casa el martes, me diría que iba a estar con Kitty.

—¿Y? —preguntó Sara. Suspiré.

—Dijo que esa noche tenía una cosilla. Una reunión.

—¡Ay! —exclamó George.

—Sí —murmuré—. Así que corté en ese momento. Pero lo hice muy mal porque no tenía ni idea de qué decir. Le dije que las cosas se estaban precipitando demasiado, que yo solo tenía veinticuatro años y no quería nada serio. Que ya no quería seguir.

—Vaya, chica —canturreó George en voz baja—. Cuando quieres cortar, cavas un agujero y lanzas una bomba en él.

Gruñí, apretándome los ojos con las manos.

—Tiene que haber alguna explicación —dijo Sara—. Will no dice que tiene una reunión cuando va a estar con una mujer; simplemente dice que va a estar con una mujer. Hanna, nunca lo he visto así. Ni siquiera Max lo ha visto nunca así. Está claro que te adora.

—Pero ¿acaso importa eso? —pregunté. Hacía mucho que me había olvidado de mi bebida—. Me mintió sobre la reunión, pero fui yo quien dijo que debíamos mantener una relación abierta.

Simplemente, eso significaba para mí la posibilidad de otra persona. Para él era más de la realidad que ya tenía a mano. Y durante todo el tiempo fue él quien insistía para que hubiese algo más entre nosotros.

—Habla con él, Hanna —dijo Chloe—. Confía en mí. Tienes que darle la oportunidad de explicártelo.

—¿Explicarme qué? —pregunté—. ¿Que seguía viéndose con ella, según las reglas que yo había establecido inicialmente? ¿Y luego qué?

Chloe me cogió la mano y la apretó.

—Luego levantas la cabeza y le dices en persona que se vaya a tomar por

culo.

Me vestí tan pronto como el primer atisbo de luz apareció al otro lado de la ventana y recorrí en medio de una nube de nervios las diez manzanas que me separaban de Central Park, donde se disputaba la carrera. El circuito entero medía unos veintiún kilómetros y avanzaba serpenteando por los senderos del parque. Habían acordonado varias calles para instalar los camiones y las tiendas de campaña de los patrocinadores. Vi montones de gente, tanto corredores como espectadores.

Aquello era real. Will estaría allí, y yo decidiría hablar con él o limitarme a dejar las cosas como estaban. No sabía si podría soportar ninguna de las dos opciones.

Empezaba a amanecer y el aire de la mañana era gélido. Pero tenía la cara caliente y la sangre encendida mientras corría a través de mis arterias y venas, a través de mi corazón, que latía demasiado rápido. Tenía que concentrarme en llenarme los pulmones de aire cada vez y volver a vaciarlos.

No sabía adónde iba ni lo que hacía, pero el evento parecía bien organizado, y en cuanto empecé a acercarme unos carteles me dirigieron hacia el punto en el que tenía que registrarme.

—¿Hanna?

Alcé la vista y vi a mi antiguo compañero de entrenamiento, a mi antiguo amante, de pie ante la mesa de inscripciones, mirándome con una expresión que no supe interpretar. Confiaba en que mi memoria hubiese exagerado lo guapo que era, lo abrumador que resultaba el simple hecho de estar cerca de él. No era así. Will sostuvo mi mirada, y me pregunté si empezaría a reírme sin poderme controlar, si me pondría a llorar, o quizá si echaría a correr en caso de que se acercase más.

—Hola —dijo por fin.

Bruscamente, le tendí la mano como si él debiese... ¿qué? ¿Estrechármela? «¡Por el amor de Dios, Hanna!», pensé. Pero ya no podía echarme atrás, y mi mano temblorosa permaneció suspendida entre nosotros mientras él la miraba.

—Oh... vamos... a comportarnos así —murmuró, secándose la palma en

los pantalones antes de agarrar mi mano—. Vale, hola. ¿Cómo estás?

Tragué saliva, y en cuanto pude aparté la mano de un tirón.

—Hola. Bien. Estoy bien.

La situación era ridícula, y me dieron ganas de analizarla con Will y solo Will. De pronto tenía un millón de preguntas acerca del incómodo protocolo para después de las rupturas y sobre si estrecharse la mano era una mala idea siempre o solo en ese momento.

Me incliné como un robot, puse mi nombre en una línea y cogí un paquete de información de manos de una mujer sentada detrás de la mesa. Me estaba dando unas instrucciones que apenas comprendí. Me sentía como si flotase bajo el agua. Cuando terminé, Will seguía allí de pie, con la misma expresión nerviosa y esperanzada.

—¿Necesitas ayuda? —susurró. Negué con la cabeza.

—Creo que estoy bien.

Era mentira. No tenía ni la más mínima idea de lo que estaba haciendo.

—Tienes que ir a aquella tienda de allí —dijo amablemente, adivinando mis pensamientos a la perfección, como siempre, y poniéndome una mano en el brazo.

Me eché atrás y sonreí con rigidez.

—Ya la veo. Gracias, Will.

Mientras el silencio se prolongaba, una mujer en la que ni siquiera me había fijado habló en voz alta:

—Hola —dijo, y vi que sonreía con la mano extendida—. Creo que no nos han presentado formalmente. Soy Kitty.

Las piezas tardaron unos momentos en encajar, y cuando lo hicieron ni siquiera pude contener mi conmoción. Noté que los ojos y la boca se me abrían de par en par. ¿Cómo era Will capaz de pensar que aquello podía estar ni remotamente bien? Paseé la vista entre ella y Will, y vi enseguida que él parecía tan sorprendido como yo de encontrársela allí. ¿No la había visto acercarse? La cara de Will habría podido ser la definición misma de «incómodo».

—¡Oh, Dios! —Nos miró a las dos alternativamente antes de murmurar —: Oh, mierda, esto... Hola, Kitty, te presento a... —Me miró y sus ojos se suavizaron—. Te presento a mi Hanna.

Lo miré parpadeando. «¿Qué había dicho?»

—Encantada de conocerte, Hanna. Will me lo ha contado todo sobre ti.

Sabía que estaban hablando, pero las palabras no parecían infiltrarse en el eco de la frase que resonaba una y otra vez en mi cabeza. «Te presento a mi Hanna». «Te presento a mi Hanna». Era un error. Simplemente, Will se sentía incómodo. Señalé por encima de mi hombro.

—Tengo que irme.

Me di la vuelta y, trastabillando, me alejé de la mesa y me dirigí hacia la tienda de las mujeres.

—¡Hanna! —me llamó Will, pero no me volví.

Seguía sintiéndome un poco confusa cuando entregué mi información, recogí mi dorsal y caminé hasta un hueco entre el gentío para hacer estiramientos y atarme las zapatillas. Al oír pisadas alcé la mirada, temiendo ya lo que me encontraría. Ver a Kitty allí, de pie, fue peor de lo que creía.

—Will es muy especial —dijo, sujetándose el dorsal a la camiseta.

Bajé los ojos e ignoré el fuego que me ardía en el bajo vientre.

—Sí, desde luego.

Se sentó en un banco a poca distancia y empezó a arrancar la etiqueta de una botella de agua.

—¿Sabes? Nunca pensé que fuese a suceder esto. —Kitty sacudió la cabeza, riéndose—. En todo este tiempo no ha parado de utilizar la excusa: «No es por ti. Es que no quiero tener nada con nadie». ¿Y ahora? Ahora que por fin corta conmigo, es porque sí quiere más. Aunque con otra persona.

Me incorporé y la miré a los ojos.

—¿Ha cortado contigo?

—Sí. Bueno —dijo, reflexionando—, esta semana ha cortado de forma oficial, aunque en realidad no nos hemos visto desde... —Alzó la mirada al techo de la tienda, reflexionando—. Desde febrero. Y no ha querido quedar conmigo desde entonces.

No supe qué decir.

—Al menos, ahora sé por qué. —Debí de parecerle completamente pasmada, porque sonrió y se me acercó un poquito—. Porque está enamorado de ti. Y si eres tan increíble como él parece creer, no lo echarás a perder.

No recuerdo haber cruzado el parque hasta el lugar en el que estaban reunidos los demás corredores. Mis pensamientos eran vagos y confusos.

«¿Febrero?» «Entonces solo salíamos a correr...» «Marzo. Fue entonces cuando Will y yo empezamos a acostarnos juntos...» «El martes por la noche tuvo que quedar con Kitty para cortar con ella cara a cara».

Como un ser humano decente, como un buen hombre. Cerré los ojos cuando me golpeó toda la fuerza de la verdad: Will le dijo todo eso a Kitty incluso después de que yo rompiera con él.

—¿Estás preparada?

Di un bote y me sorprendí al ver a Will junto a mí. Me puso una mano en el brazo, brindándome una sonrisa vacilante.

—¿Estás bien?

Miré a mí alrededor, como si pudiese huir a alguna parte y simplemente... pensar. No estaba preparada para que él estuviese tan cerca y me hablase como si volviésemos a ser amigos, no estaba preparada para su simpatía. Tenía que pedirle perdón, y aún tenía que echarle una bronca por haberme mentado... Ni siquiera sabía por dónde empezar. Lo miré a los ojos y busqué en ellos alguna señal que me dijera que podíamos arreglar las cosas.

—Creo que sí.

—Oye —dijo, acercándose un poco más—, Hanna...

—¿Sí?

—Vas a... vas a hacerlo genial. —Su mirada se clavó en mis ojos, llenos de preocupación, y el sentimiento de culpa me formó un nudo en el estómago—. Sé que las cosas entre nosotros están raras, pero quítatelo todo de la cabeza. Debes estar aquí, con la cabeza en la carrera. Has entrenado de un modo impresionante y puedes hacerlo.

Exhalé y sentí la primera llamarada de preocupación por la carrera y no por Will. Dándome un masaje en los hombros, murmuró:

—¿Nerviosa?

—Un poco.

Vi cómo adoptaba su actitud de entrenador y eso me consoló un poco. Me aferré a aquella esquila de platónica familiaridad.

—Acuérdate de administrar tus fuerzas. No empieces demasiado rápido. La segunda mitad es la peor, y te conviene conservar suficientes energías

para acabar, ¿vale? —Asentí con la cabeza.

—Recuerda que esta es tu primera carrera y que se trata de cruzar la línea de meta, no de cómo quedes. —Me humedecí los labios y contesté:

—Vale.

—Has hecho dieciséis kilómetros otras veces. Puedes hacer veintiuno. Estaré ahí, así que... lo haremos juntos.

Parpadeé, sorprendida.

—Tú puedes acabar de los primeros, Will. Esto no es nada para ti, deberías ir delante. —Negó con la cabeza.

—No he venido para eso. Mi carrera se disputa dentro de dos semanas. Esta es tu carrera. Ya te lo dije.

Volví a asentir, paralizada, sin apartar los ojos de su cara: de la boca que me había besado tantas veces y quería besarme solo a mí; de los ojos que me miraban intensamente cada vez que decía una palabra, cada vez que lo tocaba; y de las manos que ahora estaban apoyadas en mis hombros y eran las mismas que habían tocado cada centímetro de mi piel. Le había dicho a Kitty que quería estar conmigo y nadie más. Will me había dicho esas palabras exactas también a mí. Pero nunca las creí.

Quizá el seductor hubiese desaparecido realmente.

Con una última mirada inquisidora, Will apartó las manos de mis hombros y me apoyó la palma en la espalda, conduciéndome hacia la línea de salida.

La carrera comenzaba en la esquina sudoeste del parque, junto a Columbus Circle. Will me indicó que lo siguiese e inicié la rutina: estiramiento de pantorrilla, estiramiento de cuádriceps, tendón de la corva. Él asentía sin decir nada, observando mi forma y manteniendo un contacto constante que me infundía seguridad.

—Aguenta un poco más —dijo, inclinándose sobre mí—. No dejes de respirar.

Anunciaron que era hora de empezar y ocupamos nuestros puestos. Estalló en el aire el pistoletazo de salida y los pájaros se dispersaron por los árboles. El impulso repentino de centenares de cuerpos apartándose de la

línea se fusionó en un estrépito colectivo.

El itinerario de la maratón empezaba en Columbus Circle y seguía el circuito exterior de Central Park, recorría la calle Setenta y dos y volvía al punto de partida.

El primer kilómetro siempre era el más duro. Al llegar el segundo, los bordes del mundo se volvieron borrosos. A través de la nube que ocupaba mi mente, solo se filtraba el sonido amortiguado de los pies contra el sendero y la sangre bombeando en mis oídos. Apenas hablábamos, pero podía oír cada una de las pisadas de Will junto a mí, sentir el roce ocasional de su brazo contra el mío.

—Lo estás haciendo genial —me dijo en el tercer kilómetro. En el kilómetro once, me recordó:

—Ya estamos en la mitad, Hanna, y estás mejorando la zancada.

Sentí cada centímetro del último kilómetro. Me dolía el cuerpo; mis músculos pasaron de estar rígidos a estar flojos, y luego a sufrir quemazón y calambres. El pulso me latía a toda velocidad en el pecho. El ritmo pesado de mi corazón reflejaba cada uno de mis pasos, y mis pulmones me pedían a gritos que parase.

Sin embargo, dentro de mi cabeza había calma. Era como si estuviese bajo el agua, con voces amortiguadas que se mezclaban hasta formar un solo zumbido constante. Pero una voz resultaba clara:

—Este es el último kilómetro. Lo estás consiguiendo. Eres increíble, Perla.

Estuve a punto de tropezar cuando me llamó así. Su voz se había vuelto suave y anhelante, pero cuando lo miré vi que tenía la mandíbula apretada y la mirada al frente.

—Lo siento —dijo con voz áspera, inmediatamente arrepentido—. No debería haberte... Lo siento.

Negué con la cabeza, me humedecí los labios y volví la vista al frente, demasiado cansada para alargar el brazo y tocarlo siquiera. De pronto caí en la cuenta de que aquel momento era más duro que todos los exámenes que había hecho en la universidad, que todas las largas noches en el laboratorio.

La ciencia siempre me había resultado fácil; había estudiado mucho, por supuesto, había hecho el trabajo, pero nunca había tenido que sacar fuerzas

de la flaqueza de aquel modo y continuar adelante cuando nada me habría gustado más que dejarme caer sobre la hierba y quedarme allí. La Hanna que se encontró con Will aquel día en el sendero helado nunca habría conseguido recorrer veintiún kilómetros. Lo habría intentado de mala gana, se habría cansado y por fin, después de convencerse a sí misma de que aquello no era lo suyo, habría vuelto al laboratorio, a sus libros y a su apartamento vacío con comidas envasadas de una sola ración.

Pero no esta Hanna, ya no. Y él había contribuido a llevarme hasta donde ahora me encontraba.

—Ya casi estamos —dijo Will, sin dejar de animarme—. Sé que duele, sé que es duro, pero mira —añadió, señalando un grupo de árboles que se distinguía a lo lejos—, ya casi has llegado.

Me aparté el pelo de la cara y seguí adelante, inspirando y espirando, queriendo que Will siguiese hablando, pero también que se callase de una puñetera vez. Sentía el rápido torrente de sangre que recorría mis venas. Cada parte de mí parecía haber sido enchufada a un cable bajo tensión, sacudida con un millar de voltios que caía al pavimento con cada paso.

Nunca en mi vida había estado tan cansada, nunca había estado tan dolorida, pero al mismo tiempo nunca me había sentido tan viva. Era una locura, pero a pesar de que notaba mis extremidades en llamas y de que cada respiración parecía más difícil que la anterior estaba deseando volver a hacerlo.

El dolor y el miedo a fracasar o hacerme daño habían valido la pena. Yo había querido algo, había aprovechado la oportunidad y me había lanzado con los ojos cerrados. Y con ese último pensamiento en mente, cogí la mano de Will cuando cruzamos juntos la línea de meta.

20

A varios metros de la línea de meta, Hanna caminó en círculos pequeños y luego se agachó y apoyó las manos sobre las rodillas.

—Joder —exclamó sin aliento, mirando al suelo—. Me siento increíble. Ha sido increíble.

Los voluntarios nos llevaron barritas energéticas y unas botellas de Gatorade que engullimos en un instante. Estaba absolutamente orgulloso de ella y no pude contenerme, y aun sin resuello, le di un sudoroso abrazo y la besé en la parte superior de la cabeza.

—Has estado increíble. —Cerré los ojos y aplasté la cara contra su pelo—. Hanna, estoy tan orgulloso de ti...

Ella se quedó paralizada en mis brazos y luego deslizó sus manos por el costado de mi cuerpo y las dejó allí, abrazándome, con la cara enterrada en mi cuello. Percibí el movimiento de su respiración al inhalar y exhalar el aire, y el temblor de sus manos sobre mí. Por alguna razón, no creía que se debiese únicamente al subidón de adrenalina de la carrera.

—Creo que deberíamos ir a por nuestras cosas —le susurré al fin.

Había pasado toda la semana con mis emociones oscilando entre la seguridad en mí mismo y el miedo, y ahora que la tenía a mi lado, no tenía ningunas ganas de perderla de vista. Dimos media vuelta para regresar hacia las carpas. Como la carrera serpenteaba a través de Central Park, la línea de meta terminaba a solo unas manzanas de donde habíamos empezado. Escuché su respiración, observando sus pies mientras caminaba. Me di cuenta de que estaba agotada.

—Supongo que te habrás enterado de lo de Sara —dijo, bajando la mirada y toqueteando su número de dorsal. Extrajo los imperdibles, se lo quitó y lo miró.

—Sí —le dije, sonriendo—. Es una pasada.

—La vi ayer por la noche —dijo—. Está muy ilusionada.

—Yo vi a Max el martes. —Tragué saliva, sintiéndome la hostia de nervioso de repente, mientras a mi lado Hanna vacilaba un instante—. Esa noche salí con los chicos. Tal como cabría esperar, Max está entre aterrorizado y pletórico de alegría.

Se echó a reír con una risa auténtica y desenfadada... Joder, cuánto la había echado de menos.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora, después de esto? —le pregunté, esquivándola para que tuviera que buscarme con la mirada.

Y cuando lo hizo, lo vi, vi ese algo que sabía que no me había imaginado el fin de semana anterior. Todavía podía sentirla deslizándose encima de mí en la penumbra de la habitación de invitados; aún la oía susurrándome: «No me hagas daño».

Era la segunda vez que lo había dicho, cuando era yo el que se había hecho daño de verdad. Se encogió de hombros y miró hacia otro lado, sorteando la densa multitud mientras nos acercábamos a las carpas de la línea de salida. Empecé a sentir que el pánico se apoderaba de mí; todavía no estaba preparado para decirle adiós.

—Pensaba irme a casa y darme ducha. Almorzar algo. —Frunció el ceño—. O parar a almorzar de camino a casa. No estoy segura de tener algo comestible en la nevera, la verdad.

—Las viejas costumbres tardan en desaparecer —señalé secamente.

Hanna lanzó un resoplido cargado de culpabilidad.

—Sí, llevo toda la semana encerrada en el laboratorio. Era una buena manera de... tener el cerebro ocupado.

Las palabras le salieron precipitadamente, tan entrecortadas como mi propia respiración.

—Me encantaría almorzar contigo y tengo comida para hacer sándwiches o alguna ensalada. Podrías venir a casa o... —le dije.

La voz se me fue apagando cuando ella se detuvo y se volvió hacia mí,

primero con gesto de desconcierto y luego... de entusiasmo. Pestañeé y sentí que se me aceleraba el corazón. Traté de apaciguar la esperanza imposible que me trepaba por la garganta.

—¿Qué pasa? —le pregunté, en un tono más molesto de lo que pretendía—. ¿Por qué me miras así?

—Me parece que eres el único hombre que conozco que tiene la nevera tan bien surtida —dijo, sonriendo.

Sentí que se me arrugaba la frente, confuso. ¿Y eso la había hecho pararse en seco y mirarme fijamente? Me agarré la nuca y murmuré:

—Bueno, siempre intento tener comida sana en casa para no tener que salir a comer comida basura.

Se acercó a mí, lo bastante para sentir, con la ráfaga de viento que sopló en ese momento, el mechón de su pelo haciéndome cosquillas en el cuello. Lo bastante para percibir el leve olor de su sudor, para recordar lo increíble que era hacerla sudar. Bajé la mirada a sus labios, sintiendo un deseo tan intenso de besarla que me ardía la piel.

—Creo que eres increíble, Will —dijo, humedeciéndose los labios ante la presión de mi mirada insistente—. Y deja de encenderme con los ojos. Por hoy ya he tenido suficiente.

Antes de darme tiempo a procesar todo aquello, se dio media vuelta y se dirigió hacia la carpa de las mujeres a buscar sus cosas. Aturdido, me fui en sentido contrario, para buscar las llaves de mi casa, mis calcetines de recambio y los papeles que me había metido en la chaqueta de correr. Cuando salí, ella me estaba esperando, con una pequeña bolsa de lona.

—Entonces —dije, haciendo todo lo posible por mantener las distancias—, ¿te vienes?

—De verdad que debería ducharme... —dijo, mirando por detrás de mí a la calle que llevaba, un poco más adelante, a su edificio.

—Puedes ducharte en mi casa... —No me importaba lo que pensara.

No pensaba dejarla marchar así como así. La había echado de menos. Las noches habían sido casi insoportables, pero, por alguna extraña razón, las mañanas habían sido aún peores. Echaba de menos su conversación imparable y cuando finalmente acababa siguiendo el ritmo sincronizado de nuestros pasos sobre el pavimento.

—¿Y cogerte prestada algo de ropa limpia? —preguntó, con una sonrisa burlona. Asentí con la cabeza sin dudarlo.

—Sí.

Su sonrisa se desvaneció cuando vio que hablaba en serio.

—Ven, Hanna. Solo a almorzar, te lo prometo.

Se llevó la mano a la frente para protegerse el sol y estudió mi rostro unos minutos más.

—¿Estás seguro?

En lugar de responder, incliné la cabeza y me volví para echar a caminar. Ella se puso a caminar a mi lado y cada vez que nuestros dedos se rozaban involuntariamente, me daban ganas de cogerla de la mano y atraerla luego a ella hacia mí y aplastarla contra el árbol más cercano.

Había sido la Hanna alegre y bromista de siempre esos breves y eufóricos momentos, pero la Hanna silenciosa reapareció mientras caminábamos la docena de manzanas que había hasta mi edificio. Le aguanté la puerta cuando entramos, pasé por delante de ella para pulsar el botón de subida del ascensor y luego me acerqué lo suficiente para sentir la presión de su brazo en el mío mientras esperábamos. Al menos tres veces la oí tomar aire para decir algo, pero luego se miraba los zapatos, las uñas o a las puertas del ascensor. Miraba a todas partes excepto a mi cara.

Arriba, mi espaciosa cocina pareció encogerse bajo la tensión que había entre nosotros, provocada por los rescoldos de la horrible conversación del martes por la noche, los centenares de cosas que no nos habíamos dicho ese día. Le di una botella de Powerade azul porque era su favorito y me serví un vaso de agua, volviéndome para admirar sus labios, su garganta, sus manos alrededor de la botella mientras tomaba un trago.

«Eres tan increíblemente guapa...», pensé, pero no me atreví a decirlo en voz alta.

«Te amo», decía para mis adentros.

Cuando dejó la botella sobre la encimera, su expresión estaba dominada por todas las cosas que no estaba diciendo en voz alta ella tampoco. Yo sabía que estaban allí, pero no tenía ni idea de qué podían ser.

Mientras nos rehidratábamos en silencio, no pude evitar repasarla de arriba abajo disimuladamente..., pero no me sirvió de nada tratar de

disimular. Vi cómo sus labios esbozaban una sonrisa de complicidad cuando desplazé mi atención a su rostro, a su barbilla y por la piel aún reluciente de su escote, la insinuación de sus pechos visibles bajo su minúsculo sujetador de deporte..., «mierda», me dije. Hasta entonces había logrado evitar mirarle directamente los pechos, y en ese momento me traspasó un dolor familiar que me sacudió todo el cuerpo. Sus pechos eran para mí la fuente de la felicidad, y habría dado lo que fuese por enterrar mi cara entre ellos.

Lancé un gemido y me froté los ojos. Había sido muy mala idea invitarla allí. Quería desnudarla, aún sudorosa, y sentir cómo toda ella se deslizaba encima de mí. Señalé al baño por encima del hombro.

—¿Quieres ducharte tú primero? —le pregunté.

Justo en ese momento, Hanna inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Estabas mirándome los pechos? —preguntó.

Y por la familiaridad y la confianza que implicaba la pregunta, por la maldita intimidad que destilaba, la sangre se me encendió de ira.

—Hanna, no hagas esto —espeté—. No me vengas con juegos. Hace apenas una semana básicamente me dijiste que me esfumase para siempre.

No esperaba que me saliera así, y en el silencio de la cocina, mi tono enfurecido retumbó por todas partes y nos envolvió por completo. Palideció, con gesto desolado.

—Lo siento —murmuró.

—Mierda —exclamé, con un gemido, al tiempo que cerraba los ojos con fuerza—. No lo sientas, solo quiero... —Abrí los ojos para mirarla—. No juegues conmigo.

—No es mi intención —dijo, y la urgencia contenida imprimió a su voz un tono débil y ronco—. Siento haber desaparecido la semana pasada. Siento haberme portado tan mal. Pensé que...

Saqué un taburete de la cocina y me desplomé sobre él. Correr media maratón no me agotaba tanto como todo aquello. Mi amor por ella era un organismo vivo, pesado y palpitante, y me hacía volverme loco, ansioso y hambriento. Odiaba verla angustiada y temerosa. Odiaba ver su reacción de tristeza ante mi enfado, pero era aún peor saber que tenía el poder de romperme el corazón y tenía muy poca experiencia en manejarlo con cuidado. Yo estaba completamente a su merced, con toda su torpeza y falta

de experiencia.

—Te echo de menos —dijo.

Se me encogió me corazón.

—Y yo te echo tanto de menos a ti, Hanna... No tienes ni idea. Pero oí lo que me dijiste el martes. Si no quieres esto, entonces tenemos que encontrar una manera de volver a ser amigos. Preguntarme si te estoy mirando los pechos no ayuda precisamente a dejar atrás todo esto.

—Lo siento —dijo otra vez—. Will... —empezó a decir, y luego las palabras se desvanecieron y ella parpadeó y bajó la vista a sus zapatos—. Necesitaba comprender qué era lo que había pasado, por qué todo se había derrumbado tan bruscamente después de que hubiésemos hecho el amor de una forma tan íntima hacía apenas una semana.

—Esa noche... —empecé a decir y luego lo pensé mejor—. No, Hanna, todas las noches; siempre ha sido igual de intenso todo entre nosotros, pero esa noche, el fin de semana pasado... Creía que todo había cambiado. Nosotros cambiamos. Pero ¿y al día siguiente? ¿El camino de vuelta a casa en el coche? Joder, ni siquiera sé lo que pasó.

Se acercó, lo suficiente para que pudiera tirar de ella por las caderas y situarla de pie entre mis piernas, pero no lo hice, y bajó las manos a los lados antes de dejarlas quietas.

—Lo que pasó fue que oí lo que le dijiste a Jensen —me explicó—. Yo sabía que había otras mujeres en tu vida, pero pensaba algo así como que habías terminado con ellas. Sé que yo misma había evitado hablar de eso, y que no era justo por mi parte quererlo, pero creí que lo habías hecho.

—No había acabado con ellas «oficialmente», Hanna, pero nadie ha estado en mi cama desde que me arrastraste por ese maldito pasillo y me pediste que te tocara. Joder, ni siquiera antes de entonces.

—Pero ¿y eso cómo iba yo a saberlo? —Bajó la cabeza y miró al suelo—. Y no fue solo lo que le dijiste a Jensen, porque ya sabía que tú y yo teníamos que hablar, pero luego vi el mensaje de texto en el coche. Apareció mientras estaba buscando la música para el trayecto. —Se acercó, presionando los muslos contra mis rodillas—. Lo habíamos hecho sin protección la noche anterior, pero entonces vi su mensaje y parecía que... parecía como si tuvieses intención de quedar y enrollarte con ella justo después. Me di cuenta

de que Kitty aún tenía expectativas de poder estar contigo, y yo había estado intentando...

—No me acosté con ella el martes, Hanna —la interrumpí, presa del pánico—. Sí, le envié un mensaje preguntándole si podíamos vernos, pero era para poder decirle que las cosas habían terminado entre nosotros. No pensaba...

—Lo sé —dijo en voz baja, cortándome—. Hoy me ha dicho que no ha estado contigo desde hace mucho tiempo.

Traté de asimilar aquello y luego suspiré. No estaba seguro de querer saber lo que Kitty le había contado a Hanna, pero en el fondo no importaba. No tenía nada que ocultar. Sí, para ser alguien que se vanagloriaba de dejar siempre las cosas claras desde el principio, debería haber terminado con Kitty tan pronto como le dije a Hanna que quería ir a más con ella, pero nunca les había mentado a ninguna de las dos, ni una sola vez. No había mentado cuando le dije a Kitty todos esos meses atrás que no quería nada serio, y no le había mentado a Hanna hacía apenas un mes cuando le dije que quería algo más, y solo de ella.

—Estaba intentando seguir tus reglas. No iba a sacar el tema de la relación de nuevo porque habías decidido que yo era incapaz de mantener esa clase de relación, para empezar.

—Lo sé —dijo rápidamente—. Lo sé.

Pero eso fue todo, sus ojos buscaron los míos, esperando a que yo dijera... ¿Qué? ¿Qué podía decir que no hubiese dicho ya? ¿Acaso no se lo había dicho con toda claridad suficientes veces? Lancé un suspiro de agotamiento y me levanté.

—¿Quieres ducharte tú primero? —le pregunté.

Las cosas estaban muy tensas entre nosotros, y ni siquiera habían sido así cuando todavía éramos prácticamente unos extraños, corriendo juntos aquella primera mañana de frío glacial. Tuvo que dar un paso atrás para que yo pudiera salir.

—No, está bien. Ve tú primero —dijo.

Puse la temperatura del agua al máximo, todo lo caliente que fuese capaz de

soportar. Todavía no tenía los músculos doloridos por la carrera, probablemente no iban a estar demasiado resentidos, pero con la tensión de querer hacer el amor con Hanna y estrangularla al mismo tiempo, el agua caliente y el vapor me sentaron de maravilla.

Cabía la posibilidad de que quisiese que las cosas volviesen a ser igual que antes: sexo, sin compromiso, como amigos. Cómodo y sin expectativas. Y la deseaba con tanta intensidad que sabía lo fácil que sería volver a caer en eso, poder disfrutar de su cuerpo y su amistad a partes iguales, no necesitar ni esperar que fuese a más.

Sin embargo, eso ya no era lo que yo quería. No lo quería de nadie, y mucho menos de ella. Me enjaboné, cerrando los ojos e inhalando el vapor, restregando y desprendiéndome el sudor y la carrera de mi cuerpo. Deseando poder desprenderme también de la confusión que sentía en mi interior.

Oí el leve chasquido de la puerta de la ducha solo una fracción de segundo antes de que una ráfaga de aire frío me recorriese la piel. La adrenalina se deslizó por mis venas, bombeándome a través del corazón, inundándome la cabeza de un ansia salva je que me daba vértigo. Apoyé la mano en la pared, con temor a volverme y mirarla y sentir cómo se disolvía toda mi fuerza de voluntad y mi resolución.

Solo una pequeña parte de mí sabía que sería capaz de contenerse. El resto le daría todo lo que ella le pidiera.

Susurró mi nombre, cerrando la puerta y aproximándose lo suficiente para que sintiera la presión de sus pechos desnudos contra mi espalda. Tenía la piel fría. Me recorrió los costados con las manos, acariciándome las costillas.

—Will... —dijo de nuevo, desplazando las manos hasta el pecho y luego abajo hacia el vientre—. Mírame.

Bajé los brazos, agarrándole las muñecas para impedir que sus manos siguieran bajando y descubrieran lo dura que la tenía con solo aquel fugaz contacto. Era como un caballo de carreras, a quien solo una puerta endeble impedía que saliera desbocado. Tensé los músculos de los brazos; sujetándola por las muñecas conseguía contenerme a mí y evitar a la vez que me pusiera las manos sobre la piel.

Apoyé la frente en la pared y me quedé inmóvil hasta estar seguro de que podría enfrentarme a ella y no tomarla de inmediato en mis brazos. Al final,

me volví sin soltarle las muñecas.

—Me parece que no voy a poder hacer esto —dije en voz baja, mirándola a la cara.

Llevaba el pelo suelto, y los mechones húmedos se le adherían a las mejillas, al cuello, a los hombros. Tenía la frente arrugada con gesto confuso y yo sabía que no entendía lo que quería decir. Pero entonces fue como si me oyera, y un rubor de humillación se extendió por sus mejillas y cerró los ojos con fuerza.

—Lo siento, yo no...

—No —le dije, interrumpiéndola—. Quiero decir que no puedo seguir haciendo lo que hacíamos antes. No voy a compartírte. No quiero seguir con esto si tú todavía quieres salir con otros hombres.

Hanna abrió los ojos, que se dulcificaron, y recobró el aliento.

—No te culpo por querer vivir nuevas experiencias —le dije, apretando los puños con fuerza alrededor de sus muñecas solo de pensarlo—, pero no voy a ser capaz de evitar que mis sentimientos por ti se hagan más profundos y no quiero fingir que somos solo amigos. Ni siquiera con Jensen. Sé que aceptaré lo que tú quieras darme porque siento algo muy muy fuerte por ti y te necesito hasta ese punto, pero me sentiría muy desgraciado si para ti solo fuese sexo y nada más que sexo.

—No creo que para mí haya sido solo sexo, ni siquiera al principio —dijo.

Le solté las muñecas y escudriñé su cara, tratando de comprender qué era lo que me estaba ofreciendo.

—Cuando me llamaste «tu Hanna» antes... —empezó a decir y luego se interrumpió, aplastando la mano contra mi pecho—, yo quería que fuera verdad. Quiero ser tuya.

El aire me formó un nudo en la garganta. Vi palpar su pulso en la delicada piel de su cuello.

—Lo que quiero decir es que soy tuya. Ya soy tuya.

Se puso de puntillas, con los ojos bien abiertos mientras atrapaba cuidadosamente mi labio inferior entre los suyos, succionándolo con suavidad. Cogió mi mano, la apretó alrededor de uno de sus pechos y se arqueó en mi palma.

Si lo que yo sentía en ese instante era aunque fuese una pequeña muestra del miedo que, durante todo ese tiempo, había sentido ella a que le hiciese daño, de repente comprendí por qué había sido tan miedosa durante tanto tiempo. Amar así daba un miedo pavoroso.

—Por favor —me suplicó, besándome otra vez, buscando mi otra mano y tratando de hacer que la rodeara por completo—. Tengo tantas ganas de estar contigo que hasta me cuesta respirar.

—Hanna —acerté a decir con voz ahogada, agachándome involuntariamente, dándole mejor acceso a mis labios, a mi cuello. La envolví con la mano, acariciándole el pezón con el pulgar.

—Te quiero —susurró, besándome la barbilla, el cuello, y yo cerré los ojos, con el corazón palpitante.

Cuando dijo aquello, mi determinación se hizo añicos y abrí la boca, gimiendo cuando sentí que deslizaba la lengua dentro y me cubría la mía. Lanzó un gemido, arañándome los hombros, el cuello, presionando con su vientre la firme línea de mi erección.

Dio un grito ahogado al sentir la baldosa fría en la espalda cuando le di la vuelta, aplastándola contra la pared, y luego lanzó otro grito mudo cuando me agaché y me llevé su pecho a mi boca, chupando con avidez. No es que mi miedo hubiese desaparecido, en todo caso, oírla decir que me quería era infinitamente más aterrador porque traía consigo un atisbo de esperanza: la esperanza de que yo pudiera llevar adelante aquello, de que ella pudiera hacerlo, de que los dos pudiésemos, de algún modo, caminar juntos y a ciegas a través de aquella difícil primera vez.

Regresé a su boca, absolutamente enajenado y fuera de control, perdido en la fiebre de sus besos y sabiendo sin necesidad de hacer preguntas que el líquido que le humedecía las mejillas no era el agua de la ducha. Yo también lo sentí, el alivio infinito, seguido inmediatamente de la feroz necesidad de estar dentro de ella, de moverme en su interior, de sentirla en su plenitud.

Bajé la mano y le agarré la parte posterior de los muslos, levantándola para que pudiera enroscarme las piernas alrededor de la cintura. Sentí el cálido bálsamo de su sexo y me quedé allí, meciéndome hacia delante y hacia atrás, presionando una y otra vez, enamorándome de nuevo con sus sonidos roncós e impacientes.

—Nunca he hecho esto antes —murmuré, con la boca enterrada en la piel de su cuello—. No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo.

Se echó a reír, mordiéndome el cuello y agarrándome de los hombros con fuerza. Muy despacio, me hundí en ella y me quedé inmóvil cuando nuestras caderas entraron en contacto, sabiendo de inmediato que aquello acabaría muy rápido. Echó la cabeza hacia atrás en las baldosas, golpeándolas con un ruido sordo, y su pecho subía y bajaba con cada respiración jadeante y sincopada.

—Oh, Dios mío, Will...

Salí de ella y murmuré:

—¿Tú también lo sientes?

Hanna empezó a gimotear, suplicándome que me moviera, aplastándose al máximo contra mí, atrapada entre la pared y mi cuerpo.

—Eso no es solo sexo —le dije, succionando la curva de su garganta—. ¿Esa sensación tan maravillosa que casi duele? Ha sido así cada vez que he estado dentro de ti, Ciruela. Eso es lo que se siente cuando haces esto con alguien por quien estás completamente loco.

—¿Alguien a quien amas? —preguntó, con los labios pegados a mi oído.

—Sí.

Seguí embistiendo cada vez más y más rápido, consciente de que estaba tan cerca que iba a tener que llevármela a la cama, devorar su sexo y volver a follármela luego hasta que los dos cayésemos rendidos. Era demasiado intenso, y en cuanto empecé a moverme supe que nunca me acostumbraría a la sensación de estar dentro de ella sin nada entre ambos. Me estremecí, regodeándome en sus ruidos y susurrándole mi disculpa al oído una y otra vez:

—Es demasiado intenso... Demasiado intenso...

Todo era abrumador: la sensación de tenerla allí, sus palabras y la certeza de que ya era verdaderamente mía.

—Estoy a punto, Ciruela. No puedo...

Sacudió la cabeza, clavándome las uñas en el hombro, y apretó los labios en mi oído.

—Me gusta cuando no puedes aguantar más. Eso es lo que siempre siento yo contigo.

Con un gemido, mis fuerzas me abandonaron por completo y empecé a caer... Y a caer... Y a caer...

Presioné más y más fuerte hasta que oí el golpe suave de mis muslos sobre ella y su espalda contra la pared, y sentí que todo mi cuerpo se incendiaba, empapado, eyaculando dentro de ella con tanta fuerza que mi grito resonó con atronadora estridencia en las baldosas que nos rodeaban.

No creía haberme corrido tan rápido en toda mi vida y sentí una mezcla de euforia y una leve vergüenza. Hanna me tiró del pelo, reclamando en silencio mi boca sobre la de ella, pero después de un pequeño beso, me escurrí entre sus brazos con un gemido y me hincué de rodillas en el suelo.

Inclinándome hacia delante, la abrí con las manos y cubrí con mi boca la suave cresta de su clítoris, chupando con avidez. Cerré los ojos y gemí al oír el sonido de su dulce lamento, la sensación de su sexo en mi lengua. Le temblaban las piernas, cansadas después de la carrera, pero, probablemente, también agotadas por la rudeza con que acababa de tratarla contra la pared de la ducha, y deslicé los brazos entre sus muslos, separándole las piernas y levantándola para que apoyara los muslos sobre mis hombros y poder agarrarle las nalgas con las palmas de las manos.

Empezó a gritar encima de mí, agitando los brazos y tratando frenéticamente de encontrar algo a lo que aferrarse, y finalmente se conformó con sujetarme la cabeza con los muslos y bajar los brazos, apoyando las manos en la parte superior de mi cabeza mientras me observaba con ojos fascinados.

—Estoy a punto de correrme —anunció con voz trémula, las manos temblorosas también por donde me sujetaba del pelo.

Emití un leve ronroneo, sonriéndole y moviendo la cabeza de lado a lado lentamente mientras chupaba. Nunca había hecho eso antes y sentí que, verdaderamente, estaba haciéndole el amor, amándola de todas las formas posibles. Tenía el pecho en llamas cuando se me ocurrió pensar que aquel era el principio de nuestra relación. Justo ahí, entre la bruma del vapor de la ducha, era donde lo habíamos aclarado todo.

Vi el momento en que empezó a correrse, el sofoco que le invadió el pecho y se extendió hacia arriba, llegándole a la cara en el preciso instante en que sus labios se separaban formando un suspiro.

Nunca me cansaría de aquello. Nunca me cansaría de ella. Con el placer más posesivo que había sentido en toda mi vida, vi como su orgasmo le estremecía todo el cuerpo, arrancándole un poderoso alarido de la garganta.

Me detuve cuando dejó los muslos inertes y aparté con cuidado los brazos para dejar que se sostuviera sobre unas piernas temblorosas. Me puse de pie y la miré fijamente un instante antes de que me pasara los brazos alrededor del cuello y se estirara para abrazarme.

Estaba suave y caliente por el efecto del agua, y era como si se fundiese en mis brazos.

Y era tan increíblemente distinto... Nunca había sentido nada parecido, como si estuviera completamente conectado a ella, incluso cuando estábamos en nuestros momentos más íntimos como «solo amigos». Allí, ella era mía.

—Te quiero —le susurré con los labios en su pelo, antes de palpar el lateral de la ducha para buscar la pastilla de jabón.

Con sumo cuidado, le lavé cada centímetro de la piel, del pelo y del suave terciopelo de entre sus piernas. Le limpié la huella de mi orgasmo del cuerpo y le besé la mandíbula, los párpados y los labios.

Salimos de la ducha y la envolví en una toalla antes de rodearme una yo también alrededor de la cintura. La llevé a la habitación, la senté en el borde de la cama, y la sequé, antes de hacerla tumbarse sobre el colchón.

—Te traeré algo de comer.

—Te acompaño. —Forcejeó con mis manos y trató de incorporarse, pero negué con la cabeza, agachándome para chuparle un pezón con la boca—. Quédate aquí y relájate —murmuré en la hondonada de su piel—. Quiero tenerte aquí en la cama toda la noche, así que vas a tener que comer primero.

Las gotas de agua de mi pelo rebotaron sobre su piel desnuda y dio un respingo, con los ojos muy abiertos, las pupilas pintando de negro azabache el suave gris de sus iris. Desplazó las manos hacia mis hombros, tratando de tirar de mí hacia abajo y..., joder, ya estaba listo para empezar otra vez..., pero necesitábamos comer algo. Ya empezaba a estar mareado.

—Preparo algo rápido y vuelvo.

Nos comimos unos sándwiches, desnudos sobre la colcha, y estuvimos

hablando durante horas sobre la carrera, sobre el fin de semana con su familia, y al final, sobre lo que habíamos sentido cuando creíamos que todo había terminado entre nosotros.

Hicimos el amor hasta ver cómo se extinguía la luz del sol, y luego nos quedamos dormidos, y nos despertamos en plena noche hambrientos, con ganas de más. Y entonces el sexo fue salvaje, y ruidoso, y exactamente como habían sido siempre las cosas entre nosotros en nuestros mejores momentos: sinceras.

Por el momento, mi apetito se había saciado, y abrí el cajón de mi mesita de noche para buscar un bolígrafo. Me acurruqué junto a ella y volví a escribirle el tatuaje en la cadera: «*Todo lo raro y singular, para los raros y singulares*». Esperaba poder ser ese alguien raro y singular, un animal salvaje recuperado, un seductor irresistible reformado, que Hanna se merecía.

Epílogo

La asistente de vuelo pasó junto a nosotros, cerrando con decisión los compartimientos para el equipaje de mano, y se inclinó para preguntarnos:

—¿Zumos de naranja o café?

Will pidió café. Yo negué con la cabeza sonriendo. Con la palma hacia arriba, Will me dio unos golpecitos en la rodilla.

—Dame tu móvil.

Se lo entregué, pero me quejé de todos modos:

—¿Para qué necesito conexión inalámbrica? Voy a pasarme todo el vuelo durmiendo.

Nunca jamás volvería a permitir que reservase un vuelo a las seis de la mañana desde Nueva York hasta la Costa Oeste. Will me ignoró e introdujo un código en una casilla minúscula del navegador de internet de mi móvil.

—Por si no te has dado cuenta, tengo sueño. Alguien tiene la culpa de que no pudiese dormir en toda la noche —susurré, inclinándome hacia él.

Interrumpió lo que estaba haciendo y se volvió para mirarme con ojos ardientes.

—¿Fue así como ocurrió?

Sentí un estremecimiento que me recorría el pecho, me bajaba por el vientre y se metía entre mis piernas.

—Sí.

—¿Acaso no volviste del laboratorio un poco... encendida?

—No —mentí.

Levantó una ceja y esbozó una media sonrisa.

—¿Y acaso no interrumpiste mis preparativos de la romántica cena que estaba planeando para ti?

—¿Yo? No.

—¿Y acaso no me llevaste al sofá pidiéndome que «hiciera eso con la boca»? —Me llevé la mano al pecho.

—Jamás haría semejante cosa.

—¿No fuiste tú quien ignoró entonces los deliciosos olores que venían de la cocina, tiró de mí hasta el dormitorio y me pidió cosas muy muy obscenas?

Cerré los ojos mientras se acercaba, rozándome la mandíbula con los dientes y murmurando:

—Te quiero tanto, mi traviesa y dulce Perla...

Imágenes de la noche anterior me introdujeron más hondo en el lugar hambriento y anhelante en el que vivía prácticamente todo el tiempo que pasaba cerca de Will. Recordé sus manos ásperas, su voz autoritaria diciéndome justo lo que quería que hiciese. Recordé aquellas manos tirándome del pelo, su cuerpo moviéndose sobre el mío durante horas, su voz por fin baja, suplicándome que usara los dientes, las uñas. Recordé el peso de él cayendo sobre mí, sudoroso y agotado, durmiéndose poco después de hallar su desahogo.

—Quizá fuese yo —reconocí—. Pasé una larga jornada trabajando con el equipo de protección respiratoria. ¿Qué quieres que te diga? Tuve mucho tiempo para pensar en tu boca mágica.

Me besó y volvió a concentrarse en mi teléfono móvil. Terminó sonriente lo que estaba haciendo y me lo puso de nuevo en las manos.

—Ya lo tienes.

—Voy a dormir de todos modos.

—Bueno, al menos, si Chloe te necesita, tu móvil funcionará. —Lo miré, confusa.

—¿Por qué iba a necesitarme? Yo no participo en la boda.

—¿No conoces a Chloe? Es un general temible, capaz de llamarte a filas sin previo aviso —dijo, llevándose la mano a la nuca tal como solía hacer cuando estaba incómodo—. En fin, duérmete si quieres.

—Tengo una intuición con este viaje —murmuré, apoyándome en el hombro de Will—. Como una premonición.

—Tanta espiritualidad es poco típica de ti.

—Lo digo en serio. Creo que va a ser increíble, pero también tengo la sensación de que estamos en una gigantesca bañera de acero y nos dirigimos hacia una semana de locura.

—Desde un punto de vista técnico, los aviones están hechos de aleaciones de aluminio. —Will me miró, se inclinó para darme un beso en la nariz y susurró—: Pero eso ya lo sabías.

—¿Y tú? ¿Tienes intuiciones alguna vez? —Canturreó y volvió a besarme.

—Las he tenido un par de veces.

Me quedé mirándolo, con sus oscuras pestañas y sus ojos de un azul intenso, su sombra de barba y la sonrisa bobalicona que exhibía desde que lo había despertado, de nuevo, cuatro horas atrás con mi boca en su polla.

—¿Se está poniendo sentimental, doctor Sumner?

Se encogió de hombros y parpadeó, borrando un poco el brillo enamorado de sus ojos.

—Es que me hace ilusión irme de vacaciones contigo. Me hace ilusión la boda. Me hace ilusión que nuestra pandilla vaya a tener pronto un bebé.

—Tengo una pregunta acerca de una regla —susurré.

Se inclinó hacia mí con aire conspirador y me contestó, también en un susurro:

—Ya no soy tu entrenador de citas. No hay reglas, aparte de que ningún otro tío te toque.

—Aun así. Tú sabes esas cosas. —Con una sonrisa murmuró:

—Muy bien. Dispara.

—Solo llevamos juntos dos meses, y...

—Cuatro —corrigió, insistiendo como siempre en que yo era suya desde aquella primera mañana en que salimos a correr.

—Venga, pues, como tú quieras. Cuatro. ¿Está mal visto que a los cuatro meses te diga que creo que eres el hombre de mi vida?

Su sonrisa se enderezó, y sus ojos se movieron por mi rostro de ese modo que parecía una caricia. Me besó una vez, y luego otra.

—Yo diría que eso está increíblemente bien visto. —Se apartó para dedicarme una mirada intensa y prolongada—. Duerme, Perla.

Mi móvil sonó en mi regazo y me desperté sobresaltada. Estaba durmiendo sobre el hombro de Will y me incorporé parpadeando. Miré mi móvil, cuya pantalla aparecía iluminada por un mensaje suyo. Casi pude sentir su sonrisa, a mi lado. Leí el mensaje:

«¿Qué llevas puesto?»

Observé mi móvil con los ojos entornados de sueño mientras tecleaba.

«Una falda sin bragas. Pero no te hagas ilusiones, estoy un poco dolorida por lo que mi novio me hizo anoche».

Junto a mí, chasqueó la lengua compasivo.

«Qué bruto».

«¿Por qué me mandas mensajes?»

Sacudió la cabeza a mi lado, suspirando con un cansancio exagerado.

«Porque puedo. Porque la tecnología moderna es increíble. Porque estamos a 30.000 pies de altura y la civilización ha progresado hasta el punto de que puedo enviarte una propuesta obscena desde un satélite del espacio hasta una “bañera de acero” volante».

Me volví a mirarlo, levantando las cejas.

—¿Me has despertado para preguntarme qué llevo puesto?

Negó con la cabeza y siguió tecleando. En mi regazo, mi móvil volvió a sonar.

«Te quiero».

—Yo también te quiero —dije—. Estoy aquí, friki. No pienso mandarte un mensaje con la respuesta.

Sonrió, pero siguió tecleando.

«Tú también eres la mujer de mi vida».

Me quedé mirando mi móvil; de pronto, la tensión en el pecho no me dejaba respirar. Alargué el brazo por encima de la cabeza para ajustar la corriente de aire de la boquilla dirigida hacia mi asiento.

«Y puede que no tarde en pedirte que te cases conmigo».

Miré fijamente mi móvil, leyendo esa línea otra vez, y otra.

—Vale —susurré.

«Así que avísame si no vas a decir que sí, porque estoy ligeramente aterrado».

Volví a apoyarme en su hombro y él dejó caer el móvil sobre sus rodillas.
Su mano temblaba cuando cogió la mía.
—No lo estés —susurré—. Esto va viento en popa.

Agradecimientos

Cuando empezamos a trabajar en este libro, solo hacía ocho meses que conocíamos a nuestro editor, Adam Wilson, pero juntos ya habíamos publicado dos libros (*Beautiful Bastard* y *Beautiful Stranger*), con cuatro títulos más previstos para ese mismo año. Este tipo de calendario de publicación para una nueva colaboración entre autor-editor es un poco como un campamento de verano: todo es una locura y sucede a un ritmo vertiginoso, y no hay tiempo para darse el lujo de entablar una relación pausada para ir conociéndose poco a poco. Como con todo lo demás en la vida, a veces esa clase de experiencias tan intensas funcionan y otras no, pero con Adam hemos tenido una suerte inmensa.

Cuando nos conocimos al fin en el mes de julio, lo supimos de inmediato: es de los nuestros y comparte absolutamente con nosotras nuestra locura (o al menos lo finge de manera muy convincente, porque le enviamos *cupcakes* tanto reales como metafóricos). Trabajar con él ha sido una de las mejores experiencias de cualquiera de las dos, y estamos ansiosas por ver cuál puede ser nuestra próxima colaboración con él.

Al principio, cuando estábamos en pleno proceso de búsqueda de editor, leímos al menos cien entradas de blog que resaltaban la importancia de encontrar al agente adecuado.

No se trata de encontrar a un agente, decían todos, sino de encontrar al agente idóneo para ti. En realidad, Holly Root no es solo la agente idónea para nosotras, también es una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Sin ella, estos libros nunca habrían encontrado el hogar ideal con

Gallery, o con Adam. Ella sigue diciendo que, desde la primera vez que habló con él sobre el proyecto, supo que íbamos a entendernos a la perfección. Son esta clase de relaciones las que nos hacen sentirnos eternamente agradecidas.

Sin embargo, es también la dedicación de nuestras lectoras beta —Erin, Martha, Tonya, Gretchen, Myra, Anne, Kellie, Katy y Monica— la que nos hace darnos cuenta de que el proceso de escribir es mucho más que traspasar las palabras al papel; también consiste en encontrar la comunidad de personas que te ayuden a ganarle la batalla a la locura de los días malos, y que te ayuden a celebrar lo increíble en los buenos. Si alguna vez le has enviado a alguien tu trabajo para que lo lea, ya sabes lo vulnerable que puede llegar a hacer que te sientas esa experiencia, y queremos dar las gracias a cada uno de nuestros lectores que nos han ayudado con los libros de la serie *Beautiful Bastard* por encontrar un equilibrio tan perfecto entre el apoyo y las críticas. Lamentamos haber acabado con algunas de vuestras neuronas. Anne, gracias por el hallazgo de Nietzsche y su frase impactante. Jen, un millón de gracias por el trabajo de promoción y animación. Lauren, eternamente gracias por dar vida a la serie en las redes sociales y medios de comunicación, y por entusiasmar con cada una de las portadas, sinopsis y correos electrónicos. Os queremos a todas.

Vamos a erigir (¡sí!, ¡hemos dicho «erigir»!) un monumento en honor de nuestra fabulosa S&S/Gallery Books.

MUCHAS GRACIAS, Carolyn Reidy, Louise Burke, Jen Bergstrom, Liz Psaltis, el maravilloso departamento de diseño gráfico, Kristin Dwyer (te raptaremos muy pronto), Mary McCue (SDCC el año que viene, no tendrás opción), Jean Anne Rose, Ellen Chan, Natalie Ebel, Lauren McKenna, Stephanie DeLuca y, naturalmente, Ed Schlesinger por reírse de los chistes de Hanna. Todos habéis hecho que nos sintamos como en casa. Nos habéis puesto un sofá cama en las oficinas, ¿verdad?

Escribir no es un trabajo de nueve a cinco, ni de lunes a viernes. Es un trabajo que haces cada vez que tienes un pedacito de tiempo, y es también un trabajo esclavo de la inspiración, así que si te falta incluso un pedacito de tiempo (típico), pero tienes un aluvión de ideas, lo dejas todo para correr a poner todos esos pensamientos por escrito antes de que los muy cabrones escurridizos desaparezcan.

A veces eso significa salir corriendo al ordenador mientras que la cena hierve en los fogones, y a veces significa que el marido lleva a los niños al cine o al zoológico o de excursión para que mamá pueda hacer algo. Pero, independientemente de todo eso, escribir es un proceso que requiere mucha paciencia y el apoyo de todos los que comparten la vida del escritor, y por eso dedicamos todo todito nuestro amor a los amores de nuestras vidas, Keith y Ryan. Y a nuestros hijos: Bear, Cutest y Ninja, esperamos que algún día os deis cuenta de lo pacientes que habéis sido y que ahora esa paciencia significa que vamos a pasar mucho más tiempo con vosotros. Gracias a nuestra familia y amigos por aguantar tanta locura: Erin, Jenn, Tawna, Jess, Joie, Veena, Ian y Jamie.

Y, por último, pero no por ello menos importante, escribir estas historias no significaría nada sin las personas increíbles que las leen. Todavía nos quedamos de piedra cuando nos decís que os habéis quedado despiertos toda la noche leyendo, o que habéis fingido un virus de estómago para robar un par de horas encerrados en un cuarto de baño porque no podíais dejar el libro. Vuestro apoyo y aliento significa más para nosotras de lo que somos capaces de transmitir. Gracias. Gracias por seguir comprando nuestros libros, por amar a nuestros personajes tanto como nosotras, por compartir nuestro sentido del humor y mentes sucias, y por cada tuit, mensaje de correo, SMS, comentario, crítica y abrazo. Esperamos llegar a abrazar a todos y cada uno de vosotros algún día.

A Bennett le gustaría veros a todos en su oficina.

Lo, eres mucho más que una coautora, eres mi mejor amiga, la luna de mi vida, el chocolate de mi... Bueno, ya sabes adónde quiero ir a parar. Te quiero más que a todos los grupos musicales de chicos y todas las lentejuelas y brillos de labios juntos.

¡PQ, qué guapa estás hoy! Te quiero, aunque haces que me mee de la risa. De hecho, te quiero más que a Excel, GraphPad y SPSS juntos. ¿Te está haciendo cosquillas el collar?



CHRISTINA HOBBS y LAUREN BILLINGS son un dúo de escritoras apasionadas desde siempre por las novelas románticas. Separadas por el estado de Nevada, se conocieron en 2009, cuando ambas publicaban fanfiction bajos los respectivos nombres de *tby789* (*The Office*) y *LolaShoes* (*My Yes, My No*). Tras aunar sus esfuerzos para escribir la popular *A little Crazy*, revisaron y reescribieron la famosa fanfiction *The Office*, que arrasó en la red y posteriormente se convirtió en la novela *Beautiful Bastard*, publicada en diez países y cuyos derechos cinematográficos han sido adquiridos por una importante productora estadounidense.

Notas

[1] El gimlet es un coctel hecho normalmente con ginebra o vodka combinado con zumo de lima. <<

[2] Semen. <<

[3] Vaqueros caídos. <<

[4] Es uno de los platos más conocidos de la cocina tailandesa. Se trata de un plato salteado en wok a base de fideos de arroz con huevos, salsa de pescado, salsa de tamarindo, pimiento rojo, y cualquier combinación de brotes de soja, gambas, pollo, o tofu, decorado con cacahuets picados y cilantro. <<

[5] El fletán o halibut es un pescado blanco y sin espinas, ideal para dietas bajas en calorías por su pobre contenido en grasas. <<

[6] Moscas de la fruta. <<

[7] **Alternativo.** <<

[8] Sueco: angelito; cariño; monada; tesoro. <<

[9] Es la porción de una macromolécula que es reconocida por el sistema inmunitario, específicamente la secuencia específica a la que se unen los anticuerpos. <<